

MILE P.D. BLUETT
SAGA HEREDEROS DEL MUNDO-III

LA BÚSQUEDA
DEL *Arcoiris*

LA BÚSQUEDA
DEL
Arcoiris

MILE P.D. BLUETT
SAGA HEREDEROS DEL MUNDO-III

Título: La búsqueda del arcoíris
Saga Herederos del mundo-Parte III
Primera parte: Atrévete a sentir
Segunda parte: Tierras Inhóspitas
Autora: Mile P. D. Bluett
©POSDATA BOOKS
©Mile P. D. Bluett
mileposdata@gmail.com
Instagram: @milep.d.bluett
Twitter: @MilePDBluett
Facebook: Mile P. D. Bluett

Banco de imagen: ©Shutterstock.
Diseño de Portada y maquetación: ©China Yanly's Design
Info: chinayanlydesing@gmail.com

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción y la divulgación de la misma por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor.



PREFACIO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Dedicado a mi sol, mi amado hijo.

PREFACIO

Antes de serle fiel a los principios de una falsa sociedad, que promete un mar de triunfos arrebatados por la hipocresía, tenemos que ser leales a nosotros mismos.

Año en que para el 2000 se pensaba, que la humanidad estaría en graves problemas para subsistir.

CAPÍTULO 1



*Año XXVI después de la firma del Tratado de Tolerancia.
Tierras inhóspitas.*

En este mundo nuestro, donde la división política erigía una sola frontera, no podía aseverar de qué lado estaba. Quizá fue algo latente para mí hasta que nos refugiamos en las Tierras Inhóspitas y terminé por aceptarlo, como lo que siempre había querido en lo más consciente de mis intenciones. Me abracé con fuerzas a mi padre y a mi tía y luego los vi partir. Mi madre no reaccionó ante la caravana que se enfiló lejos de nosotros, ella y papá no eran más que aliados de guerra. Me dije que no repararía en la relación de ellos más de lo necesario, al menos eran personas maduras que no anteponían sus conflictos de pareja a su paternidad. Mi padre salió hacia la unidad cero punto cinco, el coronel Marten había partido con los reclutas a levantar la unidad tres y el mayor Bhotelo a su vez se había marchado hacia la dos, con la otra parte de los aliados.

Mi madre estaba preparándose para nuestro viaje. Sebastián estaba

enojado conmigo porque decidí contribuir al rescate de Apolo, pero no quise darle importancia. Reconocía la razón en su descontento. Contemplé mi vientre empinado como una pequeña colina. Antes de partir, uno de los ginecólogos del equipo de Earta Hébert me había revisado y asegurado el buen curso de mi embarazo hasta la fecha. Fue el requisito de Sebastián para dejarme acompañarlo. Mis padres no pusieron tanta resistencia como él. Tal vez porque se habían cansado de intentar hacerme entrar en razón. Veinte semanas de embarazo no era poco tiempo y quizás trasladarme a la unidad cero punto cinco habría sido una buena decisión. Lo sería si la paciencia fuera uno de mis dones. Me iba a afectar más quedarme a esperar por noticias, sin saber de mi madre, de mi hermano y de Sebastián. Sabía que las noticias no serían suficientes para calmarme, y que aquello a la larga, también hubiese interrumpido la paz que necesitaba durante la gestación. Estaba segura, o al menos eso creía, que la cualidad autocontrolada no era un sello distintivo de mi personalidad.

Sebastián no estaría enojado para siempre, al menos si los resultados de nuestra misión resultaban ser un éxito y eso no sólo significaba rescatar al líder de América Libre, también requería que cada uno de nosotros saliera bien librado de cualquier percance. Como él evitaba hablar conmigo, producto de la incomodidad que sentía, ahora parecía más cercano a mi madre. Eso contribuyó a que las asperezas entre ellos comenzaran a limarse y que lo sucedido con Leila Salvat se fuera quedando en el pasado. Mi madre lo estaba comenzando a perdonar. Lo podía notar en el tono de voz que utilizaba mamá al dirigirse a él. Era una buena señal ahora que estarían trabajando juntos, con una meta en común. Aunque Sebastián estaba al mando, las recomendaciones de mi madre se seguían al pie de la letra. Venus conocía el terreno al que nos íbamos a introducir, tenía los contactos y nosotros viajaríamos de incógnito con ellos.

Mi madre, Paúl, dos hombres de la UNA que habían arribado con él, Sebastián y cinco de sus soldados conformaban nuestro destacamento. Extrañamente, o tal vez no, aquel grupo reducido se subió en el camión de la UNA con un solo objetivo y colaboramos como hermanos. Sebastián eligió entre sus hombres a los más cercanos. Todos eran jóvenes. Mi madre les ordenó a los soldados quitarse los uniformes antes de subirse al camión, todos se vistieron como civiles y simularon, lo mejor que pudieron, pertenecer a la UNA. Antes de partir, Paúl y Sebastián intercambiaron esa mirada fraterna que indicaba que estaban decididos a rescatar a Apolo y que nada se los iba a impedir.

El camión se detuvo justo antes de avanzar y vimos asomarse a la doctora Hébert con otro individuo que reconocí de inmediato. Era el doctor amigo de Rita Roger, el que la había ayudado a venir oculta hasta Tierras Inhóspitas.

—Espérennos, por favor —musitó con el aliento que le quedaba Earta Hébert—. Nos decidimos un poco tarde pero ya estamos aquí.

—¿Qué hacen? —pronunció Sebastián y comprendí que temió lo mismo que yo, que algo le hubiese sucedido al destacamento de mi padre.

—Venimos a apoyarles. Me quedé con la inquietud de Paz a sus veinte semanas de embarazo y le pedí al general que me dejara acompañarla.

Recordé que Sebastián ante mi renuencia a marcharme con mi padre, le había solicitado a Earta Hébert el apoyo de un ginecólogo para revisar mi estado de salud y el de nuestro hijo. Earta había permanecido presente mientras el médico me realizaba la exploración. De seguro había percibido la frustración de Sebastián y su descontento con mi resolución. Aunque Sebastián y yo, habíamos omitido la información delante de los doctores, acerca de la finalidad de la misión que nos deparaba, habíamos dado los datos suficientes para que Earta sospechara, que Sebastián no quería llevarme, por

si se diera la situación de necesitar un médico.

—Y el general estuvo de acuerdo. Me imagino, de lo contrario no estarían ustedes aquí —afirmó Sebastián.

—Así es. Estuvo más que de acuerdo, nos lo agradeció. El doctor Johnson fue el único que se brindó a acompañarme cuando pedí el apoyo de un ginecólogo. Imaginarán que no cualquiera se lanza a una misión desconocida.

—No cualquiera lo hace pero usted lo hizo y me intrigan bastante los motivos —dijo mi madre.

Venus negó con la cabeza y con aquello dejó en claro su opinión al respecto. Sebastián hizo un gesto de reproche pero no contra Earta y su acompañante, sino hacia mí. Odié el peso de su discurso aunque sus palabras no salieron más allá de sus pensamientos. Él me responsabilizó por la presencia de los médicos, la que no consideraba adecuada para la misión. Ya éramos tres personas no deseadas en aquel viaje. A diferencia de mi madre, Sebastián les extendió la mano para ayudarlos a subir y les dio la bienvenida. De cierta forma, le tranquilizaba poder contar con ellos.

—Vamos de una vez. Ya estamos listos para partir —dijo Sebastián.

—¡Alto! —le rebatió mi madre y me preocupó que la camaradería que les había acompañado, a Sebastián y a ella, al inicio del día se esfumara ante la presencia de los recién llegados—. Si van a acompañarnos tienen que cambiarse de ropas, van a una misión de encubierto y con esa pinta que tienen no llegaremos ni cerca. Por favor, dense prisa, ya estamos retrasados.

—¿Y hacia dónde vamos si se puede saber? —preguntó Earta con una sombra de preocupación en el rostro, quien no tenía idea de en lo que se había metido.

—Mientras menos sepan mejor, por el bien de los dos —dijo mamá.

Los médicos se fueron a cambiar y los demás nos quedamos viendo

los unos a los otros. Mi madre no demoró en dejar de manifiesto su desacuerdo con la presencia de ambos:

—No sé qué pensaba tu padre cuando se le ocurrió dejar que esos dos nos acompañen —me compartió.

—Tomar precauciones para preservar la salud de su hija y de su nieto —dijo Sebastián y ni mi madre ni yo nos atrevimos a contradecirle, porque tenía razón.

—No expondría a mi hija a ningún peligro. Te repito, lo ocurrido con Apolo es un mal entendido que se aclarará en cuanto yo hable con la persona apropiada —dijo mi madre—. Incluso no era necesario que ni Paz ni tú me acompañaran.

—Lo siento, Venus, pero no estoy seguro que sea un mal entendido lo de Apolo —intervino Paúl—. Estoy de acuerdo a totalidad con el plan de Sebastián.

Paúl le sostuvo la mirada a mi madre con una paciencia abrumadora. Ella no encontró otra cosa que decir. Los doctores regresaron y nadie más tocó el tema. Volvimos a ponernos en marcha y escuchamos un grito:

—¡Espérenme, ya los alcanzo—. Alguien más volvió a detenernos.

—¿Y ahora qué? —dijo mi madre fastidiada—. ¿A quién más necesitamos para este viaje?

Max dejó ver su rostro mientras apresurado intentaba subirse al camión con su sonrisa artificial. Me quedé sorprendida porque lo hacía en marcha.

—Esto sí que no lo admito —vociferó mi madre.

—Disculpe, usted. No quise incomodarla. Solo fui requerido —mencionó Max y comencé reír por la parsimonia de mi robot preferido.

—Adivino por quién, el general Verena —se adelantó mi madre—. ¿Pero qué piensa tu padre, Paz? ¿Médicos y ahora un robot de niñera? Paz,

ordénale que se retire. Un robot humanoide está totalmente fuera de lugar en esta misión.

—Lo siento —se disculpó Max—. No fue el general Verena quien me envió con ustedes.

—¿Y quién fue entonces? —preguntó mi madre hecha una furia—. ¿A quién se le ocurrió tan estratégica idea?

—Fue a Sebastián —dije mientras veía al futuro padre de mi hijo hacer una mueca por todos los insultos proferidos por mi madre hacia su persona.

—Max se queda y se le respetará como a los demás. Le hice venir porque lo necesito para esta misión y no se hable más del asunto —dijo Sebastián.

Mi madre se tragó sus palabras y solo abrió la boca para decir:

—Por favor, Sebastián, acompáñalo e indícale la ropa apropiada para que se cambie e intentemos que pase desapercibido.

—Max no necesita ayuda para eso —le aclaró Sebastián—. Max, por favor, vístete de civil al estilo que usan los de la UNA. Te esperamos.

Partimos y en la larga travesía fuimos recobrando el espíritu que nos había inspirado al inicio del viaje.

Mi madre se relajó un rato durante el trayecto y se recostó en el asiento para echar un sueñito. Envidié su tranquilidad incluso en esos momentos. Mientras avanzamos quise hacer lo mismo, me acomodé y lo intenté pero no pude dormirme. Me complació verla dormitar y observar a Paúl en otro extremo embobado mirándola. «¿Qué pensaría mi padre del joven admirador de mi madre?», reflexioné. Volteé el rostro hacia Sebastián, quien intentó esquivar mi mirada e hice lo mismo a modo de defensa. Mi madre, desde su lugar dio un brinco y se despertó sobresaltada, vi su

expresión de desconcierto al recordar que estaba en el camión y me susurró que había tenido una pesadilla. Mamá quiso disimular ante los presentes pero todos se dieron cuenta y para no repetirlo evitó dormirse en lo que quedaba de trayecto. Le atribuí su pesadilla a lo que estábamos viviendo.

Notamos que estábamos abandonando Tierras Inhóspitas cuando la vegetación comenzó cambiar durante nuestro recorrido. Surcamos una carretera paralela a la siguiente nación de la UNA hasta encontrar el atajo secreto para adentrarnos a Nature, aquella nación autónoma cuya historia me había relatado Paúl en el camino. Nature era una de los lugares más contrastantes de los que existían en nuestro mundo. Se conformaba de vestigios de países árabes y africanos. El estilo de las ciudades que se erigieron en Nature, tras las guerras, obedecían a los instintos conservacionistas de los ciudadanos autónomos: un centro con tecnología e infraestructura muy desarrollado, rodeado por amplios territorios destinados a la conservación de los recursos naturales.

Aprovechamos la madrugada del día siguiente para adentrarnos en Natura, la nación de la UNA donde tenían retenido a mi hermano. Gracias a las advertencias de Paúl, mi madre tomó sus providencias y nos propusimos entrar de manera discreta sin hacer alarde de la presencia de la hermana de Leila Salvat en el territorio, a pesar de las reservas de mamá. Primero se introdujeron al territorio Paúl y sus acompañantes mientras mi madre, los soldados, los médicos, Sebastián y yo, les aguardamos escondidos a las afueras. Ellos tardaron veinticuatro horas preparando el terreno para ayudarnos a ingresar. La sugerencia de Paúl, era conseguir guías estilo UNA y modificarlas para que pasáramos por uno de los accesos principales.

Sebastián recibió las guías alteradas pero buscó un plan alternativo. Recordó que junto con William, en aquella alianza fatídica que le había costado la vida a Leila, habían vulnerado la seguridad de los accesos

laterales, paralelos a Tierras Inhóspitas, de más difícil acceso por lo agreste del terreno y decidió que tomáramos ese camino. Dejó apostados a algunos de sus hombres en el trayecto para facilitarnos la huida en caso de que las cosas no salieran como mi madre esperaba, mientras nosotros nos colamos como delincuentes a la UNA y nos fusionamos con sus habitantes, simulando aparentar serlo. Mi madre hizo su arribo por una de las garitas tradicionales sin demasiado aspaviento.

Hicimos parada en una población cercana a la frontera. Permanecimos divididos. Max, Sebastián y yo nos alojamos juntos. Pero aunque Sebastián y yo tuvimos una habitación solo para nosotros no logramos acercarnos más. Él colocó una barrera entre los dos, un escudo de ‘concentración’ hacia la misión del rescate de Apolo. No supe o no quise saber cómo hacerle sentir que su angustia también me pegaba a mí. Me dominó el orgullo y él siguió como si nada, así que me tocó ceder. Me le acerqué por la espalda mientras él permanecía sentado frente a la mesa revisando su araña. Puse en sus manos mi guía y me justifiqué con que necesitaba su ayuda. Algo así sería una petición neutra que me permitiría acortar la brecha que se estaba haciendo gigante entre nosotros. Pero no se tragó el cuento. Quiso reprocharme de nuevo por mi negligencia. Se giró hacia mí y entre los dos quedó mi vientre como una señal inequívoca de nuestros lazos comunes. Se tragó sus palabras a tiempo, antes de herirme. Intenté abrazarlo y al comprobar que no oponía resistencia terminé rodeándolo con mis brazos.

—Lo siento —murmuré.

Me sostuvo con fuerzas, en silencio, a punto de dejarse convencer y así pude percatarme que su seriedad y su concentración en la misión eran una treta más, un artilugio de su disgusto y una de las mañas aprendidas durante su entrenamiento en las fuerzas autocontroladas. Él estaba más intranquilo que nunca, más dubitativo y con menos confianza de lo habitual. Su beso me

sorprendió con la premura de la primera vez. Suspiré y noté sus ojeras, el toque taciturno de su semblante, en el que mi ego no me había permitido reparar. Antes de que pudiéramos hablar y llegar a un acuerdo, unos toques secos en la puerta del apartamento nos hicieron sobresaltarnos. Sebastián reaccionó como lo que era, un soldado. Desenfundó una de sus armas y le dio instrucciones a Max para que tomara la posición de defensa. Hice un gesto de molestia más que de pesar por lo que sea que nos estaba interrumpiendo en este preciso momento. Con fastidio le quité una segunda arma a Sebastián, que ocultaba en la espalda, y nos acercamos a la puerta. Él me insistió para que huyera por la salida trasera y me opuse rotundamente. Fue una fracción de segundo, que había servido para que él retrocediera todo el camino recorrido hacia mi perdón. Ahora teníamos algo más urgente, un visitante inesperado.

CAPÍTULO 2



Sebastián no me insistió, no perdió un segundo más en lidiar con mi testarudez. Se acercó a la mirilla y largó un amplio suspiro al ver de quiénes se trataban. El amigo de Paúl llegó con los doctores. Sebastián les abrió la puerta y cuando la hubo cerrado el recién llegado mencionó:

—Paúl cambió de planes y decidió que lo mejor es que se queden con ustedes. Yo diferí con él. Debimos dejarlos fuera de la UNA, con los soldados, aquí serán un estorbo —añadió luego de disculparse con los doctores por su sinceridad y de inmediato se marchó.

Sebastián les indicó quedarse en el cuarto de atrás con una sombra de enojo hacia mí y hacia las consecuencias de mis decisiones. Vi a Max merodear por la sala, después de abandonar el cuarto para los doctores, el que al inicio se le había asignado. Me incorporé y desistí en mi intento de buscar un punto de encuentro entre Sebastián y yo. Caminé hacia la cocina y enterré mis manos en una hogaza de pan que crujió tiernamente ante mi presión. Sentí unos pasos y descubrí a Earta espíandome de cerca. Odié la poca intimidad de la que gozaba desde que nos habíamos introducido en Tierras Inhóspitas. Aunque quisiera correr a esconderme en algún sitio alejado del resto no podría, ahora ni siquiera me quedaba el consuelo de huir a la UNA o

a las Tierras Inhóspitas, porque ya lo había hecho y los problemas no se resolvieron sino que se magnificaron. Ahora no estaba William ni las reglas de una sociedad entre Sebastián y yo, estábamos nosotros mismos con aquella parte de los dos que no habíamos terminado de aceptar, la volubilidad de nuestros temperamentos, nuestras pequeñas diferencias, que parecían enormes cuando no lograban reconciliarse.

Earta tenía esa expresión de cuando se tiene una frase en la punta de la lengua. La expresión del estupor que sintieron ella y Johnson cuando supieron que nos íbamos a introducir en la UNA, violando sus espacios, ya había desaparecido de su rostro, al igual que la impresión de ambos ante el desarrollo y la infraestructura de Nature. De lo que no se había recuperado era de la sorpresa que yo llevaba en mi vientre. Cuando Earta se dio cuenta que yo estaba embarazada y que Sebastián era el padre comenzó a hacer muchas preguntas por lo que sospeché de inmediato que sobre eso trataban las palabras que tenía atoradas en la garganta. Intenté esquivarla en vano.

—¿Entonces insistes en que concebiste a la antigua? ¿Sin ningún método de reproducción asistida? —me dijo.

—Así es —contesté.

—¿Y estás totalmente segura que el padre es Sebastián Casals? ¿No cabe la posibilidad de que sea William? ¿En un descuido tal vez?

Aquello me dio un respingo en lo más profundo de mis neuronas. Earta Hébert no preguntaba para alargar la conversación. Me lo pregunté a mí misma y me aseguré que William no podría ser el padre por el tiempo de gestación que tenía cuando me supe embarazada y porque sencillamente no habíamos tenido relaciones en mucho tiempo. Pero la historia de Karena y su embarazo de Ademar King II lograron desconcertarme.

—Estoy más que segura —admití.

—¿Sabías que una de las modificaciones genéticas que introdujeron

en el hombre nuevo de la Sociedad Autocontrolada fue que no pudiese reproducirse con los hijos naturales de la UNA?

—¿Qué dice? —dije. Aquello se me hizo un disparate porque yo era hija de un vínculo como el que ella refería. Intenté decírselo y me rebatió.

—Eres producto de un embarazo asistido, por una parte y por otra, las modificaciones que menciono son para personas de menos de treinta años a la fecha. O sea, tus padres pudieron reproducirse entre sí sin problemas pero para sus descendientes todo funcionaría de manera diferente.

Aquello me aclaró mi siguiente duda acerca del nacimiento de Apolo, Ademar King II, entre otros.

—¿A quién se le ocurriría tal disparate, con qué fin? Me enferma solo de pensarlo —solté.

—Se hizo a petición de Ademar King. Marcus Roger fue precursor. Se hizo con la finalidad de preservar las mejoras introducidas en el hombre nuevo. ¿De qué serviría mejorar nuestra especie si luego nos continuábamos reproduciendo con los habitantes de la UNA? —reveló lo que tanto me había desvivido por descubrir tras las puertas infranqueables del Instituto de Planificación Familiar y me quedé sin palabras por unos segundos.

Pensé en Rita Roger y no entendí por qué omitió este detalle tan importante.

—Las nuevas parejas de autocontrolados y los recién llegados de la UNA serán estériles —admitió.

Recordé que en el último mes habían llegado habitantes de la UNA que simpatizaban con nuestra causa, principalmente parejas de enamorados donde uno era de la UNA y otro de la Sociedad Autocontrolada, y que junto a nosotros, en las Tierras Inhóspitas habían encontrado un lugar para vivir.

—Tal vez no tengan problemas para tener familia —dije.

—¿Crees que tu suerte y la de Sebastián se repita? —preguntó.

—Estoy segura —dije pensando en Iris pero para evitar poner a Earta sobre mi sobrina omití darle parte de su nacimiento.

Posé una mano sobre mi vientre, con temor ante las revelaciones de la doctora. Iris era la hija biológica de Apolo, un autocontrolado, y de Dafne, proveniente de la UNA en su máxima expresión. Lo único que encontré en común entre nuestros hijos era que Apolo y yo no éramos autocontrolados puros porque éramos hijos de Venus. Pero no quise darle más información sobre nosotros a Earta Hébert, sabía demasiado, ya sea por su suspicacia o por su anterior cercanía a Karena.

—No lo creo. Hemos documentado todos los nacimientos comprometidos y no hemos registrado errores —insistió la doctora.

—¿Lo probaron en la vida real o sólo en experimentos de laboratorio?

La mirada de Earta me aseveró que lo habían probado todo y que tenían suficientes pruebas del éxito de la modificación genética. Ante su aseveración deseé provenir como Sebastián, Dafne e incluso mi madre de la unión natural entre un hombre y una mujer. No obstante, para no sentirme derrotada coseché todas las esperanzas posibles de que mis descendientes pudieran librarse de la plaga introducida por el propio ser humano. Reivindiqué aún más las ideas de Leila cuando mencionaba que Ademar King y los suyos, se habían salido de control y eran un grave problema para la humanidad.

—¿Es consciente de que nos ha dividido como especie o de que puede condenar a la humanidad a una esterilidad masiva?

—La idea no provino de mí. Yo seguía el curso de la historia.

—¿Qué espera de nosotros, doctora? —le susurré a Earta Hébert—. Si ganamos la guerra, ¿qué pedirá a cambio por su lealtad?

Earta Hébert se quedó en silencio y se dispuso a marcharse pero antes de irse le comunicó a Max:

—Prepáranos algo de comer al doctor Johnson y a mí. Cuando termines avísanos, por favor.

—Max no está para esas funciones. Me temo que si tiene hambre tendrá que prepararlo usted misma —le soltó Sebastián con aspereza.

—Disculpa, no sabía que era exclusivo para ti y para Paz. No dije nada. No tengo problemas, puedo preparar mis alimentos —dijo aparentando dulzura y familiaridad en su trato hacia Sebastián.

—¿Ha visto que Max prepare alimentos o nos asista a Paz o a mí? Le exijo respeto si desea permanecer bajo nuestro techo. No sé si ha percatado la seriedad de lo que nos atañe aquí —dijo Sebastián.

—En verdad, no. Recuerda que nos somos del todo confiable —contestó Earta.

—Si no sigue nuestras recomendaciones podría poner en riesgo su vida y la del equipo. Así que le pido que colabore —insistió Sebastián.

—Lo haré —dijo sarcástica mientras se desplazaba con la intención de dirigirse a su cuarto.

Sebastián la detuvo y le pidió que tomara asiento en una de las sillas de la mesa de la cocina. A la doctora no le quedó más remedio que aceptar. Sebastián le volvió a hacer mi última pregunta. Me di cuenta por su seriedad que había escuchado toda mi conversación con Earta Hébert.

—¿Qué espera de nosotros, doctora?

—Aún no lo sé —le contestó Earta y no supe si mentía para salirse por la tangente o era una verdad inspirada por la incertidumbre que trae aparejada una situación como la suya y como la nuestra—. Pero en cambio sé de algo que será de mucho interés para ti. ¿Nada te ha sido familiar en estas tierras?

Sebastián se levantó de hombros y Earta continuó:

—Aquí naciste, en esta nación.

La expresión de Sebastián dio un vuelco. Por su mirada descubrí que ni siquiera lo presintió. Sebastián se exasperó y presionó a Earta para que escupiera de una vez toda la verdad que nos iba suministrando a cuenta gotas, la verdad acerca del instituto y sobre el origen de Sebastián. La sujetó tan fuerte por un brazo que pensé que le iba a hacer daño:

—¿Cómo se llama mi padre? —la presionó.

—Eso no lo sé. Karena sólo me dijo que era un buen hombre y que al principio sintió mucha culpa por enamorarse de King tras la muerte de tu padre —contestó asustada.

—Qué conveniente que usted solo sepa la verdad a medias —dijo Sebastián.

—Supe que Karena provenía de Nature en el tiempo que ella fue prisionera de guerra. Mi esposo era muy cercano a King desde su juventud. Cuando se casó con King nos hicimos amigas pero tampoco creas que no me guardaba secretos. Nunca me reveló el nombre de tu padre —accedió a relatar Earta.

—¿Cuál era el nombre de mi madre cuando llegó a la Sociedad Autocontrolada?

—Solo sé que la abuela de Karena fue dirigente o algo así de esta nación para la época que Karena fue capturada.

Me entrometí entre Sebastián y la doctora antes que terminara por lastimarle el brazo. Era una de las pocas veces que había visto a Sebastián perder la compostura. Él intentó sacarle más información a la doctora, pero ésta con la pastosidad que acostumbraban los autocontrolados más persistentes, se escabulló hacia la habitación que Sebastián le había asignado junto a su colega y cerró la puerta tras de sí con seguro.

Fue una noche de insomnio para los dos, de insomnio y de rencor. Ni siquiera profundizamos en la preocupación que compartíamos acerca de la

revelación de Earta Hébert sobre la concepción de nuestro futuro bebé. Sebastián me hizo una apresurada pregunta buscando mi comentario al respecto como médico. Le confesé lo primero que me había venido a la mente, que yo era mitad autocontrolada y mitad autónoma, y que al ser Sebastián por completo de la UNA, eso significaba que nuestro hijo era autónomo en un setenta y cinco por ciento. Pero en realidad, yo desconocía de qué tipo de manipulación genética estábamos hablando y mis conjeturas carecían de validez científica.

Al siguiente día, Sebastián acudió directo a llamar a la habitación de Earta. La puerta se abrió y solo apareció Johnson. Ante las preguntas de Sebastián, por el paradero de aquélla tuve que admitirle que muy temprano yo le había hablado a Paúl para que la alojara en otro sitio. Él comenzó a recriminarme por ello:

—¿Por qué lo hiciste sin consultarme?

—Nuestra misión es rescatar al líder de América Libre. La presencia de Earta sólo nos está desequilibrando y no es el momento para interrogarla, cuando llegemos a Tierras Inhóspitas podremos conversar con ella. De seguro habrá muchos datos tanto de tu familia como del Instituto de Planificación Familiar que estará dispuesta a revelarnos.

—No sé si esperar sea lo más conveniente.

—Mírate, Sebastián. Estás hecho un manojito de nervios.

—Esa mujer no me inspira confianza. ¿Para qué llegó a Tierras Inhóspitas? ¿Para qué nos siguió hasta Nature?

—Ella está acostumbrada al poder, sabe que con los King no podrá recuperarlo. Ahora nosotros somos su oportunidad de recobrar el estatus perdido. Es lógico que tiene muchísima información que nos oculta, tanto por su cercanía a los King, como por el puesto que tuvo en el instituto. No soltará

toda la sopa así sin más. La información que posee es su arma secreta para tenernos en sus manos.

Nada de lo que le dije logró calmarlo. Cuando parecía que lograba entrar en razón y serenarse una nueva idea sobre su familia o sobre la concepción de nuestro hijo volvía a atormentarlo. Pedí refuerzos para hacerlo entrar en razón porque en ese momento encontrar a su familia se volvió una prioridad para él, así como el rencor hacia su madre. Como Venus no podía venir porque ella se estaba hospedando en una de las residencias oficiales de estado, siguiendo el protocolo que procedía en casos similares, Paúl llegó al rescate.

—Trae a esa mujer de vuelta —Sebastián le exigió a Paúl—. Tiene que decirnos de una vez todo lo que oculta. ¿Qué pretendía con revelarme sobre mi origen? ¿Vengarse de mi madre, buscar la forma de manipularnos o desestabilizar nuestro plan de rescate?

—Ella no sabe cuál es nuestro objetivo en Nature —le tranquilizó Paúl.

—Ya no estoy seguro. Ella sabe más de la cuenta —insistió.

—No lo creo, hemos sido cuidadosos —sostuve.

—La doctora está asustada ante tu reacción. Me dijo que su intención no es crear un problema, mencionó que quiso ayudar ahora que somos aliados —dijo Paúl.

—¿Y tú le crees? —le gritó Sebastián.

—Déjala que juegue mientras pueda, ya ajustaremos cuentas con ella pero no pierdas la medida en este momento, tu hermano te necesita —le pidió Paúl.

Sebastián bajó la guardia y se quedó en silencio unos segundos. Trató de aclarar las ideas que se arremolinaban en su pensamiento. Me miró buscando convertirme en cómplice de sus planes para menguar la avalancha

de emociones que se habían apoderado de su cerebro.

—Llegué hasta aquí para rescatar a mi hermano pero antes tengo algo que hacer —dijo Sebastián.

—No —sostuvo Paúl—. No te alejes del plan original. Podemos regresar en otro momento y hacer lo que pretendes.

—Necesito llenar ese vacío y estoy tan cerca —reveló Sebastián—. Tengo que encontrar a mi padre aunque solo encuentre una lápida y un pedazo de tierra donde llorar. Quiero saber quién era. Necesito saber de dónde vengo, conocer mi nombre y mi procedencia. Sé que eso nos llevará tiempo pero si en dos días no lo consigo lo dejaré para otro momento.

—De acuerdo —aceptó Paúl con cierta dificultad—, pero no te involucres de manera directa. Es mejor que yo lo vea. Levantaré menos sospechas que tú. Hablaré con la doctora y reuniré la mayor cantidad de datos posibles. Te mantendré al tanto. Cuando resolvamos esto regresaremos a lo que nos trajo a aquí. Venus está a punto de decepcionarse y también temo su reacción. Ella acudió de forma pacífica a dialogar con la representante de Nature. Venus cree que lo de Apolo es un mal entendido y que podrá resolverlo. Le pedí que si la respuesta que le dan no es la que espera que no insista, que se despida y que abandone el territorio dejando la puerta abierta para una reunión con el Consejo de los Representantes, sería lo usual en este caso.

CAPÍTULO 3



En dos días regresó Paúl con noticias. Las noticias sobre la familia materna de Sebastián fueron desoladoras. La abuela materna había renunciado a su cargo y murió de tristeza tiempo después de saber que su nieta se había aliado con uno de los King, la familia responsable de la muerte de los padres de Karen, como se llamaba antes de tomar las decisiones que le cambiaron la vida, y de otros de sus familiares y fieles. La familia paterna, estaba casi extinta. Solo quedaban dos miembros. Paúl hizo los arreglos con suma discreción y Sebastián acudió para conocer a su abuela y a su primo. La vida le hizo llegar justo en el momento en que su abuela convalecía.

Sebastián encontró a la anciana, enferma de vejez, postrada en una cama de la que no podía levantarse. Ante la prisa con que lo abordó Paúl para que llegara hasta su abuela, por lo delicado de su salud, Sebastián corrió desesperado a los pies de la señora sin siquiera reparar en el camino que transitó hasta su encuentro. La anciana mujer esbozó una sonrisa con dificultad, levantó el brazo para acariciarle el rostro al nieto que le habían arrebatado al año de edad. En su rostro, la mujer tenía una expresión de satisfacción tras haberlo recuperado, aunque la vida no le permitiera disfrutarlo por mucho tiempo más.

—Ya puedo morir en paz —dijo con esa voz apacible que le dotaron

sus más de noventa años—. Estaba segura que te volvería a ver y que tú encontrarías el camino de regreso.

—No sé si yo encontré el camino o el camino me encontró a mí. Aún me siento tan perdido, incluso más que antes, por saber la verdad acerca de mi origen —murmuró Sebastián.

—Te pareces tanto a tu padre, que al verte pareciera que le estoy contemplando. Sebastián.

—¿Sebastián? —repitió Casals conmovido, sin entender nada, porque aún no se había presentado con su nombre actual.

—Así se llamaba tu padre. ¿Aún no lo sabías? Él quería darte su nombre y tu madre se negó y terminaste llamándote Abel como tu abuelo materno. Karen dijo que si ya ibas a tener nuestro apellido Oriol como el primero, era justo que llevaras el nombre de uno de los miembros de su familia.

—¿Abel Oriol? —dijo Sebastián sin poder asimilarlo.

Sebastián Casals compartió una mirada conmigo que lo observaba desde una esquina. Sebastián me pidió acercarme y yo caminé hasta ellos. En pocas palabras Sebastián le hizo saber emocionado a su abuela que sería padre. La mujer volvió a sonreírle a la vida por los regalos que le llegaron de improviso. Posó su delicada mano sobre el espesor de mi vientre y bendijo a mi hijo con las palabras más dulces que jamás había escuchado. La señora estaba tan complacida, en un verdadero pico de felicidad que temí que su corazón no aguantaría otra emoción. Pedí al joven que la cuidaba los detalles de su salud y éste me explicó lo delicado de su situación. Concluí que una fuerza de voluntad muy grande la mantenía con vida, que solo esperaba un milagro para descansar y ese milagro estaba ocurriendo en este momento. Yo me conmoví mucho. Sentí un dolor profundo por ella, por Sebastián y por las cosas que le habían tocado vivir. Yo no llegué a conocer a mis abuelos, ni los

de sangre, ni a Era, la mujer que adoptó a mi madre cuando era una niña. «No más guerra. La guerra no es la solución», me dije con firmeza.

La mujer llamó al muchacho que llegó de inmediato a sus pies. El mismo joven que me había dado el parte médico. El chico casi del alto de Sebastián y con cierto parecido, la cubrió de besos, le procuró con paciencia cuidados y cariño. Le suministró medicamentos y calmó sus dolencias con la habilidad de quien lleva bastante tiempo al cuidado de una persona de la tercera edad.

—Camil, acércate, por favor. Este es Abel, tu primo. Regresó —le dijo con una gota de entusiasmo al joven que se esforzó por aparentar alegría—. Ya puedo morir en paz, Abel está vivo, siempre lo supe y tú, mi amor, ya no te quedarás solo. ¿Abel, me prometes cuidar a tu primo? Es un joven con un gran corazón.

Sebastián no pudo negarle nada entre la conmoción y la confusión que sentía. Lloró ante el último aliento exhalado por su abuela, que cerró los ojos y se sumió en un sueño eterno. Las lágrimas de Sebastián fueron por su abuela, por su padre y por los demás familiares que perecieron víctimas de la guerra, a los que no pudo conocer. Lloró por él mismo y lo que pudo haber sido si hubiese crecido en un entorno totalmente diferente al que creció. En medio de su dolor reparó en el joven de dieciséis años, arrebatado de dolor en una esquina. Camil Oriol le devolvió la mirada y se borró las lágrimas de un manotazo para ponerse en función de lo que seguía.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo Sebastián tras detenerlo por el brazo.

—Tengo que preparar su funeral. Llamaré al doctor para que firme su defunción y a nuestros amigos. Mi abuela era muy querida por los vecinos y conocidos —contestó el muchacho.

—Lamento informarte que no podré quedarme. Estoy en una situación complicada y...

—No tienes que darme explicaciones y tampoco es necesario que te quedes —le dijo.

—No te prometo nada pero trataré de ayudarte a salir adelante —le dijo Sebastián.

—¿Crees que necesito tu ayuda? —Las lágrimas de Camil volvieron a asomarse.

Sebastián intentó abrazarlo pero el chico lo esquivó.

—¡Qué te vaya bien! —le dijo el muchacho y con aquellas palabras intentó sacarse a Sebastián de en medio.

—¿Sabes dónde está enterrado mi padre? —insistió Sebastián antes de irse.

—No. ¿Ya se lo preguntaste a tu madre? Los dos fueron capturados juntos y vivos —dijo Camil.

—¿Qué insinúas? ¿Crees que mi padre esté aún con vida? —Sebastián tembló ante una posibilidad que parecía remota.

—Después de tanto tiempo lo dudo. No creo que tu padre haya corrido con tu misma suerte, dadas las circunstancias y el matrimonio de tu madre —concluyó Camil.

Nos fuimos de allí de regreso al apartamento. El estado de ansiedad de Sebastián había remitido y ahora lo embargaba una profunda tristeza. Paúl intentó consolarlo, con la misma pasión que yo había empleado para aminorar su dolor. Intentamos salvarlo, sacarlo del hoyo de angustia en que se estaba hundiendo pero aún no era el momento. Paúl estaba desesperado por retomar nuestros planes, pero en una absoluta camaradería me reveló que le daríamos un par de días o más, si era necesario, para que asimilara lo sucedido.

Dos días después, la misión de rescate de Apolo seguía suspendida en

el tiempo y el dolor de Sebastián continuaba sin superarse. Paúl permaneció a nuestro lado. En su rostro pude leer que tenía noticias de la situación de mi hermano pero que por respeto a la pena de Sebastián, no se atrevía a revelarlas. Le hice un gesto a Paúl para apartarnos, para que desembuchara la información antes de que se atragantara, pero Sebastián lo notó y le exigió saber.

—Venus no pudo resolver nada. Le dieron las mismas razones que al resto de América Libre, Apolo está resguardado mientras transcurren las investigaciones. Se le acusa de hacer negociaciones con el ejército de Verena a espaldas de la UNA, a pesar de que los otros cuatro representantes de la UNA estuvieron de acuerdo con que él acudiera a negociar un acuerdo con el general —dijo Paúl.

—¡Qué sensación extraña! Es como si mi madre ya hubiese hablado conmigo en persona y me hubiese transmitido la misma información —dije.

—Eso tiene su explicación científica. Me ha sucedido, parece que ya lo viviste pero no es así. Es algo del cerebro que sucede por... —insistió Paúl.

—No es eso. Sé a lo que te refieres. No siento como si tú me lo hubieras comunicado ya sino como si mi madre en persona lo hubiese hecho —intenté explicarme.

—Debe ser que estás sugestionada —dijo Paúl ya sin saber qué explicación darme.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté.

—Siguiendo su parte del plan —respondió Paúl.

—Entonces nosotros seguiremos la nuestra —resolvió Sebastián.

—Sebastián, aún no estás listo. Podemos esperar —dijo Paúl.

—Sebastián, puedes marcharte con mi padre o a donde tú quieras y hacer ese viaje de sanación interior que tanto necesitas. Corazón, nosotros

podemos rescatar a Apolo. No es necesario que nos acompañes. Permítete sufrir por lo que es necesario llorar y permítete aceptar que lo ocurrido no pudo ser diferente porque es parte del pasado. Delégame a mí, a Paúl o a uno de tus hombres el liderazgo de la misión —le supliqué.

—No huiré —se reveló—. Sé que no me necesitan para rescatar a Apolo pero es mi misión y no renunciaré a ella.

—Sebastián, eres humano, necesitas reconstruir tu historia para que asimiles tu nueva realidad con los trozos de vida que hasta hoy conoces —dije.

—Haré por Apolo lo que no pude hacer por mi padre —sentenció Sebastián—. Solo necesito un día para terminar con este asunto.

Paúl estuvo de acuerdo y nos dejó solos. Yo confiaba en Sebastián, sabía que podría superar cualquier situación si se lo proponía, pero a la vez, los principios autocontrolados aprendidos desde pequeña intentaban disuadirme, me imponían una idea: un líder totalmente dominado por emociones tan intensas no era apropiado para llevarnos al éxito. Se cocinaban demasiados pensamientos en la mente de mi amado. Por un lado, Sebastián aún no me perdonaba por estar allí; tratar de protegerme podría distraerlo en el momento menos oportuno. Por otro, él tenía encima, la pérdida de su recién conocida abuela, el dolor y la incertidumbre en torno a la muerte de su padre y el odio que se cocinaba en su interior ante la imagen que se estaba formando de su madre, quien no solo había traicionado a su tierra y a su esposo, sino también a su propia familia. Aunque no era nueva la desilusión en torno a su madre, porque Karena una vez había ordenado a Ademar King II a viva voz que arremetiera contra su hermano, los sucesos recién conocidos le afectaron mucho a Sebastián. Él era un torbellino de sentimientos que fluían a través de sus zonas cerebrales. Su rostro, lleno de expresión, era una pantalla que dejaba vislumbrar lo que erosionaba en su interior. Lo abracé

mientras yo reflexionaba en las paradojas de la vida: Sebastián había venido a rescatar a Apolo y a la vez se estaba rescatando a sí mismo. Nos quedamos dormidos.

Hacia las seis de la mañana, Sebastián despertó de golpe.

—¿En qué piensas? —le dije sobresaltada.

—No sé si pueda cumplir la petición de esa mujer, recién la conocí y me ha recibido como si nunca me hubiesen arrebatado de su lado —admitió.

—¿Lo dices por el chico? Tu abuela dijo que no tiene a nadie.

—¿Y yo qué le puedo ofrecer? Al menos aquí tiene sus tierras y sus amigos.

—Eres su única familia. En lo que decidas te apoyaré.

Sebastián se puso lo primero que encontró y salió por la puerta trasera. Yo le seguí detrás. Nos envolvió la espesa neblina de aquella mañana. Pusimos en marcha el auto que estábamos utilizando en esos días y nos dirigimos a la casa del primo de Sebastián. Entramos sin que nos invitaran a pasar, luego de golpear en varias ocasiones la puerta sin recibir respuesta. La puerta no tenía cerrojo. Sebastián se orientó muy bien dentro de la casa y salió por la puerta trasera. Atravesó el patio y continuó caminando hasta que divisó a su primo a lo lejos.

La familia paterna de Sebastián a diferencia de la de Karena no tenía nada que ver con la política. Su actividad era muy similar a la mayoría de los habitantes de la UNA, que elegían una ocupación para contribuir al desarrollo de la nación y al sustento familiar. La familia paterna de Sebastián se había dedicado por generaciones a la cría y a la preservación del caballo árabe. Los ejemplares que guardaban en sus establos provenían de una línea muy antigua. Sus bisabuelos paternos habían emigrado tras las guerras desde su territorio original, uno de los países que hoy conforman Limes, debido a que

no quisieron vivir bajo las fuerzas autocontroladas. Una vez instalados en el corazón de Nature comenzaron la cría de caballos, una práctica que había sido suya por generaciones. Criaron la especie local que había gozado por siempre de buen prestigio. Por cuestiones de adaptación al clima y a las costumbres por parte de la familia, fueron trasladándose hasta la frontera de Nature, a la ciudad donde se asentaron hasta la actualidad, justo en el área que cerraba el paso al mar Mediterráneo pero tierra adentro, en aquella zona donde las temperaturas no eran muy elevadas la gran parte del año. Los Oriol trajeron a sus caballos consigo y allí sus descendientes emparentaron con sus habitantes, echaron raíces y se enamoraron de la nueva nación.

La propiedad de la familia parecía un castillo antiguo y deteriorado. Tras la muerte de los dos hijos, el padre de Sebastián y posteriormente el tío, los abuelos de Sebastián se habían quedado al frente con todo el trabajo. Por lo que pudimos averiguar, la madre de Camil lo abandonó de pequeño tras la muerte de su esposo, al no poder lidiar con el dolor y con las responsabilidades. Luego supimos que también había perecido en la lucha contra la Sociedad Autocontrolada. Así que el joven fue criado por sus abuelos y desde niño se había esforzado por mantener con vida aquel mausoleo y los exiguos caballos que aún les quedaban, tres yeguas, un semental y los potrillos que comercializaban.

Sebastián se quedó observando los establos, divisó a Camil que se dirigía hasta la estancia de los caballos, pateando todo lo que se encontraba a su paso. El joven estaba que echaba chispas por la petición de la abuela, pronunciada con las reminiscencias de aliento de la señora antes de fallecer. Él ya había sido tajante y había dejado claro que no marcharía con nosotros, que se quedaría a intentar levantar de las cenizas aquel recinto de paz. Sebastián se introdujo en el establo y no pudo disimular la sensación de familiaridad que respiró. Se acercó a uno de los animales y no se detuvo,

abrió la puertecilla y deslizó la mano a lo largo de la crin de la yegua. Reconoció cada palmo del sitio con la mirada y sintió esa certeza de que ya había estado allí. Camil le lanzó una mirada con la que deseaba desterrarlo de aquel lugar. Sebastián intentó mediar:

—Partiremos pronto. ¿Has pensado en las palabras de nuestra abuela?

—¿Nuestra? Apareces de la nada y quieres reclamarla como tuya. No le dije que no cumpliría su última voluntad porque no quería contrariarla, pero no tienes que preocuparte porque me convierta en un estorbo para ti. ¿No dices nada? —emitió unas carcajadas deprimentes—. Estoy seguro que fue lo primero que pensaste cuando te lo pidió.

—Disculpa, no te lo negaré. Me siento como un idiota delante de ti pero no evadiré mi responsabilidad contigo —insistió Sebastián.

—¿Cuál responsabilidad si ni siquiera me conoces? No hay deuda de afecto entre nosotros y no confío en ti. Creciste en la Sociedad Autocontrolada como nuestro enemigo. Ahora llegas como un enemigo reformado, queriendo reconciliarte con tu pasado. ¿Por qué no la buscaste antes? Ella nunca fue feliz después que te arrancaron de su lado, nunca te olvidó. Sus dos únicos hijos también le fueron arrebatados por los autocontrolados y ahora vienes convertido en uno. No entiendo cómo pudo aceptarte, Sebastián Casals, para mí sigues siendo el fantasma con el que tuve que crecer, Abel Oriol no existe. —Se subió al semental con una gracia impecable y salió triunfante por la puerta del establo, abierta de par en par.

—¿Lo escuchaste? ¿Quién a esa edad puede hablar con tanto odio en sus palabras? ¿Está permitido que alguien tan joven pueda irrespetar a sus mayores así? —me manifestó Sebastián sorprendido.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Llevarlo con nosotros a la guerra? —dije.

—Aquí no le queda nada, ni nadie y la guerra llegará a él tarde o temprano. Prefiero que esté cerca de mí donde pueda encaminarlo en los

pocos años que le quedan para convertirse en adulto.

—No renunciaré a sus caballos —admití.

—Buscaremos la forma para que no tenga que hacerlo.

—Intentaré convencerlo, porque no creo que pueda escucharte, repele tus palabras.

—¿Y tú cómo lo lograrás?

—Obsérvame intentarlo, tampoco tengo experiencia con adolescentes —dije alzándome de hombros mientras pensaba en las palabras pronunciadas por Sebastián: «irrespetar a sus mayores». ¿Es que la responsabilidad de golpe que le caía a Sebastián le hacía sentir una edad muy distante a la de Camil? Estaba como Apolo. Ni Sebastián ni Apolo, tenían experiencia en lidiar con adolescentes, pero la vida les ponía esta tarea casi a la vez.

Caminamos hasta la casa. Allí permanecía el caballo del joven amarrado a un poste. Lo encontramos en una especie de oficina revisando unos documentos a través de su guía convencional estilo UNA. Toqué mi libélula cuando él me estaba mirando y ésta pasó de la transparencia a obtener su matiz metálico. La libélula se irguió y voló en dirección al chico, lo sobrevoló sin dejarse atrapar. Sebastián negó con la cabeza y nos dejó solos. Le sonreí al muchacho impresionado ante el insecto artificial.

—Te presento a mi guía, es algo diferente a la tuya —le dije con tono amistoso.

—¿Estás hablando en serio? —dijo.

—Puedes tocarla y revisarla. Tu primo la hizo para mí. Es su pasión, así como para ti son los caballos.

—Me cuesta creer que algo así provenga de él —dijo.

—Recuerda que no lo conoces —admití.

—¿A qué se dedica Sebastián? ¿Es un desarrollador de Software?

—Entre otras, es un estuche de monerías tu primo, como tú. ¿Quién

iba a decirnos que buscando respuestas acerca del origen de Sebastián y de su padre, nos íbamos a encontrar contigo? Todo un experto en caballos —le sonreí—. Siempre me gustaron esos animales y aunque solo he montado en dos ocasiones, siento que hay un vínculo especial entre los caballos y yo.

—¿Su madre no le contó de nosotros? —indagó.

—¿Su madre? Hasta hace un par de meses supe que esa señora era su madre. Sebastián es una especie de secreto o de pecado para ella. Mi familia crio a Sebastián desde que era un niño. Él ni siquiera conocía su propio nombre o hubiera corrido hasta ustedes. Él también ha tenido una vida difícil, de mucha soledad.

—¿Qué pena! Mis abuelos intentaron buscarlo cuando era un niño pero su madre se negó a dar razones de su paradero. Les hizo entender que Sebastián no quería saber de ellos. Mis abuelos estaban convencidos que estaba vivo pero nunca pudieron dar con él. Mi padre se enroló en el ejército de la UNA para poder investigar al respecto y murió en uno de tantos ataques al poco tiempo de yo nacer.

—Lo siento. Para ustedes dos ha sido difícil crecer pero al menos ahora tienen la posibilidad de estar juntos. Se ve que tu familia nunca renunció a encontrar a Sebastián, incluso tu padre —dije.

—De todos modos no renunciaré a mi vida en este lugar ni me iré con ustedes, ni siquiera sé quiénes son —admitió con sinceridad.

—Tienes razón, Camil. Ha sido una estupidez pedírtelo y me complace tu sensatez. Estoy segura que no nos necesitas para seguir adelante pero tu abuela por alguna razón quería acercarlos.

—Mi abuela ya no pensaba con claridad a sus años, sus ideas eran muy difusas, a veces me confundía con mi padre o con mi tío y en otras hasta con mi abuelo —admitió.

El joven intentó atrapar la libélula sin éxito. Le di al insecto la orden

de bajar y posarse en su brazo.

—Es más increíble aún de cerca —musitó Camil sorprendido y amé su expresión. Me recordó la resiliencia de Sebastián durante su adolescencia—. ¡Así que a Sebastián le gusta la tecnología, qué sorpresa!

Asentí con aquella conversación dándome vueltas en la cabeza. Karena no había ocultado a su hijo para protegerlo, nadie del otro lado de la frontera quería dañarlo, Karena lo había ocultado para garantizar que su hijo no diera con las trizas de su pasado y con el amplio rastro de traiciones y de dolor que Karena había dejado tras de sí, antes de sucumbir de pasión en los brazos del enemigo. Karena lo había ocultado para no perderlo y para que Sebastián no creciera odiándola. Dejé al muchacho y fui en busca de Sebastián para asegurarle que era el momento de proseguir. Quería decirle que no había logrado convencer a Camil, que se despidiera del muchacho y que más adelante intentara entablar una relación más sólida con él.

Encontré a Sebastián montado en el caballo de su primo, con bastante soltura, midiendo las habilidades del semental y las suyas propias, dando vueltas en círculos en aquel terreno tan solo poblado por un par de cedros. Me pregunté quién sería mi esposo de hoy en adelante, Sebastián Casals o Abel Oriol.

CAPÍTULO 4



Faltaban veinte minutos para la hora más oscura de la madrugada. Hacía un par de días Paúl me había devuelto mi anillo espía, mi madre lo había utilizado para sustraer información en la visita a sus ‘amigos’ autónomos. Nos apoderamos de contraseñas para entrar a las diferentes instancias del recinto, de los códigos y las indicaciones de los lugares donde estaban colocadas las cámaras de vigilancias, así como las secuencias de los recorridos de los vigilantes. Estábamos listos para la operación de rescate denominada: Invisible.

Sebastián y yo, llegamos a este punto en que el amor duele y se vuelve orgulloso. Lo había visto languidecer cuando casi pierdo la vida y ahora que la vida continuaba la desperdiciaba. Sus responsabilidades con ese nuevo puesto aumentaron y aunque lo ponía de pretexto, la distancia era la misma que meses atrás. Pensé en la intensidad que habíamos perdido. Me costaba mucho entender la versión de sí mismo en que Sebastián se había convertido. Ahí fue donde me di cuenta que esto era el matrimonio, él parecía no percibir problemas en nuestra relación, pero no me soportaba por las decisiones que estaba tomando como por ejemplo participar en el rescate de Apolo. Yo me resistía e intentaba arreglar lo que no se había roto porque no podía quedarme cruzada de brazos ni tampoco dejar que nuestra relación se

debilitara. Quizás él tenía razón y mi lugar era a salvo cuidando de mi embarazo y no sufriendo de una fe en mi invulnerabilidad, como los hacían los adolescentes. Tal vez era mi lucha interna. Intenté buscar las explicaciones en mi comportamiento, en mis errores, en mis equivocaciones y en mis angustias. Solo así podría controlar la situación y ahora necesitaba estar muy concentrada y que Sebastián lo estuviera también.

A quince minutos de adentrarnos en el sitio donde permanecía encerrado nuestro objetivo, sincronicé mi libélula con la araña de Sebastián para mantenernos comunicados en tiempo real sin necesidad de intercambiar palabras. Sebastián revisó por última vez su armamento y se fue caminando con Paúl y dos de sus hombres. Quise llamarlo, retenerlo un minuto para darle un abrazo y besarlo pero mis labios se quedaron sellados. Gracias a lo negro de sus trajes y a la oscuridad de la noche desaparecieron de inmediato ante mis ojos. Me quedé en el asiento del copiloto con el colega de Paúl de la UNA y con Max, en un auto también negro, a unas cuadras de allí. Mi madre ya había iniciado su viaje de regreso hacía un par de días, al igual que los doctores y se encontraban con los otros dos soldados de Sebastián a la orilla de Nature pero en territorio de Tierras Inhóspitas. La angustia en mi pecho por la reacción de Sebastián me hizo recordar su último intento de alejarme de allí. Él había planeado mi retorno con los doctores para distanciarme de la misión, para que de esa forma yo aguardara el regreso de todos ellos junto a mi madre. Me negué por enésima vez y Sebastián no insistió más, pero bastó una mirada para entender lo que él sentía.

El enojo le servía a Sebastián más que la tristeza porque se volvía más cínico y recordaba sus habilidades autocontroladas. Me desembaracé de mis pensamientos y me concentré en la misión. El destacamento de rescate se estaba acercando al edificio. Comencé mi parte. Programé la araña a través de mi guía como me había enseñado Sebastián. Percibí cómo su araña, en el

modo invisible, se desprendió una pata, que dejó adherida al antebrazo de Sebastián. La pata era el nexo entre Sebastián y su guía, y entre él y los que estábamos en el auto. La tarántula se deslizó sobre el brazo y la pierna de Sebastián hasta llegar al suelo. No pude evitar que se me erizaran los vellos de la nuca solo de imaginármela. La araña de Sebastián lucía bastante trepidante y no terminaba de acostumbrarme a ella, por lo que agradecía que la mayor parte del tiempo operara en su modo invisible. Sebastián y los demás se quedaron apostados. Mientras la araña se dejó conducir a través de mi guía. La dirigí para que desbloqueara la seguridad y le diera acceso a mi equipo. Sebastián y sus hombres le siguieron detrás. Yo no tenía total visibilidad del evento pero podía seguir a través de un mapa holográfico en mi guía los puntos verdes que indicaban que nuestros hombres seguían avanzando y en buen estado físico.

—Pensé que Sebastián te tenía contemplado en la misión —le dije a Max luego de cerciorarme de haber cerrado la comunicación con Sebastián —. Recuerdo que mencionó que eras parte indispensable del plan.

—Somos tres de este lado, uno vigila, otro sincroniza las guías y el otro permanece al volante. A mí me tocó la vigilancia —enfaticó Max.

—¡Ah sí! —dije sin mencionar lo que me estaba rondando en la cabeza, que Sebastián había traído a Max para protegerme.

—Ya están en la puerta principal —dijo Max que no dejaba de observar el mapa desplegado.

—Anda a vigilar, Max. Yo me ocupo de mi parte.

El ingreso al sitio, ése había sido uno de los puntos en los que nos había costado ponernos de acuerdo. Paúl y yo habíamos sugerido entrar por el fondo de la propiedad pero Sebastián, que a estas alturas se había vuelto más teatral había insistido en que Apolo saldría por la entrada frontal. A medida que la araña se acercaba a cada zona protegida o puerta asegurada, yo

buscaba y le enviaba el código que requería o le indicaba la cámara que debía ir desconectando.

Por momentos, los puntos verdes sobre el tablero se movían con rapidez en el mismo sitio y aquello me daba la pauta para saber que alguno de los hombres del equipo luchaba cuerpo a cuerpo con los guardias del lugar. Volví a pensar que Max, como experto en combate, le era más necesario a Sebastián y a sus hombres. Dejé el pensamiento a un lado. La araña avanzó con mucha prisa y me concentré en que fuera desbloqueando la seguridad a su paso. Cuando me percaté, pude notar que el equipo de rescate se había quedado retrasado, eso solo podía indicar que estaban siendo contenidos por los adversarios. Amplié el audio y no logré percibir sonidos de disparos ni otros.

—Max —le dije—. Tendrás que entrar.

—No hasta que Casals me lo ordene —dijo.

Pensé hacer que la araña recurvara hasta el equipo pero vi los puntos verdes ponerse nuevamente en marcha. Dos de ellos estaban supeditados uno encima del otro y eso sólo podía indicar algo, alguien estaba herido.

—Hay un herido, Max, entra.

—Están avanzando y no han pedido refuerzos —señaló Max en el mapa y me recordó a mi antiguo entrenador.

Max regresó al punto de vigilancia. Según el mapa ya estábamos muy cerca. El equipo y la araña siguieron avanzando a toda prisa, y por el tablero supe que ya estaban ante la celda de mi hermano. Tardaron lo suficiente para liberarlo y emprender el camino de regreso. Casi en la entrada le ordené a la araña subirse al antebrazo de Sebastián, el piloto puso en marcha el vehículo y los recogimos en las afueras del lugar.

Paúl llegó sobrecargado en Sebastián y yo ya estaba en el asiento trasero con una venda en las manos para detener el sangrado de manera

provisional. No tuve tiempo de intercambiar más que una mirada con mi hermano y partimos. La bala penetró justo debajo del hueso de la clavícula hacia el hombro, pegada al borde de la placa del chaleco antibalas. Tal vez ese choque frenó la bala en su avance dentro del cuerpo de Paúl y evitó que lo traspasara, porque busqué con el tacto un orificio o sangre en su espalda y no encontré nada. Eso agravaba su situación, requería que le retiraran la bala y no podría esperar a que llegáramos a una de nuestras unidades.

No tardarían mucho tiempo en percatarse de la fuga de Apolo y dar la voz de alarma, así que disponíamos de poco tiempo para escapar. Ya daban las cinco y media de la madrugada. Nuestro plan original incluía, dividirnos, unos seguir en el auto y los demás tomar otros medios de transporte y salir de la ciudad de la misma forma que habíamos entrado, pero con Paúl herido nuestro plan daba un vuelco.

—Necesita un hospital —dije.

—Cualquier herido será relacionado con lo ocurrido, podemos salir por donde entramos pero no pasaremos los controles internos de Nature si no se le cambia de ropa, está lleno de sangre —dijo Sebastián.

—Entonces regresemos al apartamento, si me consiguen los implementos necesarios creo que puedo estabilizarlo para que pueda viajar con nosotros —dije.

—Tenemos que huir ahora —dijo Sebastián—. Si no salimos de inmediato tendremos que abandonar el territorio por la fuerza y eso no era parte del plan. Les pondremos sobre aviso acerca de la dirección que vamos a tomar.

—Váyanse todos —dijo mi hermano—. Yo me quedaré con Paúl. Tengo unos amigos que podrán darnos refugio hasta que podamos viajar. Será más seguro para gente de la UNA que para el resto.

—Eso no es negociable, Apolo. Todo lo que hemos hecho ha sido por

ti, así que te irás con la mayoría del equipo. Y esto no será seguro para ninguno de nosotros cuando comiencen las investigaciones. Yo me quedaré con Paúl y nos reuniremos con ustedes cuando Paúl pueda viajar. Nos la arreglaremos para ocultarnos y sobrevivir. Uno de mis hombres permanecerá conmigo. Todos los demás salgan y diríjense al camión con los demás tripulantes. No nos esperen, conduzcan a toda prisa hacia la unidad uno. Allí recarguen baterías y diríjense a la unidad cero punto cinco. Les deseo éxito, hermanos. Paz... —murmuró Sebastián y percibí el dolor con que pronunciaba las últimas palabras—, te quedarás con nosotros. Paúl necesita un médico y tú has sido entrenada para salvar la vida de un presidente. Max, tú eres el que nos acompañará. Vamos.

Apolo me abrazó con fuerzas y Sebastián insistió para que nos despidiéramos a prisa.

—No —intentó oponerse Paúl al sacrificio que estábamos haciendo por él, pero los hombres de Sebastián lo arrastraron hasta el automóvil y nos pusimos en marcha.

Llegamos pero no al apartamento. Sebastián detuvo el auto ante la antigua propiedad de sus abuelos.

—¿Qué haces? —le dije preocupada.

—Aguarda —dijo y se bajó del auto.

Sebastián le dio indicaciones a Max para que tomara el lugar del conductor. Se acercó a la puerta de entrada de la propiedad y abrió la amplia reja de hierro que introducía al terreno, la cerró tras el paso del auto y se subió en el asiento del copiloto. Llegó ante la puerta de la vivienda y llamó para entrar pero nadie le respondió. Empujó la puerta y como la otra se abrió de par en par. Lo vi hacer un gesto de disgusto. Le indicó a Max conducir hasta uno de los pasillos laterales en cuyo espacio permanecía estacionado un auto y una bicicleta. Entramos junto con Paúl por la puerta lateral del

improvisado estacionamiento, la cual tampoco estaba asegurada. Sebastián emitió un sonido de disgusto y luego añadió:

—¿Y así cree este chico que está listo para emanciparse? —dijo con enojo y desenfundó el arma.

Sebastián le indicó a Max que buscara una habitación para acostar a Paúl. Él siguió inspeccionando la propiedad para cerciorarse si estaba libre de otras personas, como ya se había percatado en las pasadas visitas. Llegó justo ante la habitación de Camil, la cual también permanecía abierta y al verlo durmiendo a pierna suelta, le apuntó con el cañón en la cabeza. Presionó el arma contra la frente de Camil y éste se despertó sobresaltado.

—¿Estás seguro que estás listo para vivir solo, no me parece? —le increpó Sebastián.

—¿Estás loco? ¿Qué haces aquí y con un arma? —le gritó.

—¿A parte de ti hay alguien más en la propiedad? —preguntó Sebastián.

—¡No! —gritó Camil.

—Tenemos un pequeño problema y necesitamos quedarnos aquí —le dijo Sebastián sin una sombra de cordialidad—. ¿Tienes algún inconveniente?

—No sé en qué estarán metidos pero no quiero involucrarme —dijo el muchacho.

Sebastián ignoró la frase anterior y continuó hablando:

—Paz, dile a Max que vaya por los medicamentos y utensilios que necesitas pero primero revisa lo que ya hay en la casa y que te pueda servir. Mientras menos sospechas levantemos será mejor. Son las seis y diez. Hazlo de inmediato, antes que las farmacias se conviertan en foco de vigilancia. Por un momento pensé mandar a Camil, pero mejor no, no quiero levantar la mínima sospecha sobre nuestra estancia en esta propiedad. Préstale tu anillo a

Max y dile que pase primero por alguna clínica y se las arregle para hacer la copia de la guía de un médico. Así las compras quedarán registradas a su nombre.

—A tus órdenes —le dije con ironía por la forma en que nos estaba hablando a todos pero en el fondo coincidía con él, en cada una de las decisiones que estaba tomando.

Le di el anillo y las indicaciones a Max. No dudaba que estaba preparado para ello, lo que me preocupaba era que los autónomos descubrieran que era un robot humanoide.

—Max se prudente y ágil. Muévete con soltura, por favor. Recuerda pestañear, imitar la respiración y suéltate. Sonríe. Los autónomos son más... —dije sin poder rescatar la palabra que tenía en la punta de la boca.

—Tuve suficiente tiempo para estudiarlos. Estoy preparado para esto —dijo Max.

—Pídele a Camil que te preste algo de ropa. Él es casi de tu altura, algo te debe quedar.

Camil se nos acercó, aún con la ropa de dormir, hasta la habitación donde yo estaba atendiendo a Paúl y me despedía de Max. Camil abrió la boca para decir algo pero no dijo nada. Reparó en nuestras ropas, las armas y nuestro compañero herido. Se sentó en una silla, se cubrió la cabeza con ambas manos, y comenzó a lamentarse, temiendo que la avalancha de acontecimientos que se llevó uno a uno los miembros de su familia amenazaba con volver a arrasarlos. Cinco minutos después se puso de pie, buscó la ropa sobre la que me escuchó hablar con Max y comenzó a reunir en una bolsa todos los medicamentos y los recursos médicos que había en la casa, los que le sirvieron para cuidar a su abuela hasta hacía unos días. Luego me los entregó y se fue a la cocina a hervir abundante agua, la que una vez lista también nos la alcanzó con gesto de suficiencia mientras Max se iba.

Acomodé a Paúl. Le corté la ropa del área cercana a la herida con unas tijeras previamente desinfectadas. Le retiré la venda y le revisé la herida. Traté de no emitir ningún juicio delante de Paúl para no ponerlo nervioso pero pude cerciorarme que la decisión de quedarnos fue la acertada. Comencé a limpiar el exceso de sangre y coloqué otra compresa temporal para detener el sangrado.

—Estarás bien, Paúl, sólo necesito que seas fuerte. Te inyectaré un analgésico para reducir el dolor.

Camil llegó con las manos oliendo a limpio y comenzó a asistirme.

—¿Y si tu primo nos delata? ¿Lo pensaste antes de venir a aquí? —le pregunté a Sebastián ante la perplejidad de Camil que permanecía delante de nosotros.

—No lo hará —dijo Sebastián—. Quería demasiado a nuestra abuela para hacer eso.

Camil se limitó a escucharnos en vistas de que no le habíamos pedido su opinión. Sebastián se dirigió al muchacho y le dijo:

—No somos tus enemigos y no venimos de la Sociedad Autocontrolada si es lo que temes. ¿Nos brindarás refugio o es necesario que utilicemos la fuerza?

—¡Cálmate! —le dijo Camil—. Ésta también es tu casa, solo espero que te vayas pronto y que no me perjudiques con tus asuntos.

—También lo espero —le dijo Sebastián.

Sebastián se quitó la chaqueta y se quedó con una camiseta de mangas largas. Las remangó hasta el codo se lavó a conciencia las manos y me dijo:

—¿Cómo te ayudo?

—Lo necesito a él —dije señalando hacia Camil—, tiene más experiencia que tú con los enfermos. Tú puedes esperar a que traigan los suministros médicos que pedí y puedes cerciorarte que la propiedad sea

segura. Tráeme mi botiquín, por favor, tengo un medicamento que le ayudará a recuperarse más rápido. ¡Ah! Empieza por cerrar algunas puertas.

Camil esbozó una sonrisilla y se dispuso a ayudarme. Aflojé la ropa de Paúl y procedimos a colocarle la inyección. Le retiré los zapatos para que estuviera cómodo. Le tomé nuevamente la temperatura y lo cubrí con una sábana limpia para que permaneciera lo más estable posible.

—Gracias, Paz, por quedarte con todo lo que implica —emitió Paúl—. Ojalá que entre las cosas que pediste hayas pedido anestesia porque no soy muy resistente ante el dolor.

—Tranquilo. Soy experta retirando balas y todo será muy rápido —le dije antes que se embelesara producto del sedante.

Cuando llegaron los suministros y nos preparamos para la extracción de la bala vi a Camil suspirar. Nunca había llegado tan lejos en los cuidados que le había proporcionado a su abuela, que por lo hábil que se mostraba asistiéndome, de seguro había tomado buena parte de su adolescencia.

—¿Puedes? —le pregunté al chico— ¿O crees que es mejor que Sebastián me asista?

—Puedo —respondió el muchacho.

—Vamos a inyectarle una anestesia local, es todo lo que podemos hacer por él para el dolor en este momento, además del sedante que ya le suministramos. Vamos a poner especial énfasis en evitar una posterior infección manteniendo todo el material lo más estéril posible. Al terminar le indicaré antibióticos.

Camil no perdió la calma y siguió cuidadosamente mis indicaciones. Sebastián tampoco se apartó de nuestro lado y Max se encargó de la vigilancia. No era la primera vez que yo extraía una bala. De hecho en mi especialidad médica, asistir a heridos de guerra era en lo que más énfasis ponía. Durante los atentados de la UNA a la Sociedad Autocontrolada había

tenido muchas oportunidades de ponerlo en práctica. Por eso, cuando me tembló la mano con la que procedería a la operación no lo entendí. Como un espejismo, algo nubló mi mente un par de segundos y sentí una conexión extraña de pronto. Percibí la angustia de mi madre mientras Apolo le relataba que Paúl, Sebastián y yo nos habíamos quedado atrás. Sacudí la cabeza y traté de enfocarme. Sebastián se percató que algo sucedía y en fracción de segundos estuvo a mi lado interrogándome.

—Todo está bien —le dije para sacármelo de encima pero no pude engañarlo.

Respiré profundo y comprobé que mi pulso volvió a estabilizarse y proseguí. Extraje la bala, inspeccioné con los medios que tenía el hueso para cerciorarme de que no se hubiese comprometido y limpié minuciosamente toda la zona. Lo dejé listo para comenzar a recuperarse.

Cuando salí de la habitación y me retiré los guantes, le agradecí a Camil por su apoyo. Me senté fuera en la terraza trasera para tomar un poco de aire, sin poder quitarme de la cabeza la preocupación por lo que me había sucedido. Sebastián llegó pronto con una taza de té para mí.

—Camil nos ofreció este delicioso té de flores. Él mismo lo preparó. Tómalo y retírate a una de las habitaciones. Necesitas descansar. Toma un baño e intenta dormir —me dijo.

—Tengo que estar de guardia al menos la primeras cuarenta y ocho horas —le aseguré.

—También tienes que cuidarte, por nuestro hijo y por ti. Danos las indicaciones y estaremos de guardia. De ser necesario te despertaremos.

—¿Qué habría pasado si yo no les hubiera acompañado? ¿Incluso tú podías haber resultado herido? —le solté.

—Tal vez desde un inicio debimos considerar traer un médico con nosotros. Sobre todo en esta expedición tan lejos de nuestras unidades.

Lamento no haberlo pensado antes, así como lamento no haberte convencido para que no vinieras. Aún no estamos fuera de peligro —resolvió para evitar tener que darme la razón.

Sebastián se instaló junto a Paúl en una silla y se conectó a los medios locales para ver si había alguna noticia sobre el escape de Apolo. Mientras, yo me acomodé en una de las habitaciones que tenía vista hacia la parte trasera de la casa y pude relajarme viendo a los caballos pacer con placidez y con la elegancia que les caracterizaba. No percibí cuando me quedé dormida pero sí cuando desperté de un brinco sobresaltada, con el pulso acelerado. Soñé con el reencuentro de mi madre y Apolo, y el temor que ella experimentó al saber que yo me había quedado atrás, lo sentí como propio. Me fui a darle una vuelta a Paúl para olvidar la pesadilla.

Tres días después ya estábamos listos para marcharnos. Paúl se podía poner de pie, caminar sin una tremenda mueca de dolor y eso nos ayudaría a escabullirnos sin armar aspavientos. La seguridad tras el escape de Apolo sí había sido recrudescida pero con mucha discreción hacia el evento que la había desencadenado.

Sebastián eligió unas horas antes de marcharnos para agradecerle a Camil por su hospitalidad. Pero las palabras que emitió fueron las últimas que esperé escuchar, después de la madurez que había mostrado Camil en esos días y del apoyo que nos había brindado:

—Si para cumplir la voluntad de nuestra abuela tengo que llevarte a la fuerza estoy dispuesto a hacerlo. Cuando tengas la mayoría de edad podrás hacer lo que desees, regresarte o marcharte a donde te dé la gana, pero ahora te irás conmigo.

—No puedes obligarme —se defendió Camil—, Sebastián Casals. No eres mi tutor legal ni tienes ningún derecho sobre mí.

—En eso tienes razón, pero tengo la habilidad y los medios para sacar

por la fuerza a una persona de la Unión de Naciones Autónomas, no será la primera vez. Aquí ponen mucho énfasis en vigilar las fronteras con la Sociedad Autocontrolada pero obvian las fronteras con Tierras Inhóspitas, como si todos los seres humanos repeliéramos de ellas o temiéramos introducirnos en su terreno.

Entendí que de esa forma tanto William como él habían vulnerado la seguridad de la UNA cuando secuestraron a Leila Salvat.

—No puedo irme sin encargarle a alguien la propiedad y los caballos —mencionó Camil enojado.

—Los caballos puedes dejarlos en otra reserva, las hay más prósperas que ésta y la propiedad puedes cerrarla hasta que regreses. No te irás para siempre solo hasta que alcances la mayoría de edad —le reveló Sebastián.

—Si hubieses crecido como yo entre caballos entenderías que no puedo apartarme de esos caballos ni ellos de mí —dijo el chico con lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho, Camil. Si fueran otras nuestras circunstancias nos quedaríamos contigo o traería a tus caballos conmigo pero no tengo esa opción. Despídete de tus caballos pero no les digas hasta siempre.

—Mi abuela y yo estábamos mejor sin ti —reprochó.

—No lo dudo pero esto es lo que tienes ahora.

CAPÍTULO 5



Pasar los controles de la UNA no era difícil, al menos antes del escape de Apolo. Solo se cercioraban de escanear la placa del auto. Si todo estaba en regla y los pasajeros no se les hacían sospechosos, los dejaban pasar. En esta ocasión, uno de los guardias se dedicaba a observar los rostros de cada uno de nosotros. Además, nos hicieron preguntas.

—¿A dónde se dirigen? —nos interrogaron.

—Vamos por un intercambio con otra reserva —soltó Camil—. ¿Le nuestro los papeles?

El guardia reparó en nosotros, en la camioneta y en las tres naves que venían enganchadas, en la que a simple vista se podía ver dos caballos por cada una.

—No es necesario, sigan adelante. Tengan cuidado.

Cuando nos alejamos, Camil miró a Sebastián, para que este último reconociera que había tenido razón.

—No creas que te saldrás con la tuya y que viajaremos con los caballos. Los dejaremos en la reserva más cercana —añadió Sebastián.

—Estamos cerca de la frontera con Tierras Inhóspitas —dije luego de comunicarme con mi libélula que se había adelantado y sobrevolaba delante

de nosotros.

—Si nos desviamos a una reserva, de regreso volveremos a toparnos con otro punto de control —dijo Paúl—. El chico tiene razón. Esta es nuestra oportunidad.

—Vale pero si nos vemos en la necesidad, soltamos a los caballos y proseguimos. Fin de la discusión. No sacrificaré a nadie por un caballo. ¿Entendido? —soltó Sebastián.

—Nuestro abuelo sentiría vergüenza de ti —le dijo Camil a Sebastián y este último decidió ignorar el comentario.

Tomamos la carretera paralela a Tierras Inhóspitas y avanzamos hasta que encontráramos el lugar sin la vigilancia adecuada para cruzar. Camil iba con un manajo de emociones desfilando a través de su expresión, las que estallaron cuando se cercioró a dónde nos dirigíamos.

—¿Qué hacemos en las tierras salvajes? —preguntó Camil cuando ya no pudo más.

—¿Has oído acerca del general Verena y su ejército? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—El general Verena, mi padre, abandonó su cargo como Secretario de Defensa en la Sociedad Autocontrolada y se refugió en las tierras de nadie. Muchos hombres y mujeres, incluso algunos de la UNA decidieron seguirlo. Nosotros vivimos con él, somos parte de las personas que le siguen.

—No puede ser. ¿Y ésta es tu idea de protección para mí? —Camil le reclamó a Sebastián—. ¿Por esto me hiciste abandonar todo?

—Eso mismo le dije a tu primo, que nosotros no teníamos una posición muy sólida aún —añadí—. Pero al menos estarás en familia. Sé que será difícil al principio, que Sebastián no es más que un extraño para ti pero al menos hasta que cumplas tu mayoría de edad somos tu única opción.

—Te equivocas, Paz. Hace tres años la condición de mi abuela comenzó a empeorar y no solo tuve que valerme por mí mismo, sino que me hice cargo de ella, de los caballos, de la casa. Vi cómo hacerle para sobrevivir.

No le insistí, en parte tenía razón y Sebastián lo sabía pero se había aferrado a cumplir la última voluntad de su abuela. Camil siguió lamentándose de todas las leyendas populares acerca de las condiciones de Tierras Inhóspitas y no le saqué de su error. Lo dejé que comprobara las virtudes de nuestra nueva ubicación en el mundo. Nos aproximamos a la unidad uno. Mucho antes de llegar nos recibió el destacamento que tenía la misión de ir encaminando a los nuevos aliados que se iban sumando a nuestras fuerzas. Por ellos supimos que el número de quienes se unían seguía creciendo. También nos dijeron que el equipo de rescate de Apolo ya había pasado por allí. Eso nos tranquilizó porque no habíamos tenido noticias sobre ellos.

La unidad uno permanecía vacía pero aún era habitable. Otro destacamento permanecía vigilándola sin registrar más actividad que la del equipo de rescate que había pasado a reabastecerse. Descansamos un par de horas y seguimos rumbo al asentamiento cero punto cinco, el que aún yo no tenía el gusto de conocer.

Cuando arribamos me quedé con la boca abierta. Ahora entendía por qué decidieron que esta unidad sería la destinada al mando de nuestro ejército. Tenía mucho potencial. Atravesamos la entrada principal y aún tuvimos que recorrer un buen tramo para llegar a las oficinas centrales donde se encontraba mi padre. El general Verena estaba rodeado por sus oficiales, mi madre y mi hermano; discutían alrededor de unos planos holográficos que emergían de la guía de Apolo. Llegamos justo cuando ya habían dejado de

confiar en que llegaríamos por nosotros mismos, y ya estaban planeando cómo sacarnos de Nature. Mi padre detuvo el habla y esbozó una sonrisa mientras nos observaba a los cinco recién llegados acercarnos a ellos. Nos recibieron y al fin pude darle un largo abrazo a mi hermano y éste ponernos al tanto de lo ocurrido con él.

El testimonio de Apolo sirvió de prueba contundente de las conjeturas de Paúl sobre el encarcelamiento del primero. Las reformas que él quería imponer y el apoyo de América Libre no fueron aprobados por el resto del Consejo de los Representantes, así que decidieron sacarlo de en medio, lo que constituía una violación de los principios e autonomía de América Libre. Nos aseguró, ante la incredulidad de mi madre, que nunca lo sometieron a ningún tipo de interrogatorio ni fue testigo de ninguna investigación, como ellos aseguraban, acerca de la colaboración con el ejército de Tierras Inhóspitas. Apolo nos garantizó que los representantes no se sentían amenazados por el ejército de Verena, para ellos este hecho solo traía ventajas, desde su percepción. El ejército de los King se volvía más débil y ya estaban pensando cómo aprovechar la situación.

—No puedo creer todo lo que me dices, hijo. Acabamos de frenar una guerra con el Tratado de Tolerancia —dijo mi madre.

—Los representantes de la UNA se aferran cada vez más a ideas estáticas y a modos arcaicos para intentar implantarlas —dijo mi hermano.

Las piernas me flaquearon y tuve que recostarme de inmediato. Sebastián le pidió a Johnson que me revisara e hizo partícipe a mi familia de que últimamente había estado muy sobresaltada con extrañas pesadillas y cansada. Acentuó:

—Paz ha hecho demasiado esfuerzo en este viaje. Necesita descansar en serio. Espero que ustedes me ayuden a convencerla que al menos durante una semana no la necesitamos.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo mi madre—, pero no es el cansancio del viaje lo que la tiene así. Apolo nos tiene noticias poco agradables y en esto me siento terriblemente culpable porque de cierta forma yo lo propicié.

Mi padre que hasta ese momento había estado con nosotros se retiró con una sombra de pesar en el rostro. Sebastián se quedó muy atento y yo me senté de golpe, negada a escuchar.

—Son los efectos secundarios de la guía mental. Me pasó lo mismo. Comencé a tener sueños o recuerdos de los que no entendía el origen —reveló Apolo.

—¿De qué hablas, si yo quedé limpia de ella hace bastante tiempo? —expliqué.

—Lo mismo pensé. A nuestra madre le ha estado ocurriendo lo mismo que a ti. La guía mental evoluciona y se fusiona con el organismo que la utilizó. Durante ese proceso tiene unos efectos secundarios muy desagradables, pero será solo en el momento de quedar fusionada con tu cuerpo. La UNA tiene un medicamento naturista que contrarresta esos efectos tóxicos que son: sentirse como envenenado, dolores articulares, debilidad, entre otros desconocidos. Necesitas la medicina y podrás seguir usando la guía sin complicaciones. Al menos hasta que aprendamos a cómo librarnos de ella para siempre.

Mi madre también nos dejó y recordé que ella también había estado sufriendo de pesadillas, como yo.

—En América Libre, justo antes de ser detenido me explicaron lo que sucedía, cuando comencé a sufrir los síntomas y me suministraron el medicamento. Luego me apresaron y ya no pude advertirles a ustedes ni traerles la medicación. Necesitamos conseguir el fármaco para ti y para nuestra madre. Los efectos tóxicos podrían repetirse a futuro, en nuevos

procesos de la evolución de la guía, supuestamente este medicamento te libera de ellos de por vida —me dijo Apolo.

Sebastián comenzó a atormentarse y preguntó lo que a ambos estaba a punto de asfixiarnos.

—¿Para nuestro hijo hay alguna consecuencia?

—Yo creo que no. Fue lo primero que pregunté. Me aseguraron que no pero ya no sé qué pensar. Jamás creyeron que la guía evolucionara dentro de nuestro organismo —dijo Apolo.

—No sé si creerles —dijo Sebastián.

Mi hermano no pudo seguir en nuestra presencia y también se retiró. Aunque Apolo se esforzara y tratara de ser civilizado aún no olvidaba que Sebastián estaba implicado en lo sucedido a Leila Salvat. La última vez que Apolo estuvo en Tierras Inhóspitas la relación con Sebastián fue casi nula. Comprendí el malestar de Apolo ante las escasas palabras que había compartido con Sebastián y el que nos abandonara con rapidez. Sebastián lo notó e intentó disimular su frustración. Tal vez pensó que rescatándolo y salvando luego a Paúl, sería suficiente para calmar el pesar que embargaba a Apolo en su presencia.

Sebastián llamó a Camil para indicarle donde se quedaría él y sus caballos. El chico lo siguió con aquella expresión de descontento en el rostro. Mientras todos los presentes nos abandonaban en direcciones diferentes tomé a mi madre por el brazo. Ella me devolvió una pregunta sin mover los labios y me paralicé unos segundos, sin poderlo creer:

—¿Qué quieres?—. Esas dos palabras se me colaron en la mente, como cuando teníamos instalada la guía mental.

—¿Esto es en serio? —solté en voz alta.

Mi madre me miró fijamente y ya no me llegó ni una palabra más por esa vía, así que despegó los labios para pronunciar.

—He intentado hacerlo funcionar pero solo logro flashes y es bastante agotador. Sin embargo, en algún momento mientras operabas a Paúl pude ver y oír lo que percibías.

—¿No me digas? Creo que me ha ocurrido, con Apolo o contigo. ¿Funcionará como la otra vez? —pregunté.

—Hay muchas preguntas entorno a eso que ni Apolo nos podrá responder. Estoy pensando viajar a América Libre a buscar respuestas. No podemos continuar así.

—No creo que seas bien recibida allá. Con el escape de Apolo ni tú ni él deben regresar.

—Te equivocas, hija. Nadie me negará mis derechos en América Libre.

—No discutiremos ahora por eso. No quieres verlo y no te insistiré. No te retuve para hablar de la guía mental, ni de tu situación en América Libre. Es otro asunto. Earta Hébert conocía el origen de Sebastián, me refiero a que proviene de la UNA, de una concepción natural. Eso quiere decir que Karena King sabía que su hijo no iba a poder ser padre si no intervenía la ciencia, al menos con una mujer autocontrolada. Sin embargo, en alguna ocasión la escuché motivando a Sebastián para contraer matrimonio.

—No entiendo absolutamente nada de lo que estás hablando. Mejor vamos a la habitación, me explicas todo desde el principio y así te recuestas de una buena vez.

CAPÍTULO 6



Tierras Inhóspitas.

Nuestra nueva unidad era mucho más grande que la anterior y el destacamento de mi padre se había empeñado en desempolvarlo y transferirle la pulcritud y la organización de su estilo de vida en la Sociedad Autocontrolada. No pude recorrer el espacio en ese momento para conocerlo, como hubiese deseado, pero por mi madre supe que contábamos con bodegas, cuartel, clínica, laboratorio, salas comunes, cocina, comedor y mucho espacio libre para entrenamiento. Mientras me encaminaba al lugar que me había indicado mi madre, me detuve a observar a las personas trabajando afanosamente y lo contrasté con la realidad en la que había crecido tan distinta, donde las máquinas se encargaban del trabajo en general. Ahora las gotas de sudor recorrían los cuerpos de hombres y mujeres, no como parte de un entrenamiento de su régimen de vida y sí como parte de la rudeza del trabajo necesario para sobrevivir en las condiciones inhóspitas.

Mi madre lo notó y me dijo con una sonrisa:

—Se empeñan en construir su sociedad en Tierras Inhóspitas y muchos hasta han sugerido que traigan a algunos robots humanoides. Les ha

venido muy bien la presencia de los autónomos. A nosotros siempre nos han enseñado a sobrevivir en la naturaleza. Muchos de nuestros medicamentos ya se están elaborando en el laboratorio.

—No demerito a los autónomos pero tendrías que ver al entrenamiento al que me sometieron cuando quise entrar al equipo médico de Ademar King, no olvides que la mayoría de los seguidores de mi padre provienen del ejército y lo que le sobran son habilidades por adaptarse a cualquier terreno por inhóspito que sea, por eso no temieron en cuanto se les dio la oportunidad de venir —le compartí.

Mi madre compartía un cubículo con mi tía, la que me abrazó con ternura al tenerme cerca. Tía Patricia intentó darnos espacio y retirarse pero le pedí que se quedara. Pude notar por las palabras que cruzó con mi madre, que aunque pernoctaran en la misma estancia aún mi tía no podía perdonar ni aceptar la conducta de mamá. Al final logré que ambas me escucharan y dejaron por un instante sus diferencias personales a un lado.

—Earta Hébert conocía el secreto del origen de Sebastián. No me refiero a la identidad de su familia y a los datos que nos llevaron a encontrar a la abuela y al primo de Sebastián. Earta no quiso separarse de mí en mi estado, en nuestro viaje no dejó de observarme y estoy segura que ha estado documentando en su guía el curso de mi embarazo. Más de una vez me ha estado abrumando con preguntas acerca de la concepción de mi hijo y de mi estado en general. ¿Entienden lo que quiero decir? —referí.

—Explícate un poco mejor —pidió mi tía.

—Resulta que para proteger las modificaciones genéticas introducidas para crear al hombre nuevo, indujeron a que los autocontrolados solo se reprodujeran entre sí pero como la imposición del gobierno no fue suficiente para poder controlar a la población, ni todas las reglas alrededor de la familia, decidieron realizarlo a nivel genético. Crear cierta incompatibilidad

reproductiva entre los autocontrolados y los autónomos.

—¿Estás segura que tuvieron éxito? —preguntó mi madre.

—No estoy segura de nada, casi todo lo que pienso son conjeturas entre los trozos de verdad que ha decidido Earta comunicarme y todo lo que aún me oculta. Si no me supiera embarazada de Sebastián ni siquiera nos hubiese hecho partícipes de estos hechos. Por otro lado a Earta le preocupa, en su obsesión por la reproducción, que los autocontrolados y los autónomos no puedan tener descendencia entre sí y ahora su nuevo pueblo está conformado por ambos. Earta ya se está trazando un objetivo para sentirse útil en esta parte del mundo —dije.

—No solo lo hace para sentirse útil, tendría en sus manos una herramienta poderosa necesaria en nuestro ejército. Tu padre debe saber esto de inmediato, pero tiene que saberlo con todos los detalles. Ahora mismo acudiré a Earta Hébert y le exigiré que nos exponga todo si quiere continuar recibiendo refugio entre nosotros —sostuvo tía Patricia.

—Detente, Patricia —le pidió mi madre—. Si todo lo que Paz está suponiendo es cierto, estaríamos en las manos de la doctora. No nos conviene en este momento declararla nuestra enemiga sino nuestra aliada. Pensemos con calma cómo sacarle todo lo que sabe, tenemos que acercarnos con sutileza a ella. La doctora quiere recuperar su lugar al lado de los poderosos, con los King ya sabe que no hay vuelta a atrás y por eso está apostando por Verena.

—¿Y la pequeña Iris? Apolo es autocontrolado y la madre de Iris es de la UNA, ¿verdad? ¿Están completamente seguras? —nos preguntó mi tía.

—Eso creo, Patricia. Conozco a la madre de Dafne y no creo que haya en su pasado secretos tan turbios como los de nuestra familia. Dafne es una autónoma y Apolo nació autocontrolado —dijo mi madre.

—Madre, ¿cómo le hiciste para sacar a Apolo de América Unida?

¿Cómo le hiciste para ocultarlo de mi padre? ¿Ambos somos productos de la reproducción asistida? Necesito saber detalles porque lo más insignificante a lo mejor arroje alguna evidencia sobre la concepción de mi hijo y la de Iris — imploré.

—Iris debería estar aquí con nosotros. No entiendo para qué se la llevaron si al final iban a regresar —me interrumpió tía Patricia.

Intenté volver a la carga y mi madre le contestó a mi tía lo que me hizo mantener la boca cerrada:

—Está con su abuela, debe estar bien cuidada.

—¿Te consta? Al final su hija tomó decisiones bastante desfavorables para sí misma y para su criatura —rebatí mi tía.

—¿Acaso los padres somos responsables de todas las decisiones de nuestros hijos? —se defendió mi madre.

—Ya no discutan, por favor. ¿Cómo nos concebiste, mamá? ¿De forma asistida o natural? Si nos concebiste de forma natural eso explicaría todo. Apolo y yo estaríamos libres de la modificación referida por Earta Hébert. La doctora Rita Roger me dijo que hay mujeres que se han embarazado sin proponérselo de sus propios esposos, y que en dependencia del médico que toque seguir el caso de reproducción de la familia, se han hecho de la vista gorda para no reportarlo. Dafne es uno de esos casos, le hizo creer a su esposo que se había embarazado de forma natural de él. Imagino que como nadie sabía que ella provenía de la UNA no se alarmaron al respecto.

—El médico que consienta a ello estaría incurriendo en el mismo delito de los padres —dijo tía Patricia.

—Y también es verdad que aunque el conocimiento del caso represente una vergüenza para la familia, la justicia ha perdonado a algunos de ellos. Son casos muy aislados. He sabido de alguno que otro pero no es el

caso tuyo ni de tu hermano —aceptó mamá.

—Si vas a comenzar a relatar cómo le hiciste para engañarnos a todos prefiero dejarlas a solas —dijo tía Patricia—. Es demasiado doloroso para mí que le hayas negado a mi hermano a su propio hijo.

—Servirá de algo para que me perdones, recordarte que gracias a mis traiciones y a mis errores Paz se encuentra hoy entre nosotros —le dijo mi madre a mi tía—. Si Apolo hubiese crecido junto a nosotros no hubiésemos tenido un segundo hijo, según lo que dicta la ley y no creo que tu hermano se hubiese atrevido a transgredirla para ese entonces.

Mi tía no dijo nada y tampoco se movió de su lugar.

—Vamos, mamá, habla —pedí.

—No creo que éste sea el momento propicio para hablar del tema. No estoy segura que desees conocer los detalles —se escudó mi madre.

—Si lo que Earta refiere es cierto necesito estar segura si mi hijo y la hija de Apolo son una excepción —insistí.

—Cuando tu padre comenzó a presionarme para tener un hijo intenté resistirme, ni siquiera tomé las pastillas para incrementar la ovulación. A pesar de ello, me recogieron la muestra y hubo algunos pocos de buena calidad. Procedieron a fecundar los óvulos y algunos de ellos lo lograron. De esta forma me embaracé de Apolo —relató mi madre ante el semblante atónito de mi tía.

—¿Mi padre eligió un varón? —pregunté.

—¿Qué importa quién haya tomado la decisión? —lo defendió mi tía.

—A los siete meses, planeé con amigos simpatizantes la aceleración del parto y la inducción para que mi hijo naciera antes y se lo llevaran a la UNA —mi madre hizo una breve pausa—. Hice creer a mi esposo que el niño no lo logró y vivimos un largo duelo por unos años.

—Todos excepto tú que sabías que la criatura estaba viva —arremetió

mi tía y comencé a creer que tal vez mi madre y yo estaríamos mejor a solas —. Recuerdo cuánto te negaste a volver a intentar embarazarte poniendo de pretexto tu dolor. Ahora comprendo que no deseabas tener otro hijo con mi hermano.

—Mi dolor era inmenso sin mi hijo, teniendo que renunciar a él, como madre puedes imaginarlo —pidió comprensión mi madre.

—Como madre jamás hubiese llegado tan lejos como lo hiciste —dijo tía Patricia.

—Si continúas juzgándome ante cada oración no podré terminar de hablar y créeme que lo que menos deseo es recordar esta parte de mi vida —dijo mamá—. Al cabo del tiempo, mi edad iba en aumento y tu padre me presionaba constantemente. Él quiso de nuevo un varón pero dije que no podría soportarlo tras la pérdida del primero y elegimos una niña. Me negué a tener un varón porque a una mujer sería más fácil protegerla para que no fuera perjudicada ideológicamente.

—Entonces Edgar me engañó. Mi hermano me aseguró que tras el descongelamiento de embriones solo sobrevivió Paz y que decidieron intentarlo con el resultado de ese lote —argumentó mi tía.

—Parte de lo que te dijo Edgar es cierto y parte de lo que digo también —dijo mamá.

—Procedemos del mismo lote de embriones, de la misma muestra de óvulos y de la misma muestra de esperma... Y yo tuve que esperar congelada unos años —dije y de repente me tragué mis palabras. Era tan distinto mirar a la ciencia a los ojos desde adentro.

—Cuando supe que había más de un óvulo fecundado, sufrí —dijo mi madre aún sumida en una nube de pasado.

—Siempre pensé que Apolo era mayor y yo pude serlo. Todo se debió a eso, a una elección —revelé en un suspiro.

Me puse de pie y les dejé allí. Ya no quise indagar en mi pasado ni siquiera para entender lo sucedido con mi hijo y mi sobrina, tan impresionada me sentía ante las revelaciones de mi madre. Me puse de pie y caminé hasta mi hermano, lo encontré con mi padre y otros oficiales planeando aquella guerra que no terminaba de comenzar.

—Te miro y descubro en las líneas de tu rostro similitudes con el mío pero jamás hubiera imaginado que somos gemelos dicigóticos. Tal vez por la costumbre de ver a los gemelos monocigóticos que son casi idénticos —le dije a Apolo.

Todos hicimos silencio. El ambiente se volvió tenso y mi padre les hizo señas a todos para que nos dejaran a los tres a solas.

—¿Gemelos dicigóticos? Mi hermana la doctora con sus términos y sus conclusiones. Pues me alegra que no tengas el mismo rostro que yo. Imagínate, te verías muy varonil y no sé si podrías sobrellevarlo —Apolo soltó una bromita para relajarnos después de tanta tensión.

—Eres un tonto y no eres tan macho, tienes los rasgos suaves como los de un adolescente —le dije un poco más tranquila como resultado del efecto que sus palabras provocaron en mí.

—¿Quién te dijo que somos gemelos? —me dijo Apolo.

—Nadie pero estuvimos muy cerca de serlo —dije con un poco de letargo.

—Somos algo así como gemelos, o mejor dicho, pudimos haber sido gemelos. Nos separaron mucho antes de nacer —repitió mi hermano con seguridad y por sus palabras supe que conocía los detalles de nuestra historia.

—Ustedes no son gemelos y si lo hubieran sido eso nunca lo sabremos —aseveró el general con la mirada perdida.

CAPÍTULO 7



Apolo y yo no éramos gemelos pero pudimos serlo, me quedé con ese pensamiento y no ahondé más en las circunstancias que influyeron en mi nacimiento. Me acordé de Camil y de la rudeza en un inicio de Sebastián con su primo, así que decidí cerciorarme de que estuviera cómodo en el asentamiento. Lo que me encontré me dejó con la boca abierta. Sebastián y Camil estaban construyendo codo a codo lo que sería el nuevo hogar de los caballos. Así como se les veía, parecía que habían estado juntos toda la vida. Trabajaban con los labios sellados, para que no salieran a relucir sus diferencias, y fatigados por la ardua labor. Me les acerqué y los contemplé en silencio. Las gotas de sudor le resbalaban a Sebastián por la frente y por la espalda.

No solo ellos erigían el establo para los caballos, otros también se habían sumado. Así que ya contábamos con nuestra primera reserva. Me sorprendió que incluso Sebastián se había propuesto levantar un sitio confortable para que los corceles estuvieran protegidos de la intemperie. Eran los primeros animales que llegaban a nuestra unidad, y sobre todo los hombres, parecían niños entusiasmados. No interferí. Me di la vuelta y decidí tener un rato a solas para mí. Con mi madre y mi tía no deseé regresar porque el ambiente por allí seguía tenso. Mi hermano y mi padre seguían enfrascados

en la guerra, ese asunto que deseaba alejar de mi mente, así me senté sobre el pasto recién cortado y me dediqué a contemplar a los caballos pacer a sus anchas.

Me concentré en la pequeña colina que sobresalía de mi cuerpo, le susurré mi amor y le canté una canción muy dulce, como la alegría que me hacía sentir. Seis meses de embarazo me sorprendían. ¿Cómo sería y cómo lo iba a llamar? Ya tenía que ir pensándolo. Abel me vino a la mente, el nombre real de Sebastián y luego recordé que ni siquiera sabía el sexo de mi bebé, cosa que ya podría saber si tuviéramos el equipo requerido, así que lo dejé pasar, pero fue la primera posibilidad que consideré. Ese pequeño Abel Oriol que durante un breve tiempo conoció una familia tradicional, con una madre y un padre que de seguro lo llenaron de mimos para luego desaparecer, cada uno por sus propios motivos. Respiré hondo. Había un abismo tan grande entre los padres de Sebastián y entre los míos. Tantos secretos que repercutieron en la vida de Sebastián, Apolo e incluso la mía, que me abracé a mi vientre. No quería eso para mi hijo. Unos brazos tibios y sudorosos me abrazaron por la espalda. Me giré segura de quién me había sorprendido y me lancé a sus labios, aún salados. Nos abrazamos con fuerzas y me susurró sin soltarme:

—¿Qué haces aquí tan sola? Ya no tienes miedo que una serpiente escurridiza te pille desprevenida.

—He perdido el miedo a muchos bichos raros de esos que pululan por aquí. Es lo que implica cambiar de ubicación geográfica en el mundo. Nunca te había visto sudar tanto, ni siquiera entrenando. Me gusta verte hacerlo cuando es por un buen motivo.

Me aferró más a su cuerpo y me robó otro beso, lleno de mordisquitos por los labios que me dejó sin aliento. «¿Y ahora?», me dije. Hacía unos días no cesaba de reclamarme, sobre todo con la mirada y ahora quería comerme

viva. Sebastián añadió:

—Sabes que tendré que irme pero volveré para cuando vaya a nacer nuestro hijo. Quiero pedirte que cuides a Camil y que cuides de tu embarazo. Este lugar me gusta, es seguro para ti.

—Ya entiendo tu manifestación repentina de cariño —dije y me separé de su cuerpo. ¿Por qué no podemos quedarnos aquí y disfrutar de la tranquilidad?

—Porque tarde o temprano Ademar King II...

—Tu hermano —lo interrumpí.

—Él, no nos dejará y vendrá a arrasarlo con todo lo que hemos construido —terminó de decir.

—¿Y tú tienes que ser el héroe? ¿Por qué no puede ir otro en tu lugar?

—El que sea dejará familia, amigos. Tu padre y yo dimos el primer paso y convencimos a toda esta gente para venir a esta parte del mundo. Me corresponde.

—Todos somos responsables de nuestros actos. No vinieron solo por fidelidad a ti o a mi padre, vinieron porque ustedes le dieron el coraje de liberarse de lo que hacía tiempo no podían. Hemos recorrido un camino tan largo para que ahora sacrifiquemos nuestra vida por una guerra. ¿Me escuchas? La guerra nunca trae nada bueno. No importa de qué lado estemos. La guerra siempre hay que evitarla.

—Recuerda lo que pasó en nuestro anterior asentamiento. Recuerda que el general Nelson ya no está. Tanto si salimos a luchar como si nos quedamos aquí cruzados de brazos, Ademar King II nos enfrentará.

Me besó la frente mientras yo temblaba. Las lágrimas se desbordaron de mis ojos y bañaron mis mejillas con violencia.

—Si nada de lo que diga puede hacerte cambiar de opinión no seguiré insistiendo. Yo me haré cargo de Camil y de nuestro hijo, pierde cuidado.

Parece que nunca vamos a ponernos de acuerdo.

—No lo tomes así.

—Es que me emocioné cuando te vi construyendo el establo. Pensé que al fin entendías a Camil y que la relación entre ustedes iba a prosperar. Ahora entiendo que solo lo hacías para que tu primo no abandonara el asentamiento tras tu partida, tomando en cuenta que lo trajiste a la fuerza. Solo querías darle un motivo para quedarse en tu ausencia.

—Quiero que esté feliz aquí. Cumplí con la voluntad de nuestra abuela. Viste como vivía. Ni siquiera cerraba las puertas. Aquí estará mejor que seguir viviendo solo en Nature.

—¿Estás seguro?

Lo dejé allí, con la mirada inquisidora de Camil intentando descifrar por qué discutíamos a lo lejos. Salí caminando, convencida de que hoy la vibra que pululaba en el asentamiento estaba cargada de un nebuloso veneno que nos hacía enfrentarnos los unos a los otros. En mi camino me encontré con la doctora Earta, por su expresión supe que no sería fácil quitármela de encima porque venía directo hacia mí.

—Al fin te encuentro, Paz. Me alegra saber que regresaron con bien. Creo que ya es tiempo de una revisión, ¿no te parece? El doctor Johnson...

—Ahora no, doctora, disculpe. Estoy agotada. Lo único que me apetece es tomar un baño y relajarme. Tal vez mañana.

—Tu madre fue a verme hace un rato, me dijo que no te habías sentido bien.

—¿Mi madre? ¿La fue a ver hoy?

—Sí —contestó.

Recordé la frase de mi madre cuando había dicho que abordaría a Earta Hébert lentamente para sacarle sus oscuros secretos. «Válgame esta

madre mía. No pierde ni un minuto», pensé.

—De acuerdo, doctora, pero no hoy. Tendrá que ser mañana.

Me fui directo a donde estaba mi madre a demandarle respuestas, quería saber cuál era su plan porque ya se estaba olvidando de los motivos que le habían hecho quedarse junto a nosotros. Se quedó para acompañarme hasta mi alumbramiento debido a las condiciones en las que estábamos viviendo. Algo contradictorio para una autónoma. Me había martirizado con la medicina naturista y su proceso lento de recuperación, cuando me hirieron tras mi escape de Limes, y ante un parto natural, que era nuestra regla por naturaleza se quedaba pasmada. Creo que vivir tanto tiempo en la Sociedad Autocontrolada tenía sus riesgos y aunque mi madre no lo reconociera, ya no era una autónoma auténtica.

Cuando la encontré y abrí la boca para soltarle sobre mi encuentro con Earta me pidió silencio antes de comenzar a hablar.

—¿Recuerdas que te comenté que tenía intenciones de regresar a América Libre para averiguar sobre la guía mental e intentar conseguir el medicamento para contrarrestar sus efectos? —dijo—. Acabo de hacer algo que no sé si tenga consecuencias pero no me arrepiento. Gracias a eso supe de algo que hará que tu hermano pierda la cabeza. No sé ni cómo decírselo, ni si es conveniente que lo sepa. ¡Qué bueno que te vi a ti antes que a él! Hija, necesito que me ayudes a elegir si tu hermano debe enterarse o no sobre esto.

—Mamá, por favor, dime de una vez que la que quedará loca seré yo. ¿Qué está pasando?

—No podía con la duda y me comuniqué con uno de los antiguos asistentes de Leila. Un joven, que tal vez viste en su oficina la vez que fuimos para resolver lo de Sebastián. Su nombre es Jonathan.

—Lo recuerdo vagamente pero suelta ya lo que tienes que decir que

estoy impaciente.

—El muchacho, tenía una relación con tu tía. Era algo así como su pareja aunque tenían una relación abierta y sin compromisos, tampoco era un secreto para nadie. Sabes que tu tía estaba comprometida con la UNA y de ahí en fuera...

—Madre, ¿me contarás acerca de la vida sentimental de Leila a estas alturas? ¿Con qué fin? No te andes por las ramas.

—Contacté a Jonathan porque confío en él y sé que aprecia a tu hermano. Si Jonathan tiene información sobre la guía mental no me la negaría. Incluso me ayudaría a conseguir el medicamento para ambas. Él está muy bien conectado en América Libre y en la UNA en general gracias a Leila. El caso es que le hablé y me dijo que la abuela de Iris, Greta, se comunicó con él hace un par de días. Dijo que Greta estaba desesperada por contactar conmigo o con Apolo. Iris está desaparecida. Escapó. Temo por la chica y temo que si le digo a tu hermano hará una tontería. Él no puede regresar a América Libre hasta que aclaremos las cosas.

—Lo raro es que el tal Jonathan no se haya contactado contigo a través de tu guía para darte esa información. Un amigo lo haría.

—Tal vez sintió temor. El caso es que me lo dijo. Creo que lo mejor es que yo regrese a América Libre e intenté resolver este problema. ¿Acaso tienes idea de a dónde habrá ido a parar Iris?

Negué con la cabeza.

—Habrá ido a la capital en busca de John, no se me ocurre otra idea. Mamá, tú no puedes ir. Será peligroso para ti también. Reunamos a la familia y demos la noticia. Entre todos busquemos una solución.

—¿A la familia?

—Sí. El padre de Iris, sus abuelos, sus tíos y su prima. Los convocaré a todos y les diremos lo que está pasando. En familia buscaremos la solución,

y todos cuidaremos de Apolo y de Iris.

Mis padres, tía Patricia, Diana con Owen, Sebastián, mi hermano y yo nos sentamos alrededor de una mesa. Mamá me pidió que yo comenzara a hablar y ella se puso de pie, caminó hasta mi hermano y se paró justo detrás de él, con las manos sobre sus hombros.

—Mamá se comunicó con un tal Jonathan de América Libre para buscar información sobre el medicamento que contrarresta los efectos de la guía mental —dije y varios de los presentes entre ellos, con más énfasis mi padre y Sebastián, comenzaron a alarmarse por la seguridad de nuestro punto de ubicación—. Sebastián tendrás mucho trabajo al respecto por el tema de la protección y demás. Piensa que si mamá lo hizo, cualquiera de los autocontrolados o los autónomos pueden haber tenido una idea semejante. Todos tienen familia del otro lado de la frontera y deseos de comunicarse. Pero no por eso los hemos reunido aquí. Tuvimos noticias de Iris. Greta, la madre Dafne, creyó importante que Iris continuara su formación según los estándares de la UNA y eso conllevó a que tuviera que acudir a un campamento de supervivencia. Para los que no lo saben, en la UNA los jóvenes tienen que superar estos entrenamientos que se dan cada ciclo escolar para poder acceder a empleos y a estudios de educación superior.

—¿Qué le sucedió a mi hija? —dijo Apolo con el corazón en un puño.

—Iris escapó. No se fue sola. Abandonaron la base de entrenamiento ella y otro chico, cuyos familiares no han podido contactar porque al parecer es uno de los refugiados del Caribe.

—¿De los que huyeron a América Libre cuando la Sociedad Autocontrolada tomó el Caribe? —preguntó mi padre.

—Eso parece —dijo mamá.

—Una de dos, o está enamorada de ese chico o lo más lógico, quiere

regresar con su padre de crianza, John —añadió Owen.

—¡Pero es casi una niña! —dijo Diana.

—Es una adolescente —dijo mi tía—. ¿Acaso no recuerdan tú y Paz lo enamoradizas que eran a los catorce años? —Diana le lanzó una mirada a mi tía que casi la derrite viva y mi tía añadió—: ¡Ay, disculpa, Diana, no me di cuenta que estaba delante tu esposo! ¡Igual el tuyo, Paz, que digo tu... pareja!

—Soy su esposo también, Patricia —dijo Sebastián—. Paz y yo también estamos casados aunque no por la vía legal.

—Me consta que sí —dijo Owen—. Diana y yo fuimos asistentes a la boda religiosa. Ahora no me pregunten de cuál religión porque sigue siendo una interrogante para mí. Creo que ni Paz lo sabía.

—¡No seas payaso! —le dijo Sebastián a su amigo.

—Mejor me callo la boca, creo que ya me metí en problemas —dijo mi tía.

—Tranquila, Patricia, que no soy celoso —le comentó Owen— y de Sebastián no lo creo.

—¿Dónde puede estar esa niña? Con catorce años, ¿cómo te planteas cruzar el Atlántico y la frontera entre dos naciones enemigas? —dijo mi padre.

—Con dos años más su madre quedó embarazada de mí —dijo mi hermano—. Si mi hija se le parece un poco a Dafne, es capaz de convencer a ese muchacho para que la siga al fin del mundo. Iris me aseguró que nunca se iba a adaptar a la UNA. Creo que regresó a buscar a John. Tal vez buscó la forma de contactarlo y él la está ayudando a cruzar. Tendré que ir a buscarla, antes que crucen la frontera y se metan en un lío.

—Cuenta conmigo —le dijo Sebastián.

—Y conmigo también —le dijo Owen.

—A mí no tienes ni que pedírmelo sabes que soy tu hermano —dijo Paúl que recién entraba y había escuchado las últimas frases.

—Disculpen, invité a Paúl, porque para Apolo y para mí, él es familia —dijo mi madre.

—Para Paz y para mí también —dijo Sebastián extendiéndole la mano a Paúl, ante la mirada inquisitiva de mi padre, que por primera vez notó la forma en que Paúl miraba a su exesposa.

—Creo que lo más adecuado es que yo vaya a América Libre. Sé que es arriesgado pero esto no podrá hacerse sin riesgos para nadie. Creo que en América Libre aún tienen cierta consideración conmigo y con todo lo que he aportado —dijo mi madre.

—Mamá, no te pondré en riesgo —dijo Apolo.

—Venus tiene razón —dijo mi padre—. Apolo, hijo, te entiendo pero no irás, así tengamos que amarrarte. Eres un ser maduro y muy razonable. Tú no puedes ir. Necesitamos que ante las situaciones extremas seas asertivo y tomes la mejor decisión. Si vas te apresarán de inmediato y no podrás hacer nada ni por Iris, ni por ti, ni por tu pueblo. Venus irá pero no sola. Mandaré un destacamento a la par a América Unida. Tengo mis contactos, lo sabes. Si la cosa se complica y hay que sacar a tu madre a la fuerza, tomaremos medidas.

—Yo iré en el destacamento que va a América Unida —dije.

—Yo también —dijo Sebastián.

Owen también se ofreció y mi padre le negó el permiso, le dijo que lo necesitaba en otro de los asentamientos cumpliendo sus funciones. Apolo mencionó:

—Acepto solo si me dejan ir con el destacamento de América Unida, me apegaré a los planes pero no puedo quedarme aquí, me volvería loco pensando en el peligro que correrá mi madre y sin tener noticias de Iris.

Mi padre asintió al igual que otros de los presentes, luego no pudo disimular su cara de asombro ante la osadía de Paúl, que mencionó:

—Venus no irá sola. Yo iré con ella.

—Paúl... —intentó mi madre decir algo y él no la dejó terminar.

—Yo te acompañaré, trabajaremos en equipo —dijo Paúl con devoción.

Mi padre lo volvió a mirar extrañado, hizo un sonido para aclararse la voz pero sus palabras se quedaron atoradas cuando percibió lo que estaba sucediendo. Ya era evidente para algunos. Cuando mi madre, Paúl, mi hermano y demás se retiraron mi tía le dijo a mi padre:

—Espero que tú tampoco seas celoso, hermano. Sino ve pidiéndole unas clases a Owen o a Sebastián.

—Ocúpate de tus asuntos, Patricia. Walker regresará de un momento a otro y te deleitará con sus atenciones. Para nadie pasa desapercibido que no deja de mirarte.

Mi tía no dijo más y quedé pasmada al escuchar a papá, porque hasta ahora no me había dado cuenta de las intenciones del general Walker con mi tía.

CAPÍTULO 8



Ante las noticias de la desaparición de Iris y la frustración de mi hermano, quien no podía regresar a América Libre, mi madre había decidido volver. Paúl fue su acompañante ante la mirada perpleja de mi padre que se recompuso y siguió adelante con el plan de rescate. Mi hermano, Sebastián, Max, Camil, yo y otros soldados volamos a la par que mi madre y nos introdujimos en América Unida, tras las negociaciones establecidas por mi padre. Así estaríamos cerca y sería más fácil estar al tanto de las noticias.

El líder de América Unida, mandó una nave aérea desde su ciudad-estado directo a nuestra unidad. Mientras nos preparábamos para subir al transporte le dije a Sebastián:

—¿Trajiste a Camil porque pensaste que sin ti y sin mí, correrías con la misma suerte de Apolo y terminarías tras la pista de un adolescente fugado?

—En parte. También porque me dijo que nunca había salido de Nature. Quiero ampliar sus horizontes. Ya puede decir que conoce Tierras Inhóspitas y ahora podrá decir lo mismo de la Sociedad Autocontrolada —me contestó—. Tras mi regreso tendré que marcharme, no creo que lo ponga en riesgo al llevarlo a esta misión, así que consideraré que no estaría mal que Camil y yo pasáramos la mayor parte del tiempo juntos. No son precisamente

unas vacaciones pero quiero enseñarle todo lo que pueda. Quiero prepararlo para la vida.

—Muy bien, creo que ya estás entendiendo tu papel. Serás un buen padre para nuestro hijo.

—¿Lo habías dudado? —me dijo con asombro.

—No. Solo que en ciertos momentos fuiste un poco duro con Camil. Él está sufriendo mucho por la pérdida de su abuela y tú no has sido muy sensible ante su dolor.

—Tienes razón, creo que tendré que ser más accesible y más cercano a él.

—Sé que puedes lograrlo —le susurré—. ¿Sabes lo primero que pensé cuando supe que un destacamento vendría a América Unida? Que ahí podríamos solicitar apoyo para hacerme un ultrasonido.

—¿Me creerías si te digo que pensé lo mismo? Disculpa si no te dije nada, es que no quería que estuvieras impaciente por saber los resultados —me dijo.

—¿Por eso esta vez no te opusiste a que yo viniera?

—Entre otras cosas.

—Johnson ha seguido todos los signos del bebé, hemos escuchado su corazón y hemos hecho diversos análisis pero un ultrasonido en forma no me lo hago desde que estaba en la capital y me atendía Rita Roger —le dije.

—Pues habrá que buscar la forma de pedírselo al amigo de tu padre. También podríamos saber el sexo del bebé e ir ya decidiéndonos por un nombre.

Nos besamos. Tomamos asiento uno al lado del otro e iniciamos el viaje. Lo vi sonreírle en alguna ocasión a Camil y ser más comunicativo con su primo durante el trayecto.

Viajamos a una ciudad del territorio de América Unida pero colindante con América Libre y aterrizamos en un aeropuerto privado. Dentro de la ciudad-estado podíamos movernos con tranquilidad resguardados por la guardia privada y de total lealtad del Jefe de Defensa. Cuando nos instalamos, Apolo me retuvo por el brazo y me llevó lejos del resto, en el balcón de la residencia donde nos hospedaron.

—Quiero que tratemos algo. La guía mental estoy seguro que funciona. Lo he estado intentando en varias ocasiones y he estado muy cerca de pedirte el acceso. Solo que no quería importunarte. ¿Lo hacemos?

—Dale. He podido comunicarme con mamá pero no ha sido muy fluido. Solo instantes —dije.

—Pero creo que el medicamento que yo utilicé me ha ayudado, más de la cuenta. Si pudiéramos conseguirlo también para ti y para mamá sería... —dejé de escuchar a Apolo y hasta ese momento me di cuenta que lo anterior me lo había transmitido con los labios sellados.

—Perdí la comunicación al final cuando dijiste que para mí y para mamá sería...

Apolo casi brincó de felicidad.

—¿Y ahora por qué te pone tan contento que las guías vuelvan a funcionar? Recuerda que también tienen efectos tóxicos en el organismo.

—Que se neutralizan con un fármaco que mamá podría conseguir ahora en la UNA. La guía mental nos sería muy útil ahora que mamá y Paúl están en América Libre —dijo.

—¿Por eso tus saltos de alegría? Recuerda que mamá lleva la nueva guía que Sebastián le entregó, estilo Tierras Inhóspitas. Una libélula que puede volar, hacerse transparente y lo mejor de todo es que no se mete dentro de nuestros sistemas —le dije.

—Pero es más difícil detectar la guía mental. La guía Sebastián,

aunque use canales alternos, siguen siendo los convencionales. Sabes que el logro de nuestro desarrollo es que busca la interrelación con nuestra naturaleza humana.

—No obstante, no lograron hacerla sin que fuera tóxica —argumenté.

—Un efecto secundario indeseado que en algún momento perfeccionarán —se escudó Apolo.

—Como sea daremos todo para encontrar a Iris —le dije—. Hay otro asunto que deseo hablar contigo. Es sobre Sebastián.

—No lo hablemos ahora, es algo demasiado profundo, con demasiadas aristas, necesito tiempo —dijo mi hermano—. Me he esforzado.

—Lo sé, lo noto. Pero vamos a estar juntos bastante tiempo y los quiero demasiado a los dos. Es difícil convivir con ustedes cuando él se esfuerza por recomponer su relación y tú le hablas solo lo indispensable. Primero te rescató a ti, luego a Paúl, ahora quiere salvar a tu hija. Ya no sabe qué hacer para ganarse tu perdón.

—Nunca podré perdonarlo con todas sus letras. No es rencor. Con mis actos, con mi aceptación hacia su persona, cuando le palmeé el hombro, cuando rompa todos mis límites y le dé un abrazo, será un manifiesto de mi reconciliación total. Pero no me exijas que le otorgue el perdón de frente, mirándolo a los ojos, por algo que no sé hasta dónde mi corazón pueda soportarlo, porque entonces me romperé como un niño y lloraré hasta que me quede seco. ¿No lo entiendes? Puedo comprender los motivos de lo que hizo Sebastián. En su lugar yo hubiera hecho lo mismo por la mujer que amé y que todavía no me puedo sacarme de adentro. Esto va más allá de exonerarlo. Yo no sé si pueda perdonarme a mí... —reveló y ya no pudo retener sus lágrimas. Yo me solté a llorar junto con él—. Recordar que Leila me repitió más de una vez que no confiaba en Sebastián y toda esa desconfianza que tú has de recordar muy bien es lo me mata. Ella me lo advirtió y yo la desafié,

pasé por encima de ella y labré su destino. Por eso no puedo mirarlo a los ojos y decirle que lo perdono, porque no es a él, es a mí mismo a quién aún no he podido perdonar.

Cuando reparamos detrás de nosotros, vimos a Sebastián de pie, con la expresión congelada, escuchando nuestras confesiones.

—No quise entrometerme, vine a buscarles y... —no pudo decir más, las lágrimas de Sebastián brotaron también y nos volvimos un trío de llorones—. Me siento un ser nefasto por lo que hice. No reclamaré un perdón que no me corresponde. Fue mi elección buscar la solución más fácil para rescatar a Paz, que era entregar lo que me pedían a cambio, aunque eso les causara un dolor tan grande. No negaré que Leila me había exasperado una y otra vez con sus continuos ataques, y ya me tenía hartado, pero la verdad es que lo hice porque fue la primera salida que encontré para mi sufrimiento. Cuando capturé a Leila me reclamó por la traición hacia su familia, y sobre todo hacia la mujer que yo decía amar. Le rectifiqué, le dije que sí amaba a Paz y que lo que hacía era para salvarla. Lo que me dijo, me hace sentirme más culpable aún, porque descubrí que aunque no perdía la oportunidad de molestarme, era una gran mujer. Leila me recalco que si tenía que sacrificarse por cualquiera de los hijos de su hermana, no tenía que llevarla a la fuerza, ella se ofrecía como voluntaria. Y así fue.

Mi hermano y Sebastián, se quedaron llorando a más de un metro de distancia entre los dos y ya no supe a quién abrazar. Sebastián se retiró, dejándonos a Apolo y a mí, tal como nos había encontrado.

—Sebastián, espera —le gritó mi hermano—. Creo que ya dijimos todo con respecto a este tema. Los seres humanos a veces cometemos errores muy graves. Yo no te juzgaré, no estoy libre de pecado. Tampoco lo olvidaré y haré como que no sucedió. No puedo, pero eso no significa que no te quiera y que no eres importante para mí. No te propongo comenzar de cero, prefiero

que continuemos y que dejemos a un lado cualquier barrera que nos haya distanciado.

Se abrazaron y pude soltar el suspiro que se había quedado atorado en mi garganta.

Ese mismo día, mi madre se contactó conmigo a través de la libélula, Sebastián y Apolo estaban atentos. Mamá nos contó:

—No se esperaban mi arribo. Nadie ha venido a cuestionarme nada ni con respecto a Apolo, ni con relación a mi ausencia. Todo sigue igual, ya le dije a Paúl que puede irse a su casa y aprovechar para poner en orden sus cosas pero no quiere dejarme sola. Ya visité a Greta y hasta ahora me doy cuenta que ella no estaba facultada para cuidar a Iris. Está cada vez más fanática con la ideas de la UNA. Quiere hacer de Iris lo que hizo de Dafne.

—¿Mamá, hasta ahora te das cuenta de su fanatismo? Hasta ayer compartías sus ideas. ¿Olvidas que así como lo hizo Greta tú te sacrificaste y me sacrificaste por tu causa y las ideas de Leila? —le dije.

—No discutiremos ahora eso, hija. —me rebatió porque no le gusta dar su brazo a torcer.

—Madre —intervino Apolo—. No han ido por ti porque no sospechaban de tu llegada, pero en cuanto lo noten irán a visitarte. Escúchame, pídele a Paúl que acuda con Jonathan para que consiga los fármacos para ti y para mi hermana. Tienes que aprovechar la oportunidad. Paz y yo estuvimos haciendo pruebas. El fármaco además de ayudar con lo tóxico interfiere de alguna forma en la guía, porque he podido ir la recuperando cada vez más. Si lo consigues manda de inmediato el de Paz con Paúl o con alguien de confianza. Paz necesita con urgencia quitar la toxicidad de su cuerpo. Con respecto a Iris, intenta hablar con las últimas personas que tuvieron contacto con ella, amigos, maestros. Averigua algo valioso.

—Eso he estado haciendo. Ya revisé las pertenencias que dejó Iris en casa de Greta. Sus compañeros de entrenamiento siguen en la base y no podré hablar con ellos a no ser que me desplace hasta allá. Lo haré de ser necesario. Pude contactar con sus docentes, pero ninguno tiene idea de lo sucedido ni ninguna pista. La conocen desde hace muy poco y refieren que no tienen mucha información relevante.

—La guía mental, pon énfasis en el medicamento —le dijo Apolo.

—¿Algo más? —dijo mamá.

—Venus —le dijo Sebastián—, cuida el anillo de mi esposa.

—¡Sebastián! —dijo mamá—. Creí que me dirías otra cosa. El anillo me quedó perfecto. Creo que podrías ir pensando en uno para mí, eso si quieres que te deje llamarme suegra.

Cortamos la comunicación.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Apolo.

—Paz y yo tenemos una reunión ahora a unos veinte minutos de aquí. Nos entrevistaremos con Eric Flannes —le respondió Sebastián—. Eric pidió conocerte, Apolo. ¿Estás de acuerdo? Prefirió que nuestro encuentro fuera más privado, para evitar sospechas de algunos de su círculo que puedan ser incondicionales a Ademar King II.

—Por supuesto, sabes que no me gustan los protocolos pero me esforzaré —dijo mi hermano.

Llegamos muy pronto y nos encontramos con Eric Flannes. Lo conocía bien porque era uno de los amigos de mi padre más cercanos, el general Flannes siempre había sido muy amable conmigo. Detalle que había olvidado y que recordaba ahora que lo tenía delante. Eric nos recibió con mucha familiaridad en su residencia ubicada en las afueras.

—Querida, Paz —fueron las palabras que utilizó para abordarme—,

estoy encantado de verte de nuevo. Con todos los giros que ha dado la vida pensé que no lo haría.

—Hola, general Flannes —le dije con respeto.

—Puedes llamarme, Eric, estamos en confianza. Te conozco desde que eras una adolescente —dijo y esbozó una blanca sonrisa que logró ruborizarme. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, agradable a la vista, popular entre las mujeres aunque era casado, pero de cuya fidelidad conyugal yo dudaba, porque su galantería no era solo conmigo. «¿Y ahora? Me está coqueteado o me lo estoy imaginando», pensé. Sacudí la cabeza y con ello mis ideas. Él continuó—: Te sienta muy bien el embarazo, te ves radiante, aunque siempre has sido muy hermosa.

«Ya ni Sebastián es tan galante. Me alegra saber que Sebastián recalcó hace poco que no es celoso, es un alivio. Bueno, hay que sacar adelante este encuentro y reforzar los lazos con nuestro aliado», me dije.

—General, Flannes —le dijo Sebastián y el Jefe de Defensa no le ofreció como a mí que le llamara Eric, solo hice nota mental de ese dato—, gracias por su recibimiento y su hospitalidad. Le presento a Apolo Salvat, es nuestro aliado de América Libre.

—Es una satisfacción enorme conocerte, Apolo —le dijo Flannes.

—General, el gusto es mío —comentó mi hermano.

—Puedes llamarme, Eric. Soy amigo de tu padre desde hace tantos años que ya lo he olvidado —le dijo el general. Me sorprendió que mi padre le confiara un lazo tan íntimo como la paternidad de Apolo, pero Flannes ya lo había mencionado, él y mi padre eran amigos—. Tu padre está en shock con la noticia pero muy orgulloso de ti, me ha dicho que eres un gran hombre. Me comentó Edgard que tu hija está desaparecida en América Libre. ¿Cómo podemos ayudar?

—Lo que está haciendo es suficiente por ahora. Estamos intentando

dar con su paradero sin importunar a las autoridades de América Libre — agregó mi hermano.

—Si la situación se sale de control cuenta conmigo. Tu padre más que un amigo ha sido siempre mi mentor. Lo que soy, es en parte a sus enseñanzas, a su apoyo. Edgar ha ejercido una gran influencia en mi vida y le estoy muy agradecido.

—Mi hermano y yo le agradecemos sus atenciones. Ahora lo que nos ha traído es la situación de mi sobrina —le dije.

—Además del asunto de la niña, ¿qué más puedo hacer por ustedes? ¿Paz, estás cómoda en la residencia? Imagino que necesitas cuidados especiales por tu embarazo. ¿Hay algo que necesites? Cuando supe que estabas embarazada me preocupé por ti, no debe ser fácil vivir en Tierras Inhóspitas. Me dijo Edgar que tienen médicos y que han acondicionado muy bien los asentamientos pero un embarazo es algo delicado. Yo incluso le había ofrecido a tu padre que me permitiera hospedarte hasta que naciera tu hijo y hasta que estuvieras en condiciones de viajar. Edgar me dijo que por el momento no era necesario, pero que de serlo me avisaría. Mi ofrecimiento sigue en pie. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Paz está muy bien y el embarazo también. Tiene excelentes cuidados. Le agradecemos su interés pero no necesitamos nada —dijo Sebastián y me quitó la palabra, justo cuando yo iba a pedirle a Eric la oportunidad para realizarme un ultrasonido y otros estudios que en Tierras Inhóspitas eran imposibles por el momento. Miré a Sebastián a los ojos y mi amado me sostuvo la mirada con insistencia.

—En ese caso, doy por concluida la reunión. Tengo asuntos que atender con urgencia pero saben que estoy en la mejor disposición de apoyarles. Si no he hecho más es porque Edgar me ha frenado por temor a que los King descubran nuestro pacto. Así que estoy aguardando a que sea el

momento prudente.

Nos despedimos y en el auto de regreso, no pude aguantar más y le reclamé a Sebastián:

—¿Por qué no pediste aunque sea el ultrasonido? Habíamos acordado que es una buena ocasión.

—También es una buena circunstancia para que ‘Eric’ te hospede en una residencia lejos del qué dirán y vigile de cerca tu embarazo, ‘querida hija’ de su mejor amigo. ¿Es válido que te le insinúes a la hija de tu amigo? Debe haber un código de honor que censure esas cosas. Más si la hija de tu amigo está embarazada y tiene pareja.

—¡Ay, no, Sebastián! De veras que no te haré caso. Eric es así, ya lo sabes. Lo conocemos hace bastante tiempo, ya hasta se me había olvidado lo insistente que era. No le des importancia. Nunca ha pasado de ahí y no creo que lo haga ahora que tengo pareja y que estoy embarazada, como tú acabas de mencionar.

Las carcajadas de mi hermano se escucharon en el auto con estruendo.

—Disculpen —dijo mi hermano—. No me interesa opinar pero si ya hablaron delante de mí, me están inmiscuyendo en sus asuntos. Este amigo de nuestro padre tiene muy alborotadas las hormonas, está siempre muy arriba y es un seductor. Paz le gusta, Sebastián, acéptalo y no te rompas la cabeza. Eric es un conquistador, es inevitable, pero la última palabra la tiene Paz, así que tranquilo, cuñado, mi hermana solo tiene ojos para ti. No te calientes las neuronas con eso. Es un aliado importante y habrá que soportarlo. Además, se nota que a Paz no le molesta en lo absoluto, así que déjalo pasar.

—Sobre todo eso, a Paz no le molesta en lo absoluto. Sus mejillas se ruborizaron ante sus halagos pero no de vergüenza, tenía una sonrisa de oreja a oreja —arremetió Sebastián.

—Es normal. Eric no tendrá veinte años pero se ve muy bien el tipo, es simpático y tiene una gracia natural —le siguió dando cuerdas mi hermano.

Sebastián respiró profundo y no dijo nada más. Apolo no podía parar de reírse y no se equivocaba, Eric no me interesaba pero no pude evitar sonreír ante sus comentarios y eso le molestó a Sebastián. Abracé a Sebastián, lo besé en los labios y me alcé de hombros para decirle:

—Lo que me gusta de ti es que no eres celoso, que eres muy comprensivo y que eres muy seguro de ti mismo. No dejes que fuerzas extrañas te envuelvan. Seguimos siendo tú y yo.

—Basta ya de dramas, tórtolos, necesito silencio —dijo mi hermano. Aún no arribábamos cuando Apolo emitió esa frase e hizo un gesto muy raro que no me pasó desapercibido. Intenté interrogarlo y puso un dedo sobre sus labios para indicarme que me callara. Se quedó muy concentrado por unos diez minutos y al final de estos nos dijo—: Hablaremos cuando lleguemos a la residencia.

Sebastián y yo nos miramos ya sin interés en el general Flannes, estábamos deseosos de saber qué había abstraído a mi hermano.

CAPÍTULO 9



Cuando entramos y nos pusimos cómodos mi hermano nos llamó a Sebastián y a mí.

—Sebastián o Paz, no sé cuál de los dos pero tendrán que comunicarse ahora mismo con Eric Flannes. Mi madre acaba de contactarme por la guía mental y las noticias que tengo para ustedes son algo confusas. Jonathan le dijo a mi madre que era urgente que todos los que hayan usado la guía se pongan el fármaco que contrarresta los efectos secundarios de las sustancias y las nanopartículas que conforman la guía. Investigaciones recientes confirmaron que los químicos usados para darle velocidad a la guía mental para biodegradarse y eliminar su toxicidad simultáneamente, solo disfrazaron lo que en verdad estaba sucediendo. La guía mental mutó dentro de nuestro organismo.

—¡Todo muy natural y ahora me salen con esto! ¿Qué rayos estaban pensando en la UNA al manipular la naturaleza humana? Creyeron que estaban a años luz de diferencia con la Sociedad Autocontrolada y al final es el mismo cuento. De ambos lados de la frontera estamos jugando a ser Dios —emitió Sebastián.

—Fueron efectos indeseados. Jamás hemos querido vulnerar a la especie humana. Las personas que decidieron usar la guía lo hacían bajo su

propia responsabilidad y eran personas involucradas con la defensa de nuestras naciones —se defendió Apolo.

—Apolo, todo es perfecto en la UNA pero hoy estás fuera de la frontera. ¿Cómo explicas eso? —dijo Sebastián enojado por las consecuencias del tóxico en mi sangre.

—Tú también estás fuera de la Sociedad Autocontrolada, Sebastián, y estoy de tu lado, del de ambos —le recordó mi hermano.

—Cálmense los dos. Concentrémonos en una solución. Ya la guía está dentro de nosotros —dije.

—¿Y por qué quieres que nos contactemos con Flannes, estás pensando que mandemos un destacamento por el medicamento? —le preguntó Sebastián.

—No. Les estoy comunicando que el medicamento ya viene en camino, lo trae Jonathan y mi madre quiere que le facilite la entrada a América Unida sin problemas. Para eso es que necesitamos contactar a Flannes. Decidan quién de los tres es más apropiado para iniciar la conversación.

—Yo lo haré —dijo Sebastián—. Y no por celos, aclaro. Soy el responsable de la misión y a mí me corresponde.

—No le des detalles acerca de la guía mental. No hasta que lo hablemos con papá y sopesemos la importancia de hacerlo. Dile que es un aliado que trae noticias de mi hija o lo que consideres pertinente —pidió Apolo.

—Sí que le eres fiel a UNA a pesar de todo, Apolo —dijo Sebastián.

—Yo sigo siendo el representante de América Libre, Sebastián, hasta que el pueblo disponga lo contrario —le recordó mi hermano.

Dos días después, Jonathan estaba con nosotros. Reparé en el

‘acompañante’ de Leila por llamarle de alguna manera y lo recordé. Había estado en un escritorio contiguo a la oficina de Leila en mi breve visita a las oficinas de mi tía. Jonathan y mi hermano se abrazaron como viejos amigos. Lo que me maravillaba, era que en las fiestas, que habían sido bastantes, en los paseos y demás nunca había visto a Jonathan, más que aquella vez en un escenario formal de trabajo. Mi madre me había dado a entender que Jonathan y Leila, solo tenían una relación en el plano sexual y terminaba de quedarme claro al detallarlo de pies a cabeza. En fin, no iba a valorar ahora cuán cercana era la relación de Jonathan con Leila. Él era más joven que mi hermano, aproximadamente de mi edad y de una belleza que destacaba, de esas que no pasaban desapercibidas. No entendía qué hacía con mi tía, o sí lo entendía, pero me generaba muchas dudas. Leila fue una mujer hermosa, que lucía más joven de su verdadera edad, y con sus continuos tratamiento al estilo UNA, siempre me sorprendía al verse aún más joven cada vez. Jonathan era una especie de escultura de hombre joven, con muchos atributos a la vista.

Apolo nos lo presentó al resto y nos dijo que Jonathan no iba a regresar a América Libre, sino que se regresaría con nosotros a Tierras Inhóspitas.

—Bienvenido, Jonathan. Muchas gracias por traer en persona el medicamento —dije.

—Venus me invitó. Ya estaba harto del asedio que tenían conmigo. Debido a mi colaboración con Apolo, cuando asumió el puesto de Leila, no han dejado de vigilarme. Creen que les oculto información y ya no podía seguir ahí. Venus me pidió que trajera el ámpula con urgencia para ti y me dijo que nos volveríamos a encontrar en Tierras Inhóspitas cuando logran encontrar a Iris —dijo.

—También hubieras sido útil para ayudar a Venus a encontrar a Iris.

Podemos devolverte a América Libre sin generarte problemas si es tu decisión —dijo Sebastián.

—Solo regresaré cuando Apolo decida reclamar lo que por derecho le pertenece y echemos por tierra tanta impunidad —argumentó.

—Vamos a lo más urgente —dijo mi hermano—. Paz, estás lista para la inyección.

—Dámela, yo misma me la puedo aplicar —le dije.

—Si quieres Jonathan puede ayudarte con eso, también es médico —dijo mi hermano.

—¿Estás hablando en serio? ¿Médico? —dije—. Ni siquiera me lo imaginé como trabajabas con Leila como su asistente o no sé qué.

—Era su mano derecha pero en un proyecto especial que teníamos y después de eso continué trabajando con Apolo —dijo.

—No cualquier médico. Estaba estudiando la especialidad en Neurología cuando Leila le ofreció trabajar con ella y abandonó la escuela —se adelantó Apolo.

—No lo puedo creer —dije.

—No renuncié propiamente, postergué mis estudios formales y comencé a trabajar en algo que en ese momento me resultó más atractivo —aclaró.

—Definitivamente —se me escapó sin intenciones de resaltar la relación entre Leila y Jonathan.

—Creo que ya fue suficiente charla sobre la vida privada de Jonathan —dijo Sebastián—. ¿Qué efectos tendrá esa inyección sobre la salud de Paz y la de mi hijo?

—Se supone que ninguna. Imagino lo que pensarán de mí, así que aclararé las cosas desde el inicio. No soy una especie de arribista, ni era el juguete sexual de Leila. La conocí cuando fue a inspeccionar las

investigaciones acerca de la guía mental, en un proyecto en el que entré por mis propios méritos. Me enamoré de ella y a lo mejor cometí la estupidez de tirar por la borda mi carrera, pero creo que nadie tiene derecho a juzgarme.

—Lo siento, Jonathan. Es una vergüenza el recibimiento que te estamos dando —le dije—. Eres bienvenido y por supuesto que no tenemos intención de criticar tu conducta, ni podemos, ni queremos. Si lo sentiste así, perdónanos. La verdad, conocer acerca de tu relación con Leila fue impactante para mí, no por la diferencia de edad, ni por el tipo de relación, es que Leila fue todo un personaje y todo lo que hizo, no deja de sorprenderme el alcance que tuvo.

—Disculpas aceptadas —dijo el aludido.

—¿Yo también tendré que disculparme? —dijo Sebastián—. Porque no recuerdo haber dicho nada sobre tu relación con Leila, solo pregunté acerca de los efectos de la inyección. Eso es lo que más me preocupa, en un inicio las cosas no han estado muy claras con la guía mental y todo lo que han prometido al respecto ha cambiado después. Me preocupa que en dos o tres meses vuelvan a cambiar de opinión.

—En cuanto a tu desconfianza en el fármaco no puedo hacer nada al respecto —dijo Jonathan.

—No es solo desconfianza, hay bases reales para dudar. A Paz nadie le advirtió de los efectos secundarios de la guía, es más, estoy seguro que ni ustedes lo sabían —dijo Sebastián.

—Paz, es tu decisión usarlo o no. Lo que sabemos es que como estás ahora hay efectos de toxicidad en el organismo y que este fármaco los inhibe —dijo el recién llegado.

—¿Hay estudios en mujeres embarazadas? —pregunté.

—No. No es lo idóneo pero lo mejor para tu hijo desde mi opinión profesional es que te inyectes de una vez —agregó Jonathan, pero sin

contestarme.

—Diles lo que sabes al respecto —pidió Apolo— y con aquello supe que mi hermano ya sabía. Como había mencionado Sebastián, Apolo guardaba celosamente los secretos de estado de América Libre y a la vez de la UNA.

—Como desees, Apolo. Los efectos son tan desconocidos como temas, Sebastián. Las investigaciones arrojan que el fármaco es la única opción viable pero nada es concluyente. ¿Qué tan tóxico puede ser para tu hijo? No lo sé. Según los datos que pude analizar, si Paz se inyecta de una vez se reduce el riesgo. La primera inyección, que le suministraron a Paz para eliminar la toxicidad, cumplió su función pero no era indefinido. La inyección que intentó acelerar la biodegradabilidad de las nanopartículas no cumplió su cometido. Solo las inhibió por una especie de tiempo. Cuando salen de su letargo comienzan a dar señales como flashes, hasta que se instauran por completo. Las nanopartículas se nutren del cuerpo de Paz, cuando las inhibieron continuaron haciéndolo, estaban como dormidas pero reinventándose, para poder vencer el mecanismo que las bloqueaba. Eso genera más consumo de energía y más toxicidad, el nuevo fármaco elimina los tóxicos del cuerpo y acelera el despertar de las nanopartículas. ¿Qué puede pasar con tu hijo? Aún no lo sabemos pero tememos que algunas lleguen a su torrente sanguíneo y continúen su función en el nuevo cuerpo.

—¿Se reproducen las nanopartículas? Porque de ser así habrían infectado a la especie humana, es como una maldita enfermedad —dijo Sebastián.

—Hasta ahora creemos que no. Paz es la primera persona embarazada con la guía. Las demás aún no se han embarazado, ni tenido hijos —dijo.

—Me pondré la inyección, parece que por ahora no tengo otra opción —dije.

—¿Te ayudo? —dijo Jonathan.

—Permítannos un momento —dijo Sebastián.

Sebastián me pidió que nos retiráramos para hablar a solas así que le seguí. Cuando nadie podía escucharnos me dijo:

—Jonathan, no me da nada de confianza. O es un maldito espía o está en el mismo plan de Earta. Quiere estudiar a nuestro hijo. No lo llevaré con nosotros de regreso a Tierras Inhóspitas —dijo Sebastián.

—Apolo y mi madre confían en él —dije.

—No es suficiente garantía para mí. «No soy el juguete sexual de Leila, ni un arribista» —dijo recordando las palabras de Jonathan—. Es preferible que haya sido el juguete sexual de tu tía, pero está muy involucrado en la política y en los experimentos macabros de la UNA. No le creo nada. Si Jonathan estaba enamorado de tu tía como dice y pienso que sí, además de ser un arribista, no lo quiero cerca de ti, ni de mi hijo, ni de mí.

—¿Por qué?

—Porque de seguro sabe que yo fui el causante de su muerte y estará esperando la oportunidad para cobrármelo, tú y mi hijo, son lo que más quiero, no los expondré —dijo.

—Cálmate. Respira. Analicemos todo con calma.

—No hay mucho que analizar porque todo son sospechas sin un fundamento real, Jonathan nos conoce más a nosotros que tú y yo a él.

—Entonces no te adelantes. Mi hermano se puso esa inyección, mi madre, por lo que nos dijo Jonathan se puso esa inyección, así que yo me la pondré —concluí.

—¿Quién te asegura que es la misma? —dijo.

—Sebastián, por favor. Últimamente no has estado nada bien. Primero Eric Flannes y ahora tu desconfianza ante Jonathan. ¿Qué te pasa?

Estás muy nervioso, no te reconozco.

—Tal vez este tipo de ideas pasaban por mi cabeza pero no te las compartía, trataba de ajustarme y ser lo más autocontrolado posible. Me dijiste que me liberara y ahora extrañas mi lado autocontrolado.

—Disculpa, tienes razón. Estaremos atentos pero ahora me inyectaré. Él no va a ponerme una inyección que me cause la muerte delante de mi hermano, de ti y los demás, sería su fin.

—Sabe demasiado de la guía mental, puede crear algo similar con un objetivo distinto e implantártelo dentro. Quiere hacerse pasar por el joven amante inexperto pero no, él fue una pieza clave en el circo de Leila.

—Ni una palabra más. Tú una vez entraste en América Libre y secuestraste a Leila Salvat, ahora crees que otros pueden tener tus mismas ideas.

Lo dejé y me encaminé hasta donde aguardaban Jonathan y mi hermano. El primero ya había echado hacia atrás las mangas de sus camisas y había dejado al descubierto sus musculosos brazos. Lo vi lavándose con mucho énfasis las manos para luego sacar el ampulla de la cajita, con una expresión de solidaridad, aquella que Sebastián no quería aceptar. Jonathan presionó un botón en el cuerpo del ampulla que sacaba al exterior una aguja. Jugó conmigo. Hizo una expresión de miedo al mostrarme el tamaño impresionante de la aguja. A mi hermano le hizo gracia la broma de Jonathan y emitió unas sonoras carcajadas que lograron relajarme. Sebastián llegó a tiempo, se recostó al marco de la puerta y nos observó con aquella expresión contenida. Parecía que en cualquier momento le arrebataría a Jonathan la jeringa de un manotazo. Jonathan me dijo:

—Acércate, no te dolerá.

Como no me moví de mi sitio, presa de dos aguas, de un lado Jonathan y mi hermano, aparentemente relajados, y del otro Sebastián

disimulando su cara de terror, como si me fuera a perder para siempre. Jonathan se me acercó y me pasó un algodón impregnado con solución desinfectante sobre mi piel descubierta. Cerré los ojos ante el pinchazo, era una aguja más gruesa de lo normal y el líquido era abundante. Pensé que sería de inmediato, como la primera vez pero no sentí nada diferente en mi cuerpo.

—Descansa —me dijo Jonathan—. Mañana podrás usar tu guía y será como si nunca la hubieras puesto en reposo.

—La mía tardó más en recomponerse —observó Apolo.

—Será porque no tenías con quién usarla o porque no sabías que podías —respondió Jonathan.

—Lo fui descubriendo poco a poco —resolvió mi hermano.

—Iré a ver cómo está Camil, hoy se la ha pasado en compañía de Max y el chico no es muy afecto a los no humanos. ¿Me acompañas Sebastián? —dije.

Sebastián se separó del marco de la puerta, en el que parecía que se había adherido con un pegamento súper resistente. Me pasó un brazo por la espalda mientras caminamos, sin decir nada. Nos encontramos a Camil al lado de Max, el chico no paraba de impresionarse con todo lo que para nosotros había sido cotidiano. Cada descubrimiento era una conmoción para él. Las puertas que se abrían solas, los closets electrónicos, los autos, Max y los otros robots lo tenían fascinado.

CAPÍTULO 10



Algo me despertó de pronto, era un mal sueño de esos violentos y terribles, de los que te hacen emitir un suspiro cuando te despiertas de golpe y descubres que no era real. «¡Paz, Apolo, despierten de una vez!», un grito se posesionó de mi mente y fue entonces cuando me di cuenta que no era una pesadilla.

—¡No! —grité dejando a Sebastián sobresaltado.

Me levanté dando tumbos por la habitación a oscuras y salí corriendo hasta la habitación de mi hermano. Ya estaba conectada con mi madre. Mientras sacudía a mi hermano y le pedía que nos diera acceso a ambas, comenzaron los destrozos en la antigua mansión que había pertenecido primero a Era y después a Leila. Un montón de guardias vestidos de civiles pero armados, empezaron a decomisar todo. Cada objeto electrónico era analizado y lo demás era marcado con un código de barras que lo colocaba en un inventario.

—Esto es un atropello a mi integridad. ¡Cómo se atreven a irrumpir durante la madrugada para hacerme esto! ¡No quieren hacer un escándalo, ni que se den cuenta de lo que están haciendo conmigo que he dado todo por esta nación! —gritaba mi madre a unos guardias.

Mi madre había dejado todo por la causa de la UNA, los bienes heredados de Era y los que había obtenido por sí misma, los había donado a su hermana antes de partir a América Unida. Para cuando esta situación la sorprendió se dio cuenta que nunca le había dado importancia a lo material, que Leila nunca se los había devuelto de manera legal y que Leila no había actualizado su testamento cuando regresó mi madre a América Libre.

La avalancha de pensamientos de mi madre y mi hermano me llegaban como ráfagas descontroladas. Apolo me susurró para ponerme en contexto, que el testamento de Leila nombraba como único heredero a Apolo, pero que ni él ni mi madre habían puesto en regla los bienes familiares. El documento que trajeron despojaba a mi madre de su herencia, de sus propios bienes, los que legalmente no le pertenecían, de la posibilidad de reclamar las posesiones de Apolo, propias o como resultado del legado de Leila. Le dieron veinticuatro horas para abandonar la propiedad, así como todo lo que había dentro. A mi madre incluso la despojaron de sus escasas joyas y antes que ella discutiera con los agresores por lo injusto de las medidas que estaban tomando, reparé en el anillo que tenía en el dedo anular de la mano izquierda, el anillo espía. Yo no estaba allí pero podía oír y ver a través de la guía. En fracción de segundos, cuando los guardias le dieron la espalda para seguir esculcando le dije a través de la guía mental:

—Mamá, quítate el anillo y lánzalo al aire, ordénale a tu libélula que lo oculte dentro de su cuerpo. Se volverá tan invisible como ella.

—¿Estás segura?

Le pregunté a Sebastián que estaba ya al lado mío, ciego y sordo, porque no tenía una guía mental como Apolo y como yo. Él asintió.

—Hazlo, dice Sebastián que sí —le transmití a mi madre.

Mi madre actuó sincronizada con mi palabras, sin siquiera dudarlo. Tomó el anillo y lo lanzó al aire hasta que desapareció, entonces supe que su

libélula lo había atrapado al vuelo y se lo había tragado.

El que parecía estar al frente de los visitantes indeseados, le dijo a mamá:

—Todos los bienes de Apolo Salvat quedan confiscados mientras prosigue la investigación en su contra, de ser declarado culpable serán donados a las arcas de la nación.

—¿Pero a dónde pretenden que yo vaya? Viví aquí desde niña. Esta casa es herencia de mi madre —soltó Venus.

—Si en las investigaciones encontramos algo que arroje evidencias sobre su traición, al igual que la de su hijo, se abrirá un proceso en su contra, así que le aconsejo que se vaya buscando un abogado —le dijeron con agresividad.

—¿Puedo al menos sacar mis pertenencias? —preguntó mamá.

—Puede sacar todo lo que conste en un documento legal a su nombre, pueden ser facturas o documentos notariales —le contestaron.

—¿Esto en serio? —dijo mi madre.

—Un guardia le acompañará para que reúna su ropa y sus efectos personales —le dijeron.

—Claro, no sea que me robe algo que ya me pertenece —dijo mi mamá.

—Mamá —le transmitió Apolo—, cierra la boca. No les digas nada. ¿Dónde está Paúl?

Mi madre se volvió hacia su derecha y lo enfocó, allí estaba él, contemplando la escena en silencio.

—Haz un pequeño equipaje, lo que se te ocurra que sería normal en este caso y di en voz alta que te hospedarás en la casa de Paúl, hasta que puedas aclarar lo sucedido. No repliques más. En cuanto se alejen de allí vengán hacia la frontera. Veremos la forma de sacarlos de América Libre —

le transmitió Apolo.

—¿Pero Iris? —transmitió mi madre.

—Buscaremos otra forma de encontrarla pero no puedes arriesgarte más. Están tras de ti —le transmitió.

Sin perder el hilo de lo que estaba ocurriendo con mi madre, Apolo nos dijo.

—Habrá que contactar con Flannes. Mamá tiene que salir de la UNA.

—Yo lo hago —dijo Sebastián—. Creo que será necesario mandar un destacamento para buscar a Iris, el plan A fracasó demasiado pronto.

—Tendremos que hacerlo pero esta vez yo iré. También puedo trabajar de encubierto —dijo Apolo—.

—Ni de broma —dijo Sebastián—. Yo estoy a cargo de esta misión. Cuento con mis hombres para eso y el general Flannes nos brindó su apoyo. Tu hija es una niña muy malcriada, será muy arriesgado, pero por su bien más vale que la encontremos, antes que los autocontrolados o los autónomos decidan usarla en nuestra contra. Ojalá no le diga a nadie que es tu hija y menos que es la nieta del general Verena.

—Iris es una chiquilla mimada que tendré que esforzarme por educar. Cuando la encuentre le daré los azotes que estoy reservando para ella —soltó Apolo lleno de frustración, ante el temor que le adicionaba a su pena el comentario de Sebastián.

—Claro —le dije a mi hermano—. Como a ti te educaron a base de golpes.

—Sabes que no —mencionó Apolo.

—Entonces esfuézzate un poco más y busca estrategias de crianza más inteligentes —le manifesté.

Jonathan llegó ante los ruidos que no habíamos tenido el cuidado de

disimular. Dijo:

—¿Qué sucede? ¿Puedo ayudar en algo?

—No —soltó con violencia Sebastián.

—Mi madre fue prácticamente echada de América Libre. Llegará de un momento a otro —dije.

—Por eso me fui, temí que me sucediera lo mismo. Esperemos que llegue con bien.

Sebastián salió y nos dejó solos. Imaginé que se iba a comunicar con el Jefe de Defensa de América Unida, tal vez lo hizo pero antes se ocupó de otro asunto, en menos de cinco minutos, Max nos estaba acompañando.

—Hola, Max —le dije—. El ruido era por...

—Ya me dijo Sebastián —contestó Max clavándole la mirada a Jonathan y supe para qué había venido. De seguro Sebastián lo había mandado a cuidarme la espalda de las intenciones ocultas que según él tenía Jonathan.

Flannes no se conformó con solucionarlo a distancia. Nos citó un día después en la misma residencia de la otra vez. Cuando arribamos, Flannes nos esperaba con una sorpresa con la que dejó muy claro dos cosas, la fortaleza de su alianza con el general Verena y que de veras quería impresionarme.

—Tengo una sorpresa para ti, Paz —me dijo Eric ante una mueca de Sebastián. Imaginé cualquier cosa menos lo que entró caminando por la puerta de la terraza, acompañada de Paúl.

—¡Mamá! —grité y corrí hasta ella y me le abracé con afecto. Luego me le abracé a Paúl—. Eric ahora sí que te luciste. Papá tendrá que llamarte la atención. Te arriesgas demasiado. Recuerda que el trato entre el ejército de papá y el tuyo es secreto y cuidarlo requiere de más precaución de tu parte.

—Eso es asunto mío. No te preocupes. Ni mi ejército, ni nuestra alianza con tu padre están en riesgo. América Unida está con tu padre y conmigo. Los que no son de total confianza están bien vigilados.

—Gracias —le dije.

Mi madre que todo lo agarraba en el aire, vio la tensión en el ambiente entre Sebastián y el general, también captó el caso omiso que hacía el general Flannes de la frustración de mi pareja. Venus con la lengua sin pelos que le acompañaba, añadió:

—Estamos muy agradecidos, Eric, te luciste de veras, como dijo mi hija. Y cuéntame, ¿cómo le va a tu esposa?

—¿No me habías hecho ya esa pregunta? Juraría que cuando nos encontramos me lo habías dicho —dijo Eric cortando el tema.

—¿Será? Con tanta emoción ya ni recuerdo lo que digo.

—Está muy bien. En la casa —dijo Flannes y ya no pudo salvarse de la ráfaga de interrogantes por el estilo que le hizo mamá.

Mientras todos conversaban, tomaban unos refrigerios y demás, Sebastián se las arregló para llevarme a la terraza y a solas me dijo:

—Sueles causar ese efecto en los hombres. Yo también hacía lo imposible para impresionarte. Vale. No me voy a molestar. Ya entendí que es solo un juego para él, yo confío en ti. Lo dejaré intentar conquistarte. Así no daré más nada por sentado y no olvidaré enamorarte a diario también. Tal vez es una llamada de atención, a tiempo, para darme cuenta que no te quiero perder.

—¿Qué dices? —le pregunté.

—He estado muy enojado últimamente y he sido un fastidio para ti —dijo.

—Ni todo el mal humor del mundo va a hacer que te deje de querer. Solo quiero que te cuides, que no te creas invencible porque si te pasa algo yo

no sabría por dónde comenzar para reconstruir mi vida.

Eric se dio cuenta desde la sala, que Sebastián y yo, estábamos distraídos él uno en el otro y volvió de nuevo a intentar captar mi atención.

—Paz, Sebastián —nos llamó—. Creo que es momento para decidir si querrán mi ayuda para encontrar a la niña. Sin Venus en el territorio no tendrán más opción que aceptar.

—No sé si tu ayuda sea suficiente —añadió mi madre—. Iris cruzó el Atlántico y al parecer continúa en territorio de la UNA.

—¿Cómo supiste, mamá? —la abordó Apolo.

—También tengo mis contactos. ¿Recuerdas al amigo de Leila que frecuentaba a menudo nuestra casa? —ella le contestó.

—El pretendiente de Venus. ¿Te acuerdas, Apolo? El viejo que no soportabas y que no sabías como echar de tu casa cada vez que iba a importunar a tu madre —agregó Paúl.

—¿Viejo? ¿Me estás diciendo vieja a mí? Porque ese señor es más o menos de mi edad —dijo sorprendida mi madre.

—Perdóname, Venus. Sabes que no quise decir eso, es que no lo soporto —se disculpó Paúl.

—Paúl y yo recurrimos a él para intentar solucionar lo de las propiedades de Apolo y me dijo que no podía hacer nada. Entonces le dije que si en verdad me estimaba me ayudara a encontrar a mi nieta. Hizo sus averiguaciones y me dijo que hay una investigación en torno a la desaparición de Iris. Ellos igual tienen interés en encontrarla —comentó mamá.

—Lo sabía —dijo Sebastián—. Y solo falta que Ademar King II se entere que la nieta de Verena anda por ahí sin protección, para que también quiera tener ese as bajo la manga.

—Iris huyó con un chico de aproximadamente su edad, un compañero

que conoció en el entrenamiento. Una amiga aseguró que Iris le dijo que huiría para buscar a su padre —añadió mamá—. Se fue acompañada de un muchacho de nombre Alejo, un inmigrante del Caribe. Así que tenemos que pensar en otra forma de rescatarla porque ya no está en este continente.

Ante las cosas como se presentaron, Flannes comentó:

—¿Algo más que pueda hacer por ustedes? —dijo Eric Flannes.

—Hay un lugar que me gustaría visitar antes de marcharnos —le dije.

—Adelante —nos dijo con amabilidad—. Pueden decirle a nuestra guardia que los lleve. Es un gusto haberles tenido aquí. Mi oferta sigue en pie Paz, cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirlo.

—Yo quisiera unos minutos a solas con usted, general, para tratar de unos asuntos que me encomendó el general Verena —le dijo Sebastián.

—Por supuesto —le contestó Eric Flannes.

Sebastián y el general Flannes se encerraron para sostener la pequeña reunión, mientras el resto continuamos agradeciendo el reencuentro.

Apolo, Sebastián, Camil y yo, fuimos escoltados por la guardia que nos asignó Flannes al último sitio que quería ver antes de irme. Cuando nos situamos en lo alto del acantilado mi respiración se detuvo por un par de segundos. Ese lugar era dónde había descubierto que estaba enamorada de Sebastián, de un modo que terminaría con asfixiarme si no me llenaba de valor y hacía algo por demostrarle que lo que él sentía por mí era recíproco.

—Camil, no era justo que te fueras sin conocer este hermoso sitio. Tu primo quiso traerte a América Unida para que conocieras otra forma de vida. Esto es lo que me gustaría que recuerdes de tu viaje. No las calles asépticas, llenas de autos que se conducen solos, ni la vida atestada de tecnología que te hace olvidar la naturaleza de donde provenimos —le dije.

—Es impresionante —dijo el chico con una sonrisa.

—Aquí tu primito enamoró a mi hermana —le dijo Apolo a Camil—. Recuerdo los registros de Dafne mientras los vigilaba y me decía: «Paz se está enamorando de su propio enemigo. Hay que hacer algo para separarlos.» Es una lástima que Dafne no pudo ver cómo terminaron ustedes dos —nos dijo a nosotros.

—Se podría decir que aquí comenzó todo pero no. En este acantilado me di cuenta que me estaba enamorando del ‘pupilo del general’ y que tenía que hacer algo para que no desistiera de mí. Todo comenzó desde mucho tiempo atrás pero yo no me había dado cuenta —dije—. ¿Sebastián a que no adivinas lo que tengo en el bolsillo?

—No tengo idea —soltó relajado.

Metí la mano en el bolsillo y se lo mostré. Él negó derrotado y añadió con una sonrisa:

—¿Lo encontró Eric Flannes en su residencia y te lo dio como prueba de su ‘amor’ o mejor dicho como prueba de las ganas que tiene de meterte a su cama? No puedo creer hasta dónde llega ese hombre.

—No. Estás de veras paranoico. Cuida tu vocabulario delante de Camil. A esta hermosa avecilla la he perdido y la he encontrado mil veces. Mi tía siempre procura entregármela y cuando tengo que salir huyendo la dejo atrás y ella se ha encargado de resguardarla para mí. Resulta que mi tía la traía cuando arribó a la capital. De ahí me la puso en el equipaje con el que entré en el Departamento de Defensa y cuando lo dejé porque ni siquiera tuve tiempo de empacar antes de salir corriendo, tía Patricia recordó llevarme mis maletas a Tierras Inhóspitas y dentro estaba esto —le dije mientras Apolo y Camil se preguntaban qué era.

—Hizo tremendo viaje —dijo Sebastián. Le silbó y la esfera se convirtió en ave, se sacudió y remontó el vuelo.

—Cuando supe que veníamos a aquí, pensé que si las cosas salían

bien podíamos venir y recordar esos tiempos —dije.

—Todo un estuche de monerías el cuñado. Si yo hubiera tenido que recurrir a esas estrategias creo que nunca me habría enredado con una mujer —soltó Apolo palmeándole el hombro con afecto a Sebastián.

—Si mal no recuerdo creo que fue Dafne la que te conquistó a ti —le dije con una sonrisa a mi hermano y más atrás escuché la carcajada de Sebastián.

—Yo también tengo una sorpresa para ti, mi amor —me reveló Sebastián—. Le pedí algo a Flannes. Solo que quería que fuera una sorpresa pero ya no me puedo aguantar.

—¡Sebastián! —dijo Camil—. Se supone que la llevarías con los ojos vendados y cuando estuviéramos ahí le dirías.

—Tu hermano está confabulado conmigo para que no lo creas un santo y Camil también. ¿Recuerdas cuando dijimos que estar en América Unida nos daba la oportunidad de acceder a un ultrasonido? —me dijo Sebastián y mi corazón comenzó a acelerarse.

—Hace bastante tiempo que no he podido hacerme uno y estoy desesperada por saber cómo marcha todo —dije—. Quiero ver cómo se están desarrollando sus órganos, qué tamaño tiene, son tantas cosas. Johnson ha sido magnífico y gracias a los equipos que los del instituto llevaron he podido escuchar su corazón, pero esto es...

—Lo mejor no es que podrás verlo hoy —se adelantó Camil—. Nos llevaremos el equipo de ultrasonido a Tierras Inhóspitas, así que lo podrás ver más seguido.

—Le pedimos uno y Flannes insistió que podemos llevar uno con nosotros pero que enviará varios por barco para que tengamos en cada asentamiento. Además de eso, nos pidió hacer una lista de todas nuestras necesidades más urgentes en medicina, comunicaciones, armamento. Lo

enviará por mar —me dijo Sebastián.

—Son estupendas noticias. Vamos de una vez, no puedo esperar por el ultrasonido —dije.

—Iremos ahora porque mañana temprano regresaremos a casa —concluyó Apolo.

CAPÍTULO 11



El primer ultrasonido al que pudo asistir Sebastián fue en América Unida y yo ya tenía siete meses. Esa tierra llena de significado para nosotros. La cara de Sebastián dejó entrever tantas emociones que me distraía de la pantalla del ultrasonido. Mi hijo, ya era un bebé y estaba casi listo para salir. Su rostro podía observarse, sonrió de repente y Sebastián y yo nos quedamos con la emoción oscilando dentro de nuestros cuerpos. Al fin podía observar al responsable de aquellas caricias como alas de mariposas, batiendo sin cesar, que me rozaban desde adentro. El pequeño movía los brazos y las piernas en un ritmo acompasado con la música de mi corazón.

Todo estaba bien y pudimos respirar con alivio al saber que nuestro hijo crecía a un ritmo apropiado y que sus órganos se estaban desarrollando acorde a su etapa de gestación. Era un varón y ya podíamos comenzar a pensar en su nombre. Ni siquiera le dije a Sebastián la primera opción que había pasado por mi mente porque a él no se le ocurrió. Y de pronto, lo que en un inicio pensé que sería una buena idea tal vez no me lo parecía. A lo mejor Sebastián no deseaba escuchar a diario el primer nombre con que se habían referido a su persona. Quizás Abel Oriol le traía a la mente recuerdos demasiados dolorosos que prefería olvidar.

Antes de salir, Sebastián me abrazó con un brillo distinto en los ojos.

Creo que hasta ese momento se dio cuenta qué tan real era lo que viviríamos cuando nuestro hijo naciera.

Arribamos a Tierras Inhóspitas los mismos que habíamos abandonado el territorio y un individuo más. Nuestra incursión en América Unida no había sido en vano, teníamos noticias importantes de Iris, yo había recibido la inyección, me había realizado un ultrasonido y habíamos optimizado la alianza con el general Eric Flannes.

Mi hermano le ofreció a Jonathan que se alojara con Paúl y con él, a Sebastián no le había quedado más remedio que aceptarlo, aunque previno a mi padre de sus sospechas y le encomendó a Max vigilarlo a discreción. A la mañana siguiente, antes que Jonathan saliera de su habitación, yo lo estaba esperando.

—Hola, tardaste bastante en despertarte —le dije.

—¿Me estabas esperando? Una disculpa enorme. Lo siento. El cambio me ha dado insomnio —me reveló.

—¿*Jet lag*?

—No. Ojalá solo fuera eso. Me atormenta un poco si la decisión que tomé fue la correcta. Por un lado la desconfianza de tu novio y por otra la persecución de ese robot. ¿Cómo es que se llama?

—Max —le dije luego de girar en su dirección.

—Al principio pensé que era una especie de guardián para ti y luego me percaté que me anda siguiendo.

—Son cosas de Sebastián. Son medidas de seguridad, lo siento. Hemos tenido problemas con algunos recién llegados y por eso se toman precauciones, pero si tus intenciones son verdaderas no tienes que preocuparte. Vamos. Quiero presentarte al equipo de médicos, te sorprenderá. Hay gente muy talentosa con nosotros. Aquí todos tienen que trabajar y el

puesto que tenías con Apolo y con Leila, me temo que ya está ocupado. Además, no creo que hubieses disfrutado de trabajar con mi padre, cuando se enoja, nadie lo quiere tener cerca.

—Vamos —me dijo—. ¿Tú estás a cargo de la clínica? Algo así me dijo Apolo.

—Pero yo no necesito asistente —le dije con una carcajada—. Quiero que unamos fuerzas. ¿Qué te parece si nosotros te enseñamos a ti lo que sabemos de medicina y tú a nosotros? En mi paso por la UNA aprendí mucho sobre herbolaria, sobre medicina naturista. Creo que vale la pena —hice una pausa—. Algunos de los médicos que te presentaré son un poco engreídos, así que no te asustes si a la primera se dan aires de suficiencia, agradecerán a futuro todo lo que puedas compartírnos. Mira nuestro entorno y verás que a un médico de tu formación, le será más fácil sobrevivir que a uno que provenga de la Sociedad Autocontrolada.

Cuando arribamos y reuní al grupo de doctores, me di cuenta que Earta con sus ínfulas de grandeza, se había apropiado de mi nuevo nombramiento. Era de esperarse en ella que estaba acostumbrada a mandar.

—Paz —me dijo—. Pensé que no te reportarías por este lugar con todas tus ocupaciones familiares. No te sientas obligada a dirigir esta clínica, sabes que puedes contar conmigo. ¿Recuerdas nuestro tiempo en el Instituto de Planificación Familiar, cuando comencé a prepararte para ser mi sucesora? Aquellos tiempos en que te insistía y tú no estabas interesada.

—Earta, esos tiempos quedaron atrás —le dije—. Ahora tengo mucho interés en levantar esta clínica. Es más, vine a presentarles a mi mano derecha. Cuando yo me ausente por asuntos familiares, él estará a cargo, el doctor Jonathan Rodríguez. Viene de la UNA, exactamente de América Libre y nos aportará una cátedra sobre medicina naturista, tres veces por semana, de asistencia obligatoria, salvo para los que estén de guardia, que tendrán que

ponerse al corriente a la brevedad posible.

—¿Y eso para qué? —dijo uno de los acérrimos seguidores de Earta.

—Porque no podemos aspirar solo a depender de los suministros que nos envían los aliados o los que van llegando. Cuando no tengan el medicamento que necesitan, le dirán al paciente, lo siento, no surtieron el almacén. No, ¿verdad? Para eso está el doctor aquí —añadí.

Mientras algunos doctores se regresaban a sus funciones y otros se reunían en pequeños grupos a murmurar, Jonathan se me acercó y me dijo:

—Ahora sí no entiendo nada. ¿No que no se requerían asistentes?

—Al nivel que tenías no, que yo es la primera vez que me paro en este lugar y tengo que hacer algo para recuperar el control. No serás mi asistente, que ni me gustan ni los necesito.

—No creo que requieras de todos los servicios que yo le prestaba a Leila —dijo con una sonrisa.

—Por supuesto que no, pero mira que eres cínico. Serás el segundo a cargo de la clínica para efectos legales, si es que aquí los hay, pero prefiero trabajar en equipo.

—No tengo problemas con el trabajo en equipo. De hecho, siempre se lo propuse a Leila, pero era demasiado mandona y no pude convencerla —me dijo y terminó la frase con una carcajada.

—Ni se te ocurra hacer esos chistes delante de Sebastián.

—¿Es celoso?

—Más bien no te soporta —le recordé.

—¿Y por qué te empeñas en ayudarme?

—Eres amigo de mi hermano y me caes bien.

—Gracias —me dijo con sinceridad.

Earta Hébert no tardó en acercarse a nosotros.

—Me parece tan bueno que hayan traído el equipo para ultrasonidos. Podríamos empezar a utilizarlo contigo. ¿Qué te parece? —me dijo.

—Será en otra ocasión porque me realicé uno hace poco —le contesté.

—¿Y cómo va todo?

—Excelente.

—Me alegro. Tu hijo es muy importante —recalcó.

Cuando Earta se fue, Jonathan me dijo:

—Es necesario revertir la modificación genética para evitar la esterilidad en un porcentaje de la raza humana, una vez que se unifique el mundo.

—¿Quién te lo dijo? —le asalté.

—Tu madre y tu hermano.

—Sí que te tienen confianza —le dije. Lo sabía, que la solución para los nuevos nacimientos estaba en investigar los genes de mi hijo con Sebastián, para ver qué le permitió vencer esa modificación y preservarlos, porque son niños que al seguir reproduciéndose pueden ser el enlace entre los dos humanos, el original y el que la Sociedad Autocontrolada diseñó en el laboratorio. Resultaba que Iris provenía de una situación similar a la de mi bebé. De ahí la urgencia de encontrarla. No solo era importante para nuestra familia, también para la supervivencia de la raza humana, al menos como la habíamos conocido siempre. Me reservé mis comentarios al respecto, aunque mi madre y Apolo se fiaran de él, yo prefería ser cuidadosa al conocer a una persona.

—Si Sebastián y tú, al igual que Apolo y Dafne pudieron reproducirse, en teoría otros también podrían. Hay que esperar para ver si otras parejas mixtas pueden tener hijos —dijo.

—Pienso que Earta delira y que lo que intentaron hacer no funcionó. Que hay más casos, pero que no están documentados porque la Sociedad Autocontrolada es una mentira —afirmé mi suposición.

—Creo lo mismo. Habrá que verlo, es simple. Pongamos a una pareja mixta a reproducirse a ver qué sucede. Si no pueden concebir, entonces no sabemos por qué ustedes sí lo lograron. Será el enigma. Si logran concebir, Earta está chiflada o los autocontrolados viven una hipocresía.

—No uses ese término de parejas mixtas, es desagradable, todos somos iguales —le dije.

—Lo sé y lo comulgo, solo que no supe como referirme a ese hecho en particular. Tal vez la doctora Hébert no está tan chiflada. La Sociedad Autocontrolada tiene lo suyo. ¿Qué me dices del Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial? Tiene a los robots humanoides con rasgos humanos y avanzada inteligencia que detectan el nivel de emociones humanas. Los producen en distintos tipos, pero lo fundamental es que los seres humanos ya no realizan trabajos pesados ni serviles, para eso están los robots. Sobre todo los que diseñan para soldados me dejan pensando, en una guerra la UNA tendría más bajas que los autocontrolados, es un punto a su favor. Cada tipo de robot tiene su función y el centro está en constante producción. ¿Hasta dónde quieren llegar? ¿Ningún autocontrolado piensa en las implicaciones éticas? Eso es raro aunque para ti es tan normal porque así creciste —recitó parte de la información que conocía de memoria sobre la Sociedad Autocontrolada—. Leila aborrecía ese tipo de cosas. Puedo imaginar su expresión si me viera perseguido por ese robot.

—Max es genial.

—Para ti porque no eres su objetivo. ¿Y si que se le crucen los cables? No me disgustan los robots pero respeto a las máquinas.

—Max es diferente.

—Es una máquina, punto y a los autocontrolados se les olvida que se puede prescindir de ellos para vivir. Los habitantes de la Sociedad Autocontrolada tienen poca información sobre la UNA y su forma de funcionar, sus adelantos, etc. Los líderes de la Sociedad Autocontrolada ocultan información para tener poder.

—Y ustedes, los autónomos, juzgan a los autocontrolados y se creen mejores personas. Creo que ese es el problema, no buscamos un punto donde converger. Se ve que pasaste demasiado tiempo con Leila y piensas muy parecido a ella. Tierras Inhóspitas es para los que no se aferran a ningún lado de la frontera —le dije.

—Me callo la boca. Me diste el castigo de la abuela. Acabas de quitarte metafóricamente el zapato y pegarme con él. No quiero ser el de la mente cerrada. Yo te enseño todo lo que quieras y tú sigue compartiéndome tus ideas, me gustan —agregó con una carcajada.

CAPÍTULO 12



Cuando Apolo fue capturado, Iris quedó bajo la custodia de su abuela Greta debido a que Venus estaba conmigo en Tierras Inhóspitas y ese fue el inicio de los problemas que la llevaron a decidir escapar. Apolo se sentía impaciente por no poder mover cielo y tierra para encontrarla. No podía entrar a las otras naciones de la UNA para dar con ella y lo que más lo atormentaba era saber que los autónomos estaban detrás de Iris para usarla en su contra. Por eso, cuando el destacamento que estaba ubicado, previo al primer asentamiento en el que nos establecimos, el uno, se comunicaron con mi padre para decirle que tenían a su nieta, Apolo no pudo aguantar la impaciencia y decidió ir a buscarla en persona.

Mi padre le convenció para aguardarla en nuestro sitio. Los soldados la traerían y sería más rápido. El día que Iris arribó, mucho más flaca que la última vez que la habíamos visto, con la ropa sucia y las huellas de sus andanzas, Apolo experimentó los sentimientos encontrados más fuertes de su vida. Por una parte quería llorar por el alivio de saberla a salvo y por otro parecía que iba a explotar de tanto coraje.

—Antes de regañarla, recuerda que pudo irse con John y eligió venir contigo —le dije a mi hermano pero no sé si me escuchó, porque salió como una bala disparado hasta ella.

Iris se quedó parada, con cara de miedo, al lado de otro chiquillo mucho más alto pero en las mismas condiciones que ella. Apolo corrió hasta su hija, la envolvió con sus brazos mientras Iris aún temerosa se dejó abrazar. Era la primera vez que estaban tan cercanos el uno del otro, ni siquiera cuando se habían conocido, Apolo se había atrevido a romper la distancia, que la decisión de Dafne había sembrado entre los dos. Los vi y no pude evitar sonreír, acaricié mi vientre, agradecí por tener a mi hijo y porque mi hermano había recuperado a su hija. Cuando Apolo la soltó, Iris lo miró a los ojos y murmuró:

—Lo siento.

—¿Por qué hiciste algo así? Casi me muero de angustia —le reveló mi hermano, abrumado por la tempestuosa paternidad que le había llegado de golpe.

—Ya no aguantaba más ese lugar y bajo ninguna circunstancia iba a regresar con mi abuela Greta, está mal de la cabeza. Si tú ya no ibas a estar en América Libre para qué iba a quedarme ahí. Tú me llevaste a ese lugar, me sacaste de la casa de John y luego me abandonaste, es que no lo entiendo —estalló Iris con sus quejas.

—No hui de América Libre y no te abandoné —le intentó explicar Apolo—. Iris, es una situación delicada. No sé por dónde comenzar a explicarte.

—Lo sé. Sé que tuviste problemas y que te refugiaste en este lugar con tu familia. Escuché que quieren quitarte del medio pero América Libre no lo permitirá, todos están contigo.

—¿Y cómo sabes tanto? —le dijo Apolo que desconocía la opinión pública de su pueblo sobre su desaparición.

—Es difícil no saberlo, eres famoso en América Libre y todos están al tanto de lo que te ocurre. Empezando por éste —dijo señalando al muchacho

que tenía al lado—. Es uno de tus fans, tuyo y de Paz. Cuando supo que yo era tu hija, no se despegó de mí.

—Mucho gusto, soy Alejo —se presentó el chico—. No es que sea un fanático o algo así. A Iris le falta una tuerca. Simplemente los admiro por sus acciones. Es todo. América Libre no es lo mismo sin ustedes. Así que decidí hacer lo que muchos están haciendo, venir a Tierras Inhóspitas a sumarme a la causa. Aclaro que primero Iris tuvo la idea. O sea, yo la tuve primero pero no la compartí con ella. Cada uno la tuvo por separado y cuando nos dimos cuenta decidimos ayudarnos.

—No te sigas explicando, Alejo, por favor. Ya hablaremos. ¿Ahora me podrías dejar a solas con mi hija? —le pidió Apolo con el semblante endurecido.

Me llevé al chico de allí. Mientras caminábamos le dije.

—Debes estar cansado y muerto de hambre. Te buscaré comida, un lugar para bañarte y descansar. ¿Y tus padres?

Se alzó de hombros.

—Me refiero a si saben que estás aquí.

—No tengo idea. Llegué a América Libre con los refugiados del Caribe. Mis padres no quisieron salir. Querían el régimen de la Sociedad Autocontrolada. Yo no pude soportarlo y me dejaron elegir. Ahora estoy por mi cuenta.

—¿Seguro que te dejaron elegir?

—Seguro.

—Te lo digo porque ha sido doloroso para nosotros no saber de Iris. No querría eso para tus padres.

—No tengo más que decir —añadió.

—Buscaré un cuarto para ti, te quedarás con otro chico como tú de la UNA, se llama Camil y es el sobrino de mi pareja. Por favor, compórtate. Si

de veras quieres quedarte en Tierras Inhóspitas hay que respetar las reglas de mi padre, el general Verena.

—No tengo problemas con eso. Es más me encantaría conocerlo.

—¿Estás hablando en serio porque papá no es muy popular con los chicos de tu edad?

Alejo tenía en el rostro algo que me resultaba familiar, era como si lo hubiera visto antes, y por más que trataba de evocar no lograba ubicarlo en mi pasado, así que concluí que lo más seguro es que recordara a otra persona. Sus ojos, captaron mi atención a la primera, sobre todo por su color, el cual no podría aseverar con exactitud. Lo dejé junto a Camil, quien se alzó de hombros al escuchar que compartirían habitación.

—No tengo problemas —dijo Camil.

—Alejo te ayudará con los caballos —le dije.

—¿Estás hablando en serio? —dijo Alejo—. ¿Vine de tan lejos para eso? No sé si sea bueno con los animales. Me gustan pero no destaco en habilidades para atenderlos.

—Eso se nota, si ni siquiera puedes cuidar a ti —le soltó Camil—. Te daré algo de ropa, creo que somos más o menos de la misma talla. Te aclaro, no soporto el desorden.

—¿Y por qué asumes que yo sí? —le dijo Alejo y Camil le lanzó una mirada indicándole que su aspecto no era el más pulcro ni ordenado—. Iris y yo viajamos desde América Libre por nuestra cuenta. Ya quisiera ver cómo quedarías tú si pasaras lo mismo.

—Basta chicos, traten de llevarse bien. No hay muchos jóvenes de su edad por aquí —les dije antes que aquel pequeño cuarto se convirtiera en un campo de batalla entre adolescentes—. Aquí todos tienen que ocuparse en algo, si no te entiendes con los caballos, más adelante te buscaremos otra función.

—¿Quién es Iris? —dijo Camil.

—Es un fastidio pero resultó ser una buena compañera de viaje —resumió Alejo.

—Me voy. Camil, ayúdalo a instalarse —dije.

Los dejé mientras se intentaban poner de acuerdo, algo que parecía imposible. Volví hasta el lugar donde había dejado a Apolo con Iris y ya no los encontré. Estaban en el sitio donde él se hospedaba, en la peor faceta de padre de mi hermano. Apolo le dio varias instrucciones para que se instalara con él y comenzó a recitar un repertorio de reglas, más de las que eran posible ser asumidas por una chica de catorce años, que recién conocía a su progenitor, el que encima no le terminaba de agradar. Apolo continuó:

—Habrás horario de entrada y de salida de esta habitación. Para lo que sea que decidas hacer me pedirás permiso. No te quiero todo el día andando con ese tal Alejo.

—Estuvimos juntos más de quince días deambulando de un lado a otro y no pudiste impedirlo, ¿por qué te preocupa ahora? —Iris le alzó la voz a su padre.

—No sé cómo era tu vida con Dafne y con John...

—Precisamente, no lo sabes —Iris le interrumpió.

—Pero aquí las cosas serán como yo digo. Nunca fui tu padre porque Dafne no me lo permitió. Ahora ella no está y yo me ocuparé de ti.

—No fuiste mi padre porque no quisiste. John jamás hubiese permitido que me separaran de su lado si hubiese estado en tu lugar.

—Son suposiciones. Eso no nunca lo vamos a saber. John nunca estuvo en una situación idéntica a la mía.

—Él no se quedó cruzado de brazos después que el general Verena me arrebató de su lado.

—Solicitó la prueba de ADN y esta demostró que soy tu padre biológico.

—No sé qué hago aquí —dijo llorando a grito tendido—. Vine solo porque Alejo me convenció para venir detrás de ustedes. Me habló tanto de ti que terminó por convencerme de que tal vez valías la pena. Todos los chicos en el entrenamiento elogiándote, admirándote, que pensé... Ese hombre del que hablan es mi padre, tengo que darle una oportunidad, porque llegué tan resentida que ni siquiera le he podido conocer. Pero me equivoqué, tú y yo no tenemos nada en común, nunca te querré porque es algo que no puede obligarse, no lo siento.

—Iris, no te permito hablarme así. Me debes respeto —le exigió Apolo.

—¡Te odio! John me pidió que espere a cumplir la mayoría de edad, que entonces podré regresar con él y que me estará esperando. Un padre es quien se preocupa por ti. Tú ni siquiera hiciste el intento. John se comunicó cada semana conmigo mientras estuve en la casa de mi abuela Greta. Tú no eres mi padre, Apolo. Estaré contando los días para liberarme de ti.

CAPÍTULO 13



Los generales que nos acompañaban en el asentamiento, Apolo, Sebastián y algunos oficiales se reunieron y me pidieron estar presente. Diana no quiso asistir porque seguía en negación por la ausencia de Owen, tras la misión que le encargó mi padre a su hombre de confianza. Mi madre no fue requerida como en otras ocasiones y ella aceptó, porque sabía que los generales aún sentían cierta desconfianza hacia su persona.

—Paz tiene un aliado muy importante en la capital, por su seguridad mantendré su identidad confidencial. Es de muy difícil acceso pero está muy bien conectado. Nos urge hacer contacto con él. Escucho sugerencias —dijo papá.

—Creo que mi madre podría dar opciones, es muy buena en ese tema —opinó mi hermano.

Como los presentes estuvieron dando ideas y nunca hubo unanimidad del medio idóneo para ello, aceptaron traer a mi madre. Venus miró a cada uno de los oficiales y dijo:

—Me invitan cuando ya se les acabaron las ases bajo la manga, no les reprocho, tengo una idea pero no puedo compartirla con todos. Lo hablaré solamente con Apolo, Edgar, Sebastián y Paz. Edgar porque no me queda

más remedio, es el ‘dirigente’ —dijo con un tono de burla—, los otros tres porque son quienes lo llevarán a cabo y en este tipo de asuntos, mientras menos sepan, mejor. Ustedes son expertos, así que no requiero dar más explicaciones.

Los generales a regañadientes estuvieron de acuerdo en confiar en el juicio exclusivo de mi padre. Cuando el resto de los presentes se hubo retirado, mi padre le dijo a mamá antes de que ésta comenzara:

—No sé qué estarás pensando, pero recuerda que Sebastián tiene que partir a su misión. Ya lo ha extendido demasiado y el general Walker está con todo encima, lo suyo y lo de Sebastián. Si lo haces para que Paz no se separe de Sebastián de una vez te digo que no. Sebastián tiene que partir, así como Owen partió aunque Diana me lo reproche. Todos tenemos una misión, estamos en guerra.

—Te diré mi idea, no seré responsable de tus decisiones. —Mi madre expuso su plan—: El informante necesita la nueva versión mejorada de la guía mental.

—¿Y de dónde la sacamos? —dijo mi padre.

—Eso no es problema —se adelantó Apolo—. Necesitaremos los insumos pero podemos pedírselos a Jonathan, nuestro aliado de América Libre. La haremos en casa. Él es especialista.

—Una vez que esté lista la mandaremos con unos soldados, para que se la entregue a un aliado intermediario hasta que llegue al destinatario —dijo mi padre.

—En este caso no debería haber intermediarios, es una fuente delicada. No necesitamos levantar tanta polvareda en torno a la entrega cuando contamos con un mensajero mucho más sutil —dijo mi madre—. La araña de Sebastián puede llevarla, solo necesitaremos acercarla lo más posible.

—Sí se puede. Está diseñada para eso y más. Incluso si lo que llevará no es muy grande puede esconderlo dentro de su cuerpo y hacerse invisible —afirmó Sebastián.

—No se hable más. Me gustó trabajar con ustedes en equipo. Gracias a cada uno por su aportación. Vamos a hacerlo —dijo mi padre y mi madre lo miró de reojo.

Apolo se despidió de nosotros y antes de irse me transmitió a mi madre y a mí, a través de la guía mental que iría a pedir el apoyo de Jonathan con respecto a la guía que necesitábamos.

Me lo topé de nuevo antes de lo que imaginaba cuando Sebastián y yo éramos los únicos que quedábamos en la sala de juntas.

—Jonathan dice que no puede ayudarnos. Él podría crear una guía mental si tuviera los insumos pero está renuente —mencionó mi hermano.

Sebastián se puso de pie con cara de pocos amigos y se dirigió en busca de Jonathan. Apolo se sobresaltó y le indiqué que yo me haría cargo. Por el camino le pedí a Sebastián que me dejara intentarlo a mí, porque con lo enojado que estaba, solo conseguiría poner a Jonathan a la defensiva. Sebastián aceptó, así que cuando tuvimos a Jonathan delante le dije:

—Esto es simple, Jonathan, estás con nosotros o no lo estás —le dije mirándolo a los ojos.

—¿Me estás pidiendo una prueba de amor? Creo que ya estamos grandecitos para eso —Jonathan comenzó con su juego en un momento inapropiado, obvió que ya le había sugerido no hacer ese tipo de bromas delante de Sebastián.

—No te pases de listo, Jonathan —le dijo Sebastián—. ¿Lo harás o no? Si no te entregas por completo no me sirves.

—¿Tú también me estás pidiendo una prueba de amor? —Jonathan no

se detuvo.

—Esto no es un refugio. Tienes algo valioso para nosotros —lo encaró Sebastián.

—La guía mental tiene efectos adversos no deseables. ¿Se les ha olvidado? No lo quiero para una sola persona más, menos para el resto de los seres humanos. No sé hasta dónde llegue la guía si sigue mutando. ¿No lo entienden? Hemos creado una maldita enfermedad, es como un maldito virus que se ha quedado a vivir dentro de nosotros. Sí. Yo también la tengo. Al principio era una maravilla, pero resultó que no lo es.

—¿Me estás saliendo con principios éticos? ¿Tú? —le reclamó Sebastián.

—Sé que no te quitas de la mente que soy un miserable juguete sexual o un arribista, pero estás equivocado conmigo, muy equivocado. De ti puedo esperar, Sebastián, eres un militar autocontrolado. Sí, yo también puedo juzgarte. Pero no lo esperaba de ti, Paz, realmente me decepcionas.

—Tú no entiendes que el sacrificio de unos puede salvar al mundo. Esa enfermedad, como le llamas, ya está diseminada. Uno más, uno menos, no hará la diferencia —le exigió Sebastián.

—¿No escuchaste nada de lo que dije? —le dijo frustrado Jonathan.

—¿Sabes qué, Jonathan? No te necesito. Crearé un ejército de arañas, es tan efectivo o incluso más que tu guía mental y tiene una ventaja, no infectaré el cuerpo de nadie. No te me acerques con aires de suficiencia como si fueras a salvar al mundo, si no tienes el coraje de luchar al lado de nosotros —le dejó claro Sebastián.

Sebastián se fue y aunque tuve ganas de quedarme con Jonathan no lo hice, le seguí para tratar de apagar el fuego que lo consumía. «El autocontrolado más autocontrolado, porque sin tener la modificación genética lo hacía por elección propia, se está pareciendo cada vez más a Ademar King

II y se estaba dejando envolver por fuerzas oscuras», pensé. Pude percatarme de algo que Sebastián no habría entendido ni aunque quisiera, que Jonathan aunque se la pasara bromeando estaba aterrado. Abrí mi guía e intenté pedir acceso a la de Jonathan que se abrió para mí, a través de la guía mental le dije...

—Se le pasará, no le hagas caso. No es necesario que cree un ejército de arañas, con unas cuantas será suficiente, lo que sucede es que desconfía de ti —le transmití.

—Lo sé y estoy harto de esto —me transmitió—. Tu novio piensa que soy un maldito espía.

—Yo no lo creo, Jonathan, pienso que eres un hombre extraordinario —le transmití a la par que seguía detrás de Sebastián, escuchando sus ideas encimadas unas con otras sobre la creación de pequeños robots arácnidos.

—Yo no valgo nada —me transmitió Jonathan a través de la guía mental, cada vez con menos fuerzas—. No es solo Sebastián. Todos piensan que soy un fracasado, que dejé una brillante carrera por volverme el amante lleno de privilegios de la mujer más poderosa de la nación. Mientras ella estaba viva no me importaba. Mientras pudiera tenerla me daba igual lo que pensaban. Nuestra relación no era recíproca pero teníamos exclusividad, Leila solo compartía sus afectos conmigo y eso me bastaba.

—Yo sé la verdad. Jonathan, no tienes que seguir ocultándote conmigo. Sé que no participaste en el proyecto de la guía mental como un estudiante invitado por su buen desempeño, sé que la idea fue tuya y que tus maestros te ayudaron a desarrollarla. También sé que no dejaste tu carrera porque te hayas enamorado de Leila, enredarte con ella fue el efecto secundario de tus aspiraciones —le transmití a Jonathan y dejé de escuchar a Sebastián.

—¿Y tú como lo sabes? —me preguntó Jonathan.

—Yo me enteré hace muy poco. Hay hermanas que no suelen tener secretos, por muy sórdidos que fueran, Venus y tu difunta amada. Leila te guardó para ella como secreto de estado y tú seguiste trabajando en tus maravillosas ideas bajo el disfraz perfecto de su asistente, donde podía tenerte controlado y así tener ventajas sobre los otros cuatro representantes de la UNA. Perdóname si soy yo quien te revela este último detalle, no sé si era de tu conocimiento.

—¿No estás hablando en serio?—. Noté su confusión y su estado en verdad afectado—. Si ella se atrevió a manipularme, me arrepentiré de todas las lágrimas que lloré tras su muerte.

—Si te sirve de consuelo te diré esto que también me dijo mi madre. Mi tía pudo ser una mujer obsesionada con el poder y con implantar su idea de bienestar para el mundo, pero estaba loca por ti. Efectivamente desde que te conoció fuiste el único que compartía su cama y si nunca te dio en su vida el lugar que merecías fue para protegerte. Todos los que están demasiado cerca de una mujer como ella terminan dañados o como blanco de la ambición de sus enemigos.

Hacia un par de minutos que me había quedado parada y le había perdido la pista a Sebastián, quien ni siquiera se había dado cuenta por lo concentrado que estaba en sus planes. Me lancé a correr en una dirección distinta a mi destino, corrí hacia donde había dejado a Jonathan y lo encontré tal como me lo había imaginado, por las sensaciones que me llegaban a través de la guía, estaba hecho un ovillo en el suelo, sentado, enrollado en su propio cuerpo con la mirada perdida en un pasado difícil de recuperar. Lo abracé.

—No quiero que me veas así —me suplicó Jonathan.

—Perdóname, soy una entrometida por partida doble —dije.

—Me siento como un estúpido, no por amarla, pero sí por pretender que ella sintiera lo mismo por mí. Creí que nuestro secreto de estado me

ponía en una situación privilegiada. Sentí que yo también tenía algo que ofrecer y que Leila y yo estábamos a la par. No me importaba lo que pensase el resto porque creía que tenía una misión importante en la UNA, y que podía disfrutar de Leila. Si me dices que solo me utilizó como un arma escondida para tener controlados a los otros representantes de la UNA, se me derrumba el mundo —me transmitió a través de la guía porque nuestras revelaciones no debían mencionarse en voz alta.

—¿Cariño, acaso no me escuchaste bien? Leila estaba loca por ti, se lo confesó a su hermana —le transmití—. Tú eras su hombre, te admiraba y te deseaba por lo muy valioso que eres. Todo lo demás vino añadido y ella lo supo aprovechar.

—Creo que solo lo dices para que no me sienta un idiota.

—Leila te quería. Se lo dijo a mi madre en varias ocasiones. Si no me crees tendrás que preguntarle a mamá.

—Me moriría de la vergüenza —me expresó a través de la guía.

—Deja eso para otro que a ti te resbale. No le digas a nadie que tú creaste la guía mental, ni cada una de las vacunas que han intentado corregir sus efectos adversos. Ese tipo de cosas se mantienen ocultas, hay mucha gente codiciosa que podrían desear utilizarlo para hacer el mal y no te dejarían tranquilo.

—Por eso me oculté aquí en Tierras Inhóspitas. Además, no estoy orgulloso, diseñé una maldita plaga y si me refugié en estas tierras de nadie, es porque también quiero olvidarlo, antes que la culpa termine por aplastarme.

—La solución no es huir, es necesario que busques remedio. Si te sirve de algo, Apolo, Dafne y yo salvamos muchas vidas gracias a tu guía.

—También contribuimos a acelerar una guerra. He aprendido que mientras más juegas con lo que no se debe tocar en la ciencia, más hundido

terminas; así que prefiero dejar de intentarlo. Quiero poner distancia entre ese funesto experimento y mi presente.

—Eso no será posible porque hay gente involucrada, hay personas afectadas esperando una solución. No estás solo. Cuenta conmigo, montaremos un laboratorio y trabajaremos clandestinamente de ser necesario. Ya no te atormentes más ni con Leila ni con la guía mental.

Mientras seguíamos abrazados comunicándonos con los labios sellados a través del invento de Jonathan, el que él no cesaba de maldecir, pero que nos había ayudado en más de una ocasión, Sebastián dijo una palabra en voz alta y Jonathan y yo dimos un brinco que nos borró el estado melancólico. «¿Desde cuándo está parado detrás de nosotros? Odio que sea tan silencioso. No lo sentí llegar», pensé y Jonathan tuvo acceso a mi preocupación.

—¿Qué significa esto, Paz? ¿Me dejas hablando solo y corres a los brazos de Jonathan? ¿Qué tengo que pensar? —articuló Sebastián.

—Jonathan es mi amigo y te exijo respeto para su persona. A partir de hoy no quiero que te dirijas a él ni como arribista, ni como juguete sexual, ni como lo que ni siquiera se te ha ocurrido aún —le dije mirándole a los ojos y Sebastián enojado se fue lejos de allí.

CAPÍTULO 14



Mi madre también se exasperó cuando supo de la renuencia de Jonathan a hacer otra guía. A mi padre no le dimos los detalles de la elaboración, solo le expusimos que estábamos teniendo problemas para obtenerla y que habíamos desarrollado un plan B. Apolo, mis padres, Sebastián y yo nos reunimos a tratar de evaluar el plan B.

—¿Un ejército de arañas? Expílicate mejor, muchacho —le dijo papá a Sebastián cuando éste le expuso la idea.

—Pequeños robots arácnidos que transmitirán desde diversos puntos de la ciudad y no solo eso. Podrán operar sistemas de seguridad, robar contraseñas, planos, introducirse en reuniones privadas —dijo Sebastián.

—Eso significa que tendrás que dejar a Walker a cargo de tu misión por más tiempo. No creo que él tenga problemas con eso. Ahora eres más necesario aquí, también necesitamos más guías estilo Tierras Inhóspitas para nuestro ejército y eso requiere de tiempo. ¿Estos pequeños robots servirán a su vez como guías?

—Lo que usted ordene, general —dijo Sebastián quien se veía contento por encerrarse en un taller a hacer lo que más le gustaba, pero de cierta forma, estaba desilusionado por no estar en el centro de la acción, donde ahora Walker estaba teniendo mucho éxito—. Puedo hacer cualquiera

de las dos. Prefiero que solo sean robots porque si los descubren, King no tendrá conocimiento de nuestras guías y su forma de operar. A parte puedo confeccionar guías como la mía y la de Paz para nuestro ejército. Mis pequeños robots invadirán muy pronto la capital.

—Suenan bien pero estás obviando que son susceptibles de ser detectados por el sistema de seguridad de nuestros enemigos —dijo mi padre.

—El que conocemos a la perfección —rebatía Sebastián.

—Y el que ya estarán ocupados en actualizar. Tendrás que darte prisa e innovar, para que no te lleves una sorpresa —dijo papá.

—Necesitamos al menos una guía Tierras Inhóspitas para el aliado de Paz. Para comunicarnos con más libertad. Hay que sopesar el riesgo en una balanza, que la encuentren contra lo que obtendremos a cambio.

—Todo está maravilloso, pero la guía mental tiene una sutileza que están pasando por alto. La comunicación directa e inmediata, limpia — enfatizó mi madre—. ¿Qué harán tus aliados cuando verbalmente necesiten transmitir un mensaje?, decirlo a tu araña y le escuchamos del otro lado, pero eso supone un riesgo, podrá ser captado por alguna cámara, grabadora de sonido, alguien no invitado... No estaría mal tener tus arañas y unas cuantas guías mentales.

—Estoy haciendo lo que me corresponde, la guía mental está fuera de mi alcance. Si los dejas tranquilos puedo diseñar un robot especial para el aliado que no tenga todas las propiedades de una guía pero que funcione de cierta manera similar, sin comprometer lo más relevante —dijo Sebastián y se fue a sepultar en su trabajo.

Le seguí detrás y caminaba tan rápido como si no quisiese mi presencia. Por el camino fue reuniendo a algunos de sus hombres más cercanos y pidiéndole esto o aquello. Les dijo que se verían de nuevo en el taller, donde ya Sebastián había confeccionado algunas arañas y libélulas, la

de mi madre, mi padre, Apolo, Paúl, Owen, entre otros. Le habló a Max a través de su guía y le dio instrucciones precisas sobre las cajas que requería en el taller. Le grité:

—Sebastián, ¿qué te sucede conmigo?

—Nada, Paz. Estoy ocupado pensando, es todo —dijo y de nuevo volvió a ignorarme. Se comunicó con mi padre a través de su tarántula y le dijo—: General, necesito una larga lista de materiales. ¿Cree que haya algún problema si le pedimos apoyo a nuestro aliado para estos asuntos?

—Adelante, muchacho —le contestó mi padre.

—Papá, igual en la clínica necesitamos ciertos recursos —le dije al general a través de la guía de Sebastián.

—Ahora no, Paz —dijo Sebastián.

—Lo de la clínica también es urgente —insistí.

—Está bien para los dos —dijo papá y se desconectó.

—¿Qué te traes entre manos? —me asaltó Sebastián.

—¿Me vas a hablar así? ¿Es en serio? —le exigí.

—Tu nuevo amigo no me gusta nada, te está tendiendo una trampa y tú estás cayendo —me dijo.

—Estás demente. No confías en nadie que no comparta tu forma de pensar. ¡Vete a enterrar entre tus máquinas! Yo también tengo cosas que hacer.

Me sujetó con fuerzas por el brazo, quiso retenerme y me solté:

—¿Qué te pasa? Ni se te ocurra volver a detenerme así.

—Solo quería arreglar las cosas. No necesito una pelea entre nosotros en este momento. Estoy preocupado por ti y no sé cómo hacerte entender mi punto de vista sobre Jonathan —dijo. Intentó serenarse, incluso quiso abrazarme.

—Suéltame. No habrá una próxima vez, no toleraré tu actitud.

Me fui directo a buscar a Jonathan y en el camino me tropecé con Apolo e Iris. Discutían delante de los presentes sin importarles que algunos se hubiesen detenido para escucharles. Los que provenían de la Sociedad Autocontrolada estaban algo desconcertados, no es que se reprimieran a tal punto que no supieran qué era el enojo, pero se cuidaban mucho de hacer espectáculos en público. Apolo, autocontrolado de nacimiento, pero criado en el esplendor de la Unión de Naciones Autónomas, trataba de no alzarle la voz a su hija pero se le anotaba en el rostro que la situación lo desbordaba y no le quedaba una gota de paciencia. La rabia que se palpaba entre ambos me dolía, por lo que se estaban perdiendo y por la distancia entre ellos que se había acrecentado desde que estaban juntos.

—No es una mala influencia y me desespera que quieras limitarme en cuanto a mis amistades. ¿Con quién quieres que me relacione? Alejo y yo somos amigos —le dijo Iris.

—Pretendes que me quede cruzado de brazos mientras te reúnes con el chico con que te escapaste y se fueron de andanza por el mundo —sostuvo Apolo en plan de padre regañón.

—Ya te dije que Alejo no me convenció para salirme de la UNA.

—No lo sé, Iris, pero él está muy lejos de sus padres. ¿Eso te parece bien?

—Yo no conozco a sus padres pero conozco a los míos y sé que a veces hay motivos para correr lo más lejos posible de ellos —soltó Iris y le clavó una mirada que daba miedo.

—¿Escuchas lo que dices? Mañana mismo comenzarás a valorar lo mucho o lo poco que te hemos dado tus padres. Pudimos haberlo hecho mejor pero las circunstancias... —Apolo se tragó el resto de sus palabras.

—Siempre encontrarás un motivo para justificarte. Ni siquiera te

reclamo porque hubiese querido que estuvieras a mi lado, mi vida al lado de John fue perfecta y eso es lo que quiero recuperar. Él jamás me hubiese gritado delante de un montón de desconocidos —le reclamó.

—No te he levantado la voz, Iris...

—Pero para mí es lo mismo, me avergüenzas.

Iris se dio la vuelta para dejarlo plantado.

—¿Adónde vas, jovencita? No he terminado.

Iris lo miró como si con una mirada pudiera atravesarle el corazón y se alejó. La gente se fue dispersando con lentitud. Yo me quedé mirando a uno y a otro sin saber a quién socorrer. Definitivamente, Iris necesitaba un tiempo a solas de todos los ‘familiares’ que le habíamos brotado de la nada, como ya le había escuchado decir. Así que me le acerqué a mi hermano. Hizo ese gesto que conocía bien, yo sabía lo que seguía, las lágrimas le pesaban detrás de los párpados. Lo abracé y él dejó que el mar que contenía dentro se derramara sin ninguna contención, como todo un autónomo. «¿Están seguros de que los genes de este hombre fueron manipulados en un laboratorio? No puede ser más transparente. Es tan bella su alma, algo confundida por esta paternidad que llegaba con una buena dosis de adolescencia incluida, pero bella sin dudas», pensé.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —le dije a mi hermano.

—Es más engorroso ser padre de una adolescente que dirigir una nación. Iris es una bomba de tiempo, me descoloca, no sé, saca lo más primitivo de mí. Todavía no sé cómo lo hace —dijo emitiendo unas carcajadas llenas de falsa resignación y dolor—. A veces pienso que es su objetivo.

—¿Será que algo así traman los adolescentes? Recuerdo los dolores de cabeza que les di a nuestros padres.

—De ti no lo creo.

—Mamá era especialista en darme la vuelta, dorarme la píldora, manejarme.

—Me estás sugiriendo que me vuelva tan manipulador como nuestra madre o nuestra tía.

—No creo que sea manipular, debe ser el don de la paternidad. Tú fuiste adolescente y ya experimentaste la implosión de emociones, de inseguridades y de demandas internas. Inspírate en eso.

Me abrazó más fuerte y luego se separó de mí ya con los ojos secos.

—Creo que tú en cambio, tendrás el tiempo de aprender a ser madre paso a paso —dijo besando la cima de mi panza.

—Tú me aconsejarás cuando a mí me toque ponerme histérica.

—Dime sin pena, ¿qué estoy haciendo mal?

—Para empezar estás más gruñón que de costumbre. Piensa, no te sientas herido por todo lo que te dice, te querrá con el tiempo, es imposible no hacerlo. No dejará de querer a John, eso es innecesario.

—Ni lo deseo, él se ganó un lugar en su corazón.

—Déjala escoger a sus amistades, aquí no tiene muchas opciones y estaremos cerca para brindarle una mano cuando lo necesite. Alejo está tan perdido como ella, se reconfortan. No parece mal chico.

—No, pero creo que están enamorados, solo que aún no se han dado cuenta. Ese muchacho tiene buena pinta físicamente y ella le ríe todas las estupideces que él dice, como si fuera la broma más ocurrente del mundo.

—No me ha dado la impresión de que están enamorados y si así fuera qué tiene de malo.

—Están muy jóvenes, estamos en guerra. No sé nada de la familia de él, ni si es cierta la historia que el chico cuenta.

—Amplíale las posibilidades a Iris. Alejo trabaja con Camil, el primo de Sebastián también es encantador. Son dos chicos guapos y listos. Si Iris

tiene que elegir entre los dos, demorará en tomar una decisión y tú ganas un poco de tiempo. No podrás evitar que se enamore y viva lo que tú ya viviste. Ponlos a trabajar juntos, se harán buenos amigos los tres, lo necesitan e Iris estará más feliz.

—Yo estaba pensando ponerla a trabajar en otra área, con adultos responsables, dónde aprendiera algo útil.

—Nuestra situación en Tierras Inhóspitas ya es bastante difícil para alguien joven, no se lo hagas aburrido también.

CAPÍTULO 15



Mi hermano me dejó y fue a buscar a Iris. Se disculparía con ella y le explicaría que podía ser amiga de Alejo. Le iba a pedir a su hija que fuera sensata, que confiara en él como padre y que respetara las reglas de convivencia que juntos trazarían desde ese día. Yo continúe mi camino hacia la clínica para buscar a Jonathan. Lo encontré dando una clase al resto de los doctores, que se asombraban u horrorizaban a la vez, de los lugares dónde Jonathan extraía las sustancias medicinales. Tomé asiento en la última fila y presté mucha atención. Al finalizar me le acerqué, lo felicité y añadí:

—Comencemos a preparar nuestro laboratorio. Los insumos llegarán muy pronto. Primero dame una lista de lo que necesitaremos para nuestras investigaciones en torno a la guía mental.

—¿Necesitaremos?

—Por supuesto, yo me embarcaré dentro de esto contigo.

—Pero tu especialidad es muy distinta.

—¿Tienes un problema con eso? Necesitarás ayuda.

—¿Serás mi asistente? ¿Se invertirán los papeles? —utilizó su sarcasmo.

—De la puerta del laboratorio para dentro, si lo quieres.

—Eres dura.

—No tengo problemas con que te quedes en frente de la clínica. Pero eso, querido, tendrás que ganártelo. El séquito de médicos ya tiene una líder, ella los trajo y está muy apegada al poder. Me tolera, solo porque soy la hija de mi padre. Piensa que me aburriré de un momento a otro.

—¿La doctora Earta?

—Sí. Habrá que tenerle consideraciones si queremos que el resto de los doctores nos tome en cuenta. Además, nos concentraremos en el desarrollo de una guía mental y mientras tanto, la dejaremos de encargada. Estaremos trabajando en nuestro proyecto confidencial.

—Pensé que nos concentraríamos en buscar una solución para los efectos secundarios.

—También, pero necesitamos solo una guía más. Tengo un aliado en la capital y necesitamos comunicarnos.

—Si de alguna forma contribuyo a que los autocontrolados venzan a los de la UNA no me lo perdonaré, no es mi finalidad.

—Ni la mía, ni la de Apolo, ni la de mi padre. Ademar King II ya nos atacó una vez, si no hacemos algo regresará y esta vez podrá ser la definitiva. Mi madre entrará en cualquier momento por esa puerta y te pedirá lo mismo. Si Apolo no lo ha hecho es porque es más respetuoso con las elecciones personales y no quiere influirte, pero mamá piensa que la guía mental es la opción.

—¿Y el ejército de arañas? —dijo y después emitió dos sonoras carcajadas.

Para que constatará los hechos y no creyera que Sebastián deliraba lo dejé ver mi libélula en todo su esplendor, la tocó, la vio volverse transparente, la analizó a fondo y le gustó:

—Ese novio tuyo es talentoso. Ustedes tienen algo especial. Los veo juntos y me gusta mirarlos, hasta cuando parece que no se ponen de acuerdo

hay chispas a su alrededor. Se miran el uno al otro y parece que no existe nadie más a su alrededor.

—Es mi esposo.

—¿Sí? Creí que tu esposo era el sobrino de Ademar King y que Sebastián era tu amante. Lo siento, tal vez te molesté con mis palabras.

—No, él es mi esposo y mi amante también. Ya tendremos tiempo para ponerte al tanto pero ahora...

—No me expliques nada. Yo quisiera algo así. Ojalá algún día me encuentre una mujer como tú. Es una lástima que ya elegiste a tu compañero de vida.

—La encontrarás. Vamos, quiero mostrarte donde estará nuestro laboratorio. Será dentro de la clínica.

—¿Estás hablando en serio? ¿Con la doctora Earta y su séquito de la muerte rondando por los pasillos?

—Pondremos un letrero de ‘Reservado’ o ‘Prohibido pasar’.

—Eso solo acrecentará la curiosidad de los otros médicos.

—Cerraremos muy bien la puerta y buscaremos opciones.

Lo guie hasta el salón que había permanecido vacío por el momento. Jonathan lo miró y como buen autónomo, acostumbrado al trabajo duro y a ser ingenioso en las situaciones más burdas, le vio potencial. Jonathan concluyó que cuatro paredes y un techo era más que suficiente, que todo lo demás podíamos acondicionarlo. Un paso sigiloso se escuchó detrás de la puerta. Le pedí que hiciera silencio y desenfundé mi arma. Antes de dar un paso, me envolvió en sus brazos para detenerme.

—Tranquila —me transmitió a través de la guía mental—. Es el robot que Sebastián puso a vigilarme. No sea que se me ocurra volar el campamento —añadió en tono gracioso. Lo censuré por ese tipo de bromas que ya le había pedido que se abstuviera de hacer.

—Max, sabemos que estás ahí. Pasa adelante y cierra la puerta, por favor —dije en voz alta—. Ni siquiera te tomas el trabajo de cuidar que Jonathan no se dé cuenta que le andas siguiendo.

—No es un secreto que estamos tomando precauciones —contestó Max.

—Tienes que decidir, Max, estás conmigo o con Sebastián. Te advierto que los dos tenemos el mismo objetivo pero por caminos diferentes —le dije al robot.

—¿Qué haces, Paz? Es una máquina —dijo Jonathan y se volvió a Max para decir—: Con el debido respeto para ti.

—No puedes seguir entre uno y otro. Decide —le exigí a Max—. Porque yo necesito un aliado, pero si le vas a estar informando a Sebastián a mis espaldas no te quiero conmigo entonces.

—No le puedes pedir que haga algo que solo nos corresponde a los seres humanos —insistió Jonathan.

—Max puede ser nuestro aliado para impedir que nadie, sin nuestra autorización se entrometa en lo que haremos en esta habitación. Confío en él con los ojos cerrados.

—Me cuesta hacerlo, entiende que venimos de mundos muy diferentes. Un robot no tiene conciencia, no puede tomar decisiones, no puede guardar fidelidad. Solo está programado —dijo Jonathan.

—Con esos comentarios nunca terminarás de caerle bien a Max —dije.

—¿Caerle bien? ¿Estás bromeando, verdad? Es que de lo contrario...

—Max y yo hemos compartido momentos muy difíciles, terminé por tenerle afecto y creo que él me lo tiene también. Al principio yo era una escéptica como tú.

Max esbozó una sonrisa, como si sintiera agrado por mis palabras,

gracias a la sincronía perfecta con que había sido diseñado.

—Eso que acaba de hacer —dijo Jonathan refiriéndose a su sonrisa— me causa escalofríos. Como sabe cuándo reír, cuándo poner cara seria o mostrarse consternado.

—No me perderé en explicarte detalles que desconozco. Tal vez si le preguntas a Sebastián te pueda ayudar —dije y moví mi brazo aún armado.

—Por favor, Paz. Acaba de guardar el arma, me pones nervioso.

—¿También tienes problemas con las armas?

—Nunca me han gustado.

—¿Hablas en serio? Digo porque estabas tan cerca de Leila.

—Ella nunca me mostró ninguna. Nuestra misión era pacífica.

—Por favor, dímelo a mí. Eso será un problema. ¿Qué harás si el ejército de Ademar King II entra arrasando con nuestro asentamiento?

—Yo estoy en contra del uso de armamento —me dijo Jonathan.

—Yo también, pero a lo mejor no te queda opción si quieres salvar tu pellejo y el de los que amas. ¿Cómo pasaste el entrenamiento de la UNA?

—Me las arreglé para saltarme esa parte. Fui un alumno avanzado en todos mis cursos y los directivos a cargo de mi desarrollo estaban más interesados en lo que podía lograr, así que se hicieron los de la vista gorda o más bien me ayudaron para llegar más pronto al lugar que a ellos les interesaba.

—Tengo la solución, Max podrá ayudarte. Él es en realidad entrenador, es el mejor.

—¿Estás jugando? —dijo Jonathan y palideció.

—Max, el doctor necesita que lo enseñes a defenderse por si es necesario. Yo hablaré con Sebastián acerca de los planes que tengo para ti. Sebastián estará de acuerdo y si no le parece, me veré obligada a hablar con su superior.

CAPÍTULO 16



Los insumos llegaron. Jonathan, con mi ayuda, terminó más pronto la guía mental que Sebastián su ejército de arácnidos. No me di cuenta en qué momento mi pequeña colina se desbordó en crecimiento. En el último mes que utilizamos para construir la guía me costaba un poco más moverme y tener agilidad, había recién cumplido los ocho meses. Al final dejé de ir a la clínica si no lo consideraba necesario. Jonathan lo tenía todo bajo control, él veía que funcionara y delegaba en Earta Hébert todo aquello que la tenía contenta y que la alejaba de mi hijo.

Me sentía hasta cierto punto desleal a Jonathan, después que habíamos trabajado tan duro en el último mes. Él me había revelado el secreto de su creación. Había cedido y se había dejado entrenar por Max. Yo por mi parte, le había ocultado las revelaciones de Earta Hébert sobre mi hijo, las mismas que sopesaban sobre Iris. Aunque Jonathan sabía, algunas de sus palabras así me lo constataban, de seguro por mi hermano o mi madre. Yo confiaba en Jonathan y necesitaba su opinión, desde una visión médica diferente, para tratar de aislar lo sucedido y encontrar lo que Earta buscaba de mi embarazo mucho antes que ella. También por eso, era urgente para mí contactar con Rita Roger. Me preguntaba hasta qué punto Rita descubrió lo que se gestaba dentro de mí, recordé sus palabras cuando había dicho que mi

hijo era muy valioso para el mundo. Una verdad que no entendí hasta que Earta me aclaró lo relativo a la incompatibilidad reproductiva de autocontrolados y autónomos, algo en verdad escalofriante.

Sebastián y yo habíamos llegado a un acuerdo, cuando le había aseverado que Jonathan iba a darnos una guía para mi aliado. Saber que Max estaría todo el tiempo al lado de Jonathan fue el incentivo que necesitó para terminar de aceptar. Max se encargaba de la seguridad de nuestro laboratorio. En aquel mes de trabajo, Sebastián logró unas diez arañas robots y había terminado unas veinte guías que había distribuido entre algunos oficiales. Tenía varias personas trabajando con él, bajo una severa cláusula de confidencialidad.

Cuando Sebastián, Jonathan, mi madre, Apolo y un grupo de soldados partieron para hacer llegar la guía y las diez arañas hasta mi aliada me quedé con un sobresalto desagradable. Diana decidió dejarnos también y su madre tuvo que aceptarlo. Mi prima decidió enrolarse en el destacamento que estaba a cargo de Owen Carter y éste estuvo de acuerdo. Mi tía y mi padre se quedaron conmigo y el resto. Los tres nos quedamos a cargo de Iris, Camil y Alejo, al que habíamos terminado de cobijar en nuestra familia, aunque Apolo aún no terminaba de convencerse de que fuera una buena influencia para su hija.

Aunque la panza a estas alturas pesaba y me dolían las piernas, eso no evitaba que yo fuera a donde consideraba que era útil. Tras la ausencia de Jonathan decidí acudir a la clínica y aprovechar para estar presente supervisando el desarrollo de dos áreas nuevas que estábamos creando. Le pedí a Iris que ese día no fuera a los establos con los chicos y que se quedara conmigo. Sería un día solo para las dos. Era algo que ya me había dado la tarea de poner en práctica en más desde una ocasión y parecía funcionar. Ella se interesaba por el funcionamiento de la clínica, me ayudaba un poco y nos

conocíamos más. Lograba sacarle una sonrisa y conversar de cosas que le inquietaban. Iris me preguntaba acerca del amor. No me había dicho en concreto lo que estaba sintiendo, pero imaginé que faltaría poco para que se abriera conmigo. El día prometía e Iris se enfocó tanto en hacerme preguntas de ese tipo que pensé: «Debe haber un motivo muy especial para que me pregunte con tanta insistencia. Creo que Iris está enamorada».

—¿Cómo te das cuenta si le gustas a un chico? —me preguntó.

—Por sus ojos que no cesan de mirarte y por su mirada que viaja a través de la tuya con la intención de desnudarte el alma. Por el tono de voz que usa contigo, notarás que es diferente del que utiliza para dirigirse a los demás. Porque no dejará de buscarte aunque solo sea para hablar durante horas de cosas que no vienen al caso. Por el empeño que ponen en hacerte reír, en ocasiones con chistes malísimos que a ti te parecen graciosos. Porque no podrá disimularlo por más que se lo proponga.

—¿Y tú como sabes que estás atrapada y loca por él? —me preguntó.

—Te quedas sin aliento cuando lo ves y tienes que reaccionar para volver a tomar aire, de lo contrario te asfixiarías. Cuando lo encuentras en algún sitio sientes un montón de hormigas desfilándote de los pies a la cabeza. Tu corazón es un caballo desbocado al que quieres ponerle freno y no lo logras ni aunque le sujetes la brida con todas tus fuerzas. Te olvidas del hambre, de la sed y su presencia, a la vez que te acelera y te pone a temblar, es lo único que puede saciar la inquietud que te abrasa y te hiela al mismo tiempo.

—¿Y qué sientes la primera vez que te besa? —dijo con curiosidad.

—¿Me dirás que nunca te han besado? ¿Ningún chico en el instituto? —pregunté abriendo los ojos más de la cuenta.

—Jamás.

—Iris, que no tienes que negarlo, no tiene nada de malo. ¿Me quieres

decir que estuviste perdida con Alejo tanto tiempo y ni siquiera se atrevió a besarte?

—Primero me hubiese lanzado yo a robarle un beso, deseos no me faltaron pero él no está interesado en mí. En el campamento mientras yo intentaba acercarme a él, Alejo ponía una barrera entre los dos. Solo está interesado en mi amistad y con todo lo que me has aclarado, acerca de un chico cuando está enamorado, no me quedan dudas. Alejo es maravilloso pero no es para mí.

—No todos los chicos reaccionan igual. Hay los que no saben expresar lo que sienten y reaccionan opuesto a lo que tienen en su interior. ¿Has escuchado de la pequeña línea divisoria entre los polos del amor y del odio? A mí me sucedió con Sebastián, no lo soportaba, sentía unos celos enormes del cariño que mi padre le brindaba, repelía su presencia y me exacerbaba su voz cuando se dirigía a mí repitiendo mi nombre, pero por dentro el fuego del deseo por su cuerpo me estaba devorando, me moría por probar sus labios y ni siquiera era consiente de mi necesidad.

—¿Cómo te diste cuenta de lo contrario?

—Empecé a notarlo en mis sueños —me sinceré.

—Y ahora se siguen amando y odiando también, porque cada uno tiene un genio terrible.

—Disculpa si lo has notado, creo que somos pésimos tíos.

—Alejo no siente eso por mí, él me quiere mucho pero como una gran amiga, no deja de cuidarme a pesar de su inmadurez y es todo, no hay pasión.

—Lo lamento —le dije.

Pero ella no podía disimular que estaba poseída por el amor, se le veía el sentimiento a través de los ojos. Lo que me confundía, porque Iris estaba feliz a pesar de todo. Su sonrisa se le escapaba más seguido y de pronto se quedaba en las nubes muy pensativa. Me sentí aliviada de la forma tan

madura en que estaba enfrentado su primer amor aunque no fuera correspondida. La revelación de Iris acerca de lo que observaba en la relación de Sebastián y mía, me cayó como una cubeta de agua fría. Ella, a sus catorce años, se había percatado que Sebastián y yo éramos un terremoto de egos peleando uno con el otro por tener la razón. Incluso para defender lo mismo: a nuestro hijo, a nuestros ideales, a los seres queridos. Traté de visualizar nuestro amor, cuando se desbordaba y era prohibido, recordé cómo me quemaba la necesidad de tener su piel junto a la mía. Si ya lo había olvidado, o lo daba por sentado era porque estaba deambulando por un camino sinuoso y ni siquiera me había dado cuenta. Tantas altas y bajas. No podía echarle la culpa a las hormonas por el embarazo, o tal vez sí, no lo sé, pero tendríamos que hacer algo, si en verdad no queríamos seguir alimentando el polo del odio en nuestra relación.

Iris y yo íbamos caminando por los pasillos de la clínica cuando sentí un dolor agudo en el vientre, tuve que sujetarme de ella y pedirle que me ayudara a llegar hasta una silla. Cerré los ojos, volví a abrirlos y me dije: «Solo es una contracción que avisa que mi cuerpo se está preparando. Tal vez se adelante unas dos semanas». Justo en ese momento para mi suerte, buena o mala, apareció Earta Hébert junto a Johnson al otro extremo del pasillo. Se dirigían hacia mí. Como un flash recordé que ni mi madre, ni Sebastián, ni Apolo estaban en el asentamiento. Iris me preguntó:

—¿Qué es? ¿Ya va a nacer el bebé?

—No, corazón, esto es un aviso previo pero normal —la tranquilicé.

—Mira a los doctores, ¿les hablamos? Para que te revisen.

—No —la detuve.

—Pero... el dolor que te dio. Es necesario que te revisen.

—Por favor, no les comentes nada. Solo sonrío. Después te explico por qué.

Respiré hondo y me puse de pie. Cuando Earta y Johnson pasaron por mi lado aguanté lo más que pude y le sostuve la mirada a Iris para que no les dijera más de la cuenta.

—Paz, sí que estás enorme. Ya necesitamos otro estudio pero siempre te resistes. Las primerizas a veces se atrasan pero otras se adelantan, no te confíes. Parece que los temores de tu familia ya no sucederán, afortunadamente con esos maravillosos aliados que tenemos, quienes sean, podremos practicarte una cesárea. No será como en casa pero al menos podremos controlar todo —comentó Earta mientras yo seguía aguantando.

—Earta si me permites dar mi opinión, diferiré de ti. Sugiero que un parto natural es la mejor opción en este caso. Por muy preparada que esté nuestra clínica no es suficiente. Podríamos tener alguna complicación y no tendríamos la infraestructura a la que estamos acostumbrados. —Entre una palabra y otra de Johnson tomé aire—. Si el parto natural se complica, tendríamos la cesárea como plan B. Es mi opinión como clínica, tú sabrás más que yo de genes y de reproducción, pero yo estoy especializado en gestación y alumbramientos.

—Así lo haré Dr. Johnson, gracias por su recomendación —dije intentando apurarlos.

—No lo considero apropiado. ¿Dime cuándo fue la última vez que atendiste un parto natural, Johnson? Eso ya no existe —emitió Earta.

—Los de la UNA lo hacen la mayor parte del tiempo —le contestó el médico.

Siguieron tras mi confirmación de ir a ver a Johnson en uno o dos días. Cuando salieron de nuestra vista solté un gemido que se había quedado atorado en mi garganta. Quise caminar y en ese momento la fuente de agua se rompió y cayó a través de mis piernas.

—¡Carajo!—dije.

—¡Dios mío, Paz, está sucediendo!

—Cálmate, cariño tenemos tiempo. Corre a mi oficina y busca lo que sea que encuentres para limpiar este desastre.

—Pero eso ahora qué importa, lo urgente es que recibas la atención necesaria. Correré para buscar al doctor Johnson.

—No. Tengo que evitar que Earta sepa que está por nacer tu primo. No está mi madre, ni mi hermano, ni Sebastián.

—Pero están abuelo y tía Patricia.

—Mi padre correrá a decirle a los doctores con tal de que yo tenga atención médica inmediata. Mi tía no podrá disimular que algo está ocurriendo. Tú tendrás que ayudarme.

—¿Yo? No me asustes.

—Cariño, cálmate que la que va a parir soy yo. No te olvides que estudié Medicina y que todo lo que sea urgente es mi especialidad. Respira, necesito que actúes como si nada estuviera pasando. Necesito que limpies el suelo y que no quede huella para que a nadie se le haga sospechoso, Earta se las arregla para enterarse de todo.

Iris salió caminando para buscar lo necesario y yo accioné mi libélula y me comuniqué con Max para que viniera de emergencia. También me dirigí a Camil y en pocas palabras lo puse al corriente. Me puse de pie y continué con paso lento hacia nuestro laboratorio, el mío y el de Jonathan. Le ordené a Max que cerrara la puerta y prohibiera el paso de las personas no autorizadas. En breve, Iris ya estaba conmigo de nuevo, me aseguró que se había ocupado de todo.

—Gracias, mi vida —le dije.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me preguntó y no pudo disimular sus nervios.

—Sí, estamos en la clínica. Si siento que se me sale de control, te

pediré que avises a los doctores, a mi padre y a quien te haga sentir tranquila.

—Es que no sé si esté preparada para esto. ¿Qué tengo que hacer? — dijo temblando.

—Ya mandé a pedir ayuda.

Me recosté en una cama que Jonathan utilizaba para descansar cuando le sorprendía el trabajo a altas horas de la noche. La puerta se abrió y entraron Camil y Alejo. Iris intentó negarle la entrada hasta que comprendió que yo había enviado por Camil. El primo de Sebastián, con la tranquilidad que le caracterizaba cuando la situación era más tensa, se puso a acondicionar el lugar, se lavó las manos, cambió las sábanas y puso a los otros dos a trabajar.

—Espero que no tengas inconvenientes pero traje a Alejo, un par de manos más nos serán útiles y él no dirá nada —me dijo Camil.

—¿Y tú eres médico o algo así? —le preguntó Iris a Camil.

—Claro que no, tengo dieciséis años pero he traído caballos al mundo.

—¿Y eso te capacita para asistir el nacimiento de mi primo? —le dijo Iris a Camil.

—Nuestro primo —le recordó Camil— y Paz es la que me pidió que viniera. He cuidado enfermos humanos en otras circunstancias y he asistido a Paz en una operación de extracción de bala. Si ella confía en mí para esto, yo confío en mí mismo. Respira, Iris, las mujeres dan a luz todo el tiempo.

—Podría haber una complicación y tú no estás capacitado —Iris le reprochó al primo de Sebastián.

—Paz lo dijo, si se sale de control tenemos llamamos al doctor Johnson. Tu tía piensa que la doctora Hébert quiere hacer experimentos con el niño, ¿eso quieres? —le dijo Camil a mi sobrina.

—¡No! —negó Iris.

—Entonces ayúdame, Iris, que si seguimos hablando el bebé nacerá

solo. Alejo prepara un sitio para poner al niño una vez que nazca —sostuvo Camil.

Aunque me moría del dolor por las contracciones que cada vez eran más seguidas, no podía dejar de reírme por la ironía de la vida. Mi hijo quiso nacer en ese momento, con esos tres chicos medios locos como parteros. Lo primero sería que se pusieran de acuerdo entre ellos, de lo contrario no empezaríamos nunca. Me alegraba saber que Camil tenía el liderazgo suficiente para organizarlos.

Una contracción más profunda me hizo perderlos por un momento, no podía pensar en otra cosa que en el ramalazo. Quise concentrarme en darle las indicaciones a Camil pero por momentos no podía continuar en mi papel de médico. Traté de concentrarme en respirar, en no hacer tanto ruido para no atraer curiosos, y de nuevo un dolor generalizado me sacudía. La piel de mi vientre se quedó dura con una superficie lisa que amenazaba con romperse si seguía tirando desde adentro.

Iris me ayudó a desvestirme de la cintura hacia abajo, mientras Alejo colocó una sábana encima de mis piernas, con una valentía que me sorprendió como si no fuera el primer niño que ayudaba a nacer. El primo de Sebastián, no se conformó con las escasas nociones que tenía debido a su preparación de vida y se acercó a mí para pedirme recomendaciones. Alejo respiró hondo y dijo:

—No la agobies. Hay otra forma. Necesito un ordenador.

—Tu guía puede servir —le dijo Iris.

—No. Quiero algo más potente —admitió Alejo.

—Usa la guía de Paz, está más actualizada —refirió Iris.

—No. Prefiero un ordenador.

Alejo buscó en el laboratorio, encontró el portátil que Jonathan y yo utilizábamos para nuestras investigaciones.

—¿Paz, me das la contraseña? —me pidió Alejo.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Camil.

—Acceder a la red para buscar información acerca de traer niños al mundo —contestó Alejo con naturalidad.

—¿Estás hablando en serio? —le dije—. Eso puedes hacerlo desde una guía común.

—Me infiltraré en la Facultad de Ginecología y Obstetricia de la Sociedad Autocontrolada y si no encuentro lo que necesito lo haré en la de la nación de la UNA más cercana. ¿Me das la contraseña, por favor? —insistió Alejo.

—Hazlo, Paz —me pidió Camil—. ¿Qué pasa si te desmayas o si pasamos por alto algún signo que requiera que prosigamos con el plan B y llamemos a Johnson a pesar de que Earta descubra que el bebé está naciendo?

—Válgame, ya está. No es necesario, ya la tengo: ab310rioljunior5389 —dijo Alejo y en fracción de segundo le escuché decir—. Ya estamos dentro y no se preocupen que no dejaré rastros, nadie reconocerá nuestra ubicación.

—¿Y cómo diablos le hiciste para saber la contraseña? —le dije.

—No es algo complicado —dijo el chico con naturalidad.

Aquello me sacó de mi situación brevemente: «¿Acaso no está muy joven Alejo para que pueda acceder tan rápido y eludir la seguridad del sitio?», pensé. Otra contracción aún más fuerte me sacó de la escena donde un trío de muchachos, encabezados por un criador de caballos y un *hacker* adolescente, buscaban en Internet las indicaciones para traer a mi hijo al mundo. Respiré y me tragué un grito que amenazaba con escaparse. Jadeé y me repetí para mis adentros: «Yo puedo, estoy preparada para esto, mi cuerpo está diseñado para esto».

—Claro que sí puedes, Paz. Vamos. Tu cuerpo está diseñado para esto —repitió Iris las palabras que yo había pensado y me sorprendió la

coincidencia. Creí que posiblemente yo las había pronunciado en voz alta y no me había dado cuenta.

—Les diré algo, que les sonará extraño pero seguirán mis instrucciones al pie de la letra. Tenemos que conservar la mayor cantidad de células madres y congelarlas. Aquí encontrarán todo lo necesario.

Les expliqué cómo hacerlo y Alejo asumió el reto:

—Yo me ocupo. Así Camil puede seguir atendiéndote e Iris se ocupa de la criatura.

—¡Dios mío —les dije—, ya va a venir!

Todos nos miramos y yo esperé el momento indicado para pujar con todas mis fuerzas. Escuché a Iris decir: «Se asomó la cabeza» pero sin despegar los labios, entre tanta confusión, ya no di crédito a lo que percibían mis sentidos. Lo cierto es que la cabeza ya estaba fuera, porque Iris tuvo que pedirles a los muchachos que bajaran el tono de voz, que ya estaban eufóricos ante lo que estaban viviendo. Mi corazón latió más aprisa y el dolor ahora era algo que quemaba, mi cuerpo se sacudió con la fuerza de un espasmo ante otra contracción que amenazaba con expulsar al producto de mi vientre. Los chicos hicieron un dulce silencio, que me permitió concentrarme un poco más en mi hijo y en mí, hasta que lo sentí abandonar el canal de parto. Quedé sin fuerzas, arrasada por un cansancio atroz, sin aliento para decirles qué hacer con mi pequeño. Temí que con la emoción del momento no trabajaran con rapidez en cobijarlo, revisar sus signos, atender su respiración y ocuparse de su cordón umbilical. Pero ellos ya se habían olvidado de preguntarme qué iban a hacer a continuación. La naturaleza, el instinto o el ordenador que les conectaba con información especializada, permitió a los jóvenes hacer todo lo que era necesario, y que mi desgaste físico no me permitía pronunciar.

—Iris, ten el honor de cortar el cordón umbilical —dijo Camil.

—No te pases, Camil. Tampoco llegaré tan lejos. Si no hubiera nadie

más lo haría pero tú puedes tener el honor —respondió mi sobrina—. Después de hoy me queda claro que no seré médico.

—¿Me permiten tener ese privilegio? —escuché a Alejo pedirlo.

—Si Paz no se opone —dijo Camil.

Di mi autorización y vi por momentos, en medio de mi agotamiento a Alejo cortar el lazo que unió a mi cuerpo durante los meses de gestación a mi pequeño. Iris se me acercó y depositó un beso en mi frente, traía en sus brazos a mi hijo mientras Camil batallaba con la expulsión de la placenta y Alejo se ocupaba de limpiar el desastre.

—Te presento a Abel. Ya nos explicó Camil que es el verdadero nombre de Sebastián y nos parece tan lindo que hayan escogido ese nombre —recordé la contraseña y deduje que por eso creyeron que era el nombre elegido. Abrí los brazos, aún casi entumecida, para recibirlo en mi pecho—. Es APGAR 9/9.

—¿Qué dices? —murmuré.

—Lo dijo Alejo, él y Camil fueron los médicos hoy —mencionó Iris.

—Gracias, chicos. Lo que hicieron hoy...

—Es lo mejor que hemos hecho en la vida —completo mi frase Alejo y todos sonreímos.

Había dado a luz, asistida por los tres adolescentes. Durante el parto, Alejo me sorprendió por su valentía, dispuesto a hacer lo necesario, sin reparar ni ponerle peros a nada. El primo de Sebastián cumplió cada una de las expectativas que tenía sobre él. Iris se dejó robar el corazón por su primito y no quiso separarse de su lado, la ternura que Abel le había despertado había dejado atrás su temor. Y yo me quedé contemplando a mi pequeño hijo, obligando a mis párpados a permanecer abiertos a pesar de la debilidad.

CAPÍTULO 17



Mi padre y mi tía llegaron con Iris, llenos de intriga por la forma que utilizó mi sobrina para traerlos hacia nuestro laboratorio. Max les permitió entrar y cuando se percataron de lo que había en el interior se quedaron con la boca abierta. Yo estaba recostada a una almohada, con las ojeras más pronunciadas que había tenido en mi vida, con el cuerpo molido a palos pero con una energía que me permitiría resucitar incluso si la muerte intentara amenazarme. Mi sonrisa, debajo de mis párpados cansados, era producto del elíxir de la maternidad que me mantenía despierta y exaltada.

—No puedo creerlo, ¿por qué aquí? ¿Por qué no estás en una habitación de la clínica mejor atendida? —dijo mi padre e intenté en pocas palabras explicarle todo lo acontecido—. ¿Me quieres convencer de creerte que estos tres muchachos te ayudaron a dar a luz a mi nieto?

—Sí —dije—. Y tendrás que seguir mis recomendaciones al respecto antes que Earta le arrebatte a mi hijo una infancia normal.

—No sé si en esta parte del mundo la normalidad exista —dijo papá.

—Yo entiendo a lo que se refiere —dijo mi tía— y estoy de acuerdo con Paz.

—¿Pero no creen que lo que busca Earta es lo que necesita la

humanidad? —insistió el general Verena.

—Es mi hijo, papá. Si su vida ayudará de alguna forma al mundo será a mi forma y no según los criterios de un grupo de científicos que han dejado en claro, que valoran más la ciencia que la vida humana —me exalté.

—Así será, hija. Pero no me obligues a no hacer lo que considero correcto. Alejo, llama al doctor Johnson, dile que es estrictamente confidencial. Tráelo aquí de inmediato —Alejo no se movió de su sitio y mi padre se sintió desafiado—. ¿No me escuchaste, muchacho?

—Solo si Paz está de acuerdo —le contestó Alejo con la mirada sostenida.

—¿En qué momento perdí el control de Tierras Inhóspitas? ¿No consideras que tengo la autoridad y la sabiduría para saber lo que es mejor para mi hija? —le dijo mi padre al chico, intentando mantener la paciencia, y luego sin reparar más en Alejo dijo—: Hija, te sacaré de aquí, te llevaré a una de las habitaciones acondicionadas en la clínica. Traeré todos los soldados que te hagan sentir la confianza en que ni Earta ni nadie le tocará un pelo a mi nieto sin tu consentimiento. No lo entiendo. Preferiste confiar en estos muchachos que en mí y en tu tía. ¿No te he demostrado que mi fidelidad es para mi familia, no he dejado todo por ustedes?

—Alejo, por favor, ayuda a mi padre con lo que te pidió —dije—. Papá, si no te avisé es porque estaba segura que por prudencia ibas a traer a todos los doctores de la clínica. Quiero a Earta y a sus secuaces lejos de mi hijo, pero puedes traer a Johnson, bajo estricta vigilancia. Creo que no es tan macabro como Earta y no necesito un ejército, dos soldados serán suficientes.

Mi tía ya había tomado al pequeño Abel en sus brazos y lo mecía susurrándole una canción de cuna que había permanecido tras los años en nuestra familia, lo acunó en sus brazos con amor, para alejarlo de la pequeña disputa familiar donde se discutía su destino.

Vino una camilla por mí mientras mi tía desfilaba a mi lado con mi hijo en brazos, renuente a dárselo al pediatra que mi padre hizo venir. Antes de abandonar el laboratorio le ordené a Max vigilar la seguridad del mismo. El doctor Johnson apareció y comenzó a valorarme, hacer curaciones y demás.

—No entiendo que haya sucedido tan rápido si minutos antes nos tropezamos en el pasillo. ¿Ya tenías contracciones? —preguntó el doctor.

—No sabría decirle a ciencia cierta doctor, es mi primera vez. Solo sé que todo fue muy acelerado —dije.

—Y por alguna razón me perdí a lo mejor el único parto que vería en mi vida —se lamentó.

—No lo creo, doctor —le reconforté.

Mi padre dispuso a varios soldados en la clínica para que yo pudiera cerrar los ojos y descansar un rato, pero no lo hice hasta que el pediatra revisó a mi hijo en mi presencia y nos aseguró que estaba bien. Mi tía se quedó en la habitación y me suplicó que durmiera, asegurándome que nadie se aproximaría a mi hijo hasta que yo despertara.

Tres días después estaba en mi habitación, con Iris y mi tía pegadas a Abel y a mí todo el día. Y yo me sentía la más segura de todas las madres, con el pequeño envuelto en unas cobijas y siendo amamantado con toda la gama de sensaciones que eso me aportaba.

Cuando Sebastián arribó a nuestra unidad, fue prevenido por los guardias del asentamiento acerca del nacimiento de su hijo. Las felicitaciones y las enhorabuenas lo acompañaron en todo el recorrido desde el portón principal hasta nuestro nuevo hogar. Sebastián, dejó caer su mochila en la sala con una sonrisa que nunca podré borrar, sus ojos se humedecieron y su

voz cambió el timbre cuando se dirigió a mí.

—No lo puedo creer —dijo.

Se siguió aproximando con la intención de abrazarnos y mi tía lo detuvo:

—Alto, cariño, sé que estás emocionado pero vienes de fuera, lleno del polvo del camino. Mejor toma un baño antes de darles un beso a tu mujer y a tu hijo. ¡Muchas felicidades, Sebastián!

—No me obligues a bañarme ahora, Patricia. No ves que no puedo moverme y dejar de ver a mi hijo —le suplicó.

—Anda, mientras más rápido lo hagas más pronto los podrás disfrutar —le insistió mi tía.

Sebastián me dijo antes de hacerle caso a tía Patricia:

—¿Mi amor, no pudiste aguardar por mí?

—Abel estaba desesperado por salir, no esperó por ninguno de nosotros —se adelantó mi tía.

—¿Abel? —preguntó Sebastián.

—Lo siento, amor —le dije—. Nació hace tres días y no habíamos terminado de decidirnos por un nombre. ¿Cómo le iba a llamar hasta que llegaras?

—Pero nunca manejamos esa opción —manifestó Sebastián.

—Tal vez yo sí, mucho antes de saber que sería varón, pero nunca me atreví a decírtelo —me sinceré.

Antes que cruzáramos una palabra más la habitación se llenó de gente, apareció mi madre, mi hermano, Paúl, Jonathan y mi tía los amenazó a todos para que fueran a darse un baño antes que los sacara a escobazos. Sebastián compartió una sonrisa y corrió el primero para regresar cuanto antes.

CAPÍTULO 18



ara, mi aliada, me transmitía a través de la guía mental, versión mejorada. Ella se encontraba en su habitación. Sara no podía detener la avalancha de pensamientos que le venían por el asombro que le ocasionaba utilizar la guía. Su mente se abrió para mí y tuve acceso a un flujo de pensamientos envueltos en emociones. Le pedí que se enfocara y le transmití lo que era más urgente, al menos para mí:

—Sara necesito más información sobre el Instituto, tendrás que ser el enlace entre tu madre y yo —le transmití.

—Mi madre podrá ponerte en contexto más que yo. ¿Qué necesitas, trataré de ayudarte? —dijo.

—Sobre la reproducción entre adultos menores de treinta años de la UNA y la Sociedad Autocontrolada.

—Son incompatibles —aceptó.

—¿Estás segura?

—Es lo que consta en los archivos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Siempre tuve esa información, primero de mis padres aunque un poco limitada, luego cuando comencé a ser preparada por Karena ella me iba suministrando lo que consideraba importante. Ella y Earta seleccionaban lo

que creían relevante para mí y después, cuando mi madre se quedó al frente del instituto me llegaron todos los datos de golpe. Sin Earta, tuve acceso libre a todos los archivos y mi madre dejó de protegerme del exceso de conocimiento.

—Abrumador...

—Tanto que a veces dejo de ver a mi padre como víctima. ¿Al final quiénes son responsables del sufrimiento de mi hijo? No solo los King. Mi esposo no está obsesionado con la genética como su padre. Él solo quiere conservar el poder y la ‘grandeza’ de su apellido. Hay tantos seguidores de mi suegro demandando mantener todo idéntico que Ademar hijo deja todo como está.

Yo estaba en un salón que habían acondicionado para vigilar lo que reportaban las cámaras de las arañas que habíamos introducido en la capital, en mis brazos descansaba plácidamente el pequeño Abel, muy cercano a su fuente de alimento. Frente a mí había pantallas que transmitían las imágenes que captaban las diez arañas desplegadas en la capital. Tres en el Departamento de Defensa, una con Sara, una con Ademar King II, una con William, una con Rita Roger, una con Karena King, una en el Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial y una en el Instituto de Planificación Familiar.

Mientras Sara me hablaba de su esposo, yo lo observaba a él en una de las pantallas, mientras Ademar King II trabajaba en su oficina en la residencia. Ademar King II, continuaba con esa expresión de energía constante, con aquellos ojos inquietos que parecían brillar, un hombre nuevo en toda la extensión del sentido autocontrolado.

—Él no puede luchar contra lo que es —le transmití a Sara a través de la guía mental—. Podría pero no le interesa.

—Fue diseñado para ser el sucesor, el líder de la nación. Los

ciudadanos entregaron al Instituto de Planificación Familiar la opción de decidir los genes de sus descendientes. Mi suegro quiso invalidar en su pueblo las características genéticas menos aptas mediante la selección. Sin embargo, con mi hijo algo falló. ¡Qué paradoja! —me transmitió Sara mientras Ademar King seguía en su oficina, ajeno a nuestra labor silenciosa.

—Lo sé, tu madre me ha mantenido al tanto. Lo lamento.

—Y mi esposo, renuente a reconocer las fallas del sistema, quiere repetirlo, quiere que me vuelva a embarazar.

Me distraje con los movimientos de Sebastián que estaba a mi lado, abrió la boca para decir algo y no lo interrumpí, porque Sara ni escuchaba, ni veía lo que ocurría donde me ubicaba. Yo controlaba la información que le llegaba a Sara, solo tenía acceso a ciertos pensamientos míos, por la seguridad de la misión.

—No entiendo por qué el general dispuso así las arañas —me dijo Sebastián—. ¿Sara, Rita, mi madre, para qué, cuál es la finalidad? No me digas que uno de ellos es tu aliado misterioso. Solo podría ser Rita, los demás son incondicionales a Ademar. Pero si es así, no lo entiendo, es la madre de Sara.

—Estoy en medio de una comunicación, podemos hablar más tarde —le pedí a Sebastián.

Apolo abrió la puerta y se sentó a mi lado a tomar notas sobre lo que acontecía en la capital. Sebastián le dio a entender que yo me estaba comunicando con mi aliado, así que ninguno dijo otra palabra. Sebastián me besó en los labios, tomó a nuestro hijo en brazos y se acurrucó a mi lado más concentrado en Abel que en las pantallas.

—No podré sacarle mucha información a mi madre, hay cosas que no me atrevería a preguntarle ni en el lugar más privado de la capital —me transmitió Sara y sabía a lo que se refería—. Sería bueno conseguir una de

estas guías mentales para ella.

—No es conveniente. Esta tecnología es muy reciente, no tiene todas las pruebas de control. Alguien tendrá que hacerse cargo de tu hijo si fallara.

—Me asustas —dijo.

—Ya no hay tiempo para arrepentirse. ¿Se te explicó cada detalle de su funcionamiento y riesgos?

—Sí y estuve de acuerdo.

—Todo ha marchado bien. Tengamos confianza —suspiré y le seguí transmitiendo—. Siempre interpreté mal cada una de tus expresiones, Sara. Cuando te mostraste turbada ante el nombramiento de mi padre, cuando Karena mencionó que tu esposo no era apto para el cargo...

—Yo me di cuenta que Ademar estaba perdiendo el control sobre la nación y era lo que yo quería para librarme de él. Me desmoroné al pensar que tu padre reestablecería el orden y yo quedaría nuevamente atrapada.

—Creí que sufrirías porque Karena menospreciaba la capacidad de liderazgo de Ademar. ¿Y cuándo estuvimos en el refugio? —pregunté.

—Me preocupaba por mi hijo, por mi madre y por mí.

—¿Y todas tus muestras de amor hacia él? ¿Y todas tus atenciones con Karena? —indagué.

—¿Acaso no hiciste lo mismo tú para encajar? —sostuvo.

—Pero tú parecías amarlo de verdad, no como yo a William. Tus ojos al mirarlo, no sé, eso no se puede fingir. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le transmití al percatarme en la pantalla que sus lágrimas no dejaban de escurrir.

—Sí.

—¿Qué pasa entonces?

—Me avergüenza decírtelo, pero lo haré. Es que a pesar de todo lo amo. Cuando cerramos la puerta de nuestra habitación y deja de lado su

insolencia es otra persona. Cuando estamos solos y me mira a los ojos, toda la maldad que hay en él se me olvida. Y temo que no pueda sentir lo mismo por otro hombre. Me siento tan frívola por no dejar de experimentar lo que siento. Si me besa pierdo la fuerza para pensar en lo correcto. Todo me vuelve loca, su mirada, su sonrisa, el contacto con su piel. Todavía me gusta como hombre. Al inicio, cuando nos enamoramos, él era distinto. Tengo nostalgia de ese Ademar. Y ahora que ha madurado un poco, le siento tan bien. Es tan bello —dijo y se quebró en llanto.

—Lo es —reconocí ese hecho—. Lo diseñaron para que nadie pudiera decirle que no.

—Pero sus decisiones me enojan, sus palabras, sus ideas, cada vez que abre la boca para pronunciarse en contra de la razón me exaspera. Es un canalla y jamás le podré perdonar lo que le hizo a mi padre y sé que me adora pero...

—Te ama pero de un modo muy retorcido. En un amor verdadero él no habría permitido lo ocurrido con tu padre. Sara, no tienes que ayudarme. Te lo pedimos porque en un inicio tú te acercaste a nosotros y quisiste colaborar. Tu madre fue el enlace que tú elegiste.

—Y aún quiero trabajar con ustedes. Cada minuto que paso al lado de Ademar no soy feliz. No puedo continuar con esta zozobra.

—No soy partidaria de la venganza. No lo hagas si es eso lo que te mueve —le pedí.

—No es eso. Si no hago algo para detenerlo me convertiré en su cómplice. Además, ya no soporto esta vida. No lo entiendes, solo me queda un camino y es luchar contra él. Ademar jamás me dejará irme y menos llevarme a nuestro hijo conmigo. Si quiero recobrar mi libertad y mi tranquilidad tendré que defenderme de la amenaza que representa para mí y para mi familia.

Intenté confortarla con algunas palabras pero lo mejor que hice fue desconectarme para dejarle comenzar el largo duelo de despedida del amor, como lo había conocido hasta la fecha. Cuando reparé en Apolo, ya había hecho una ampliación del rostro de Sara. Se metió en mi mente y me transmitió a través de la guía mental:

—¿Esta mujer tan hermosa es tu aliada?

—No —le dije en voz alta y Sebastián se volvió hacia nosotros.

—No tienes que aceptarlo si deseas protegerla —me transmitió Apolo a través de la guía para dejar a Sebastián fuera—pero sé que es ella. Me quedo muy sorprendido. ¿Qué tiene que haber sucedido? Una cosa es casarte con la intención de espiar a un hombre... Decidir de un día a otro traicionar a tu esposo va más allá. —Apolo volvió a ampliar la imagen y elevó el sonido de esa transmisión. Los sollozos de Sara se apoderaron de la habitación y Apolo no filtró sus pensamientos, así que los percibí con claridad—. Es tan dulce, no merece que la hagan sufrir. Qué lindos sus ojos, que tiernos sus labios. Quisiera abrazarla ahora mismo y explicarle que no lo necesita pero no sé si esté preparada para creerme.

—¡Basta! —le grité a mi hermano y apagué la imagen de Sara para darle privacidad.

Apolo hizo un gesto de fastidio e intentó encenderlo, así que le puse un alto. Sebastián se enojó con nosotros y dijo:

—Creo que es descortés que se comuniquen entre ustedes dos por la guía mental en mi presencia.

—Opino lo mismo. Paz es la que tiene secretos —dijo Apolo.

—¿Sara es tu aliada? —me bombardeó Sebastián. Recuperé a Abel en mis brazos porque ya comenzaba a llorar por leche—. ¿Es eso? Porque sería lo único que explique ciertas decisiones del general Verena que todavía no me cuadran.

—Eso creo —dijo Apolo—. Pero Paz lo niega.

—¿Y la identidad de mi aliado qué importa? Digo, están demasiado curiosos al respecto y saben que no lo diré. Tengo que protegerlo —mencioné y seguí amamantando a mi hijo.

—Es que si es ella, podríamos decir que ya tenemos el cincuenta por ciento de la guerra ganada —dijo Sebastián—. Hay dos personas a las que Ademar les confiaría su vida, una es su madre y la otra es su esposa.

No dije más, abracé a mi hijo, le acaricié la frente mientras lo veía dormir confiado en que lo defendería de cualquier peligro. Tal vez Sebastián y yo no podíamos comunicarnos a través de una guía mental pero entendió la idea que me cruzó por la mente, porque se acurrucó más a mi lado y quedó medio sensible. Una madre debía proteger a su hijo incluso con su vida y la madre de Sebastián era Karena.

CAPÍTULO 19



Besé con devoción a Sebastián. Me demolía por dentro la cara de angelito que ponía cuando le dolía el alma por situaciones familiares complicadas. Le expliqué que saldría y me entendió. No quiso acompañarme así que tuve que despedirme. Me puse de pie con mi hijo en brazos para abandonar la sala y la bruma que se respiraba dentro, con todas esas imágenes que saturaban el ambiente. Ademar King II, intentando levantar su nación y Karena detrás apuntalándolo como a un edificio en ruinas al que se sostiene con varas de madera. Un William más fuerte, con una nueva colección de amantes que no terminaban de saciar la sed que castigaba su humanidad, una Sara afilando el puñal que le clavaría por la espalda al hombre más poderoso de la nación, una Rita escurridiza pero llena de valor para luchar contra sus enemigos, un Departamento de Defensa que se había recuperado con rapidez, un Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial (CDIA) lleno de puertas infranqueables aún para nuestro arácnido.

—¿Dónde vas? —me susurró mi hermano—. Te necesitamos aquí, son muchas personas a las que hay que seguir. Necesito toda la información que extrajiste de la guía de Rita Roger, por las citas misteriosas que me mencionaste, las que aparecían en su agenda, con el director del CDIA. Ese sitio está más hermético que el Departamento de Defensa y algo turbio deben

estar tramando.

—Mi hijo y yo necesitamos aire —contesté.

—Pero esto es urgente —me demandó Apolo y yo lo sabía pero no podía más.

—Déjala tranquila, yo te ayudaré. Mi hijo solo tiene un mes de nacido, requieren serenidad —le pidió Sebastián—. Si necesitamos más gente tengo hombres de confianza.

—Lo siento, hermana. Es que tengo un mal presentimiento —se disculpó Apolo.

Me quité el anillo espía y se los dejé en una mesa.

—Búscalos tú mismo pero con mucho cuidado, Rita es mi aliada.

—Lo sabía —dijo Sebastián.

—Solo ella —dije a sabiendas que Rita estaría de acuerdo conmigo en sacrificarse por su hija de ser ineludible. Rita y Marcus Roger habían arrojado a su hija a las garras de los King, ni ellos mismos pudieron rescatarla cuando comprendieron que las fauces del lobo tampoco eran seguras para ellos, aunque durante algún tiempo disfrutaron de los privilegios de ser aliados.

—¿Entonces, Sara no es de los nuestros? Me hubiese gustado tanto —dijo reflexivo Apolo, luego carraspeó—. Hubiese sido una aliada inmejorable.

—Les compartí mi secreto y se queda entre nosotros tres —les exigí.

Antes de abandonar la habitación vi a mi hermano encender la pantalla de Sara y sumergirse en ella metafóricamente. Me crucé en la puerta con Paúl y mamá que venían hablando, o más bien Paúl coqueteándole a mi madre y ella haciendo caso omiso de ese detalle.

—Es nuestro turno de supervisar las pantallas para que ustedes descansen —dijo mi madre.

—¡Carajo! —dije y de inmediato pensé: «No creo que Sebastián y Apolo les guarden mucho tiempo la identidad de Rita a mi madre y a Paúl, menos aún porque Apolo está obsesionado con que es urgente averiguar lo que ocultan los del CDIA. Ahora con el anillo, no se resistirá y abrirá la boca.

—¿Qué pasa? —dijo mi madre—. No corrompas los oídos de mi nietecito tan pronto.

—Nada, mamá, no te preocupes —mencioné.

La puerta volvió a abrirse y Apolo intentó detenerme:

—Paz espera un poco. ¿Recuerdas que hasta hace un instante tanto Rita, como William y Ademar King II salieron en auto cada uno de manera individual? —dijo para poner en contexto a los recién llegados.

—Ajá —dije sin mucho interés.

—¿Adivina a dónde fueron? —insistió Apolo.

—Si no me lo dices... —le solté desesperada por salir de allí.

—Al CDIA, los tres acaban de arribar y se encerraron con el director del centro en un área restringida —nos soltó casi eufórico.

—Tienes razón, traman algo —le dije convencida pero sin intención de volver a pesar de la noticia relevante—. Mamá y Paúl acaban de venir para su turno, me conformo con que me compartan después la información.

—Lo lamento pero tendrás que quedarte —reafirmó mi hermano—. Es tu aliada y necesitamos que te conectes en la guía, mínimo para que me dé acceso y luego te vas a tu merecido descanso.

—¿Rita Roger es tu aliada? —preguntó Paúl.

—Bravo por ser tan hermético, Apolo. Lo siento, Paúl, no es personal pero mi aliada me pidió extrema precaución con su identidad y dentro de poco lo sabrá todo el maldito asentamiento —dije.

—Tenemos que entrar a esa reunión —insistió Apolo.

—¿Y las arañas? Digo, tanto Rita, como William y Ademar tienen

una detrás y hay otra en el CDIA. Así que...

—No pueden entrar. La puerta que da acceso al área restringida tiene sensores a lo largo de todo el marco —nos dijo Apolo.

—Las arañas son indetectables, las probamos, lo son para el tacto humano y para... —repetí lo que todos sabíamos.

—No para esa tecnología —me cortó Apolo—. No se atreven a avanzar y no queremos forzar la situación y que las descubran.

—Lo siento, Apolo. No puedo ayudarte, no puedo conectarte con Rita. Fueron sus condiciones —dije.

—¿Ayudarme? ¿Acaso esta misión es solo mía? —objetó.

—Hijo, tu hermana no puede romper la confidencialidad —le dijo mi madre—. Si lo hacemos perdemos a la aliada y no solo no accederemos a esta información, estaremos ciegos para mucho más.

—Pero tú puedes quedarte, Paz, y conectarte con ella —dijo Apolo.

—No. Ahora es esto, luego será otra cosa. Siempre habrá algo importante en la capital, no puedo estar las veinticuatro horas pegada a la pantalla ni metida en la mente de mi aliada, no es sano para ella ni para mí. Apolo, necesito descansar. Tengo un mes de haber dado a luz y ese cuarto no es el lugar más confortable ni para mi hijo ni para mí. Tú deberías darle tiempo también a tu hija. Desde que están las pantallas la tienes muy abandonada y cuando estás con ella no paras de reclamarle.

—Basta ustedes dos. Lo discutiremos luego, ahora no podemos hacer nada —dijo mi madre y luego se volvió a mí, me envolvió con su mirada y me transmitió a través de la guía mental solo a mí—: Evidentemente Rita no es tu informante, de lo contrario tú serías la primera en correr a esa sala. Entiendo que protejas a tu aliado pero me intriga tu fidelidad.

—Solo quiero protegerlo, no quiero que se filtre la información. Si Ademar King II se entera no solo lo mataría, buscaría un castigo peor —le

transmití a mamá.

—Lo proteges y en cambio expones a Rita, no me voy a entrometer. Tú sabes lo que haces —me transmitió mamá y entró a la sala, junto con Apolo.

—Paúl, espera —le dije en voz alta a este último—. Deja el juego con mi madre, a ella no le molesta pero mi padre ya está al tanto y no está muy feliz.

—Ellos ya no tienen nada —se defendió Paúl.

—¿Estás seguro?

—¿Sabes algo? —me preguntó ávido de saber.

—Lo mismo que tú, cuando están en la misma habitación hay una electricidad rara entre los dos. ¿No me digas que no te habías percatado? No quiero que sufras si al final deciden darse una oportunidad.

—No creo que eso ocurra. Tu padre es demasiado orgulloso —dijo.

—No lo conoces bien, entonces.

Cuando llegué al aposento de mi familia, mi tía me pidió tomar a Abel en sus brazos. Iris, Alejo y Camil estaban sentados a la mesa engullendo lo que había en el menú e Iris se apresuró para que fuera su turno también de sostener al bebé.

—Date un baño, corazón. Relájate un rato y luego ven a comer —me dijo mi tía—. Yo me ocupo mientras de este angelito. No sé cómo le haces, que solo tienes un mes de haber traído al mundo a esta criatura y estás como si nada. Trabajas demasiado y con él todo el día, no es fácil.

—Me acostumbré a tenerlo en mi vientre, me costará despegarme. Pero eso será hasta que comience a caminar, aún necesita mis brazos —dije—. Tía, tú nos regresas al mundo, aquí en esta situación límite que nos ha tocado vivir, desterrados por nuestra propia elección y te encargas de

recordarnos lo que es un hogar.

—Tú podrías hacer lo mismo por Abel —escuché a Iris hablar—. Apenas tiene un mes y te veo tal y como era mi madre, siempre ocupada en sus propios asuntos. Aunque no te lo despegues del pecho un minuto tu mente está en otros asuntos que ahora deberían ser secundarios.

—¿Eso piensas, corazón? Lamento que te recuerde tu infancia. Tal vez tengas razón —dije.

—¿Con quién hablas, Paz? —dijo mi tía confundida.

—Con Iris —dije—. Me acaba de decir que la forma en que cuido a mi hijo le recuerda a cómo creció con su madre.

—No —dijo mi tía—. Iris no ha abierto la boca.

Miré a Iris y ella se quedó seria sin decir nada al respecto.

—No dijo nada —reafirmó Alejo—. ¿Será que te lo imaginaste?

—¿Yo...? ¿Iris al menos lo pensaste? —le pregunté preocupada a mi sobrina.

—¿Ni que pudieras leer la mente? —dijo Camil—. Intenta leer la mía —bromeó.

—¡Ay no! —me dije—. Estoy muy agotada. Ya renuncié a la clínica por ahora, Jonathan me está ayudando muchísimo pero a la nueva misión no puedo renunciar, soy el nexo...

—Tendrá que serlo otro por momentos, para que descanses —dijo mi tía—. Ya hasta te imaginas cosas. El desgaste pasa factura. Es así, mi vida. El bebé no te deja dormir ni de día ni de noche y te la pasas todo el tiempo encerrada en una habitación, haciendo no sé qué.

El dolor de cabeza era insoportable. Volví a salir dejando a mi tía con la boca abierta y con el niño en los brazos. Me fui hasta la sala de vigilancia.

—¿No pudieron acceder? —les pregunté.

—Sin tu ayuda, ¿cómo? —me reclamó Apolo.

—¿Qué haces aquí, Paz? Te hacía durmiendo —reprobó Sebastián mi presencia.

—Necesito hablar con Apolo a solas —dije.

Saqué a mi hermano de ahí y nos fuimos a un sitio descampado. Ni él, ni Sebastián habían tomado un descanso pero no se veían la mitad de ojerosos que yo.

—¿Y ahora qué haces? No te conviene el sereno recuerda que estás amamantando —me sermoneó Apolo.

—No tardaremos —dije—. Sobre eso vengo a hablarte.

—Rita no es mi aliada. Por eso no pudimos meternos en el área restringida.

—Claro. No podías porque entonces solo queda una opción —dijo.

—Eso si quieres enfrascarte en creer que uno de los vigilados es mi aliado.

—Se lo sugerí a papá mientras hacíamos los planes y estuvo de acuerdo. No puedes estar las veinticuatro horas conectada con ella. No puedo creer que sea...

—Le diré que tomarás mi lugar. Al menos hasta que mi hijo tenga tres meses. Necesito atenderlo y estoy comenzando a sentirme la peor madre del mundo.

—Ese sentimiento de culpa no te llevará a ningún lado. Luego dirás que hasta que tenga seis. Es normal en tu estado, tómate tu tiempo. No iremos a ninguna parte —intentó bromear pero el dolor de cabeza no me dejaba entender ningún chiste—. No puedo creer que sea Sara, pero tiene lógica. Es tan dulce que era imposible que tuviera el corazón envenenado por la Sociedad Autocontrolada.

—No puedo decirle a Sebastián, él tiene otras responsabilidades y está demasiado involucrado con la familia King. Necesito a alguien neutral, para

mí es importante protegerla.

—Créeme que para todos es importante hacerlo, una aliada como esa es invaluable.

—De todos modos, Apolo. No le digas a Sebastián, ni a mamá, ni a Paúl. Papá lo sabe —dije.

—Ellos lo sospechan.

—Lo sé pero...

—Será una gran aliada, tendremos que buscar la forma de protegerla y de sacarla de allí cuando finalice su misión —me compartió.

—Sus planes y los nuestros son muy diferentes. Prométeme algo —le dije mirándole a los ojos—. No te enamores...

—¿Qué insinúas?

—En el mes que la hemos vigilado lo he percibido, estás como loco con ella y no lo disimulas. Sé profesional, por favor. Si te conectas con Sara concéntrate en la misión, si te distraes puede ser perjudicial para ella.

—No la expondré, si es lo que te preocupa —me aseveró.

—Lo que me aterra es conocerte y saber lo qué harías si ella estuviera en peligro. Es la mujer de Ademar King II, no te dejará acercarte —dije y Apolo negó con la cabeza—. Hablé con ella mientras caminaba para aquí, lo entendió, puedes conectarte ahora, ya sabe que eres mi hermano. Intenta persuadirla para que hable con su madre y te diga lo que trataron en el CDIA. Rita también es nuestra aliada pero no tiene la guía mental, ellas temen decir en voz alta ciertas cosas por temor a las cámaras de seguridad, pero debe haber alguna forma en que nos hagan llegar la información.

Lo vi temblar ante la posibilidad de entablar una conversación con ella y respiré profundo.

CAPÍTULO 20



Un mes pasó de largo y me sentía tan fresca como una lechuga, a pesar de las malas noches propias de la maternidad. El tomar distancia de las caras de William, Ademar, Karena, de la tensión del CDIA, de las especulaciones sobre los planes del Departamento de Defensa, me llenó los pulmones de aire nuevo. El general había partido a otro de los asentamientos y llevó con él a una parte de nuestro ejército. La información que habíamos obtenido les había ayudado a armar un plan para apoderarse del Departamento de Defensa. Apolo y yo diferíamos con el resto acerca de la violencia que trae consigo la guerra, pero la mayoría estaba en desacuerdo con nosotros. Aquello hizo que mi hermano reafirmara que nos apoyaría hasta el final, pero que una vez que el general Verena y su movimiento lograran su objetivo, él iba regresar a América Libre. También advirtió, que si antes la situación en la UNA mejoraba y él tenía la opción de regresar, nos iba a dejar. Papá tuvo que aceptar. Sebastián y mi padre eran uno solo, como siempre habían sido, actuaban sincronizados y congeniaban en todo. Jonathan y Paúl aseguraron que seguirían a Apolo a donde sea que fuera. Mi madre no se pronunció al respecto porque su corazón estaba con nosotros, sus hijos, que estábamos de acuerdo pero divididos por mis propios intereses, mamá sabía que yo no dejaría a Sebastián.

Las ironías de la vida. Mi relación con Sebastián había cambiado, ya nunca sería la misma. Extrañaba al Sebastián de América Unida, el que por más que yo me alejaba siempre me esperaba al final del camino. Lo miré dormir plácidamente a mi lado, aún no daban las seis de la mañana. Intenté incorporarme, en breve tendría que levantarme para amamantar a Abel, cambiarle el pañal y seguir durmiendo. Abel era un angelito, por las madrugadas, siempre que le diera de comer hacia las doce, las tres y las seis, ni siquiera lloraba. Yo había adquirido práctica y lograba dejarlo con la pancita llena, limpio y cómodo con rapidez, y podía volver a acostarme a descansar. Me puse de pie y fui a buscar un vaso de agua, siempre lo tomaba antes de dar el pecho, cuando sentí unos toques secos en la puerta de donde nos quedábamos. Mi tía, mi madre y yo nos encontramos sobresaltadas en la sala, Sebastián se incorporó de inmediato a nuestro lado mientras trataba de arrancarse el sueño de la cara.

—¿Qué hago durmiendo a esta hora? ¿Me quedé dormido? —se preguntó él pero ninguna tuvimos tiempo para decirle nada.

Escuchamos la voz de la persona que llamaba con urgencia a la puerta, era Apolo y estaba desesperado. Mi madre le abrió y Apolo nos preguntó:

—¿Iris está aquí?

—No —le dijo mamá—. ¿Por qué nos preguntas?

—Me levanté a las cinco y media como cada día, me acerqué para despertarla con tal de que no llegue tarde a los establos y no la hallé. La busqué en el baño y no estaba. Pensé que tal vez se había adelantado y lo iba a dejar pasar, pensé que podría verla a la hora del almuerzo o hasta la tarde, no lo sé. Pero se me ocurrió buscarla en los establos y ¿qué creen? Tampoco apareció Camil. ¿Y ya no entiendo nada? Creí que estaba enamorada de ese tal Alejo y ahora se pierde con tu primo —le dice a Sebastián.

—Tranquilo, deben estar por ahí —le dijo Sebastián—. Vamos a buscarlos pero cálmate. Hablaré seriamente con Camil. Esto no volverá a suceder.

Me llevé la mano al corazón, ya daban las seis y cuarto, entre una cosa y otra. Abel estaba por comenzar a llorar sin su toma temprana. Los latidos del corazón los sentía en el estómago y me sentía ansiosa. Me apresuré al cuarto y me quedé con el cuerpo tembloroso y frío cuando me percaté de la cuna vacía. Iris se lo había llevado, no había otra explicación. Se me coló en el recuerdo el reclamo de mi sobrina, ese que solo yo pude escuchar y no sé cómo, pero ella me había reprochado por las similitudes que encontró en su infancia y la de Abel. Lo dejé todo para estar con mi hijo, ¿por qué Iris me hacía esto? La recibí sin cuestionarle nada y solo le había brindado amor. Sentí que iba a desmayarme, pero no me lo podía permitir, las fuerzas me subieron desde los pies hasta la garganta y salí como una loca a gritar su nombre y buscarla por todo el asentamiento, aunque en el fondo de mi alma había una zozobra que me decía, que si se había atrevido a sacar a mi hijo de la cuna, con tanto sigilo, era porque no pensaba volver.

Sebastián apareció tras de mí y le dije con lágrimas en los ojos:

—El niño no está. Creo que Iris se lo llevó.

Se quedó muy pálido, me envolvió en sus brazos y no supe si me consolaba o se refugiaba en mí.

—No podía vigilarlo veinticuatro horas. ¿Por qué le encargué a Max que vigilara el laboratorio? Debí pedirle que se quedara con nosotros a vigilar durante la noche a mi hijo. Nunca debí retirar los guardias que mi padre nos puso al principio.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Abel? —me susurró.

—A las tres de la mañana y todo parecía normal —recordé.

—Entonces nos llevan una ventaja de tres horas y quince minutos.

Los encontraremos. Tranquila, yo me ocuparé —me dijo Sebastián.

—Ni lo pienses, yo voy contigo —le dije.

Apolo revisó hasta lo más recóndito del asentamiento, sosteniendo en una mano las escasas pertenencias que Iris había dejado abandonadas. Hizo un desorden a su paso y terminó yendo a buscar a Alejo, lo agarró por la camisa desvencijada ya de sus forcejeos y de un tirón lo hizo barrer el suelo. Mi tía espantada intentó controlar a Apolo, mientras Alejo arrodillado parecía pedir clemencia ante la mirada iracunda de mi hermano:

—¿Dónde está mi hija? Habla de una vez —interpeló Apolo al chico.

—No lo sé pero creo... creo —dijo el joven haciendo un alto para recuperar el aliento— que se fue a buscar a su otro padre.

Apolo estaba iracundo y pusimos todo nuestro empeño en calmarlo porque su furia no nos servía. Yo misma si me lo permitía me podría desmoronar de tanto temblar, pero me quedé firme. Alejo era el único que nos podría aportar alguna información y si se llenaba de pánico no iba a abrir la boca. Dejamos a Apolo con mi madre y mi tía, intentando reflexionar sobre las razones de Iris para abandonarlo por el padre adoptivo del que él la había rescatado algún tiempo atrás. Sebastián y yo nos enfocamos en Alejo, porque ya Sebastián había interrogado al personal de guardia y nadie había visto nada sospechoso.

Alejo se puso de pie, apretando la mandíbula de su rostro imberbe. Sebastián y yo lo acompañamos y le curamos los arañazos que se había hecho en los brazos, al ser arrastrado sobre el terreno agreste.

—Disculpa a mi hermano —le susurré al desgarbado joven y me clavó esa mirada cuyo azul se indefinía si lo observabas demasiado tiempo—. Jamás lo había visto tan violento, cuando se calme él mismo te pedirá perdón.

—No hace falta. Su conducta me deja muy claro que valió la pena

todos mis sacrificios para llegar aquí —arremetió con ironía—. Entiendo por qué Iris nunca lo ha querido. ¡Y yo que traté de convencerla de lo contrario!

—No lo juzgues por esta impresión —insistí.

—¿Acaso yo también no me siento traicionado por Iris? No ando agarrando a golpes a quien crea culpable. Era mi amiga y se largó sin decirme nada —dijo.

—¿Nunca te diste cuenta de sus intenciones de ir en busca de su otro padre? —le preguntó Sebastián tratando de sonar calmado.

—No, pero debí haberlo sospechado por lo que no decía, por lo que quedaba en el aire entre sus frases —contestó el chico.

Su camisa quedó inservible, así que le ofrecí otra de color gris que indefinía aún más sus ojos. Pensé en mi pequeño hijo y el dolor que me causaba saberlo lejos. Imaginé qué sucedería si no lo volvía a ver, si crecía lejos y se involucraba líos similares a los que ahora tenía Alejo a su corta edad. Me aguanté las ganas desgarradoras de llorar.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté al chico y por más que me esforzara, mi voz no tenía el sonido habitual.

—Cumpliré quince el mes entrante —dijo.

—Entonces habrá que celebrarlo cuando llegue el momento. No te sientas solo, Alejo, ni decepcionado. Esto es verdadero, es lo que estabas buscando. Iris tiene muchos conflictos internos que tarde o temprano tendrá que resolver, tendrá que aprender a perdonar y solo a través del dolor que causa la aceptación aprenderá a madurar. Ojalá la podamos encontrar antes que sea demasiado tarde. Si recuerdas algo que haya dicho entre frases, que consideres útil háznoslo saber. Es urgente dar con ella. La Sociedad Autocontrolada es muy peligrosa.

—Hay algo que tal vez les pueda ayudar. Le prometí que no lo leería y no lo haré pero tú eres su tía, ella te admira, de ti nunca se quejó como de

sus otros familiares. Iris dejó un diario —me reveló.

—¿Un diario? Está inmenso —dije cuando Alejo lo sacó de su escondite y lo depositó en mis manos.

—Muy pesado, cargó con él en toda nuestra travesía y se arriesgó en ocasiones para conservarlo. No entiendo por qué me lo confió una noche antes de escaparse —dijo.

—Tal vez no quería entrar a la Sociedad Autocontrolada con nada que nos delatara o la relacionara con nosotros —pensé en voz alta.

Me fui con aquel libro inmenso. Tenía que hacer mucha fuerza para respirar y a la vez contener el aire para que entrara poco a poco, porque me dolía la cavidad torácica solo de estar viva. Se lo llevé a Apolo y lo dejé caer en frente de su rostro. Aún malhumorado, mi hermano expresó:

—¿Quién usa papel y lápiz en estos días?

—Tu hija —le dije sosteniéndole la mirada y dándole a entender que no la conocía lo suficiente.

Apolo abrió la primera página y vio una dedicatoria de John, el esposo de Dafne: «A mi querida hija, lo encontré en una tienda de antigüedades y creí que sería ideal para ti, para que escribas algo o dibujes a la antigua y mitigues un poco el dolor de nuestra separación.» Apolo respiró hondo luego de leer, se puso de pie y lastimado en lo más profundo de su ser, mencionó:

—No lo leeré, tal vez hayan cosas muy íntimas que sea mejor no saber. Léelo tú, al cabo eres mujer como ella y la entenderás. Si encuentras algo que indique su ruta de huida házmelo saber, aún podemos alcanzarlos antes de que lleguen. Además, lees más rápido que yo, lo terminarás en uno o dos días.

—No importa que tan rápido lea, no sé si pueda siquiera abrirlo —

dije.

Mi hermano me abrazó con fuerzas y suspiró.

—No me explico por qué Iris se atrevió a causarles ese dolor a ti y a Sebastián. Es malcriada y muchas cosas más pero es sensata. Ella sabe que Abel necesita cuidados, no la entiendo. Estoy tan decepcionado pero más de mí mismo que de ella. Me lo advertiste varias veces y me siento el peor de los padres —dijo.

—No es que seas un pésimo padre, hermano, pero dejaste de ser tú. Te admiraba hasta la médula y desde que llegó Iris te transformaste en un energúmeno y nervioso prospecto de padre. Perdóname, no soy yo la que hablo, es mi dolor. Necesito sacar toda la rabia que se está estancando a medio camino en mi garganta, por el miedo a perder a mi niño para siempre.

—Suéltala, el enojo también nos hace fuertes y fortaleza es lo que más necesitamos en este momento. Me iré con Sebastián a peinar los alrededores. Lee el diario, por favor y si encuentras algo, comunícate conmigo por la guía.

Me le quedé mirando al libro y no me atreví a abrirlo. Iba a ser inútil sumergirme en sus páginas porque yo no me podía concentrar. Me fui con Sebastián y mi hermano a buscar a nuestros hijos, porque no me quedaba quieta. Mantuvimos en secreto, incluso con nuestros aliados, el escape de Iris y Camil y la desaparición de mi hijo. Sabíamos que había personas interesadas en ellos y si sospechaban que estaban ahí afuera solos y sin ninguna defensa, se convertirían en blanco fácil. El hermetismo, nos ayudaría a evitar que la noticia se extendiera y llegara a oídos de Earta Hébert, los King y los representantes autónomos de otras naciones.

Regresamos en la noche sin ninguna evidencia, solo tomamos provisiones para volver a salir.

—Es mejor que te quedes, Paz —me imploró mi madre—. Tendrás que extraer la leche, corazón, y hacerlo con frecuencia para que no se te seque el pecho y haya para cuando regrese el bebé.

—Madre, lo dices tan convencida —dije.

—Iris y Camil no pueden llegar más lejos que ustedes. Sebastián aseguró que no falta ningún vehículo. Tienen que aparecer. A no ser que hayan recibido ayuda del padre de crianza de ella, o algo así —dijo mamá.

—Quédate, Paz —me dijo Sebastián—. Venus tiene razón.

—No puedo quedarme cruzada de brazos mientras Abel está en medio de la noche en medio de las tierras salvajes. ¿Qué va a comer?

—No te quedarás sin hacer nada, lee ese maldito diario. Estoy seguro que debe tener alguna pista. Mientras tanto Apolo, Paúl, yo y unos hombres de toda mi confianza trataremos de encontrarlos. Mañana temprano, si no hemos llegado, acude con Jonathan, dile que mantenga a Earta Hébert y a sus secuaces bien ocupados, por ningún motivo deben saber que Abel está ahí afuera escoltado por dos adolescentes.

Al día siguiente regresaron sin noticias. Le entregué a mi hermano el inmenso libro de hojas amarillentas y se me quedó mirando hasta que me dijo:

—¿Encontraste algo?

—¿Un plan completamente detallado?, no. Te diré lo que descubrí pero con una condición.

—La que sea —dijo Apolo.

—Tienes que leer el libro.

—No lo haré y menos ahora. No perderé un segundo por estar leyendo, prefiero buscarlos —dijo.

—Solo así conocerás a tu hija y recuperarás todos los años perdidos

—le dije.

—No creo que Iris desee que ande husmeando en sus cosas.

—¿Si no lo quisiera crees que lo hubiese dejado custodiado por un adolescente? Los muchachos tienen formas diferentes a las nuestras para expresarse, te está pidiendo a gritos muchas cosas que solo podrás entender si lees este libro. Pongámonos en camino con un grupo de soldados, el viaje es largo y tendrás tiempo para terminarlo. Tienes que leer entre líneas para intentar sacar más información pero algo me dice que la embosquemos hacia el norte. Ella cree que su padre adoptivo la está esperando. Iris y Camil planean llegar a la entrada principal de la capital para de ahí hablarle a John y que él vaya a su encuentro.

Sebastián se nos acercó y nos dijo:

—¿Le avisaste a Jonathan sobre lo de Earta?

—No pude. Pero ahora le mandaré un mensaje a su guía para que se reúna con nosotros. Hay algo más urgente que descubrí en el diario. Iris tiene una guía mental.

—¿De qué estás hablando? —dijo Apolo.

—Ella no lo sabe pero estoy segura, por eso en algunas ocasiones creí que me hablaba o que podía leerle el pensamiento. No sabe que la tiene y no sabe utilizarla pero sabe que le pasa algo raro.

CAPÍTULO 21



Extractos del diario de Iris

«Estoy en medio de la selva padeciendo un entrenamiento que no solicité. Llena de moretones, arañazos y piquetes de insectos. Rodeada de adolescentes eufóricos por poner en práctica todas las artes de combate aprendidas y por explotar al máximo su potencial de supervivencia en un terreno verdaderamente peligroso. Aislada de la tecnología, como les encanta a los incivilizados de la UNA. No le contaré a mi padre porque lo preocuparía en extremo y aún soy menor de edad, así que no puede hacer nada para llevarme con él. Menos desde que la prueba de ADN confirmó que Apolo Salvat es mi progenitor biológico y las leyes, el Tratado de Tolerancia y la extensa familia que me brotó de la nada, minaron mi decisión. ¡Cómo extraño a mi padre, mi casa, nuestra vida juntos! Las leyes creen justo apartarme de la única persona que se preocupa en realidad por mí, son regulaciones absurdas. Mi padre me pide que espere a cumplir dieciocho años pero aún faltan cuatro largos años que no estoy dispuesta a esperar. Me escaparé con él en cuanto tenga la oportunidad y mi padre se pondrá tan feliz, que no le importará la ley y se quedará conmigo. ¿Qué hizo Apolo por mí? Sacarme de la protección de mi hogar y abandonarme en la UNA para luego ponerse en guerra contra esta

nación. ¿Mi madre, qué hizo por mí? Luchar por el bienestar de su pueblo aunque eso significara dejarme huérfana y desprotegida. Pero no la culparé a ella porque está muerta y a los muertos hay que dejarlos descansar en paz. No la culparé porque conozco a mi abuela Greta y ahora entiendo muchas cosas. Si no fuera por la abuela loca con la que me dejó Apolo abandonada, no estaría ahora mismo siendo devorada por los mosquitos a sabiendas de las enfermedades que pueden contagiar. Mi abuela Greta incluso a su edad, se asemeja a mis compañeros de misión: inmadura, rebelde, soñadora, ilusa, dispuesta a sacrificar también a su nieta por salvaguardar su vaga idea de independencia y libertad.

Mi único consuelo es un chico llamado Alejo que vino del Caribe con los sobrevivientes del ataque de la Sociedad Autocontrolada. Sus padres se quisieron quedar con el nuevo régimen y él como todo un autónomo vino a América Libre con la intención de emanciparse. Por su juventud, no pudo hacerlo y vive junto a otros como él, refugiados, con la esperanza de la pronta reasignación a una morada con padres sustitutos o someterse a la espera de la mayoría de edad para vivir libremente como adulto. Una estupidez pero no lo culpo, nunca ha vivido en la Sociedad Autocontrolada y no puede comparar».

«Los autónomos creen que el ser humano debe adquirir desde la escuela todos los conocimientos para sobrevivir a partir de la naturaleza, parte del entrenamiento es el de supervivencia y todos los jóvenes lo tienen que pasar durante la adolescencia. Justifican que el hombre en su ímpetu por el desarrollo, se ha vuelto un inútil de su propia conservación sin medios mecánicos y tecnológicos. Por eso recibo este entrenamiento aquí. Es para todos los adolescentes de la UNA de mi edad y avanza por grados de complejidad. Lo sufro más que el resto porque durante mi niñez no tuve la fase previa. Los chicos autónomos no padecen tanto como yo, salvo Alejo

que por más que intente disimularlo no lo logra. No es bueno para este tipo de actividades o es terrible estudiante porque no recuerda muchas cosas. Él lo niega pero está tan poco preparado como yo, a diferencia de los demás chicos de la UNA que desde los primeros años están acostumbrados a conocer la naturaleza y a trabajar. No sé qué pasa con Alejo. Tampoco le digo a la cara su evidente desventaja con los otros autónomos porque no quiero hacerlo sentir mal. Él se esfuerza, es mi compañero de entrenamiento y no sé cómo pero nos las ingeniamos para salir adelante. Ha sido mi apoyo y si las cosas salen mal, siempre tiene algo que decir para animarme o para matarme de la risa».

«Cuando me pongo seria y me quedo mirando a Alejo, logro notar que tiene el cabello castaño claro más dorado del mundo, los ojos de un azul que termina en gris y una mirada que parece decirme mil palabras. No quiero separarme de su lado, él me busca todo el tiempo y cuando no nos toca juntos en el equipo, abandona el suyo y se integra en el mío, a riesgo de que lo descubran los maestros y se lleve un castigo. Por suerte no lo han pillado».

«Hice lo más estúpido del mundo, intenté besar a Alejo y él viró la cara hacia el otro lado con una frialdad que logró calarme los huesos. Quise correr de la vergüenza y me retuvo, me abrazó con fuerzas y me susurró al oído:

—Te quiero pero no así. Perdóname si di a entender otra cosa. No quiero que te alejes por esto, porque eres mi amiga y ya no podría vivir si no te tengo en mi vida.

Me dejé abrazar y no me atreví a decirle nada. Sus palabras no me borraron la expresión de vergüenza y de arrepentimiento. Juré para mis adentros que me alejaría pero él continuó buscándome a todas horas, en el

desayuno, en el almuerzo, en la cena, en el entrenamiento».

«Ya no es lo mismo, no puedo seguir siendo su amiga. Cuando le dirijo la palabra solo lo hago con monosílabos para contestarle a lo que me pregunta. Y cuando creí que todo estaría peor, se atrevió a encararme y exigirme una amistad que yo había confundido. ¿Acaso no entiende que me muero de la pena cada vez que toca el tema?

—Ya no soporto en lo que se ha convertido nuestra amistad —me dijo.

—¿Qué amistad? —le dije—. Ya está estropeada. Es mejor que me des mi espacio y que no me avergüences más. Ya no quiero ser tu amiga.

—Eso no es verdad. Iris no es que no te vea atractiva. Eres linda, tienes la sonrisa más bonita de todas pero te veo como a una hermana.

—Se acabó —le dije y no era que me doliera tanto, ya lo estaba superando pero fue desagradable. Nunca me había besado con nadie, ni había tenido novio y la primera vez que creía tener algo especial con alguien resultó un verdadero fiasco.

Intentó abrazarme y le puse un alto.

—De acuerdo, te diré la verdad. No eres tú, no estaré nunca con ninguna chica en el campamento, ni fuera de aquí, ni en ningún lado.

—Si es que no te gustan las chicas lo puedo entender. Si me lo hubieras dicho antes no habría hecho un papelazo —le reclamé.

—No es eso. Hice un voto de castidad y no estaré con nadie jamás, ni chica ni chico. ¿Vale? Era un voto secreto, no debía decirlo y me has hecho revelarlo.

—¿Y eso por qué?

—No puedo decir más, pero créeme y no te alejes».

«Maldito, Alejo, él y sus estúpidos votos de castidad. Acabo de verlo besándose descaradamente con una de mis amigas. Claro que él no me vio y ahora me doy cuenta que solo lo dijo porque en verdad quiere ser mi amigo. Lo detesto».

«Al inicio lo primero que sentí por Alejo fue atracción, pero hasta ahora me doy cuenta que él siempre me frenó. Tendré que aceptar que el interés que siente por mí es solo de amistad. Ya no me siento tan herida, ni atraída hacia él, no luego de verlo besándose con otra chica más del campamento. No le diré que sé que sus votos son una pantalla porque lo hizo para no lastimarme más. Así que recogeré los trozos de mi orgullo pisoteado y entenderé que más vale ser su amiga a que me ande besando una noche con él detrás de unos árboles y que al otro día si te conozco ni me acuerdo. Al menos a mí sí me quiere, me lo ha demostrado porque aunque lo he echado mil veces regresa. La amistad para él es más valiosa y duradera que andar ligando con las chicas en la oscuridad. Seremos amigos de nuevo y reservaré mi amor para otro que quiera más que besarse conmigo una noche sí y otra noche no. Alejo sin proponérselo me enseñó de los chicos más de la cuenta. Me enamoraré pero no por ahora, me esperaré un par de años. En este momento estoy asqueada del amor».

«Una de las cosas por las que se acercó mi amigo a mí fue por saber que yo era hija de Apolo Salvat. Lo recuerdo. Al principio no lo noté, luego comencé a sospechar. Fue lo primero que me preguntó, el motivo inicial para romper el hielo. Ahora creo que exclusivamente por eso se acercó a mí. Él lo había dicho:

—América Libre no es lo mismo sin tu padre. No solo lo digo yo. La gente no entiende qué está pasando. Abandoné a mis padres para venir a esta

tierra y no es lo que esperaba.

—Somos dos forasteros descontentos. A mí me dijeron que esto era una maravilla y no es lo que encontré. Mis piernas llenas de piquetes no me dejarán mentir —le había dicho.

—Pero no deja de ser útil. Di la verdad, ¿tú como autocontrolada si te hubieras quedado un día en medio de la nada como sobrevivirías?

—Pediría rescate a través de mi guía.

—¿Y si ese día no hubieses llevado tu guía o se hubiese roto, cómo sobrevivirías?

—Pues ahora sabría —dije y odié darle la razón.

—No estamos tan mal aquí. Incluso si ahora mismo quisiéramos irnos y buscar a tu padre en Tierras Inhóspitas, podríamos hacerlo y estoy seguro que llegaríamos.

—Pero si me voy de este sitio no iría con Apolo, me iría con John.

—¿Por qué no quieres a Apolo?

—No es que no lo quiera, es que no lo conozco, es que me arrebató de lo que era mi vida y de lo que yo amaba. Extraño a John, es mi padre, lo amo.

—Y siempre lo querrás pero puedes preguntarle a quien sea, cualquiera aquí se sentiría honrado si de pronto descubriera que Apolo Salvat es su padre. Es uno de los hombres más extraordinarios que existen.

—Tú no lo conoces en persona —dije.

—Pero he escuchado lo suficiente acerca de sus hazañas, de todo lo que ha logrado él y su hermana. No lo quieres porque casi no has convivido con él, de lo contrario fuera otra historia.

—¿Tú crees que si conviviera con él lo amaría? —pregunté.

—Definitivamente.

—Estás más loco que una cabra, lo que me faltaba, tener de amigo a un fan de Apolo. ¿Será por eso que no puedes verme de otra forma?

—Eres sagrada para mí, eres la hija de Apolo —reveló.

—Es escalofriante que una de las pocas cosas auténticas que tengo en la UNA sea tu amistad y que tú te hayas acercado a mí por ser la hija de Apolo.

—Tal vez me acerqué por eso, pero me quedé a tu lado porque eres un verdadero fastidio, de esos sin los que no se puede vivir —dijo y me hizo tantas cosquillas que no podía parar de reírme».

«No puedo creer que lo hicimos. Dejamos el campamento atrás. Vimos la oportunidad y no los pensamos dos veces. Nuestro destino, las Tierras Inhóspitas. El fan medio loco que tengo por amigo quiere unirse al movimiento de Apolo Salvat y me convenció de seguirlo. Si tanta gente ha desertado de América Libre y se ha unido al ejército del general Verena solo por seguir a Apolo, entre ellos Alejo, debe ser por algo. Tendré que conocer más a Apolo, es el hombre del que mi madre se enamoró y ha de ser grandioso porque mi madre lo era».

«En Tierras Inhóspitas las cosas no son como prometió Alejo. Nada de lo que haga será suficiente y Apolo termina siendo exactamente igual a mi madre. La diferencia es que ella al menos lo disimulaba y yo no me sentía tan sola, creía que mi familia con John era normal. Apolo es diferente, es esa especie de hombre que aspira como máximo ideal de realización personal a convertirse en mártir. No lo afirmo pero me da esa impresión. Está tan preocupado por salvar al mundo, que a veces parece que yo soy un estorbo para él, un obstáculo que le impide alcanzar su meta. Por eso siempre su cara de enojo, me recuerda que él también está harto de mí y que sería más feliz si nunca me hubiesen traído. Me siento tan sola y fuera de lugar en este sitio... Con mi tía no puedo hablar de estas cosas porque termina justificándolo,

aunque sé que en silencio está de acuerdo conmigo, en que algo no funciona entre Apolo y yo. Y mi único amigo en este lugar recóndito es una especie de fanático de mi padre, al que soltarle todo lo que me está quemando por dentro es inútil, se queda con una expresión confundida como si yo fuera la persona más estúpida del mundo. Reproduzco las palabras de Alejo:

—¡Tu padre es Apolo, es lo máximo! Apolo es un hombre extraordinario, si más pensaran como él este mundo no estaría tan dividido. Cuando sea adulto seré como Apolo, o lo más parecido que pueda a él.

Es insufrible estar al lado de Alejo, sobre todo, en el momento en que más odio a mi padre. Alejo está más preocupado por acercarse a Apolo y a Paz, que en ser mi amigo, los admira de una forma exacerbada y su necesidad me desespera».

«Solo hay una persona en todo este campamento, que ellos llaman asentamiento, que se siente tan solo y perdido como yo. Si no fuera por él ya me habría largado en busca de mi verdadero padre. Camil es lo único que me ata al asentamiento cero punto cinco. Recuerdo el día que lo vi por primera vez, en mi vida había visto nunca a un chico de los caballos, con esa manía de despertar antes del amanecer. Espero que mis notas, sobre cómo sucedió, me ayuden a nunca olvidarlo.

—¿Qué mañana inicias con nosotros en los caballos? ¿Está loca Paz? Ese autónomo es un dictador —me había dicho Alejo.

—¿Ese autónomo? ¿Y tú de dónde eres? ¿De Marte? —le dije.

—Soy de Tierras Inhóspitas.

—Él también y ya deberían ir pensando en cambiarle el nombre a este sitio, porque es tan horrendo que solo por el nombre ya me da pesadillas. Un hogar debe tener un nombre más cálido, algo que te haga desear volver cuando estés lejos.

—Esas cosas que dices, definitivamente eres hija de Apolo, no lo puedes ocultar, ¿cómo a nadie se le ha ocurrido cambiarle el nombre a Tierras Inhóspitas? Tendré que correr a decírselo a tu padre, se te ha ocurrido una idea genial —dijo Alejo.

—No lo hagas, no te atrevas. Ya te he dicho mil veces que no lo soporto y no quiero que se lo recuerdes, ni mi aversión por estas tierras. Las cosas no están muy bien entre nosotros y eres mi amigo, o eso creo, pero siempre pareces que estás más de la parte de mi padre que de la mía.

Haré un paréntesis, no puedo evitar recordar la confusión que se veía reflejada en la cara de Alejo, tanto que decidí que me tragaría las palabras de frustración hacia Apolo, porque Alejo jamás me iba a entender.

Por los consejos de Alejo, al otro día me desperté casi a las cinco de la mañana para acudir a mi nuevo trabajo, miré el cielo raso y dije:

—No puedo, no podré levantarme, cinco minutos más.

Cerré los ojos un segundo y cuando los abrí de nuevo el sol ya se estaba levantando, casi me caigo de la cama porque aún seguía medio dormida. Corrí a cepillarme los dientes, me eché un poco de agua en la cara, me puse lo primero que encontré y salí corriendo a los establos. Cuando entré por la puerta principal, encontré a Alejo sacando una carretilla llena de estiércol.

—¡Qué asco! ¿Qué rayos estás haciendo con eso? —dije casi vomitándome.

—Con esto los autónomos hacen maravillas. Estos caballos son muy valiosos entre otras cosas, producen esta masa pegajosa de singular aroma —bromeó Alejo.

—Espero que ése siga siendo tu trabajo, porque cambiaré de opinión con respecto a la belleza de los caballos si me lo asignan a mí —dije.

Fue entonces que oí su voz, fuerte y severa desde donde no lo podía

ver:

—Iris, estás llegando tarde. La segunda vez que se te peguen las sábanas estás despedida.

Recordé que Alejo me había dicho que al primo de Sebastián le gustaba explotar a los que trabajaban con él y no me dio la gana de permitirle que me hablara así. En mi vida había trabajado, menos de sirvienta o empleada de alguien, ni siquiera había conocido a alguien que tuviera que servir o bajar la cabeza ante los extintos patrones. ‘¿Qué se piensa este tipo?’, pensé, una cosa es que ayudemos juntos a levantar esta parte del mundo y otra muy diferente es que me confunda con un robot:

—¿Y cuánto es lo que me pagas? —le solté sin siquiera verlo y fue cuando sentí unos pasos pesados dirigirse hacia mí.

—Uy. Mejor me largo a lo mío. No creo que me necesites —dijo Alejo y me dejó sola esperando que aquel insolente se apareciera.

Todo el coraje que sentía se me enfrió de golpe, cuando Camil abandonó el pasillo y se asomó, con el torso descubierto, aquellos *jeans* roídos de tanto usarse y esa mirada llena de enojo que se fue suavizando al contacto con la mía. Cuando vi al chico mi corazón se paralizó, sentí un líquido que me recorría el cuerpo y me dejaba helada.

—Lo siento —dije convencida de pronto que no quería perder mi trabajo y no importaba a la hora que tuviera que levantarme.

—Yo también lo siento —dijo y empezó a reír tanto que yo terminé por hacer lo mismo.

—Creo que tuvimos un mal inicio, mi nombre es Camil —dijo extendiéndome la mano—. Si no estás acostumbrada a madrugar puedes venir un poco más tarde, Alejo y yo podemos arreglarnos.

—Insisto en venir a la misma hora que todos, lo de hoy no se repetirá —dije.

—Me da gusto oírlo. Enseguida te explico en qué consistirán tus funciones. Imagino que tú tampoco has trabajado con caballos.

—En mi vida había estado tan cerca de uno. Son bellísimos. ¿No tienes frío? Digo parece que te vas a congelar —dije cambiando el tema, sin querer enfatizar que Camil permanecía con la piel erizada y no pasaban de las seis de la mañana.

—Un poco. Alejo también es nuevo como tú y no se maneja bien con la pala y la carretilla, me tiró el estiércol encima. Iré a buscar una camisa y un suéter. ¿Me acompañas y hablamos del trabajo? Digo si quieres puedes ir conmigo y en el camino te explico cuáles serán tus funciones, para no perder tiempo —indicó.

—¿Estás seguro?

—¿Te gustaría?

Mientras caminábamos por su camisa su piel seguía erizándose. Él volvió a sonreír y a pedirme disculpas por haberme gritado y yo, me moría literalmente cada vez que me enseñaba los dientes, su sonrisa era tan magnética que ponía todo mi cuerpo a temblar. Los nervios me estaban comiendo viva ese día. Me subían y me bajaban por todas partes. Ese chico era un sol en medio de toda la oscuridad que amenazaba tragarme si permanecía un día más en Tierras Inhóspitas. Es más, el día que lo conocí comencé a dudar si realmente deseaba irme, él amenazaba mis planes, era como un abismo que te llama y te pide que te arrojes de cabeza en él».

«Los días que transcurrieron iban tan rápido que temía que se me escaparan de las manos. Hasta el momento yo sólo fantaseaba cada vez que lo veía y pensaba en él pero los reclamos de mi padre me llenaron de certeza. Apolo estaba harto de verme todo el día pegada a Alejo y a Camil. No sé qué esperaba si era los únicos chicos como yo y los tres la pasábamos realmente

bien. Siento que Apolo ya estaba despistado, aunque no era mi intención. Solo le escuchaba decir: ‘No está bien que te quedes hasta tan tarde conversando con ellos, ¿no es suficiente durante el día mientras trabajan con los caballos?, ¿qué tanto hablan?, ocupen mejor su tiempo libre, hay muchas cosas que todavía les falta por aprender, esto no será eterno, buscaré la forma de que se abra una escuela para ustedes para que dejen de perder el tiempo...’

Si Apolo estaba tan enojado era porque tal vez había notado que yo estaba enamorada, aunque lo disimulara y me hiciera la desentendida. Yo estaba loca por él, aunque no me atreviera a decírselo ni en un millón de años y menos después de la decepción con Alejo. Mi sentimiento hacia Camil interfería con mis planes de huir. Por otro lado, él era tan desdichado teniendo que soportar a su primo, aunque yo no entendía por qué, Sebastián era genial. Si veía como lo trataba. Tal vez para otros, Apolo también era genial y solo yo tenía motivos para estar descontenta.

No sé qué pasó entre Camil y yo, pero desde el día que nos conocimos no pudimos despegarnos, aunque yo le había prevenido que teníamos que disimular delante de mi padre porque él no nos iba a dejar estar juntos. Sí, juntos. El día que ya no podía soportar más sin lanzarme a sus labios, me robó un beso y desde ese día no nos separamos. Era como si habláramos un lenguaje que solo nosotros podíamos entender. Si tuviera que describir a Camil en pocas palabras diría lo siguiente: Primero que tiene los ojos más bellos del mundo. Segundo que su alma es hermosa. Tercero que nadie me hace reír como él. Cuarto que podría pasar las veinticuatro horas del día a su lado sin aburrirme. Quinto que ojalá que algún día nos perdiéramos solos y dejáramos atrás las Tierras Inhóspitas.

¿Y Alejo? ¿Qué pensaba de lo mío con Camil? Alejo, resultó ser en verdad mi amigo y me apoyó desde el primer día que me vio babear por Camil y estuvo feliz por mí».

«Estoy planeando irme con John. No soporto a Apolo ni a las Tierras Inhóspitas. Entiendo que el motivo por el que luchan mi abuelo y Apolo es valioso para ellos pero ni me interesa la guerra, ni pasar toda mi vida como un soldado cuando podría estar en mi antigua vida, la que realmente me pertenece. Camil es un autónomo en toda la extensión de la palabra. Este chico sí tiene toda la capacitación en supervivencia y lucha, hasta su grado de estudios, está enamorado de sus caballos, pero se quedó tan sorprendido cuando visitó América Unida, que no se conforma y quiere conocer el resto del mundo. Con él me atrevería a huir, si con Alejo lo logré y estaba tan perdido como yo en las estrategias de supervivencia, con Camil, que tiene tantos ases bajo la manga, no lo pensaría dos veces. Es el compañero perfecto para una aventura. Él está harto de depender de Sebastián y tiene mucho dolor trocado en odio en su corazón. Somos, algo así como almas gemelas. Camil vivió toda su vida escuchando sobre la desaparición del primo perdido, el primogénito. Tras la muerte de su padre en la guerra, su madre lo abandonó cuando aún era bebé y su abuela fue una madre para él, y aunque la señora era aún joven y le daba una buena crianza él no se sentía completo. Los dos nos merecemos ser felices. Hoy le contaré mis planes y le pediré que me acompañe».

«Camil siempre prepara un té de flores que es especial y que me agrada mucho. Me cuenta su historia con los caballos y yo solo tengo ojos para su rostro. Mientras me servía una taza de té me dije que era el momento de soltarle todo. Yo no estaba dispuesta a quedarme en Tierras Inhóspitas, sentía que no vivía mi vida pero si Camil se negaba, no sabía si tendría el valor de dejarlo atrás. Creo que nunca podría dejar de quererlo. Si deseaba irme tendría que convencerlo de acompañarme. Ya le había hablado en mil

ocasiones de las bondades de la Sociedad Autocontrolada y lo desarrollada que estaba la tecnología. A él le había fascinado un mundo distinto al que conocía y deseaba saber más. Tal vez solo por eso accedería a acompañarme, y por librarse de su primo. Lo que nunca me imaginé fue que él descubriera mis planes y me insistiera para irse conmigo. Y me quedé en suspenso.

—¿Dejarás a tus caballos? —le dije.

—No me lo recuerdes, es un sacrificio demasiado grande, jamás pensé que tendría un motivo para abandonarlos. Sé que estarán bien cuidados, Alejo los ama y no solo él. Aquí son los bebés consentidos de muchos. Siento que te estás apagando aquí en Tierras Inhóspitas, no eres feliz y yo quiero verte sonreír más a menudo.

—¿Estás seguro? Tu semental tal vez se morirá de tristeza.

—Estará decaído al principio pero sé que Alejo logrará levantarlo de nuevo. Se entienden bien y Alejo está loco con él, pero si un día me despiertan con la noticia que abandonaste el asentamiento y te regresaste con tu padre John, me muero.

—Yo me moriría primero antes de dejarte atrás. No podría dar un paso sin ti.

Nos abrazamos con mucha fuerza. Fue lo mejor que pudo pasarme, ya no sabría vivir sin sus ojos, sin sus manos, ni sin sus caballos, aunque esto último sería doloroso para los dos.

Mi amor era correspondido y muy loco, muy arrebatado pero tímido y huidizo a la vez, porque no habíamos llegado más allá de primera base, él quería llegar más lejos pero no se atrevía a pedírmelo o no sabía cómo, porque yo era su primera novia. Yo quería llegar más lejos pero no se lo daba a entender porque tenía miedo y no sabía con quién hablar de esas cosas. Estaba pensando si debía contarle a mi tía Paz, lo que me estaba sucediendo con Camil, obviando la parte de la huida».

«Hoy sucedió algo que me está haciendo reconsiderar mis planes de huir. Ha nacido mi sobrino y es tan lindo que no quisiera estar lejos mientras crece. Quiero cargarlo y mimarlo todo el tiempo. Lo vi nacer, Alejo, Camil y yo lo trajimos al mundo y es un recuerdo que no podremos borrar nunca. Ya quiero que crezca Abel para decirle del lazo tan especial que nos une, que nosotros fuimos las primeras personas en este mundo en conocerlo. Mientras nacía todo fue nervios y confusión, sentía los gritos de mi tía perforarme el oído y todo lo que decía, acerca del dolor que estaba sintiendo, de la alegría y desesperación porque naciera, porque saliera todo bien, logró descolocarme pero valió la pena ahora estaba Abel entre nosotros.

Algo me preocupa de veras. Cuando hablé con Camil sobre el parto de Paz, él me comentó lo sorprendido que estaba por la actitud de mi tía, de cómo se mantuvo en silencio mientras su hijo nacía, haciendo un esfuerzo enorme para tragarse su dolor y concentrarse en dar a luz, con tal de proteger a Abel de la amenaza que había sobre el niño. Me preocupa porque yo sí la escuché todo el tiempo quejarse. ¿Qué está pasando conmigo?».

«Volvió a ocurrirme algo similar al día del parto de mi tía, ella pudo oír mi pensamiento y eso logró confundirme mucho. Mi abuela Greta me había pedido que le contara lo último que yo había hablado con mi madre y le dije que no nos habíamos podido despedir, que desde que se la llevaron no volví a verla ni a comunicarme con ella. Mi abuela Greta sintió mucho pesar y me pidió que recordara. Entonces me vino un recuerdo a la mente. Le dije que antes de que mamá falleciera apareció en uno de mis sueños para despedirse de mí, me había asegurado que yo era especial y que tenía algo en la cabeza que me permitía comunicarme con ella, aunque se encontraba en prisión. Me había dicho muchas cosas hermosas, entre ellas que un día iba

llegar un hombre a mi vida, que tomaría mi mano y que me alejaría de todo el sufrimiento, que no durara en acompañarlo. Ahora creo que no lo soñé y que me pasó algo parecido a lo que me ha ocurrido con mi tía, por esa cosa especial que dice mi madre que tengo. Si mi madre se refería a Apolo, se equivocó por completo».

«Apolo quería controlarme y lo peor era que creía que podía. Terminando de oír su sermón de padre abnegado, sin siquiera saber cómo hacerlo, me fui justo a donde menos él quería, a decirle a Camil que me iba y que esperaba que me acompañara. Apolo creía que ser padre era como dirigir una nación y sus lecciones yo las guardaba en una bolsa llena de agujeros, luego de poner cara de estúpida y de asentir hasta que el cuello me doliera. Convencí a Camil y nos vamos en la madrugada. Creo que Camil será más feliz en la Sociedad Autocontrolada, aún más cuando descubra que todo lo que le han inculcado sobre la Sociedad Autocontrolada es falso. Nunca podrá sacarse del corazón a sus caballos, ni siquiera yo, pero una felicidad completa no sé si esté al alcance de nosotros».

CAPÍTULO 22



Así saqué mis conclusiones. Una idea desproporcionada pero congruente con la realidad de Dafne. Ella sabía al peligro que se exponía y que si tenía que huir de pronto o era detenida, dejaría a su hija en la Sociedad Autocontrolada, con personas que en realidad no eran su familia. Imagino que por ello le implantó una guía a su hija sin explicarle demasiado de ello, para que estuvieran comunicadas si algo ocurría. Pero al parecer, Iris nunca llegó a usarla, ni siquiera durante el cautiverio de Dafne, salvo por el sueño que relata con su madre, lo más seguro para protegerla y protegerse.

Lo que Iris no sabía era que su padre adoptivo ya no estaba vivo, y que todo lo que amaba y lo que odiaba le quedaba en una persona: Apolo. Nosotros ya estábamos en camino y gracias a nuestros aliados, supimos de ese hecho. Partimos esa misma mañana, a pesar de que Apolo, Paúl, Sebastián y sus hombres e incluso yo, no habíamos dormido nada. Íbamos en el transporte y seguía intentando comunicarme con Iris a través de su guía mental, porque los chicos mantenían apagadas las guías convencionales. Hacía exactamente veinticuatro horas que me habían arrebatado a mi hijo y solo cinco desde que me había extraído la leche por última vez. Sebastián me indicó que la leche se escurría por mi pecho y había manchado mi ropa.

—Maldita escasez —dije—. No tengo las almohadillas para

protegerme y las gasas que estoy utilizando son demasiado permeables.

—¿Por qué no tomas algo para cortarla? Será lo mejor ahora que decidiste venir con nosotros en este viaje —me susurró Sebastián al oído, él estaba sentado a mi lado y me pasaba un brazo tras la espalda.

—No, quiero tener leche para cuando Abel regrese con nosotros —le dije en voz baja.

—¿Cómo le harás para sacarte la leche en esta camioneta llena de hombres?

—Me las arreglaré.

—Haz algo con eso entonces, no quiero que te enfermes —me volvió a susurrar.

—Pueden detener el vehículo, por favor. Necesito privacidad —dije.

—Estamos muy cerca del asentamiento uno, a unos veinte minutos. ¿Prefieres esperar un poco o me detengo? —dijo el conductor que de seguro ya había escuchado por qué deseaba parar.

—Me espero.

En el asentamiento tuve más comodidad para asearme y cambiarme de blusa. Los hombres habían tomado unos minutos para descansar y comer antes de proseguir. Estaban agotados luego de andar fuera toda la madrugada. Muchos pidieron dormir aunque fuera una hora y Sebastián decidió darles cinco horas de descanso para recuperar las fuerzas.

—Sé que no podemos luchar contra nuestra naturaleza humana, pero podríamos turnarnos para dormir en la camioneta —insistí.

—Lo haremos después. Ahora necesitan descansar un poco o no podremos hacer nada —me dijo.

—Iré a la bodega de medicamentos por energéticos para que resistan el trayecto.

—Nos vendrá bien.

Cuando regresé solo encontré despiertos a Sebastián y a Apolo. Les entregué la medicina pero les pedí que no la ingirieran de inmediato, que durmieran un poco y la tomaran cuando partiéramos, también les di para los demás.

—Yo no tomaré nada, estoy amamantando —dije y Sebastián me invitó a tumbarme junto a él en un sillón.

—Me conforta que Camil esté con Iris y con el bebé, pero a la vez estoy preocupado por él. ¿Qué pasará cuando llegue a la Sociedad Autocontrolada si lo descubren? —manifestó Sebastián.

—Calla —le supliqué.

—Descansa un poco —me pidió.

—Quisiera... pero... —intenté decir y me selló los labios con un beso para no escuchar lo que a él también le desgarraba el corazón.

—Salimos con tanta prisa que no le pedí a Jonathan un antídoto para los efectos adversos de la guía para Iris. Ella tal vez ni siquiera recibió la primera dosis de desintoxicación —dije.

—¿Le avisaste a Jonathan para que vea por todos los medios sumergir a Earta en trabajo, para que no descubra que el bebé está perdido ahí afuera? —me preguntó Sebastián.

—¡No puede ser! Dije que lo haría y lo olvidé —recordé—. Hasta pensé hablar directamente con él sobre la guía mental de Iris. Lo borré por completo. Le enviaré un mensaje a su guía, también le pediré que tenga listo el antídoto por si damos con ellos... —dije y la voz se me apagó. Respiré hondo para no llorar.

—Los encontraremos —nos dijo mi hermano desde su rincón, él tampoco podía cerrar los ojos.

Sebastián me acarició las sienes y me las besó. Estábamos trasnochados pero con tanta angustia que no podíamos dormir. Vi a Sebastián y a Apolo intentar combatir el insomnio. Yo me concentré en conectarme con Iris a través de la guía mental. Lo llevaba tratando desde que descubrí que la chica tenía una.

—¡Iris! —grité cuando después de tiempo intentándolo pude colarme en la mente de mi sobrina.

Apolo me escuchó y me pidió con un gesto de la mano detenerme. Detuve la comunicación de golpe con mi sobrina y escuché lo que tenía que decirme mi hermano:

—Tú no lo hagas, estás muy exasperada y lo vas a estropear. Si no usas las palabras correctas la vas ahuyentar aún más. Tienes que ser sutil para que ella entienda que estamos de su lado y que solo queremos protegerla, pero sin alarmarla del peligro que corren y que se atemoricen.

—¡Yo puedo hacerlo! —le grité a mi hermano, enojada por hacerme cortar la conexión, desesperada por reestablecerla.

Sebastián que nos oyó, pero sin la guía en su cabeza, se puso del lado de su cuñado.

—Apolo tiene razón —dijo Sebastián con su tono autocontrolado y me desesperó aún más. Él sabía lo que estaba en juego: nuestros hijos.

Inicié la comunicación con Iris, estaba dispuesta a soltar todos los reproches que me había guardado dentro, desde que Iris había desaparecido con mi hijo. Por primera vez, sentí tanta rabia que si la hubiese tenido delante le hubiera dado una bofetada. No sé de qué estaban hechos los hombres, pero estaba segura, que una mujer me entendería, que una madre encontraría justificables mis deseos. Me introduje en la mente de Iris por segunda vez, de alguna forma había encontrado la vía y Apolo se quedó mordiendo sus

palabras con su calma fastuosa. Lo vi intentar sin éxito conectar con la guía de Iris y no le diría cómo, sé que era su hija, pero también estaba mi hijo en juego y no podía más sin saber una palabra acerca de él.

—¿Dónde está el niño? —le solté a Iris a través de la guía.

—¿Paz? ¿Eres tú, tía? —dijo ella pero no a través de la mente sino en voz alta, porque no conocía el manejo de la guía, pero la escuché a la perfección.

—¿Con quién estás hablando? ¿Por qué me dices Paz? —escuché la voz de Camil.

Pude enfocar al primo de Sebastián a la perfección, estaba muy cerca de la cara de Iris. Traté de inspeccionar el área donde ellos se encontraban, para ver a mi hijo, pero Iris y Camil estaban demasiado cerca el uno del otro y lo único que podía ver, era la ampliación del rostro de Camil, con aquellos ojos tan parecidos a los de Sebastián. Camil se acercó aún más, tanto, que sólo vi sus negras pestañas enmarcando sus párpados. Luego Iris cerró los ojos y ya no vi nada.

Los pensamientos de Iris explotaron uno tras otros descontrolados. «¿Por qué rayos oiría a mi tía? ¿Estoy casi segura que era mi tía? No, no puede ser. Me lo debo de haber imaginado. ¡Ay! ¡Este chico me tiene loca! ¡Me encantan sus labios! Lo quiero. Lo quiero. Y no es porque agradezca infinitamente que me haya acompañado en esta locura. No es solo porque me protege ahora que estamos metidos hasta el cuello en esto. Es porque cualquier sentimiento que sentí hacia otro chico antes de conocer a Camil, no solo quedó atrás sino que no se le compara».

Quise salirme para no escuchar más los pensamientos de Iris y no entrometerme en su privacidad de la manera en que lo estaba haciendo, sin su consentimiento, pero no podía. Nos había costado mucho hacer contacto. Camil, Iris y mi hijo, dependían del éxito de este momento. Me abstraje un

instante de los pensamientos de Iris para escuchar mis propios pensamientos, pero sin perder la conexión ni darle a ella acceso a los míos. Apolo intentó entrar en mi guía y lo bloqueé de pronto. Insistió y le dije que ya me estaba hartando. Apolo se enojó y me soltó:

—¿Qué le dijiste? Dame acceso junto contigo, por el bien de todos, Paz —insistió Apolo en voz alta—, sobre todo de nuestros hijos. Una palabra inadecuada la hará alejarse más de nosotros y exponerse al peligro.

Sentí deseos de darle acceso para darle una lección a ambos. A Apolo que ya me estaba exasperando, creyéndose el líder de todos nosotros y a Iris por arrebatarme a mi pequeño. Pero no lo hice. A pesar del profundo dolor que Iris me estaba causando no pude traicionarla. ¿Qué pensaría una chica de su edad si de pronto su padre se cuela en sus pensamientos mientras ella se está besando con el novio que la secundó para huir de casa? ¿Y qué beso?

—Dame acceso, Paz. Por favor —insistió Apolo.

Me hirvió la sangre por la pastosidad de Apolo. «¿Qué tenía que ocurrir para que mi hermano perdiera el control sobre sí mismo? ¡Ah, ya sé! Ver a su hija a punto de llegar a segunda base», pensé.

—Basta ya de esto, Paz —dijo Sebastián, el autocontrolado por imposición propia con su serenidad aprendida. Pero Sebastián sí sabía perder el control, ya me lo había demostrado, con eso dejaba claro que había lazos sanguíneos indiscutibles con Ademar King II y sus palabras me lo seguían confirmando.

Volteé los ojos en blanco y me concentré en los pensamientos de Iris, que ahora miraba embobecida el rostro fresco y joven de Camil. Él sonreía y se veía hermoso, me recordaba a Sebastián en su adolescencia cuando su alma no se había ennegrecido por los rencores que aún no se habían sumado a su corazón.

—Iris —le dije a través de la guía.

Ella dio un brinco al volver a escuchar mi voz. Camil notó la turbación en el rostro de ella porque se incorporó y volvió a acercársele.

—Paz —insistió Apolo a mi lado y terminé por darle acceso, al menos ya no se estaban besando.

—¿Qué extraño? —le dijo Iris a Camil—. No me pasa nada, no me hagas caso.

—Iris, soy tu tía —le transmití a mi sobrina—. No te estás volviendo loca ni lo estás soñando, me estoy comunicando contigo a través de una guía que funciona diferente a tu pulsera. Es un medio de comunicación, tranquila.

—¡Ay, qué es esto! Camil, que es verdad, no me lo imaginé. ¡Qué Paz está comunicándose, estoy oyendo su voz aunque no sé cómo funciona! —le susurró Iris a Camil.

—¿Qué estás diciendo, yo no escucho nada? —le rebatió Camil con cara de incredulidad.

—Iris, soy tu padre. Lo que dice tu tía es cierto. Camil no puede escucharnos porque él no tiene la guía. Pero nosotros lo escuchamos y lo vemos a él a través de ti. Piensa lo que quieras decirnos y así nos comunicaremos.

—¿Apolo, acaso es cierto todo esto? ¿Ya me estoy asustando? —dijo Iris a través de su pensamiento.

—Es una guía, hija. Tu tía y yo también tenemos una. Tu madre tuvo una y nos comunicábamos los tres todo el tiempo. No sabíamos que tú tenías una también. Dafne debió hacerlo para comunicarse contigo si en algún momento las separaban —le transmitió Apolo mientras los tres estábamos conectados y Sebastián y Camil quedaban viéndonos a los que poseíamos las guías—. Perdóname, hija, por no ser el padre que quieres. No pretendo imponerte mi presencia. Solo deseo que sepas que puedes contar conmigo cuando lo necesites. Sebastián, tu tía y yo tememos por ustedes en la capital.

No duden en pedir nuestra ayuda...

—Basta, Apolo. Sé que quieres convencerme de regresar. Soy yo la que tengo que pedirte perdón. Estamos metidos en un lío. John está muerto. Dicen que fue un accidente pero no sé si creerles. Nos hemos colado en su casa porque mi antigua guía aún funcionaba, pero no sé hasta cuando pasemos desapercibidos. Camil está de indocumentado, hemos logrado esquivar los controles no sé ni cómo. Acudí a uno de los primos de mi padre, que además era su abogado, para recuperar mi lugar en la sociedad como hija de John y me desconoció delante de los otros. Luego a solas me susurró que me regresara por donde había venido. Los bienes de John serán heredados por su familia y yo ya no figuro dentro de ellos. Perdóname, Apolo. Ni te preocupes por pedirme que regrese. Camil y yo estamos decididos a hacerlo. Nos estamos preparando para emprender el viaje de regreso en unos días. Solo estoy despidiéndome de mi vida. Camil desea regresar también y arreglar las cosas con su primo —nos dijo Iris en voz alta para que Camil también nos escuchara. Imaginé que el duro golpe, les hizo comprender el significado de la familia en el único ser directo que les quedaba a cada uno.

—Les ayudaremos a regresar. No hagan nada sin contar con nosotros, tenemos aliados que se lo harán más fácil. Por nada del mundo le digas a nadie sobre la guía mental. Ahora, hija, dinos cómo está el bebé que tu tía se muere por saber. Déjanos ver al niño —transmitió Apolo y mi corazón se aceleró.

—¿Qué niño? —transmitió Iris.

—Mi hijo —dije.

—¿De qué hablan? ¿Por qué yo tendría que saberlo? —dijo Iris.

—¿Acaso no te lo llevaste? —murmuré.

—¿Yo? ¿Por qué lo haría? No me asusten. ¿Dónde está mi primo? —dijo llena de temor.

CAPÍTULO 23



—Comunícate de urgencia con Jonathan. Pregúntale por Earta —me gritó Sebastián desesperado.

Habíamos sacado conclusiones apresuradas, que Iris se lo había llevado a la capital por sus comentarios en contra de mantener al bebé en Tierras Inhóspitas y por su enojo al manifestar que lo privábamos del desarrollo y confort de la Sociedad Autocontrolada. Lo creímos porque habían desaparecido la misma madrugada. Todo fue una coincidencia o alguien se aprovechó de la situación, alguien que tenía intenciones ocultas. Las sospechas hacia Earta fueron inevitables. Jonathan corrió a buscarla y descubrió que Earta había desaparecido también. Era forzoso asociarla con la desaparición del niño. Jonathan nos aseguró que no la encontró ni a ella ni a cinco de sus seguidores. No faltaba ningún vehículo y esa gente no tenía lo que se necesitaba para viajar a pie hasta la capital. Menos con un bebé tan pequeño, el que era tan valioso para ellos y al que no expondrían.

Mi pecho ardiendo, tras mi hijo arrebatado, mi dolor y el de Sebastián, a la vez que nos unía nos llenaba de odio contra nuestros enemigos. Mi cólera estalló y la de Sebastián también. El autocontrolado más autocontrolado ya no fingió serlo. Me olvidé de todos mis designios de paz y ya no quería transitar un recorrido pacífico para establecer el equilibrio en el

planeta. Él y yo éramos un volcán a punto de erosionar. Ahora queríamos arremeter y devastar a la Sociedad Autocontrolada.

—Iré a buscarlo —dijo Sebastián y la verdad no me sorprendió oírlo.

—No creo que sea una idea acertada —mencionó Apolo. Nuestros gritos fueron despertando al resto del equipo. Paúl se colocó del lado de mi hermano y empezaron a interceder por lo que creían sensato.

—Estoy de acuerdo con Sebastián —dije sin pensar.

—Recapaciten. Sebastián, no creas que tendrás garantías porque son tu familia. No estarás a salvo —dijo Apolo.

—Tengo que intentarlo —admitió Sebastián con la mirada perdida, como hacía cuando en su cabeza estaba fraguando el plan que seguiría.

—No es una decisión que debes tomar tú solo. Los generales tienen que saber. Entre todos tenemos que buscar una solución para salvar al pequeño —le dijo Apolo y luego se volvió a mí—: Nuestro padre, Paz, tiene que saber de inmediato. Debemos reunirnos y tomar una decisión conjunta. Hay muchas incógnitas sobre este asunto. ¿Desde cuándo desapareció la doctora Earta? ¿Para qué se llevó al niño? Estábamos tan seguros que Iris se lo había llevado que nos olvidamos de nuestros enemigos.

—Para mí está todo muy claro. Earta siempre estuvo interesada en nuestro hijo. Le es valioso por muchas razones. La primera es su sed desmedida por la ciencia y la segunda es tener en las manos a Karena King y con su nieto, cree tenerla. Ella solo quiere recuperar su posición. Aunque hemos sido cuidadosos, tiene información valiosa para los King, para empezar nuestra ubicación. Tenemos que ir cuanto antes, Sebastián. Podemos llevar un destacamento y no solo rescatar a nuestro hijo, sino también traer a Camil y a Iris —dije.

—Tú te quedas con los tuyos —me dijo Sebastián demasiado seguro de lo que ya había tejido en su cabeza—. Es un asunto particular, iré solo.

—Aún no me das crédito. ¿Acaso no te demostré en el rescate de Apolo de lo que soy capaz? —le discutí a Sebastián.

—No dudo de tu valía, mi amor, pero no quiero perderte. Me arriesgaré porque aunque no estoy seguro, confío en que mi familia al menos no me quite la vida —admitió sin titubear Sebastián.

—¿Cómo lo pensaste la otra vez? —le recordé que una vez siguiendo su instinto nos hizo pedirle clemencia a los King y terminamos en las fauces del lobo.

—Tengo que confiar, cualquier otra estrategia tardaría mucho más y no puedo arriesgar a nuestro hijo. Sé que no será fácil regresar por mis propios medios. Ellos no me la pondrán fácil pero, al menos, me dejarán vivir e intercederé por nuestro hijo para mantenerlo lejos de las ideas de Earta. — Nos descubrió Sebastián parte de su plan.

—Arriesgarás la seguridad de la misión, tú estás al tanto de todo. Ademar King II no te dejará tranquilo hasta que te saque toda la información —le advirtió Apolo—. Ten calma, espera a que los generales estén al corriente. Si te fías tanto de tu familia, considera que no le tocarán un pelo a tu hijo.

—Me sería valiosa una guía mental para mantenerme en contacto con ustedes pero ya no hay tiempo para eso y aunque lo hubiera, no dudo que lo descubran. No sé hasta qué punto pueda mantener a mi araña oculta conmigo, pero tendré que tirar de ella, es lo mejor que tengo. Si tardo en comunicarme, no se desesperen —dijo y se encaminó a prepararse para partir.

Apolo intentó retenerlo, sus palabras siguieron rondando un sin fin de explicaciones que parecían convincentes pero Sebastián no las oía, incluso yo dejé de oírlas. Solo podía ver sus labios en movimiento. Mi corazón estaba poseído por la cólera. Alguien había mancillado lo más sagrado que yo tenía. Lo vi en sus ojos, Sebastián estaba a punto de detonar al igual que yo. Tal

vez, los autocontrolados tenían razón en encerrarlo nada más pusiera un pie en la capital. Sebastián tenía una mirada que engañaba a los que no lo conocían demasiado bien, parecía sereno y respiraba sin dificultad pero en el fondo quería arrasar con la Sociedad Autocontrolada. Fui a ayudarlo a prepararse para el viaje. Apolo nos siguió detrás mientras sus palabras seguían siendo ignoradas por nosotros.

Cuando Sebastián estuvo preparado para partir, con el equipo listo y un vehículo preparado para llegar con prontitud, me le acerqué y le susurré, no demasiado bajo, quería que Apolo lo oyera:

—Me encargaré de que tengas tu guía mental, te estará esperando en la capital, pero no estará en tu cuerpo. Eso sería demasiado arriesgado.

Mi aliada lo ayudaría, me cercioraría de ello. No le develé a Sebastián la identidad de Sara, para que no la descubriesen si las cosas no salían como lo teníamos planeado. Miré a Sebastián con detenimiento para llenarme de él por el tiempo que estaríamos separados. Acaricié sus brazos, me cercioré que sus armas y su araña estuvieran en el sitio correcto. Le recorrí la mejilla con los dedos y él se prendió a mi cuerpo de súbito. Me rodeó con sus brazos, como hacía rato no lo hacía y me aferré a su torso. Recosté la cabeza sobre su pecho e intenté dominar la emoción que se elevó desde el estómago y se atoró en mi garganta. Apenas se me humedecieron los ojos y Sebastián me susurró al oído cuánto me amaba y todo lo que haría para cuidar de nuestro pequeño, así que respiré profundo y me llené de valor para enfrentar todo lo que se avecinaba.

CAPÍTULO 24



Sebastián se marchó y el vacío que me tragaba fue aún mayor. Regresé al almacén de medicamentos y seguí su consejo, tomé algo para dejar de lactar. Necesitaba enfocarme. La leche fluyendo de mis senos me alargaba la emoción por la falta de mi criatura en los brazos. Ya no había marcha atrás y lo más importante en este momento era recuperarlo.

Apolo me sorprendió por la espalda cuando me tomaba la píldora.

—Sigo creyendo que es un error que Sebastián haya partido tan aprisa, sin un plan —dijo.

—Él siempre tiene uno —le aseguré.

—Somos un ejército. Tenemos que pensar como una unidad, no es posible que cada quien tome decisiones sin consultar al resto. Eso nos divide. Mi hija también está allá y no la quiero menos por quedarme de este lado de la frontera.

—Tu hija aún tiene una oportunidad de escapar, no está en las manos de una científica demente, es adolescente y puede defenderse, además la acompaña Camil. Mi hijo está totalmente expuesto, es un bebé. Tú no podrías ir por Iris, correrías más peligro que Sebastián si decidieras irte ahora mismo a la capital. Sebastián tiene la esperanza de que lo dejen vivir, es su familia. Tiene diez robots arácnidos a su disposición y su guía indetectable. Tal vez

no pueda salir nunca de la capital pero él confía en hacer lo necesario para alejar a Earta de nuestro hijo.

—Le avisé a nuestro padre, viajará hasta aquí con el destacamento que lo acompañó en cuanto pueda. De ahí seguiremos a nuestro asentamiento. Sebastián dejó varios ingenieros trabajando en la construcción del ejército de arañas y de las guías. Habrá que apurarlos.

—Viajemos de una vez, necesitamos la información de las pantallas para poder ayudar a Sebastián. Papá podrá encontrarnos allá. Dejamos sola a mamá a cargo de diez cámaras que se mueven por toda la ciudad detrás de sus objetivos.

—Mamá ya debe tener ayuda. Sebastián lo dispuso antes de irse.

—Tenemos que avisarle de inmediato a nuestra madre lo que está ocurriendo, si ve en una de las transmisiones a Sebastián o Abel se quedará en *shock* —dije.

Alertamos a mi madre y nos lanzamos a la carretera. Llegué directo al salón de vigilancia, mi madre nos esperaba ahí, Jonathan también. Jonathan intentó disculparse por haber perdido de vista a Earta y no acepté que cargara con una responsabilidad que no era suya. Ya tenía la inyección para Iris, que cumpliría con la función de mejorar su guía mental y con la de restarle intoxicación.

—Apolo, necesitamos unos soldados que vigilen de manera constante el laboratorio de Jonathan. No sabemos si Earta dejó a alguien para transmitirles información. Sebastián no sabe en qué fallamos ya que en una misma noche nos robaron al niño, se escaparon los chicos y fugaron Earta y sus colegas. Hubo demasiado movimiento en esa fracción de tiempo y no pudimos detener nada. Estamos en total vulnerabilidad. Jonathan, delega funciones en la clínica a los médicos que creas más confiables, por si en

algún momento tienes que ausentarte, para que todo continúe.

—¿Estás pensando que viajaremos de un momento a otro? —me preguntó Jonathan.

—Podría ser, esperamos las órdenes del general Verena y lo que suceda con Sebastián —dije.

—Me alegra escucharlo —me dijo mi hermano—. Creí que desde hoy estabas a cargo del asentamiento.

Ni siquiera reparé en su sarcasmo. No siempre íbamos a estar de acuerdo.

—Max —le dije a mi antiguo entrenador a través de mi libélula—. Te necesito aquí con urgencia.

—¿Qué le asignarás a Max? —dijo mi hermano.

—Ya lo verás —le dije.

Mientras llegaba me sincronice por la guía mental con Sara, Apolo se lo olió porque no le quitaba la vista a la pantalla donde Sara se proyectaba. Me pidió acceso junto conmigo y acepté:

—Sara —se me adelantó Apolo. Ella estaba en medio de un almuerzo con la familia de su esposo—. No te despegues de Ademar King II ni un segundo. Te diré algo fuerte, por favor, pon tu mejor cara para que no trasluzcas ninguna emoción. Sebastián llegará de un momento a otro.

Me sorprendió la familiaridad con que se trataron. «¿Cuánto tiempo llevan hablando estos dos? Menos de un par de meses», me dije pero no les di acceso a ese pensamiento.

—Sebastián no sabe que eres nuestra aliada —le dije—. Es mejor así para él y para ti, pero sí sabe de tu madre.

—Mi madre —transmitió Sara y suspiró.

Ademar King II reparó en Sara ante el sonido que hizo y ella trató de recomponerse. Apolo que no podía disimular delante de nosotros la pasión

frugal que se estaba posesionando de su corazón se acercó más a la pantalla, como si de esa forma pudiera ayudarla a ser más fuerte.

—Tranquila, Sebastián no dirá una palabra —intenté calmar a Sara para que los presentes en el comedor no notaran su turbación.

—Tal vez no tenga que decirlo —transmitió nerviosa—. Si él viene le sacarán la información que incluso no tiene. Les he escuchado, están muy decepcionados de Sebastián, han dicho cosas de él que no se dicen de un familiar tan cercano.

—Sara, Earta Hébert se llevó a nuestro hijo, por eso Sebastián volvió a la capital. No le quedó otro remedio. Esto va más allá de la misión pero te necesito —le transmití.

—No puedo creer que Earta se haya atrevido. Ayudaré a Sebastián a encontrar a tu bebé, Paz —me aseguró.

—Sara —dijo Apolo—. Él ya está llegando.

Sebastián nos transmitió la señal indicada a través de su guía. Apolo mandó una de las arañas del comedor a cubrir la entrada de Sebastián. Mi corazón dio un sobresalto. Sebastián siempre me sorprendía. No sé cómo le hizo para llegar en su auto justo hasta los bajos de la residencia King, dejando atrás las garitas de seguridad de la capital y los controles del área protegida. Estaba de pie junto a su vehículo, con una de sus botas altas amarradas hasta la mitad, con su antiguo uniforme negro, el que usaba para defender la seguridad del tirano. Comenzó a desarmarse con tranquilidad y se me erizó la piel. Primero se sacó el fusil de largo alcance que traía a su espalda, continuó con el arma de su cintura, la de la espalda, la del pecho y un cuchillo en uno de sus tobillos. Sebastián agudizó la mirada ante los guardias que lo recibieron desorientados y emitían el comunicado a la espera de órdenes, sin siquiera atreverse a apuntarle. Los hombres y mujeres de mi sala, parte fundamental del equipo de Sebastián, los que le acompañaron en distintas

misiones y le habían seguido a Tierras Inhóspitas, también hicieron un alto y dejaron sus pantallas sin supervisión. Quise decirles que no descuidaran sus blancos pero yo misma no podía quitar los ojos de la imagen que tenía delante. Apolo se me acercó más y me aferré a su brazo.

Los guardias que recibieron a Sebastián siguieron sin definir un procedimiento. Ellos sabían que Sebastián encabezaba junto con el general Verena al movimiento que había desertado de la Sociedad Autocontrolada, pero también conocían de los anteriores privilegios de los que gozaba el mayor Casals. Vimos a uno de ellos hablar por su guía y comunicarse con la autoridad correspondiente. De inmediato le apuntaron a Sebastián a la cabeza, él no hizo nada por defenderse, ya había entregado cada una sus armas. Lo esposaron con los brazos atrás de la espalda y le hicieron caminar. Mi corazón latía con tanta prisa que temía que su estruendo abrumara la habitación.

—Todos a sus puestos. No pierdan ni un detalle —pidió mi hermano a nuestro equipo y cada uno reaccionó con rapidez.

Las pantallas estaban encendidas proyectando a sus objetivos, se estaba grabando toda la información obtenida y teníamos oyentes designados para cada una, que iban indicando si algo relevante acontecía y le subíamos el volumen a la más destacada. Desde el minuto que Sebastián apareció en escena se delegó el sonido de las demás pantallas a los audífonos de la persona a cargo. Uno de los oyentes señaló el comedor para indicar que allí lo llevaban. De seguro escuchó algo que arrojó la evidencia.

Cuando Sebastián atravesó la puerta del comedor mi respiración se detuvo unos segundos, tuve que tomar conciencia para no ahogarme. Me impactó el rostro de Karena, perplejo ante el inesperado visitante. Karena ya lo sabía porque hacía rato que había dejado los cubiertos descansando sobre su plato. La mujer no se movió, continuó mirando al frente lo que sucedía.

Ademar King II y su madre, ni siquiera intercambiaron miradas. Tal vez tenían un nuevo sistema para comunicarse o hacía ya tiempo que habían planeado lo que harían con Sebastián si un día lo volvían a tener con ellos. La expresión de Karena me dolió en mi propia maternidad. Un hijo es lo más sagrado, yo lo sabía, nadie me podría decir lo contrario. El mío había sido arrancado de mi lado y me estaba muriendo, y si continuaba viva era para rescatarlo y trazarle un mejor futuro. Unas lágrimas se deslizaron por mis mejillas al recordar a Abel y al observar el amor que Sebastián le profesaba al ofrecerse de carnada con tal de recuperarlo. Karena estaba pálida, por primera vez se tragó sus palabras, las más desgarradoras supuse, las que no se atrevía a decir. Ademar King II le dejó el protagonismo a su madre, en estos asuntos le permitía pronunciarse primero. Sara no nos transmitía ningún pensamiento. La tensión del ambiente fue en crescendo hasta casi explotar. Karena se puso de pie, caminó en dirección a Sebastián y él le suplicó al tenerla cerca:

—¿Madre, dónde está mi hijo? ¿Qué ha hecho Earta con él? —Las lágrimas del amor de mi vida caían sin cesar pero su voz se mantenía fuerte.

Karena le pasó por el lado a Sebastián sin detenerse siquiera a mirarlo, siguió de largo, atravesó la puerta y abandonó el comedor.

Ademar King II tampoco le dirigió la palabra a Sebastián. Les ordenó a los guardias que lo trajeron:

—Ya saben lo que procede.

Karena avanzó y no se detuvo hasta llegar a su habitación, la atravesó cuan larga era y fue directo hasta una ventana, la que abrió con urgencia, en busca del aire frío que soplaba en el exterior. Tomó una larga bocanada de aire, respiró agitada y medio desorientada dio unos pasos hacia atrás en busca de una silla, donde se cayó de golpe mientras se entregó a un agudo sollozo que le salió de lo más recóndito de su alma. Me quedé aún más impresionada

que ella misma. «¿Qué significa esto? Ni Ademar, ni su madre le dijeron una sola palabra a Sebastián. A esa mujer le duele pero prefiere tragarse su orgullo que mirar a su hijo a los ojos», pensé.

Apolo me tocó el brazo y levanté la vista hacia una imagen frente a mí. Uno de los arácnidos transmitió a Sebastián mientras era conducido por los guardias. Llegaron ante una puerta de metal que veía por primera vez. Ésta se abrió y me di cuenta que era un ascensor, con espacio para unas cinco personas. Pasaron dos guardias, luego Sebastián y después el tercer soldado. La araña se detuvo antes de colarse en el elevador. Apolo tecleó algo para ordenarle seguir al prisionero de cerca. La araña intentó moverse pero no continuó para subir con ellos, emitió una señal de peligro. Su avance fue frenado por la seguridad del lugar. El robot araña estaba diseñado para prever cuando cabía la posibilidad de ser detectado y no seguir avanzando. Si descubrían una araña todas las demás podrían caer también.

—Sebastián puede seguir transmitiendo desde su guía tarántula. Solo indícale que necesitamos que lo haga. Creo que no se ha podido percatar que el robot araña se detuvo.

—No creo que pueda percatarse sin levantar sospechas. Ahora mismo le envió la instrucción.

Antes de entrar al ascensor, el oficial que estaba a cargo le inyectó a Sebastián un sedante que le hizo caer como peso muerto. Imaginé que no querían arriesgarse en un espacio cerrado con Sebastián ni aunque estuviera desarmado, lo conocían a la perfección.

—¡No puede ser! —dijo Apolo.

—¿Llegaste a comunicarte con Sebastián?

—No. En momentos como estos sería útil la guía mental. Su tarántula estaba lejos de su oído. No vi cómo comunicarme sin que fuera evidente para los otros, los hombres están muy cerca de él.

—Eso no es problema. Ordénale a su tarántula el siguiente paso, sincronízala con la tuya.

—No me responde. Es como si no hubiera comunicación en ese área —dijo luego de intentarlo en varias ocasiones.

—Me recuerda a los refugios donde estuve una vez. Era un campo sin comunicación. Al menos Sebastián tiene su guía en el estado invisible, cuando despierte nos transmitirá de seguro.

—Mandaré a las arañas a buscar en los otros pisos, para cuando salgan del elevador seguirles la pista.

Las arañas de Sara, Karena y Ademar dejaron a sus objetivos y se fueron a las siguientes plantas, pero no encontraron a dónde conducía el ascensor. Ni en pisos inferiores ni superiores. A Apolo y a mí se nos acababan los recursos.

—Envía una al cuarto de seguridad, que busque en las proyecciones del sistema de vigilancia de los King —me dijo mi hermano.

—Eso haré. Les indicaré al resto de los arácnidos que busquen algún indicio en los demás sitios. Algo tiene que aparecer. No es un elevador fantasma.

CAPÍTULO 25



No sé si fue un descuido o estaba distraída, pero como no estaba en la sala de las pantallas, obvié colocar la barrera que siempre ponía para cuidar nuestra ubicación cuando hablaba con Sara. Le preguntábamos sobre Sebastián, le habíamos perdido la pista y era urgente encontrarlo. Sara negó tener idea de adónde lo llevaron. Tampoco supo darnos explicación sobre el ascensor. Solo aportó que era reciente, que lo habían instalado después de la revuelta, término que utilizaban los autocontrolados para referirse al día que el general Verena desertó con parte del ejército. Apolo le estaba diciendo algo a Sara, como acto reflejo miré en dirección de mi hermano mientras lo escuchaba. Sara lo interrumpió para decir lo siguiente:

—¿Apolo? Es tan distinto hablar contigo y poder ver tu rostro. Me hice tantas representaciones mentales de cómo serías.

—Aquí me tienes —dijo mi hermano con una sencillez que desarmaba y que iba más allá del coqueteo usual. Ni siquiera se molestó conmigo por mi descuido al no proteger la imagen de nuestro sitio, ya no hice nada por bloquearle a Sara la imagen del rostro de Apolo.

—Así que tú eres el hermano de Paz y el hijo del general Verena. Ha sido muy grato conocerte —le dijo Sara.

—Yo digo lo mismo, hija de Marcus Roger, pero no me gusta los

formalismos. Soy Apolo, el tipo que ha estado molestándote hace casi dos meses a través de esta cosa que tenemos en la cabeza —le soltó mi hermano.

Ella emitió unas carcajadas. Yo no recordaba haberla escuchado reír con anterioridad, desde que habíamos restablecido nuestra comunicación a través de la guía. Ya no hice nada por desconectar la imagen del rostro de mi hermano. Sara ya lo había visto y él parecía muy complacido, no le preocupaba para nada proteger su identidad. Él se veía contento y no quise arruinarle el momento en que parecía que flotaba por las risas que nos llegaban del otro lado, hasta que Ademar King II apareció en la escena. Sara enfocó por completo a su esposo y carraspeó para darnos a entender que era el fin de la conversación. Sara se desconectó y Apolo se dispuso a correr hasta las pantallas. Lo retuve por el hombro y le dije:

—¿A qué juegas?

—¿Qué te preocupa? —me dijo.

—Ella no es la indicada o tal vez sí, me agrada Sara pero es la esposa de Ademar King II. ¿A dónde vas con tanta prisa? —dije y puse más esfuerzo para detenerlo—. Terminarás viendo algo que te desagrade y saldrás lastimado.

—Eso significará que estoy vivo. Ella no me debe nada, apenas la conozco pero me gusta. No tengo derecho siquiera a sentir celos y no los experimento. Pensé que nunca sentiría algo parecido a lo que tuve por Dafne. Ella ha despertado algo en mí que llevaba mucho tiempo dormido. Me ha hecho renacer.

Entramos y nos instalamos frente a la pantalla que proyectaba al joven matrimonio King en su dormitorio. Vimos a Sara sondear a Ademar hasta atreverse a preguntarle:

—¿Dónde tienen al hijo de tu hermano? —le dijo Sara a su esposo.

—No creo que sea de tu incumbencia —le respondió King.

—Sebastián es tu hermano, el niño es tu sobrino, es el primo de nuestro hijo. Podrían ser los compañeros perfectos de juego, así como lo han sido William y tú.

—No me salgas con esas idioteces, por favor. Ya una vez mi madre lo intentó con Sebastián y nos salió demasiado caro.

—Es solo un bebé.

—Sebastián lo era cuando llegó a nuestras tierras y mira todos los problemas que ha causado. No te inmiscuyas en nuestros asuntos. Mejor acércate y calienta mi cama, estoy deseándote.

Pude ver que Sara quedó pálida ante la invitación de su marido. Se acercó hacia él con timidez, como una autómatas. Ademar cambió su expresión, su ira y su maldad se le esfumaron del rostro y apareció una sonrisa decente. Le susurró unas cuantas palabras dulces y ardientes a su mujer, lo desconocí por completo. Me di cuenta que aunque parecía enfocado todo el día, sí que sabía relajarse. Se abrió la camisa, bebió de su copa de licor y luego derramó el vino sobre sus pectorales. Sara se puso más pálida aún y comenzó a tartamudear.

—¿Qué carajo te pasa si nunca eres tan fría? ¿No deseas a tu hombre hoy? —le dijo Ademar con una sonrisa sin una gota de reclamo, más bien parecía un juego preliminar.

—¿Qué estupideces dices? —dijo Sara y se lanzó a sus brazos. Me tragué el suspiro, estaba al gritarle a Sara a través de la guía que reaccionara.

Más de uno en la sala se distrajo de su pantalla para enfocarse en la de Sara. Ella bebió el vino que se escurría por la piel de King. Apolo estaba serio, cada vez más asombrado ante la mujer que tenía delante. Apagué la pantalla de una vez ante los reclamos tanto de hombres como de mujeres en la sala.

—¿Qué les pasa? Cada quien a lo suyo —les pedí.

—¿Por qué nos quitas la diversión? ¡Qué amargada! —bromeó uno, el más joven del equipo.

—Es una distracción innecesaria, regresa a lo tuyo —le dije.

Yo sabía por qué lo hice, para no exponer a Sara delante de los demás y menos ante mi hermano. La dejé tener un poco de privacidad. Apolo se enfureció e intentó encender la pantalla y me negué. Lo agarré de la solapa y salimos afuera, donde nadie pudiera escucharnos:

—Nuestros colegas no saben que ella es la aliada. La cara de espanto que puso Sara, al pensar que la verías acostándose con su esposo es suficiente para que alguien sospeche. ¿No crees? Ya habíamos hablado de esto. Una cosa es la guía mental que la puedes apagar cuando quieres y otra muy diferente es la araña que le asignamos. Es una invasión total a su privacidad, déjala descansar unos minutos —le dije a Apolo.

—Pero estaban hablando de tu hijo, tal vez Sara pueda sacarle información —me dijo.

—De ser así ella nos lo informaría.

—Odio en lo que te has convertido. Ahora quieres tener el control de la misión. No recuerdo haber estado bajo tu mando —me dijo.

—Y yo recuerdo perfectamente que hace unos minutos afirmaste que no sentías celos y que podías controlarte. ¡Cálmate! Ella no te conviene y no porque no sea fantástica. Involucrarte con tu compañera de misión no es lo más sensato. La expones a este tipo de emociones que no le convienen.

Sara, mi nueva amiga, ahora que estábamos siendo sinceras la una con la otra, me había revelado que aunque despreciaba a Ademar King II, aún le atraía como hombre y demasiado. No sé qué se traía ella con mi hermano, si también le simpatizaba. No me correspondía juzgar los sentimientos de dos adultos. Sara merecía las atenciones brindadas por alguien como Apolo pero

yo temía por ambos, sobre todo por él.

CAPÍTULO 26



Dejé a mi hermano a solas con sus cavilaciones y me fui tras la pantalla que me interesaba, la araña que tenía la misión de encontrar en dónde habían encerrado a Sebastián. Las arañas, según sus asignaciones, habían peinado la residencia King y el Instituto de Planificación Familiar y no habían encontrado el más leve rastro de mi hijo, de Earta Hébert o de alguno de los doctores que huyeron con ella. Deseé que la araña que buscaba a Sebastián tuviera mejor suerte y diera con él de una vez.

Recordé la última vez que me tuvieron prisionera dentro del Departamento de Defensa. Quise creer que había una gran posibilidad de que Sebastián estuviera ahí. Me dispuse a seguir con la vista la trayectoria de la araña más próxima, la designada al departamento y me cansé de esperar. Todos en la sala observábamos las transmisiones. Casi a la vez, varios de los objetivos se pusieron en movimiento. Karena ya estaba en su auto, lo mismo que Ademar King II, el arácnido destinado para él lo persiguió desde la puerta de la habitación de Sara. Apolo al ver a Ademar partir, se dirigió a la pantalla donde recibíamos a Sara y la encendió, tras lanzarme una mirada donde me reprochaba, según él por la información que perdimos, más que por sus sentimientos hacia la esposa de King.

El director del CDIA, en otra proyección, volvió a introducirse en

aquel recinto, al cual nuestro robot arácnido no se atrevió a pasar, porque se percibió vulnerable a las medidas de protección del lugar.

—¿Qué tendrá ese sitio que la araña asignada al CDIA no accede? Es lo mismo que en el ascensor de la residencia King —dijo Apolo.

—Un sistema de seguridad infranqueable por ahora para nosotros. Indica al arácnido que investigue y reporte la causa —pedí.

La orden fue dada. La araña de King y la de Karena treparon a sus respectivos vehículos y se fueron con ellos a su destino, el que pronto nos sería revelado.

—¿Irán a reunirse con Sebastián? —pregunté—. ¿O se dirigen al sitio donde tienen a mi hijo? Hemos peinado el instituto y la residencia King. ¿Dónde más pueden estar?

—A Sebastián no lo han sacado de la residencia King, las arañas lo hubiesen detectado.

—¿Y por qué no hemos dado con él? Necesitamos unas libélulas, unas tres o cinco —dije—. Las libélulas tienen más alcance de desplazamiento y pueden ser más rápidas.

—Recuerda lo que dijo Sara, renovaron la seguridad de la mansión después que nuestro padre salió de la capital con parte del ejército. Tal vez hicieron lo mismo con otros sitios de la ciudad.

Sara permanecía tendida en su cama, con la cabeza sobre la almohada y la mirada clavada en el cielo raso. Apolo se comunicó con ella mediante la guía y me dio acceso:

—Sara tu esposo y tu suegra salieron al unísono en diferentes autos, ¿sabes a dónde se dirigen?

—¿Apolo? —dijo incorporándose de pronto, cómo quien es sorprendido por alguien que no esperaba—. No. Ademar me dijo que saldría

pero no quiso darme explicaciones. En cuanto a Karena desconozco el motivo de su ausencia.

—Es buen momento para que indagues acerca del paradero de Sebastián, tiene que estar en la residencia, no hemos visto ningún movimiento raro que evidencie lo contrario —le dijo Apolo.

—Lo haré ahora, antes que regresen. Paz, no creo que Ademar sepa nada con respecto a tu hijo —dijo Sara—. Estuvimos hablando y até varios cabos. Si Earta lo sustrajo me cuesta creer que sea por algún tipo de pacto con mi esposo, él la considera una traidora mucho antes de que desertara con ustedes, no la perdona desde el desfalco y las malversaciones de Hébert. Ademar piensa que ella sabía de todas las mañas de su esposo y que miente solo para protegerse.

—De acuerdo, estaremos pendientes —le dije.

—Sara, tú busca a Sebastián. Averigua a dónde conduce la puerta por donde entró la última vez que lo vimos. Parecía un ascensor pero ya no estoy seguro porque no conduce a ninguna parte. Paz se quedará en transmisión contigo. Si me necesitas solo háblame. Estaré siguiéndole el rastro a los King —le dijo mi hermano a Sara y nos dejó a solas.

—Comencemos a buscar a Sebastián —le requerí.

—Espera. Antes quiero decirte algo. Sé que yo pedí aliarme con ustedes y que me dejaron muy claro los pros y los contras. Entiendo la importancia de las transmisiones constantes y te digo la verdad, llega un momento que se me olvida que vivo en un *reality show*, no solo por ustedes sino también por la seguridad de la residencia, pero hay espacios donde requiero total libertad: mi habitación, los momentos que comparto con mi hijo y cuando necesite estar realmente sola.

—Sara, sé por qué lo dices. Tu privacidad está a salvo con nosotros. Yo misma apagué la transmisión cuando vi que era necesario.

—Me tranquilizas.

—Ni Apolo, ni nadie vio nada que no le incumbía ver —le dije.

—Vamos, estoy lista.

Sara abandonó su cama y tras cambiarse de ropa se dirigió hacia la puerta de la que hablamos. La observó, estaba herméticamente cerrada. Intentó entrar y comprobó que su guía convencional no tenía acceso a la misma. De eso concluimos que solo personal autorizado podría tener acceso. Inspeccionó pisos abajo y arriba, para ver lo que había justo en la misma área y comprobó que en línea vertical con la puerta del ascensor, lo que había era una pared sólida que descartaba la teoría inicial del elevador. Intercambiamos opiniones y le aseguré a Sara que cuando la vi abierta era lo más parecido a un ascensor.

—Es que es imposible. Hacia arriba y hacia abajo si trazo una línea recta desde la puerta solo hay pared, lisa y sin evidencias de alteraciones.

—¿Pero a qué pertenecen las áreas correspondientes? —le pregunté.

—Si descendiendo un piso está la biblioteca, así que lo que hay bajo el sitio del supuesto ascensor es un trozo de la misma. Arriba hay una habitación para invitados y hacia arriba un gimnasio.

—Lo recuerdo. Ahí entrenaba con Max —dije.

—Luego está la azotea.

—¿Has visto algo diferente en el gimnasio?

—No, desde que estuvo en remodelación dejé de acudir, mi entrenador me asignó otra área de la residencia, acondicionada solo para mí.

—Lo más seguro es que ya no sea un gimnasio y utilizaron el área para disfrazar algo. Ahí han de tener a Sebastián. ¿Puedes averiguar? Pero ve con cuidado.

Sara subió los pisos necesarios y se sorprendió cuando la puerta del gimnasio se abrió con completa efectividad ante la presencia de su guía. No

obstante, no se movió de la misma.

—¡Qué fiasco! —le transmití—. Sigue siendo el gimnasio.

—¿No ves algo diferente? —me dijo—. Se siente extraño.

—¿Será por la remodelación? Todo está ubicado en diferente lugar —dije, pero mi visibilidad no era tan amplia como la de ella. Me limitaba a la imagen que transmitía la araña y si cerraba los ojos, para no confundirme con tanta información visual, veía lo que me transmitía Sara.

—Siento algo raro, como si estuviera en otro sitio y no es por la ubicación de los muebles. El sitio se siente más pequeño. Justo allí, puedes ver ese armario nuevo —me dijo enfocando hacia un rincón.

—Sé por dónde vienes. Es nuevo y lo suficientemente grande para enmascarar algo.

—Iré a abrirlo. Está ubicado justo encima del elevador.

—Aguarda —le pedí—. Si llegas y lo abres lo van a captar las cámaras de seguridad y les podría parecer sospechoso.

—Nadie va a desconfiar de mí —dijo con falsa modestia—. Disculpa, lo haré de otro modo pero me tomará más tiempo. Le pediré a mi entrenador regresar al gimnasio.

—Inténtalo, pero te tardarás demasiado. También podrías desconectar unos minutos las cámaras de seguridad y revisar sin que ninguna te grabe.

—¿Me estás sugiriendo que lo haga? Eso será difícil... Puedo hacerlo. Tendría que arriesgarme tarde o temprano.

—Tuve que hacerlo en alguna ocasión y no es tarea fácil. No aquí. Por fortuna ya hemos desarrollado tecnología que nos facilitará muchas cosas. Dame unos minutos. Te aviso cuando puedas acceder y no solo para abrir el closet, también revisarás la habitación de abajo.

No le di muchas explicaciones a Sara. Envié a su araña a manipular

las cámaras que grababan los espacios que Sara requería investigar. Cuando regresé con ella aún seguía esperándome. Me tragué mis palabras. La imagen de una persona quedó congelada en la transmisión. William estaba parado frente a Sara. Les oí conversar:

—¿Así que viniste a conocer las remodelaciones? —dijo él.

—Más o menos. Me gustaba entrenar aquí antes que me asignaran un sitio solo para mí —mencionó Sara.

—¿No prefieres la exclusividad?

—Este sitio es más grande. Me gusta. Creo que hablaré con mi entrenador para regresar.

—¿Y tú has venido a ejercitarte? Te lo pregunto porque no te veo vestido para la ocasión —le dijo ella.

—No. Pasaba por aquí y me llamó la atención verte. ¿Nos vamos?

—Creo que me quedaré. Revisaré de cerca las máquinas para entrenar. Soy muy metódica y quiero estar segura antes de mi decisión.

William siguió de largo y Sara lo observó hasta que dobló en el siguiente pasillo. Ella me dijo:

—Casi me sorprende. ¿Realmente crees que sea una casualidad?

—Pudiera ser. Tal vez se dirige a donde tienen a Sebastián.

—¿Quieres que lo siga? —preguntó.

—No. Eso está cubierto. Ya nos ocupamos de las cámaras. Revisa el armario lo más ágil que puedas y luego baja a inspeccionar la habitación de huéspedes.

—Temo que William regrese y me vea justo abriendo el armario.

—Si eso ocurriera te avisaría antes que él pisara la puerta. Anda —la insté.

La vi caminar hacia el closet mientras pensaba en William y las coincidencias. Me giré hacia Paúl que era quien vigilaba las transmisiones de

William y le dije previo a desconectarme de Sara:

—No quiero más sorpresas, Paúl. Pon el plano del edificio a tu alcance. *Hey* todos, por favor, estén al tanto cuando un objetivo se acerca a otro y avisen con suficiente tiempo.

Volví a mi transmisión con Sara para quedarme tan boquiabierta como ella al comprobar que tras las puertas del closet solo había pared.

—Es una fachada —dijo Sara—. Este armario falso ocupa la misma superficie que el elevador. Creo que sigue por dentro de los muros y no tiene puerta de acceso en este nivel.

—Podría ser que lo que buscamos está en la habitación de abajo.

Sara bajó para cerciorarse lo que ya nos temíamos. La habitación también había sido reducida y no tenía una puerta falsa como el gimnasio, pero se veía perfectamente la prominencia en la pared de dos muros perpendiculares correspondientes al elevador.

—Aquí está el ascensor, también sin acceso desde este piso —dijo Sara.

—Creo que solo tiene una puerta de entrada y una de salida. Habrá que revisar los pisos inferiores o el sótano.

—No hay nada en los pisos inferiores. Nada como esto que ya estuvimos viendo. Además me aseguras que no has podido rastrear el transmisor de la guía de Sebastián desde que entró por esa puerta. No es un ascensor común. Ya no hay más nada arriba... La azotea —recordó Sara y sin que yo se lo sugiriera ya estaba corriendo hacia uno de los ascensores convencionales de uso común en la propiedad.

En el techo de la residencia King, justo encima de la zona cubierta por el elevador estaba una puerta. Me aseguré que la araña de Sara manipulara las cámaras de seguridad para que mi amiga no fuera captada. Ella intentó

acceder mediante su guía y ocurrió lo mismo que con las otras, no respondió ante su guía convencional.

—Vete de ahí —le transmití—. El elevador es una vía de escape que solo pueden usar los King. Sebastián no está en la residencia. Se lo llevaron por aire. No entiendo nada. ¿Por qué aún no se ha comunicado con nosotros?

CAPÍTULO 27



Apolo y yo salimos un par de minutos de la sala de vigilancia a respirar otros aires. Nos pusimos a comentar nuestra búsqueda infructífera de Sebastián y terminamos hablando de otra cosa:

—He escuchado a algunos hombres comentar entre ellos que mi padre nunca debió haber abandonado la capital, que debió haber dado un golpe de estado —le dije—. ¿Tú opinas lo mismo? ¿Crees que perdimos terreno al alejarnos todo este tiempo?

—Solo si los intereses de nuestro padre hubiesen sido esos. Papá no quería diferir con los King. Nuestras diferencias con la familia en el poder lo orillaron a alejarse, no creo que ambicione el puesto de King —me dijo él.

—Ni yo. Más bien pienso que la vida lo está arrastrando a tomar decisiones que nunca imaginó. Si Ademar King II nos hubiese dejado en paz hubiésemos continuado por nuestra cuenta. Podríamos fundar una nueva ciudad en las Tierras Inhóspitas y olvidarnos del resto. No cometeríamos ningún delito ni contravendríamos ninguna regla si reclamáramos las tierras que no son de nadie y que no pertenecen a ninguna otra nación. Al final siempre estuvieron ahí y ningún líder las quiso. La población mundial no es suficiente todavía para repoblar todo el planeta. Es una opción más saludable que la de pelearnos con la UNA o la Sociedad Autocontrolada. Sería nuestro

sitio, para todos los que discrepamos de las dos alternativas que rigen en el mundo.

—Eso intentábamos hacer. Solo que para los que tienen el poder hoy no les resulta tan interesante. Es más competencia. ¡Tierras Inhóspitas! — analizó Apolo el nombre—. He leído el diario de Iris. Mientras más lo leo, creo que no es correcto que un padre se inmiscuya en los asuntos de su hija adolescente.

—Lo dejó para que tú lo leyeras, es lo que creo. Si no es así es una buena forma para que la puedas conocer. Ser padres no viene con un manual lleno de procedimientos para la toma de buenas decisiones —dije.

—Sabes una cosa. Estuve hablando con mamá. Dice que no entiende por qué Iris tiene una guía mental. Se le hace extraño porque había un requisito en las consideraciones éticas con respecto a la mayoría de edad.

—¿A qué viene tu comentario? —le dije.

—Es raro, ¿no te parece?

—Era Dafne.

—Eso es cierto. En fin, creo que Iris tiene razón sobre cambiar el nombre de Tierras Inhóspitas por otro que suene más hogareño, un lugar a donde se desee regresar —dijo.

—¿Ya estás pensando en quedarte aquí para siempre? ¿Qué hay de América Libre?

No pudo contestarme, Paúl vino a decirnos que las arañas transmitieron la llegada, casi a la par, de los vehículos de Ademar King II y su madre al Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial. Los King entraron sin siquiera mirarse, uno seguido del otro, con paso firme, directo al sitio donde nuestras arañas se quedaron con la puerta metafóricamente cerrada ante sus patas delanteras.

—¿Qué rayos se traerán esos dos con el director del CDIA? —dijo

Paúl.

—Espero que no tenga nada que ver con Sebastián —añadí.

—Si Sara y tú creen que se lo llevaron por aire lo más lógico es que lo hayan llevado al Departamento de Defensa. Hay algo que no entiendo. ¿Por qué una vez que salió del elevador y del área de comunicación restringida no se comunicó con nosotros? —mencionó Apolo.

—Recuerda que se lo llevaron dormido —le dijo Paúl.

—No importa. Podríamos habernos comunicado con su tarántula o al menos rastrearla —sostuvo mi hermano.

—¿Y su tarántula sí pudo entrar al elevador? Raro, ¿no? Las arañas que tenemos asignadas a nuestros objetivos no han podido acceder a ese tipo de áreas —dije.

—Son diferentes. La tarántula es una guía. Las arañas son robots que tienen similitudes de desempeño como la invisibilidad, la sensibilidad, etcétera —dijo Paúl—. No accedió, estaba sujeta al antebrazo de Sebastián cuando la introdujeron.

—Pudo soltarse y no lo hizo —dije.

—También espero que no tenga nada que ver la visita de los King al CDIA con Sebastián —dijo Paúl mientras Apolo muy serio seguía observando la puerta por la que entraron los King y el director del Centro de Desarrollo de Inteligencia Artificial.

—Creo que tendremos que consultarle a papá antes que nuestra asignación se nos vaya de las manos —dije—. Parecía simple pero sin Sebastián aquí, nuestro conocimiento militar es limitado y necesitamos a alguien más familiarizado con los procedimientos autocontrolados. Lo siento, hermano.

—No te disculpes estoy de acuerdo contigo —dijo Apolo—. No creo que no estemos capacitados para esto, el equipo que tenemos fue escogido

por Sebastián, mamá nos ayudó a darle forma a la labor encubierta de las arañas pero nos hemos quedado sin salidas. Consultemos otra opinión.

Le expusimos los hechos al general y fue muy claro.

—Necesitamos un *hacker* de los que vinieron de la capital. Otra opción muy buena sería un anillo espía para tu aliado, aunque no sé si esté dispuesto a correr el riesgo. Funcionó muy bien en una ocasión. Le podríamos hacer llegar el anillo con uno de los robots arácnidos, así podríamos acceder a otro tipo de información como las guías de los King y del director del CDIA.

—No sé cómo no se le ocurrió antes a mi madre o a mí —dije quitándome la alianza que me entregó Sebastián como símbolo de nuestro amor.

En este tipo de conversaciones, eché de menos la típica frase de mi padre «Todo estará bien, hija», tal vez él veía hacia el horizonte y percibía mucha oscuridad. Le entregué el anillo a mi hermano para que lo hiciera llegar a dónde fuere necesario.

—Puedes borrar toda la información, la tengo respaldada. Por favor, que lo haga un especialista para que no queden rastros.

Busqué en mi cuello los dos collares, el mío con la imagen distorsionada, tal cual la apreciaba Sebastián y el relicario regalo de mi madre, del que Sebastián se había adueñado, el que me dejó antes de abandonar las Tierras Inhóspitas. Los acaricié.

—También necesitaremos al *hacker*, una vez que gracias al anillo recopilamos las contraseñas e información necesaria, me será necesario para vulnerar la nueva seguridad del Departamento de Defensa —dijo el general Verena.

—¿Piensas tomarlo, papá? —le pregunté.

—Hija, concéntrate en tu misión —me contestó. Con eso supe que ni los privilegios por ser su hija me iban a permitir conocer los planes que mi padre y el resto de los generales tenían para la Sociedad Autocontrolada.

—Aquí en la sala hay varios de los que trabajaban con Sebastián cuando estaba a cargo de la seguridad de los King —dijo Apolo.

—Búscame al más hábil y pon a otra persona en su lugar. Dile que lo espero en mis oficinas.

Para cuando Ademar King II y Karena abandonaron el CDIA, nosotros seguíamos sin tener idea de por qué habían acudido a aquel sitio, pero ya teníamos un plan para descubrirlo. Mi hermano me palmeó el hombro y me sonrió.

—Papá me dio noticias del rescate de Iris —dijo Apolo—. Ya está con nuestros aliados y en marcha hacia Tierras Inhóspitas.

—Es bueno saberlo. ¿Y Camil? Me siento responsable de ese muchacho desde que Sebastián está en apuros.

—Viene con ellos. Pondré fin a la relación entre ellos en cuanto arriben.

—¿Estás hablando en serio? —le dije a Apolo—. No te entiendo. Eres el ser humano más maduro y razonable que conozco y como padre... —me tragué las palabras para no lastimarlo.

—¿Soy un fiasco? ¿Es eso?

—No soy nadie para juzgarte —le dije besándole la frente—. Tienes que bajarle un poco al drama. Inténtalo. Iris terminará haciendo lo que le dé la gana, ya lo has visto. Tiene los genes de la madre, creció los primeros años de su vida con Dafne y se le parece bastante.

—Más de lo que quisiera.

—Respira cada vez que la sangre comience a hervirte, no soy quien

para darte un consejo, no pude evitar que Earta se llevara a mi pequeño.

—Todo estará bien —me dijo y me abrazó. Le agradecí por aquellas palabras, con las que papá me tranquilizaba y ahora lo hacía él.

CAPÍTULO 28



Como mujer que soy, los hombres terminan por parecerme tiernos aunque en verdad no lo sean, como un tigre o un león que ves ronroneando —si es que lo hacen—, con ese pelaje que se presume tan suave y tan propicio para acariciar tirados una tarde cualquiera, descansando con una mirada inocente que puede volverse feroz al menor descuido. Y es que pueden ser tiernos si se lo proponen pero también letales. Reflexionaba esto al recordar a Sebastián, desvanecido mientras lo introducían al elevador y desde ese instante todo lo que concernía a él era un vacío para mí. Si no lo hubieran drogado, la ternura de sus ojos cerrados, la placidez de su rostro, y sus brazos caídos a lo largo de su cuerpo hubiesen reflejado toda la ira de un padre al que le arrebatado el mayor de sus tesoros.

Estaba acurrucada en un sillón en la antesala de la oficina de mi padre. Era como en mi niñez, cuando veía desfilar a los oficiales que se reunían con él en su despacho para asuntos de estado, mientras yo permanecía ajena, en mi universo. Algunas palabras entre ellos quedaban al viento y las podía oír, diferente a la misma escena en mi infancia, en la que no sabía nada de lo que trataban, ahora era parte de su ejército, aunque con las limitaciones propias de los rangos. Tal vez mi padre desconocía, que no perseguía su mismo objetivo, al romper con los preceptos que él me había

inculcado. Rectifiqué, que la Sociedad Autocontrolada me había inculcado, porque mi padre nunca me había presionado, ni me había lavado el cerebro con los principios morales que pululaban en nuestra antigua parte del mundo. En esas estaba cuando noté por más de una vez que los generales mencionaban «La búsqueda del arcoíris», así le había denominado Sebastián a la anterior misión de rescatar a Iris y a mi hijo, cuando creíamos que estaban juntos.

Apolo me metió de pronto en una conversación, una transmisión de guías mentales. Al principio pensé que era con Sara y luego me percaté que no.

—Por favor, continúa en línea con Iris porque no puedo seguir. Estaré conectado pero necesito que estés a cargo. Sé el enlace entre ella y los hombres del general que están dispersos por la zona. Saldré hasta la frontera con el destacamento que conformó papá. Me cansé de buscarte, con tanto alboroto olvidé que era más fácil localizarte con la guía.

—¿De qué estás hablando? —le transmití a mi hermano.

—La misión de rescate de Iris fracasó, los emboscaron. Camil está herido pero pudo escapar, a Iris la están trasportando pero no sabemos a qué sitio. Dos de los aliados de nuestro padre perecieron en el asalto. Creo que había un espía o algún dispositivo de rastreo porque los emboscaron justo antes de cruzar la frontera con Tierras Inhóspitas. Dile a Jonathan que me dé el antídoto, voy a buscarla, no tengo tiempo que perder.

Corrí hasta la clínica a buscar a Jonathan. Tomé precauciones para bloquear la información que Iris recibía de mi parte, salvo mis palabras. Me concentré en todo lo que ella pudiera aportar que fuera relevante. Iris estaba aterrada, con una capucha negra al parecer alrededor de la cabeza porque no veíamos nada.

—Tranquila, princesa. Le susurré. Tu padre no dejará que te pase

nada, ahora mismo está buscando la forma de rescatarte —le hice llegar.

—Me sofoca la capucha que me han puesto.

—No temas, es para que no veas el lugar a donde te llevan pero daremos contigo, descuida. Ahora mismo nos estamos ocupando. Dame todos los detalles que recuerdes.

—Son robots humanoides, no llevan el típico uniforme de la guardia de los King.

—Eso, querida. Dame más información —le pedí.

—Eran más de veinte. Me costó trabajo reconocerlos, casi los confundo con humanos porque traían otra vestimenta y tienen un tono de voz más fluido. Usan una guía, parecida a la convencional pero con las características de las que usan los militares. Vestían de color gris.

Mientras me acercaba a la clínica, vi a mi padre de lejos que salió con sus hombres. Seguí hasta Jonathan con el dolor en el pecho de verlos partir sin siquiera digerir la noticia. En tres palabras le pedí el antídoto a Jonathan y corrí hasta el destacamento con la caja para Iris. Se la entregué a mi hermano, tomé la precaución de bloquear a Iris para que no me escuchara, pero sin desconectarme y le dije a Apolo:

—No le harán daño. La necesitan viva, lo sabes.

—¿Estás segura? Porque yo no. No me queda claro si Earta sabe que Iris es como tu hijo, que tiene las mismas características que ella busca en Abel.

—Escucha esto si quieres tranquilizarte. El modelo de Max puede programarse según diversas funciones, una de ellas es la de entrenar, como tantas otras. Hay cinco series de robots humanoides con su rostro, estatura y demás especificaciones.

—Sabes demasiado del tema y no entiendo qué tiene que ver. ¿Cómo lo supiste?

—Me gusta escuchar a las personas y preguntarles acerca de sus intereses. Conversaba mucho con Max. Déjame terminar de hablar.

—Ese es el detalle, Max es una máquina —enfaticó Apolo.

—Lo sé. Le he hecho preguntas acerca de sus características porque son estupendos conversadores y me gustaba hablarle. Él me explicó que lo que nos ayuda a diferenciarlos son los uniformes que visten, así como el código que les asignan, algo que puede modificarse si lo adquiere un nuevo dueño. Max pertenecía a la familia King.

—Y debe estar reportado por haberse dado a la fuga.

—Yo destruí a Max en mi entrenamiento para acceder al equipo médico de Ademar padre, no sé si lo recuerdas o si te lo comenté en aquel tiempo. Sebastián lo recompuso para mí porque sabía de mi apego hacia Max y al reasignarlo le modificó el código para que los King no lo reclamaran. Ya lo habían desechado como chatarra. Le asignó un código del Departamento de Defensa, ya que en ese momento mi padre también requirió de sus servicios.

—De seguro ya lo reportaron como perdido —me dijo.

—No lo creo porque su misión está siendo un éxito. ¿Recuerdas lo que le encargué a Max? Le pedí que se infiltrara en el Departamento de Defensa y trabajara como uno de los robots del sitio. Ya está allí.

—¿Cómo se te ocurre haberlo hecho sin consultar con nadie más? Si lo descubren pueden acceder a su memoria y obtener incontables datos sobre nosotros.

—Hasta ahora no lo han descubierto.

—¿Cómo se ha comunicado contigo?

—Él no lo ha hecho. Yo le pedí que no nos contactara por seguridad, pero le asigné una araña en el momento en que tú y Paúl se descuidaron. Mamá lo sabe.

—¿Están confabuladas?

—Estamos aguardando el momento en que Sebastián aparezca, para que tenga un aliado poderoso y encubierto que le ayude a dar con nuestros hijos.

—El problema es que Sebastián no aparece. Es un plan arriesgado, Max sabe demasiado de nosotros y carece de emociones, podría develar todo si manipulan su sistema.

—Max ha cumplido con éxito la misión encomendada y en cuanto llegues a la capital, porque sé que te vas a infiltrar, él te cuidará la espalda.

—No lo necesito.

—Solo te estoy avisando, no quiero que te exaltes cuando veas a unos de los humanoides acercarse a ti. Te transmitiré la imagen de su código para que no te confundas y contactaré con él a través de su arácnido para darle indicaciones.

—Me encantaría ver la cara del general cuando le informes que continúas moviendo hilos a sus espaldas.

—No es para que te enojés. Max será de mucha ayuda para ti. Puede pasar más desapercibido que cualquiera de los aliados del general.

—Anda, explícaselo a papá —me dijo mientras se subía en el vehículo que lo sacaría de Tierras Inhóspitas—. Si quieres deja abierta tu guía mental para mí, para que no me lo pierda.

CAPÍTULO 29



«La búsqueda del arcoíris es el nombre en clave que le dio mi padre a la misión de rescatar a sus dos nietos y al sobrino de Sebastián de la Sociedad Autocontrolada. Primero, partió Sebastián, lo que no fue parte del plan de mi padre y lo perdimos. Ahora partió mi hermano y temo que corra la misma suerte. La búsqueda de Iris, encontrarla no sólo para protegerla sino también para que reciba el medicamento que neutraliza los efectos negativos de la guía mental en su estado primario. La búsqueda de mi cielo, mi todo, mi Abel. La búsqueda de Camil, el chico que fue encontrado por el primo perdido y arrebatado de su primer hogar». Pensaba mientras trataba de encontrar las palabras para pararme frente al general Verena y decirle que yo había mandado a Max al Departamento de Defensa, poniendo en riesgo mucha información valiosa para nosotros. Cuando papá supiera que había funcionado tendría que ablandarse. Estuve caminando de un lado a otro y no sé cómo llegué hasta el establo. Allí me encontré con Alejo que me miró con el azul indefinido de su mirada.

—¿Paz? —dijo sorprendido.

—Hola, Alejo.

—Siento tanto lo de tu hijo, de veras. Quisiera ayudar más. Iris y Camil se fueron y tengo que sacar adelante a estos caballos. No se me da muy

bien pero lo intento, para que cuando Camil regrese se contente al verlos.
¿Han sabido algo de ellos?

—Están en problemas —le dije y no sentí la necesidad de protegerlo de las noticias.

—No sé por qué regresaron, la Sociedad Autocontrolada apesta.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté perpleja.

—Es lo que dicen —titubeó.

—Para repetir lo que has oído de otros hay que constatar los hechos, creo. Es una opinión muy fuerte decir que un sistema apesta sin siquiera conocerlo.

—Ustedes luchan contra él.

—No me voy a poner a reflexionar sobre eso ahora, tengo asuntos más urgentes en qué pensar.

—Si dije algo que no debía, lo siento —dijo y puso una cara tan tierna que me ablandó por completo.

—Tenía que celebrar una fiesta para ti y con tantas cosas que han ocurrido lo olvidé, discúlpame.

—Pues ya cumplí quince y créeme ni yo tuve ganas de celebrar. Los soldados que se ocupan conmigo de los caballos me celebraron a su forma y fue suficiente.

—Te haré la fiesta cuando salgamos de todo esto. Ahora tengo que enfrentar a mi padre, tengo algo que decirle que no le gustará. Me siento como si tuviera tu edad y tuviera que confesar una travesura.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Tal vez. Acompáñame —le dije y Alejo me siguió detrás con presteza.

Cuando llegué a la antesala de la oficina del general le pedí a Alejo

que esperara justo en la silla que yo había ocupado antes. Le dejé ahí y me planté delante de mi padre.

—¿Qué quieres, Paz? ¿Algún dato nuevo? ¿Cómo está mi nieta? — preguntó papá.

—Mamá está conectada con ella ahora. Está encerrada en una pequeña habitación en un lugar que desconocemos. Nunca lo había visto. Le quitaron la capucha hasta estar dentro del cuarto.

—¿Necesitas decirme algo?

—Tengo dos cosas que decirte.

—Rápido, dime. Ojalá me traigas buenas noticias porque con mis nietos, mi hijo y Sebastián del otro lado estoy al ordenarle al ejército de Tierras Inhóspitas que desfile sobre la capital y no creo que en este momento sea buena idea.

—La primera es que encontré el *hacker* que estabas buscando.

—¿No me habías asignado a uno, de los que trabajaban con Sebastián? Ya lo tengo trabajando.

—Sí será útil, pero el que te traigo ahora es diferente y puede colaborar con el otro. Es de la calle, no es militar y siento que tiene cierta frescura y perspicacia.

—Si lo dices, tendré que entrevistarlo. ¿Qué más ibas a decirme?

—Tenemos un nuevo aliado en el Departamento de Defensa.

—¿Y cómo? Conozco a todos, ¿por qué llegó a través de ti? ¿Te lo informó tu aliada?

—No. Yo le asigné introducirse en el departamento, es Max —dije lo más rápido que pude antes de arrepentirme y obvié el tiempo que llevaba allí y la complicidad de mi madre.

—Venus lo sabe, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —dije sin responder a su pregunta.

—Son las cosas que se le ocurrirían a tu madre.

—Fue mi idea y ahora que llegue Apolo, Max podrá ayudarlo. Lo hice con la intención de que fuera un apoyo para Sebastián y funcionó, logró escabullirse dentro del departamento. Lo he estado siguiendo a través de un robot arácnido.

—Las cosas no se hacen así, Paz. No desde que crucé la línea por ti. No me vuelvas a ocultar nada —dijo con dureza.

—Tú si puedes hacerlo. Yo no sé nada de tu misión, aunque sospecho que los generales y tú se están preparando para tomar la capital.

—Eres muy perceptiva, hija.

—¿Es eso? Me lo has ocultado porque sabes que no estaría de acuerdo y más si el medio para lograrlo es la pérdida de vidas humanas inocentes, como los habitantes de la capital.

—Hija, cruzada la línea no hay vuelta a atrás. ¿Me presentas al *hacker*?

—Creo que será mejor en otro momento.

Salí de ahí, tomé a Alejo del brazo y lo saqué de ese ambiente antes de que lo involucrara en cosas demasiado funestas para su corta edad. Si Alejo se convertía en el *hacker* que mi padre buscaba, le ayudaría, aunque indirectamente, a arrasar con vidas humanas. No quería que tuviera la culpa como compañera el resto de sus días.

CAPÍTULO 30



Cuando Sara supo que Apolo estaba en la Sociedad Autocontrolada y más aún en la capital, hizo lo más estúpido que se le pudo haber ocurrido y Apolo no la detuvo. Se encontraron en el apartamento donde él se estaba quedando. Cuando vi el rostro de mi hermano, apagué la pantalla y transferí la imagen a mi guía, en una imagen pequeña, para tener la información contenida y lo más hermética posible.

—Paz no estuvo de acuerdo en que viniera a encontrarme contigo —le dijo ella.

—Mi hermana a veces también toma decisiones por su cuenta, así que no es la más indicada —le dijo Apolo.

—Lo siento, Paz —dijo Sara en voz alta porque sabía que yo la estaba observando.

—Somos víctimas de nuestra propia tecnología. Por eso no me gusta y por eso en la UNA no la usamos, salvo en caso de necesidad extrema —le dijo Apolo a Sara.

—Creo que es nuestro caso ahora.

—Audífonos, Paz —dijo Apolo para que solo yo en la sala de vigilancia escuchara lo que él tenía que decirle a Sara—. Paz, debía comunicarme con Sara a través de la guía mental y dejarte fuera, como tú y

mamá hicieron conmigo con lo de Max pero me rehúso a comportarme de forma tan inmadura. Entiendo tus razones y ya no profundizaré en ello —me dijo a mí y le comuniqué a mi hermano por la guía mental que solo yo tenía acceso a su transmisión y que si quería podía dejarles a solas. Me pidió que me quedara, que iba a revelarles su plan a Sara y que me necesitaba—. ¿Sara, hay unos robots humanoides de uniforme gris, una categoría nueva o diferente? Ni mi padre ni Paz saben algo al respecto. No los identifican.

—Lo desconozco pero Ademar King algo se trae con el director del CDIA. Siempre están hablando a través de su guía. Sospecho que se envían información por los gestos y afirmaciones que hacen. Algo traman —le dijo Sara.

—Toma —le dijo Apolo ofreciéndole el anillo espía—. El mensajero iba a ser el mismo que te trajo la guía mental pero las cosas se dieron diferentes y te lo traje en persona.

—¿Qué es esto? ¿Te quieres casar conmigo? —dijo Sara con una socarrona sonrisa.

—No soy muy afecto al matrimonio y a esos contratos pasados de moda pero por ti me lo pensaría —bromeó él y ambos rieron. Ella sabía que algo debía encerrar el anillo y esperó a que Apolo se lo explicara—. Ten cuidado al usarlo porque según lo roces emerge una palabra en la superficie. Algo innecesario para la función que realiza, pero son cosas de mi cuñado que es un romántico perdido.

—Ya veo —dijo Sara al observar las palabras a las que se refería Apolo.

—Cuando emerge la palabra ‘Paz’, el anillo roba la información de cualquier dispositivo electrónico, mientras más cerca esté más rápida es su velocidad, por eso necesitamos que estés muy cerca de tus objetivos. El primero es tu esposo.

—Por supuesto.

—Tu suegra es la siguiente. No te presiones a dar un paso en falso, con alguien que no tengas mucha confianza y tu acercamiento se vea sospechoso, como por ejemplo el Secretario de Defensa. Con tu esposo será un paso muy grande de avance. Sabemos que Earta Hébert está en la capital y se nos hace muy raro que no haya tenido contacto con tu suegra. Hemos vigilado a Karena King y no hemos encontrado nada que evidencie que se esté viendo con Earta. Si tú accedes a su guía puede ser que des con el dato. No tiene sentido que Earta regrese a la capital y no le ofrezca a los King su nuevo trofeo.

—Concuerdo contigo. Si es todo me voy. No tengo mucho tiempo. Nos veremos de nuevo para pasarte los datos de las guías. Lo de Karena y mi esposo estoy segura que podré conseguirlo hoy mismo.

—Me encantaría verte pero será muy arriesgado. Paz le dará la orden al vigilante que tienes asignado para que se sincronice con el anillo. Espero que no temas a las arañas.

—En este momento no es mi mayor miedo. Cuídate mucho, Apolo —le dijo ella mirándolo a los ojos.

Él titubeó unos segundos y se lanzó a abrazarla con tanta fuerza que creí que no se despegarían, un abrazo de dos amigos que se quieren y temen el uno por el otro en un momento de riesgo. Eso parecía. Cuando al fin se separaron. Él le dijo y estuve dispuesta a cortar la conexión para darles privacidad, pero me quedé enganchada con la emoción aflorando en la garganta:

—Me gustas, Sara y si este sentimiento es incómodo o te irrespetas, dímelo y me mido y pongo una barrera...

—Cállate —le dijo ella—. No vine por la misión. No aguantaba tu angustia al verte sufriendo por la captura de tu hija. Vine a darte apoyo,

quería abrazarte y decirte que estoy contigo. Nunca había conocido a nadie como tú. Quería verte en persona, para estar segura que todas las emociones que me haces sentir no son una mentira que me he forjado en la cabeza.

—No quiero que te aferres a mí porque no te gusta lo que ves en tu presente —le dijo mirándola al centro de los ojos, mientras le metía un mechón de cabello detrás de la oreja y se quedaba admirando el rostro de ella—. Te librarás de él y cuando lo hagas tendrás un universo enorme de oportunidades frente a ti. No quiero que pienses que soy lo único que tienes. No soy muy bueno con las relaciones y aunque me encantas, me aterra pensar en los ‘para siempre’. No me malinterpretes, me muero por intentarlo contigo, pero mi cabeza es un caos, con lo de mi hija, mi sobrino, con el temor de que tu marido sospeche en lo que andas y se me acabe la vida si te pone un dedo encima. No quiero perderte.

Morí ante la extraña y apasionada declaración de amor de Apolo a Sara. Tan él, con aquellos ojazos azules que hechizaban a cualquier mujer. Sara cayó rendida, pude percibirlo. Ella le dijo:

—Creo que mereces a alguien que no haya convivido tanto tiempo con el tirano, que no le haya permitido acostarse en su cama sin pensar en todas las desgracias que causaba a su paso. Necesitaré mucho tiempo para limpiarme de él y para ser digna de un buen hombre como tú —ella titubeó, no se creyó merecedora de Apolo y él negó con la cabeza.

Sin pensarlo dos veces, Apolo le robó un beso sin darle tiempo a Sara de seguir martirizándose por el matrimonio impuesto, que la había atrapado como una víctima más, y Sara se dejó besar. Parecía que se iban a comer él uno al otro, desesperados, con una pasión desbordante. Cerré a tiempo la pantalla para darles la privacidad que se merecían, porque ya me había entrometido más de la cuenta. Y suspiré, ya a solas, por ese amor que emergía entre ambos. Sara era casi perfecta para mi hermano, solo tenía un

defecto, no era libre, era la esposa del tirano, el hombre más poderoso en la faz de la tierra, hasta este momento.

CAPÍTULO 31



Mi padre estaba sentado frente a mí, mientras revisábamos la información que Sara sustrajo de la guía de Karena y Ademar King II. Fue tan fácil como ella lo previó. Con su esposo sobraron los momentos y con Karena costó un poco más pero fue rápido.

—Ustedes las mujeres son un peligro si se lo proponen —dijo mi padre en sentido figurado y era la primera vez que le veía bromear sobre la labor encubierto de la que una vez fue víctima. Creí que eso era un paso de avance para perdonar a mi madre. Sin embargo, me pidió revisar la información sustraída de la capital antes que nadie, lo que significaba que aún no confiaba completamente en mamá y temía que la información llegara a los líderes de la UNA. No podía culpársele por tomar precauciones después de todo por lo que había pasado.

—Al menos ya conocemos el paradero de Earta. Creo que el anillo debió llegar mucho antes a la capital —dije.

Sucedía que Earta y Karena habían retomado su amistad, justo como presumía Sara. También era cierto que Ademar King II desconocía del tema. En la guía de Karena, descubrimos la correspondencia entre Earta y Karena King. Como era de suponerse, Earta le había dado los detalles de nuestra ubicación y demás información de seguridad y defensa, requerida por la

señora King. Descubrimos que se comunicaban desde antes que Earta abandonase nuestra unidad y que Karena había mandado a un destacamento de robots humanoides a ‘rescatar’ a Earta y a algunos de sus allegados.

La noche de su fuga, Earta descubrió que Iris y Camil huían. Le pidió a uno de los soldados que la escoltaban, que siguiera a los muchachos. Por lo que Earta le contó a Karena, aunque nosotros nos esforzamos por ocultárselo, la doctora sospechó casi desde el inicio que Iris tenía una condición similar a la de Abel. Lo fue adivinando poco a poco, cuando investigó más acerca del origen de Dafne, de Apolo y de su hija. Al llegar a la Sociedad Autocontrolada y con el apoyo de Karena, Earta buscó todas las explicaciones a los cabos sueltos que le quedaban sobre mi sobrina: la concepción de Apolo y el origen de Dafne.

Lo que había convencido a Karena para aceptar los términos de su reconciliación con Earta aún me daba vueltas en la cabeza. En sus escritos, dos cosas me llamaron la atención pero no pude decidirme por una de ellas. La primera, Earta le dijo que traía consigo al hijo de Sebastián. La segunda, Earta le aseguró que el niño era la prueba de que se podía revertir de manera natural la restricción de la concepción entre humanos autocontrolados y autónomos. Y si eso era posible, todos los demás cambios se revertirían por sí solos, algo que destruiría el sueño de Ademar King padre. Earta le había prometido a Karena, que si descubría en qué habían fallado, el proyecto del hombre nuevo, ideado por King, podía seguir adelante.

—Earta la tiene, igual que a tu hijo. Ya sabemos el sitio en que se encuentra. Ahora tenemos que decidir. ¿Mandamos aliados a rescatarlos junto con Apolo, rescatamos primero a Sebastián para que se encargue como fue nuestro plan original o entramos a la ciudad y me encargo personalmente? — dijo mi padre.

—¿Me estás preguntando a mí? Tú estás a cargo. ¿Por qué lo dejas en

mis manos? —le pregunté cuando otras veces tanto él como Apolo me habían reclamado por tomar decisiones sin contemplar qué opinaban al respecto.

—No lo dejo en tus manos, quiero deliberar contigo. Eres la madre de Abel. Apolo está allá y será parte del rescate de su hija de una forma u otra. ¿Tú qué quieres hacer?

Un par de lágrimas bajaron por mi rostro ante la ausencia a la que no terminaba de acostumbrarme. Lo más sagrado de mi vida había sido arrancado por Earta Hébert, con un propósito que no podía aceptar y menos, porque Karena King, quien se había confabulado con ella, era la abuela de Abel.

—No lo sé, papá —dije avergonzada de mi propio vacío, que me desarmaba ante la colección de posibilidades que me había extendido mi padre.

—Hay que decidir ya. Viste la información que sacamos de la guía de King. Los humanoides que secuestraron a Iris son la nueva creación del director del CDIA. Así como para Ademar padre su obsesión era manipular la genética para modificar el ADN de los seres humanos y crear al hombre nuevo, para King hijo la novedad es otra. Lo más oscuro, ya lo descubrimos gracias a Sara. Las pretensiones de alianzas entre ingenieros genetistas del Instituto de Planificación Familiar y el CDIA. El muchacho está mal de la cabeza, quiere perpetuarse. Su padre quiso mantener su apellido en el poder por generaciones a través de su descendencia. King II no acepta su final. Está buscando la forma de regenerarse una y otra vez con la clonación de órganos, la hibernación y nuevos métodos vinculados con la robótica. Está pensando en ser eterno y no lo quiere para él solo. Es su nueva idea del hombre nuevo. Hay que tomar cartas en el asunto y detenerlo. Temo que se ensañe con Sebastián y terminen experimentando con él.

—Por favor, papá, aleja esas ideas de tu mente. ¿Cómo se te ocurren

esas cosas? —dije.

—He estado muy cerca del tirano, más de lo que debí. Si lo quiere para sí mismo, ¿por qué no lo querría para su hermano, al que nunca ha podido convencer de seguirlo? Ni Karena, ni King mencionan nada de él. ¿No te parece extraño?

—Es como si estuviera muerto —pensé en voz alta—. No, no puedo creerlo. ¿Tu ejército está preparado? —pregunté y mi padre asintió—. Entra en la ciudad, rescata a mi hijo y libéranos a todos de la tiranía King y sus funestos planes para la humanidad —temblé e intenté abandonar el salón.

—Saca tu fuerza, hija. No huyas de esto.

Los generales que se encontraban en nuestra unidad fueron entrando uno a uno. Al parecer estaban esperando que se tomara la decisión de atacar, tal vez lo deseaban desde que se unieron a mi padre. Muchos estaban hartos de los King y después de leer las barbaridades que Ademar King II intercambió con el director del CDIA, no me cabía en la cabeza por qué no lo habían hecho antes, por qué no habían sacado al tirano de su trono, con sus ideas absurdas acerca de la humanidad y de cómo se debía vivir.

—Ya sabemos acerca del plan del ejército con los nuevos robots humanoides que está creando King. El ejército está desarrollado en el CDIA y lo producen por masas en varias de las fábricas que tienen en diferentes ciudades-estados. El ejército se utilizará para reprimir aún más a la población de la Sociedad Autocontrolada, para defenderse de algún ataque sorpresivo por parte de los líderes de la UNA, pero su misión fundamental es atacarnos y borrarlos del mapa —dijo el general Walker que había llegado al parecer esta misma tarde, porque no le había visto hasta este momento. Walker entraba en completa sincronía con los planes de papá, lo que significaba que mi padre sabía lo que iba a hacer antes de consultármelo. Por una extraña razón, que

aludo a lo sentimental, papá me había tomado en cuenta, antes de pronunciar la última palabra. Walker dijo—: Recuerden que cuando había enfrentamiento entre los ejércitos de la Sociedad Autocontrolada y de la UNA, siempre había más heridos en la Unión de Naciones Autónomas, debido a que la Sociedad Autocontrolada protegía a sus tropas mandando en primera instancia a los robots humanoides. Ahora será lo mismo, tenemos robots pero en menor proporción que King.

Observaron un mapa y vieron la nueva distribución del mundo, las áreas pertenecientes a la UNA, las pertenecientes a la Sociedad Autocontrolada y al final, señalaron las Tierras Inhóspitas, donde situaron todos los puntos que nos pertenecían. «Ya nos pertenecen las tierras de nadie, bueno, casi a totalidad», concluí para mis adentros. Cuando creí que todo estaba señalado, mi padre añadió América Unida a nuestras filas, con lo que los presentes en la sala comprendimos que no solo eran nuestros aliados, eran parte de nuestro ejército. «El mundo ahora está dividido en tres», pensé.

CAPÍTULO 32



Las primeras contraseñas vinieron de la guía de Ademar King II pero no las que necesitaba mi padre. Papá, en conjunto con el general Walker, con quien se entendía a la perfección, planearon *hackear* la computadora central que controlaba a los robots humanoides destinados al Departamento de Defensa, los que conformaban el ejército de King. Sara no había podido tener contacto con el nuevo Secretario de Defensa sin que recayeran sospechas sobre su comportamiento. Se pensó que el anillo llegara a las manos de Max, para que se encargara de sustraer la información. Y no todos estuvieron de acuerdo. Dejaron esa idea a la deriva por considerarla infructífera y se fueron tras la más común, la primera sugerencia de vulnerar la computadora central.

—He intentado entrar pero no lo logro, no solo han cambiado las medidas de seguridad, están utilizando tecnología diferente —dijo el *hacker* del equipo de Sebastián.

Tras probar con otros dos de los informáticos estrellas que nos acompañaban, dijo mi padre:

—¿No hay alguien en nuestro equipo que pueda acceder?

—Los que conocen del tema no han podido —dijo Walker.

—Necesitamos un *hacker* pero no de los nuestros. Requerimos un pirata informático de esos que andan por su cuenta y que no están aliados al

gobierno, ni al de King ni al nuestro —dije.

—Entre la gente que nos ha seguido debe haber alguien, con tanto fanático de la tecnología que hay —dijo el general Walker.

—Creo que conozco a uno —dije—. ¿Te acuerdas, papá, que te lo había propuesto?

—Lo recuerdo. ¿De quién se trata? —me preguntó mi padre.

—Alejo —respondí.

—¿El chico que vino con Iris desde la UNA? —me preguntó mi padre—. Está muy joven pero no me asombraría. Tráelo de una vez.

—Sigo creyendo que el anillo para Max sería la mejor idea —dije y varios de los generales comenzaron a reclamar, así que me salí y fui en busca de Alejo.

Lo encontré con los caballos. No sé por qué lo ofrecí a los generales, la otra vez me lo llevé antes de introducirlo a la oficina de mi padre sin darle explicaciones. En aquella ocasión estuve decidida a no involucrarlo en lo despiadada que suele ser una guerra y en los crímenes que ocurren en nombre de la libertad. Al final de cuentas, todos somos seres humanos y cada uno defiende lo que cree defendible. Evitar las atrocidades de los King y las que estaban por venir me daba fuerza. Mi hijo e Iris en cautiverio, me daban fortaleza. Sebastián, el no saber de su paradero, ni si vivía o ya solo era un recuerdo, me daba el coraje que me exigía el general Verena, para mí misma y para involucrar a Alejo. Sobre todo porque confiaba en que el muchacho podía hacerlo.

—Alejo, te debía una fiesta por tus quince años. Hoy tendrás algo más grande. Necesitamos que desbloquee un sistema de seguridad informático —le dije.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? —me dijo Alejo perplejo.

—Eres un *hacker*. Ya no estarás con los caballos. Has subido de puesto y trabajarás en tu área.

—No soy un *hacker*, lo que hice el día que nació tu hijo fue por necesidad.

—Lo hiciste demasiado rápido, no fue azar. Tienes experiencia.

—Crecí obsesionado por encontrar datos de mi verdadero origen y me fui especializando en las redes pero no soy un *hacker* —insistió.

—¿De qué estás hablando? Nunca mencionaste que desconocías información acerca de tu origen.

—Mis padres, los que me criaron, no eran mis padres biológicos. Me enfoqué en encontrar a los que me dieron la vida.

—¿Estás diciendo la verdad? ¿Por eso huiste del Caribe?

Lo vi quedar pálido por un momento, tan blanco que creí que se desmayaría ahí mismo. No sucedió, se recobró y añadió:

—Son cosas sin importancia.

—No lo creo. ¿Encontraste a tus padres biológicos?

—Se puede decir que sí —dijo tartamudeando.

—¿Y qué sucedió?

—Dejemos mis asuntos personales para otro momento. No creo ser lo que estás buscando. Solo soy un aficionado.

—Lo que hiciste en el momento de mi parto fue muy bueno. A lo mejor conoces herramientas que nuestros *hackers* no dominan. Inténtalo. Si no lo logras serás otro más en la lista —dije alzándome de hombros.

El ‘chico’ como comenzaron a apodarle los generales en son de mofa, la que también tuve que soportar yo al mencionar mi sugerencia de pedirle apoyo a Alejo, entró por la puerta con una confianza que desbarató la seguridad de los *hackers* más experimentados. Alejo preguntó dónde iba a

sentarse y comenzó a estudiar la información que le dieron los otros. Pasada una hora de recomendaciones, pidió un descanso:

—Estoy quemándome con tantos datos. No soy tan metódico, prefiero guiarme por mi intuición.

—Déjenlo respirar —les sugerí al resto y ya comenzaba a contagiarme de la seguridad de Alejo.

Me sentía importante delante de los generales, como quien ha descubierto un tesoro, cada vez que Alejo brincaba uno de los escudos que protegían el sitio al que queríamos entrar. Los otros *hackers* habían logrado llegar justo hasta donde él estaba pero algo al final les hacía volver al inicio.

—Quiero una bebida proteínica —dijo Alejo sin ton ni son—. Siento que se me comienza a freír el cerebro.

Bebió, pidió algo más de comer y siguió trabajando.

—¿Estás bien, Alejo? —le dije al rato ante la mirada de los generales que estaban desesperándose.

—Me estoy exasperando, creo que no podré lograrlo, lo lamento. Tienen una barrera que no logro decodificar —me respondió.

—¿Cómo no? Tú pudiste dar con tus padres, tú mismo me lo dijiste. Tú desbloqueaste el sitio de una universidad de la Sociedad Autocontrolada.

—Sí pero eso no es nada en comparación con lo que me estás pidiendo —dijo Alejo. Los *hackers* de la lista, los que no lo habían logrado, se rieron de Alejo y más de mí por haberlo sugerido. La pérdida de tiempo con Alejo les hizo recobrar su confianza y comenzaron a inflarse como globos de colores.

—Sí, lo sé, pero lo hiciste en fracciones de segundos... Y no acostumbrabas a navegar en las redes de la Sociedad Autocontrolada. Alejo vino del Caribe, antes que fuera tomado por King, él creció como un autónomo —dije para que entendieran mi punto. Mi padre y los generales

sabían mejor que nadie, que nuestras redes estaban protegidas de incursiones de los autónomos casi infranqueables.

—Lo hice porque estaba bajo presión, porque de eso dependían dos vidas —dijo Alejo perdiendo la calma.

—Vamos, chico, admítelo —dijo Walker—. Nos hiciste perder al tiempo pero al menos lo intentaste. Déjale el lugar a uno de los profesionales.

—No creo que el chico esté tan perdido —dijo mi padre—. La técnica que utiliza la he visto en varias ocasiones y no creo que sea de los autónomos. Reconócelo, Alejo, te entrenó alguien de nuestra sociedad o un pirata informático autónomo especializado en vulnerar nuestras redes. Si necesitas presión, te la daré ahora. Cuando ayudaste en el parto de Paz salvaste dos vidas, si logras entrar a la computadora del Departamento de Defensa, salvarás la vida de todos los que estamos en Tierras Inhóspitas, incluidos el hijo de Paz, Iris, Sebastián, Apolo.

—Entiendo lo que me dice, general Verena, pero no doy más. Ya agoté mis recursos —se defendió Alejo.

—Si tú no puedes, ¿dime quién te enseñó? A esa persona necesitamos —dijo mi padre—. ¿Es autónomo o autocontrolado?

—Mencioné que nadie —dijo Alejo contrariado pero sin despegar los dedos del teclado holográfico que continuaba moviendo a su antojo.

—Ya indicó que aprendió por la necesidad de encontrar a sus padres biológicos —le protegí al ver la expresión amedrentada de Alejo, que distaba mucho del muchacho seguro que había entrado por la puerta.

—Todo este cuentito del chico no me convence —dijo el general Walker—. Yo digo que lo investiguemos. Llega de pronto acompañado de la nieta del general. Es de la Sociedad Autocontrolada, eso es lo más funesto de todo. El Caribe está bajo las órdenes de King.

—Él siempre dijo que huyó del Caribe cuando los autocontrolados lo

tomaron y que llegó con los refugiados a América Libre —abogué por Alejo.

—No lo sé. Su acento no termina de convencerme —insistió el general Walker—. Nadie lo conoce, sus amigos son recientes, no hay nadie que dé fe de su lugar de origen, de sus padres, de su familia. Acompañó a Iris todo el trayecto con un objetivo, instalarse aquí y parecer lo más inofensivo posible. ¿Quién sospecharía de un chico? ¿Digo, solo a mí se me hace sospechosa la actitud de este muchacho?

—Cálmense. ¿Qué está pasando? Solo tiene quince años —dije la última sílaba y el escudo de la computadora del Departamento de Defensa cayó.

Mi padre señaló a uno de los *hackers* profesionales para que introdujeran en el sistema el programa que les iba a permitir sabotear la defensa de King. Alejo quitó las manos del teclado y se levantó de la silla con una expresión que no le conocía en el rostro. Parecía que iba a llorar. Mi instinto fue protegerlo pero él se tragó sus lágrimas, decidido a escabullirse de la sala. Yo asumí que era por temor, por todas las acusaciones que el general Walker lanzó sobre él. Lo retuve y reté a los presentes:

—Exijo que lo feliciten por haberlo logrado o al menos que se disculpen con él. No creo que un espía al servicio de King se atreva a hacer lo que Alejo hizo.

Mi padre se acercó al muchacho y le dijo:

—Puedes ir a descansar, Alejo. Te agradezco tu colaboración. Discúlpanos por ponernos un poco intensos. Tú pediste algo de presión —intentó bromear mi padre al final y le lancé una mirada que detuvo en seco cualquier otra bromita que se le ocurriera manifestar.

Cuando salí acompañando a Alejo y lo tomé del brazo me di cuenta que el chico estaba temblando.

—Si no te gustó el ambiente y quieres regresar a tu antiguo trabajo

con los caballos no lo pienses dos veces. No fueron amables contigo. Una disculpa.

—Quiero regresar a casa con mis padres —dijo Alejo y sus palabras sonaron tan profundas que me sentí miserable. Lo vi indefenso, rodeado de adultos que no eran su familia y me dolió.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Tus padres se quedaron en el Caribe? ¿Estás seguro que quieres regresar con ellos? —pregunté—. Te lo digo por qué al inicio tú huiste hacia la UNA y no dudo que tus padres te quieran de vuelta, pero el sistema suele ser represor con los que desertan.

Alejo se soltó a llorar como lo hacen los hombres, con la expresión grave y tratando de borrar las lágrimas de un manotazo. Aunque se esforzara se veía tan niño al entregarse a su propia añoranza. Terminé prometiéndole que lo ayudaría a regresar a casa.

—No tengo quince, Paz, acabo de cumplir trece. No quise parecer un crío. Sentía que no me iban a tomar en cuenta y ya ves que aunque me aumenté dos años no funcionó.

—¿Acabas de cumplir trece, o sea que hasta hace unos días tenías doce años? Alejo, lo que le hiciste a tus padres estuvo mal. No es por la edad pero con doce años irte... No importa que sean doce o quince, estás muy lejos de casa y tus padres han de estar desesperados. Mira cómo estoy yo sin mi bebé —mi tono era de enojo. Lo miré de arriba a abajo para descubrir en él al chico de trece años—. Sí que eres alto para tu edad, nos engañaste.

—Fui un estúpido, cuando supe sobre mi verdadero origen dejé todo. Me empecé a juntar con piratas informáticos mayores que yo, que me enseñaron algunas jugadas, hasta que logré introducirme y sacar los datos confidenciales sobre los donantes de mi embrión congelado. —Ante mi cara de asombro, Alejo aún con lágrimas torrenciales cayendo por sus mejillas, añadió—: Soy tan autocontrolado como lo eres tú. Fui un embrión que pudo

haberse quedado congelado como tú.

Palidecí ante sus revelaciones y comencé a sentir la misma desconfianza que intentó sembrarme Walker. «¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que yo fui la segunda opción de mis padres? ¿Este pequeño pirata informático hasta dónde sabe acerca de nosotros y por qué?», pensé.

—Lo he intentado y fallé. Quiero regresar a casa. Por más que lo quise no pude entrar en el círculo de fraternidad que se cierra entre Apolo y tú. No vengo del Caribe y sí de América Unida. Te diré toda la verdad porque no quiero que piensen que soy un traidor. Yo provengo de un embrión congelado, del mismo lote en que estuvieron Apolo y tú.

—¿Eres otro gemelo? ¿Otro de menos edad? ¡No inventes! —Su comentario me pegó en el rostro como agua helada y dura.

—No creo que seamos gemelos como dices, pero soy el hermano de ustedes. Descubrí a los ocho años por un descuido de mis padres, que vine de una donación de embriones. Tuve que aprender mucho e investigar otro tanto para dar con la fecha del lote, así como con la identidad de mis progenitores —dijo y yo no salía de mi asombro. Cada vez que nombraba a un miembro de mi familia me hacía consciente del parentesco de Alejo con mi madre, mi padre, mi hermano—. Deseaba conocer a mis hermanos, más que a mis padres biológicos, a estos no sé si pueda perdonarlos por no haberme elegido. Pensé que Apolo y tú no tenían la culpa de lo ocurrido y que tal vez si sabían de mi existencia querrían conocerme.

Lo abracé y con la manga de mi suéter comencé a secarle los lagrimones.

—Cariño, no estás solo. Ya no llores que me vas romper el corazón más de lo que ya lo tengo —le dije.

—Lo de querer volver con mis padres es cierto. Extraño a mi madre y a mi padre, los que me criaron, los únicos padres que conozco. Ellos han sido

geniales conmigo y yo no me he portado muy bien. Quiero volver a casa.

—Y yo te ayudaré si es lo que en verdad quieres. Me tranquiliza saber que eres de América Unida, ahí estarás a salvo. No le puedes decir a nadie quienes son tus padres biológicos. Ahora con el precio que tiene encima nuestro padre, el general Verena, sus enemigos se desquitarían contigo.

—No le diré a nadie y tú tampoco, por favor. Sellemos un trato —me pidió.

—Corazón, mamá y papá se volverán locos contigo. Ellos han de tener una explicación sobre tu origen y ahora mismo vamos a exigirselas para que te quedes tranquilo. Mi padre siempre quiso un hijo varón y ahora tiene dos. Y mamá, ¿qué te digo? Ella quería muchos hijos, te va a adorar tanto como a nosotros.

—No estoy preparado para esto —dijo.

—¿Cómo no vas a estarlo, Alejo? Definitivamente eres mi hermano. No sabes cuantas cosas he hecho en la vida para las que no me creía lista y al final siempre daba un paso hacia delante. Tú cruzaste la frontera de dos naciones enemigas, luego atravesaste el Atlántico para llegar a Tierras Inhóspitas, claro que estás listo. Lo has estado toda tu vida.

Pedí una reunión a solas con mis padres en nuestro nuevo hogar, también estaba mi tía Patricia. Les pedí sentarse a cada uno y les solté la noticia sin darle muchas vueltas. Mi madre se llevó la mano a la boca con aquella expresión de sorpresa que ya le conocía. Mi padre se quedó serio, preocupado. Mi tía se puso nerviosa.

—No nos portamos muy bien contigo, muchacho y ahora nos sales con esto —dijo mi padre—. Te vuelvo a pedir disculpas.

—Estoy dispuesto a hacerme una prueba de ADN de ser necesario, no quiero causar ningún conflicto. Igual me tranquilizaría y aunque estoy seguro y puedo darles pruebas de los datos que fui descubriendo, la prueba me

ayudaría a ponerle punto final a mi búsqueda —dijo Alejo.

—Si te serena puedes hacerla, cariño. No tengo dudas. Unos años después de que naciera Paz, me llamaron del Instituto de Planificación Familiar y me dieron opciones para el embrión: que siguiera congelado, desecharlo o donarlo. Sabía que no me lo podía quedar, que no me lo implantarían mientras viviera en la Sociedad Autocontrolada y quise que vivieras, quise que nacieras aunque no fuera conmigo ni con mis convicciones. ¡Dios mío! —dijo mi madre que solía volverse religiosa en determinados momentos—. ¿Me dejas abrazarte? ¿No te incomoda? Eres tan lindo que te comería a besos. Siempre te veía y algo en ti me resultaba familiar pero me huías y no me acercaba para no importunarte. Te pido perdón, Alejo, no sé si lo que hice fue correcto, solo seguí mi corazón.

—Yo les pido perdón a ustedes, señora y general Verena. Les guardé cierto rencor por no haberme elegido.

Después terminé de llenar los huecos en la historia. Era la misión del Instituto de Planificación Familiar. Las parejas elegían su mejor embrión para futuro hijo. Y las otras, las que no reunían las características adecuadas para contribuir a la concepción del hombre nuevo, recurrían la adopción de un embrión congelado y los padres adoptivos podían escoger las características de su bebé soñado. Un embrión congelado dado en adopción por una familia como la mía, que ya había visto nacer a su hijo. El Comité de Familia tenía consejeros genetistas que ayudaban a la familia a elegir a su único hijo, de igual forma guardaban los expedientes de las adopciones para impedir futuros matrimonios entre hermanos. Los mismos expedientes que Alejo vulneró para dar con nosotros.

CAPÍTULO 33



Siguiendo la parte del plan que me asignó mi padre, observé a través de las pantallas. Sara entró en el Departamento de Defensa con el pretexto de encontrarse con su marido. Antes de dirigirse al piso y a las oficinas centrales, se encontró con un robot humanoide, que se hallaba concentrado en la labor asignada. Sara sabía que era Max porque yo la guie directamente hasta el sitio. La vi susurrarle unas coordenadas y desaparecer en los elevadores hacia los pisos superiores.

Ademar King II se disgustó con su esposa al verla en aquel sitio y más porque traía a su pequeño hijo consigo.

—¿Qué haces aquí, Sara? —le dijo él—. Ya te había pedido que no vinieras a este lugar.

—Necesitaba hablar contigo y en nuestra casa ni siquiera te veo. ¿No sé qué tiene de malo el Departamento de Defensa? Se te olvida que vivimos aquí varios meses, lo siento como una extensión de nuestra casa —le dijo.

—Podías hablarme a través de la guía —sugirió él.

—No. Ya estoy harta de eso.

—¿Y por qué trajiste a nuestro hijo? ¿Acaso no sabes que puede ser peligroso?

—Escuchó que yo venía a verte y exigió acompañarme, creo que él

también te extraña. Es un niño.

El pequeño Ademar King III se abalanzó sobre su padre sin darle tiempo a un reproche más.

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que decirme? —le preguntó King.

—He estado pensando mucho en Sebastián y en su aparición así de pronto —afirmó Sara.

—¿Vuelves con lo mismo?

—Sebastián dice que Earta Hébert sustrajo a su hijo del campamento donde se encontraban y lo trajo a la capital. ¿Para qué?, me pregunto. Hay dos opciones, para algún experimento como sugirió Sebastián o Earta lo está utilizando para congraciarse nuevamente con tu madre.

—Podría ser —dijo King—. ¿Y por qué no ha venido ante nosotros? ¿Por qué no se ha comunicado?

—Contigo —sugirió Sara—. ¿Estás seguro que tu madre no se ha encontrado con su antigua amiga?

—Vigilamos cada movimiento de mi madre para su protección y no me ha llegado ningún informe sobre un encuentro con Earta Hébert.

—Siempre existe alguna vía alterna de comunicación. Ellas eran muy amigas y no creo que no puedan arreglar sus diferencias, si la doctora le trae al hijo de Sebastián.

—Si mi madre me obvió su reconciliación con Earta Hébert, si se arregló con ella a mis espaldas... —dijo alzando la voz, imagino que para sentir su poderío. Al final se quedó sin mencionar qué haría de descubrirse el supuesto.

—Hasta tú la crees capaz —le dijo Sara pinchándole con sutileza para sacar lo ‘mejor’ de su esposo.

—Por supuesto que sí, mi madre nunca me ha pedido permiso para

tomar una decisión, a ella se le olvida que soy el líder de la nación.

Sara salió de allí con su pequeño de la mano. Rehusó el apoyo de la nana humanoide y lo alzó en sus brazos aunque ya no era un bebé. Besó en la frente a su hijo para al final depositarlo con amor a su lado, en el vehículo que los llevó de regreso a la residencia. Se comunicó conmigo a través de la guía:

—Mi parte está hecha —hizo una pausa y decidió compartirme a través de la guía mental lo que estaba pensando—: Si todo lo que dice Earta es cierto, si las modificaciones pueden revertirse, como lo prueba la existencia de tu hijo, mi pequeño Ademar King III podría mejorar.

—Sara —le transmití y su nombre resonó como un suspiro dentro de mi cabeza. Comprendí a qué se quería sujetar—. ¿Piensas que Earta podría curar a tu hijo? ¿Crees que si eso fuera posible tu madre no lo hubiese hecho ya? Tu mamá es precursora de las modificaciones genéticas mucho antes de Earta Hébert.

—Earta llegó más lejos.

—Tus afirmaciones podrían colocarnos en lugares opuestos de la contienda. ¿Te das cuenta? Si te aferras a eso, es como aceptar que Earta utilice a mi hijo para sanar al tuyo —le hice llegar—. No quiero que tu hijo sufra, deseo que esté bien pero no puedo exponer al mío. Nada que salga de las ideas de Earta puede ser bueno.

—No quise ni siquiera pensarlo. Perdóname, pero estoy desesperada.

—No es el momento de ponernos una en contra de la otra y menos con la información que nos ayudaste a recabar. Sabes todo lo que está en juego —dije—. Habla con tu madre antes de tomar cualquier decisión. Asegúrate de no elegir el camino equivocado. Si Earta triunfa promoverá los cambios que han afectado a tu pequeño.

—Discúlpame, Paz. Ya estoy por llegar a la residencia. Todo está bien. Seguimos adelante con lo pactado.

Antes que Sara pusiera un pie en la residencia ya Ademar King II estaba ahí, justo para la hora de la cena, algo que no hacía desde casi un mes. Sara sonrió al verlo en la casa y se alistó lo más pronto que pudo para llegar al comedor.

No podían faltar Rita Roger, la madre de Sara, ni William y sus padres para completar la escena familiar. Pensé que Ademar se iba a limitar por la presencia de su suegra y sus tíos, pero siguió adelante con lo que tenía planeado desde que lo visitó su esposa en el Departamento de Defensa. Antes que sirvieran el primer plato, una persona más se unió a la mesa, la doctora Earta Hébert. Ya le había avisado a Sara a través de la guía mental, cuando la vimos arribar a la residencia para que no se llevara un susto. La que no pudo disimular su asombro, fue Karena King, la que tras el arribo de Earta se quedó expectante, a la espera de las palabras de su hijo. Como nadie se atrevió a pronunciar palabra, Karena se vio tentada a preguntar:

—¿Qué significa esto?

—¿Si no lo puedes explicar, madre, cómo pretendes que lo expliquemos nosotros? —le dijo Ademar King II.

—No me gustan los juegos, Ademar —le dijo la madre.

—A mí tampoco. ¿Me explican las dos ahora mismo de qué se trata el jueguito a mis espaldas? —dijo Ademar King con el tono de voz que más le caracterizaba, el enérgico y sarcástico a la vez.

—No es el momento ni el lugar —se escudó Karena.

—A mí me parece todo lo contrario —dijo Ademar King II.

—Sabes que Earta no es una traidora, ni siquiera el difunto Hébert, me refiero a estar de nuestro lado y compartir nuestras ideas —se explicó la

madre.

—Si enriquecerse de una manera desmedida, por robar a nuestras espaldas, tras pasar por encima de la confianza ciega que depositamos en él, no convierte a Hébert en traidor, ¿qué lo haría? —expuso Ademar.

—No hablaré sobre Hébert, ya no está. Earta no tiene que pagar por las malas decisiones de esposo, como tampoco lo hizo la doctora Rita por los errores de Marcus Roger —dijo Karena.

—No sé a qué viene la comparación a esta altura —le dijo su hijo—. No es agradable ni para mi esposa ni para mi suegra escuchar esas palabras.

—Y no es mi intención causarles ningún malestar. Sucede que considero que Earta, mi amiga, no es una traidora y merece un trato diferente al que le hemos dado. Podríamos hablar de este asunto en privado si no tienes inconvenientes. Hay muchos datos que puedo ofrecerte que comprueban la fidelidad de Earta, así como sus intenciones de colaborar con nosotros a pesar del desdén que recibió de nuestra familia, en uno de los momentos más vergonzosos de su vida.

—Madre, si tuviera el deseo de hablar contigo a solas, no hubiera invitado a tu amiga a nuestra mesa. Tome asiento, doctora, por favor —le dijo Ademar a Earta que había permanecido de pie a la expectativa del giro que tomara la conversación. Luego se volvió a dirigir a Karena—: Mamá, si yo requiriese pedirte la información que celosamente has guardado en tu guía, tras la correspondencia que intercambiaste con la doctora, te la pediría, pero no es necesario, ya la tengo a resguardo. Tanta vigilancia desperdiciada para cuidarte y resulta que donde no indagamos, donde te dejé a tu entera libertad, ¿me haces esto? Me ocultaste datos relevantes para mi ejército. Como verás ya tomé mis providencias.

—Entonces no sé a qué viene todo esto. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te suplique por querer cuidar de tus espaldas a mi manera?

—¿Las mías o las de mi hermano? Porque yo no te creo capaz de hacerle daño a ese niño y no sé si la doctora Earta esté enterada de eso.

—Earta sería incapaz de hacer nada que atente contra la integridad del hijo de Sebastián. Ella solo necesitaba estudiar su ADN y registrar su desarrollo. Si el niño se queda con nosotros podremos estudiar su crecimiento.

—Se convertiría en una rata de laboratorio tratada con decencia, ¿eso quieres decir, madre? Earta te trajo a ese niño como una ofrenda de paz. Quería recuperar su puesto en el Instituto de Planificación Familiar y casi lo logra. Te trajo a tu nieto y tu hijo vino corriendo a tus pies. Una doble jugada. No sé si planeada o por azar. Solo que su propuesta no es interesante para mí. Estoy harto del hombre nuevo y de esas teorías que no me permitirán existir más allá de una vida. Usted sabe que Earta ya no es indispensable y que mis propósitos son otros.

—Con las investigaciones de Earta podríamos corregir el mal que aqueja a tu hijo. ¿No lo entiendes, Ademar? —le dijo suplicante Karena.

—Usted sabe en lo que estoy trabajando con el director del CDIA, mis objetivos han cambiado y mi hijo también podrá beneficiarse de nuestros avances en este campo de la ciencia —dijo Ademar y Sara no pudo evitar ponerse a temblar, mientras yo la exhortaba para que se quedara quieta y nos siguiera trasmitiendo en vivo, a la par de las arañas, la situación.

—Sucede que no estoy muy segura de tus planes, hijo. No sé si quiero vivir más del tiempo que tengo asignado.

—Tu turno en el poder ya pasó, madre, eso me toca decidirlo a mí — agregó Ademar y volviéndose a Earta le dijo—: ¿Por qué no ha probado bocado, doctora? Coma y disfrute la cena, mientras voy pensando si me conviene que se quede en la capital y si realmente tiene algo útil que aportarme.

CAPÍTULO 34



La ‘ecuanimidad’ de la cena se vio perturbada por unos mensajes que entraron a la guía de Ademar King II. Los presentes le vieron levantarse, limpiarse la boca con la servilleta, depositarla con gracia sobre la mesa y hacerles una seña a los caballeros Allen para que lo siguieran.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se retiran así? —preguntó en voz alta Sara.

—Disturbios menores pero que necesitamos controlar a tiempo —dijo Ademar King II.

—Puedo encargarme —sugirió William y su padre lo respaldó—. No es necesario que pierdas tiempo con esos revoltosos. Tenemos lo necesario para ponerles un alto.

—¿De qué hablan? ¿Tenemos que algo que temer? —insistió Sara.

—Sucede que el general Verena con su retirada y alta traición, ha provocado que otros le sigan los pasos y ahora tiene competencia. Otros autocontrolados o autónomos, o la detestable fusión entre estos, están ocupando las tierras de nadie. Resulta que esas tierras ahora tienen nuevos inquilinos. El general Verena probó que son aptas para vivir y varios se están autoproclamando propietarios —comentó Ademar.

—Lo que nos faltaba —dijo Karena.

Mandé un aviso urgente a mi padre con la información, para que

verificara la veracidad de la misma, y me quedé pegada a la pantalla para no perder ni un detalle. Ademar King II le tomó la palabra a William y le hizo una seña para que se encargase del suceso.

—Prefiero quedarme y terminar el asunto principal de esta cena. Madre, espero que sea la última vez que me ocultes algo que tenga que ver con la nación. Doctora Hébert, cualquier negociación que quiera hacer a futuro con algún miembro de esta familia, tendrá que ser de mi conocimiento. Esto incluye a mi querida suegra. ¿Quedó claro? —dijo y todos estuvieron de acuerdo—. Con lo que respecta a usted, doctora, mañana a primera hora acuda al Departamento de Defensa, le agradecemos la información brindada a mi madre sobre la unidad que comanda el general Verena pero hay otras preguntas que tenemos para usted. ¿Tiene algún inconveniente?

—Para nada, colaboraré —dijo Earta—.

—Después acudirá a una reunión con la doctora Roger y conmigo. Quiero que me explique lo que ha podido investigar sobre el hijo de Sebastián y cómo ese niño venció la barrera de reproducción. Solo le recuerdo que la doctora Roger estará a cargo, si apruebo que prosiga en sus estudios.

Karena King se puso de pie y justificó su proceder con estas palabras:

—Hijo, en ese caso creo que sería prudente traer al hijo de Sebastián y resguardarlo junto a nosotros, en lo que decides qué hacer. No sé hasta qué punto está seguro de un rescate por parte de los hombres de Verena.

—¿En esa propiedad que montaste para Earta y sus colegas vigilada por unos cuantos robots humanoides de última generación? ¿Quién sabe? —mencionó lacónico Ademar.

—No quise pero... —intentó contestarle Karena pero no supo cómo terminar la frase.

—Madre, ya tomé mis medidas para asegurarlo. En el momento

apropiado te diré dónde se encuentra. Igual tengo a la chica. La que aseguran que es nieta de Verena y que comparte con el hijo de Sebastián la cualidad de vencer la barrera de reproducción. Hicieron un buen trabajo al rescatarla con el destacamento de humanoides pero por favor, para la próxima quiero estar enterado.

Mientras la cena se daba por concluida, Sara me dijo a través de la guía mental.

—Tendré que desconectarme un rato. Estoy exhausta por tener la guía tanto tiempo activada.

—Tranquila. No les perderemos la pista a ninguno —le dije pero no podía concentrarme en el diálogo. Mi mente estaba enfocada en las palabras de Ademar sobre la ubicación de mi hijo.

—Mi madre estará en esa reunión con Earta y mi esposo. No puede ser mejor. Por alguna razón Ademar confía en mamá. Ella presionará con sutileza para mantener a Earta y sus secuaces a raya. Recuperaremos a los niños —me dijo para animarme.

—Lo haremos, estoy segura.

Terminó la cena y todos en la sala de vigilancia nos miramos los unos a los otros. Paúl se me acercó y me dedicó un largo y tendido abrazo.

—Ve a descansar un rato —me dijo—. Yo termino tu turno. Solo quedan un par de horas y tu madre vendrá a relevarme.

—No creo que pueda descansar. Solo cuando en la Sociedad Autocontrolada duermen y ni así —comenté.

—Pues ya casi se van a dormir. Aprovecha y cierra los ojos tú también.

—No hasta que hable con mi padre y le ponga al tanto del paradero de

mi hijo y de Iris.

—Es importante que recuperes tu energía para la reunión de mañana de Earta y Ademar. Earta lo tratará de convencer de apostar por su proyecto.

—Tengo que informarle a Apolo, lo haré mientras camino a encontrarme con mi padre. Quiero a Jonathan a primera hora conmigo, lo necesito para presenciar la reunión.

Por el semblante de mi padre, supe que se nos había escapado lo que estaba ocurriendo en Tierras Inhóspitas. No éramos los únicos ocupantes. La tranquilidad entre las dos potencias y dentro de cada una se había perturbado y ya nada sería igual. A la par de los afines con la UNA y la Sociedad Autocontrolada, así como con el movimiento del general Verena, comenzaron otros subgrupos a independizarse. Mi padre mandó varios destacamentos a investigar y descubrió, pequeñas organizaciones de personas por su cuenta. Estos subgrupos se estaban reuniendo en lugares a los que denominaban Zonas Libres. El general Walker y mi padre no daban crédito a lo que estaba sucediendo.

—Están organizándose bastante bien. El comercio libre está proliferando entre ellos, se están asignando nombres, son como unos diez asentamientos. Han sido muy discretos y tienen muy pocos habitantes. No me explico cómo no nos dimos cuenta de esto —dijo papá.

—Padre, no tenemos todos los recursos de los que dispone el ejército de King.

—Eso no importa. Debí tomar medidas.

—Es inevitable que esto suceda —dijo Walker—. Me preocupa que en estos grupos de población, el comercio es de contrabando. Comercializan productos de la UNA y de la Sociedad Autocontrolada. Son personas de las dos potencias que eligieron liberarse de los reglamentos de sus respectivas

naciones. Es lo que trae como consecuencia romper el Tratado de Tolerancia. Ahora todos quieren instaurar su propia ley y eso puede ser un problema porque puede romperse el acuerdo sobre lo que es correcto y lo que no es.

—Nada es eterno —dijo mi padre—. Ni el Tratado de Tolerancia, el que no sé si ha cumplido su cometido.

—¿Es que no ves lo que viene? Desorden, caos, delincuencia gestándose detrás de los muros de la UNA y de la Sociedad Autocontrolada. Nosotros estamos detrás de esos muros —defendió Walker su postura.

—No tenemos ningún derecho sobre las Tierras Inhóspitas. Otros se dieron cuenta que son habitables, que se han regenerado y solo el miedo nos había mantenido alejados de ellas. Las Tierras Inhóspitas representan la libertad que todos quieren —dijo papá.

—Caos —reafirmó Walker—. Estamos mejor organizados, tenemos armamento. Podemos neutralizarlos si no quieren alinearse a nosotros.

—¿Quieres que terminemos siendo como Ademar King y arrasemos con esa gente que a lo mejor está buscando un mejor lugar para vivir? —le inquirió papá.

—¿Por qué no se unieron a nosotros como tantos otros? —preguntó Walker.

—Porque a lo mejor tampoco nos ven como una opción idónea —le dije.

Me di cuenta que papá y yo pensábamos muy parecido pero la influencia de Walker le hizo dudar, por eso afirmó:

—Tal vez no tengamos que hacer nada. Paz dijo que Ademar King II mandó a William a encargarse de esa gente.

—¿Y te parece que el ejército de King debe meter las narices en nuestro territorio? Debemos adelantarnos, que cuando lleguen vean que los hemos neutralizado. Le demostraremos a King que somos poderosos también

y que sabemos lo que hacemos —insistió Walker.

—Militarmente tienes razón —dijo mi padre.

—No lo hagas, papá —dije—. Ya de por sí es terrible saber que King está planeando matarlos y quedarnos de brazos cruzados. No te ensucies las manos de esa manera solo para demostrarle a King tu fuerza.

—Sal de aquí, Paz —me dijo mi padre—. Necesito concentrarme y contigo no puedo. No tomaré una decisión con la mano en el corazón, lo siento. Tengo que pensar en mis asentamientos y en las personas que confiaron en mí. Esos grupos no han pedido mi protección y ni siquiera sé si también nos ven como a otro enemigo.

—Esas personas ya están muertas, por King o por nosotros, no tienen otra suerte —dijo Walker.

—No lo permitiré —dije.

—¿Y qué harás? ¿Dejarás de ocuparte del rescate de tu hijo y de tu sobrina? ¿Lucharás por personas que ni siquiera conoces? No veo quién te siga en esta empresa, no está Max, ni Sebastián, ni tu hermano. Solo tienes a tu madre, a Paúl y a Jonathan. Estoy seguro que no estarán dispuestos a apoyarte —dijo mi padre.

Me salí de la habitación y hasta ese momento reparé en que tenía una llamada ignorada en mi guía. Era de Paúl. Me comuniqué con él.

—¿Qué sucede? —dije preocupada.

—¿Te comunicaste con Apolo?

—La verdad es que no.

—Pero si me dijiste...

—Lo sé pero necesitaba hablar urgente con mi padre sobre los subgrupos que encontraron y lo dejé para después. Con Apolo me voy a extender para poder explicarle lo sucedido. ¿Para qué me necesitas?

—Hubo cambio de planes en la residencia King.

—¿La reunión con Earta ya no será mañana?

—No me refiero a eso. Antes de irse a la cama, madre e hijo tuvieron una larga charla, bastante intensa por cierto. Salieron a relucir muchos rencores entre cada uno. Al final Karena convenció a su hijo de no involucrar a Abel en los experimentos de Earta, y por supuesto que Karena se le adelantó a Rita, Ademar está casi convencido de patrocinar la investigación de Earta.

En tres segundos, un soplo me recorrió desde los pies hasta mi corazón, parecía de alivio, era de un gran alivio pero al final me dejó bastante consternada. «¿Por qué esto no termina de alegrarme?», pensé y lo vi todo claro.

—Karena no pudo hacer nada en contra de su nieto, a pesar de las promesas de Earta de corregir el error de la barrera de reproducción, lo que aseguraría un logro tanto para Earta como para Karena —continuó Paúl.

—Tienen a Iris. Karena la cambió por mi hijo. No se lo diré a Apolo, no a través de la guía —dije y creo que fue la decisión más repentina que tomé en mi vida.

—Pensé que le dirías de inmediato.

—¿Lo sabe mi madre?

—Aún no. Estaba yo a cargo —me aseguró.

—Hay que advertirle a mamá para que todos estemos de acuerdo —le dije.

—Será imposible ocultárselo a Apolo por mucho tiempo.

—Si Apolo se entera esta noche es capaz de cometer una locura. No podemos revelárselo si no tenemos un plan para rescatarla.

—Creo que de eso se estaba encargando él.

Cuando menos se lo imaginó Paúl, yo ya estaba ante la puerta de la

sala de vigilancia. La abrí y me fui al fondo a unos sofás que se usaban para descanso del personal.

—Me recostaré aquí hasta la reunión de mañana —dije tomando una cobija y una almohada—. No será la primera vez. Avísame cuando llegue mi madre, aunque me veas con los ojos cerrados estaré despierta. Quiero ponerla al tanto en persona, y por favor, si antes apareciera mi hijo o Iris en pantalla, avísame. Imagino que en los nuevos términos eso pronto ocurrirá.

—¿Y qué pasó con los grupos que descubrió King? ¿Te dijo algo tu padre?

La voz se me atoró en la garganta y no pude decirle la atrocidad que estaba a punto de hacer papá. Me dolía decir con todas sus letras de lo que el general Verena podía ser capaz. Incluso sabiendo que con mi silencio me volvía cómplice de él y de Walker. Negué con la cabeza y me fui a enterrar debajo de una manta gruesa. Si le decía a Paúl, con ese corazón autónomo tan noble que él tenía, me iba a convencer a mí y a mi madre de salir a advertir a esas personas. Si lo hacíamos, podría poner en riesgo la labor de las arañas en la Sociedad Autocontrolada. No pude con eso. Eran más de un grupo y yo ni siquiera tenía las coordenadas de su ubicación. Nos tardaríamos en encontrarlos y mi padre tenía razón, nadie más que Paúl, mi madre y Jonathan me seguirían, si es que lo hacían. No estaríamos a tiempo para la reunión de Earta y Ademar a primera hora. Ni siquiera yo misma creía que algún plan surtiera efecto para salvarlos, como no fuera tener al general Verena de nuestro lado. Cerré los ojos y dos lagrimones se me escurrieron a lo largo de mi rostro.

CAPÍTULO 35



No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando desperté ya estaba bien entrada la madrugada y mi madre no había venido aún. Vi a Paúl dormitando en el cómodo butacón frente a su pantalla. El turno de la noche era el más cómodo, porque podías dormirte a conciencia, una alarma te despertaba si detectaba algún sonido o movimiento en la proyección. Los otros miembros del equipo estaban en las mismas que Paúl. Me asomé a la puerta para cerciorarme de que los guardias de seguridad no se hubieran quedado dormidos también, pero los vi cumpliendo a cabalidad con su función. Volví a entrar, Paúl me sintió y se incorporó. Mencionó sobresaltado:

—¿Qué sucede?

—¿Dónde está mi madre?

—Le dije que descansara, que yo la iba a cubrir. Consideré de mayor importancia que presenciara la reunión de mañana. Descansa tú también, te aviso si hay algo a que atender —me dijo y por su voz supe que se moría del sueño, así que lo dejé y proseguí.

—Gracias. Duérmete —dije y me volví a dirigir a la puerta.

—¿A dónde vas?

—A caminar.

—¿A esta hora? ¿Necesitas que te acompañe?

—No. Quiero estar a solas.

Salí con la manta sobre mis hombros y caminé por el centro de la explanada, bajo la luna llena más grande que había visto en mi vida. «Necesito a Sebastián para encontrar a Sebastián. Él desentrañaría el sistema de seguridad», pensé. Me reí de esa paradoja y seguí caminando mientras pensaba en todos mis problemas y dejaba un espacio para esa gente que ahora estaría encontrando su final, los que Walker había marcado dentro de su plan estratégico, para darle un mensaje a King. No me di cuenta pero mis pasos me llevaron a los establos. Vi una pequeña luz encendida en el interior y decidí entrar. Me encontré con Alejo acurrucado en un rincón, sentado sobre un montón de mantas, con unos audífonos inalámbricos y un ordenador portátil.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—El semental de Camil no se ha sentido bien. Me quedé para estar pendiente de cualquier cambio —me contestó mientras se quitaba los audífonos.

—¿Lo revisaron?

—Sí. Un veterinario. Dice que estará bien con unos medicamentos. Cosas de caballos. Yo creo que extraña a Camil.

—No lo dudo.

—¿Y qué haces con esa computadora?

—El general Verena me la dio. Ahora quiere complacerme en todo para que no me vaya. Le expliqué que deseo volver con mis padres.

—Te han de echar mucho de menos.

—Ya me comuniqué con ellos. Mi madre lloró de alivio al saber que estoy bien. El general Verena habló con mi padre, le dijo que me cuidaría y

que me ayudaría a regresar cuando sea seguro para mí.

Alejo me compartió uno de los audífonos y me lo puse sin entender mucho. Escuché una música electrónica, era agradable.

—Estoy componiendo algo para tranquilizar al semental. ¿Qué te parece?

—Jajaja. Es muy buena. ¿Tú haces música electrónica? —pregunté sorprendida por el talento del chico que tenía delante, no solo era un *hacker* adolescente que había dejado detrás a los profesionales, ahora también resultaba que creaba música.

—Estoy aprendiendo. Bueno llevo en esto desde los cinco años. Voy a una academia. Mis maestros dicen que soy bueno.

Nos tumbamos sobre las mantas, compartiendo los audífonos y bajamos la colección completa de la música de Alejo para escucharla. Me tapé bien para no congelarme y me quedé embelesada por la música, mientras de vez en cuando compartía alguna sonrisa con mi joven hermano. «Mi hermano», pensé. Y resonaba perfecto en mi mente. Ahora entendía por qué mi padre lo colmaba de atenciones para que no nos abandonase. Era un gran chico. Había cruzado el Atlántico para encontrarnos.

—¿Has sabido de Sebastián? —preguntó.

—No. La única pista que tenemos acaba justo en una puerta de un ascensor que está protegido por un sistema de seguridad infranqueable.

—Nada lo es. Todo se puede vulnerar, solo hay que encontrar el camino.

—¿Esa es tu premisa?

—Es lo que me enseñó el *hacker* que me introdujo en esto. No entiendo por qué no han dado con la clave. Ya estamos dentro de la computadora más grande del Departamento de Defensa.

—Eso dice papá. También dice que la computadora del Departamento

de Defensa debe tener conexión de alguna manera con los sistemas informáticos de CDIA. ¿Por qué los *hackers* profesionales no han dado con el camino, o al menos con la clave? No lo sé.

—Están viciados. Siguen protocolos exactos. Es lo mismo que les pasó la otra vez.

—¿Y tú cómo le haces? —indagué.

—No tengo idea. Solo sigo mi intuición. Mañana nos ocuparemos de eso —dijo bostezando—. Confía.

Me desperté hacía las seis de la mañana. Arrojé a Alejo, pasé a revisar al caballo y abandoné los establos. No sabía a qué hora sería la reunión de King con Earta pero bajo ningún concepto me lo perdería. En mi camino a la sala de las pantallas, vi un par de camiones arribar a nuestra unidad e imaginé que tenía que ver con los grupos a los que Walker quería neutralizar.

Paúl ya estaba despierto, con un café en una mano y cara de trasnochado.

—Vete a descansar —le sugerí.

—No. Será un día largo —dijo.

—¿Quieres que te dé algo para mantenerte activo?

—Si lo necesito te aviso. No me gusta abusar de los fármacos.

Mi madre llegó al poco rato y le dije lo que Paúl había escuchado acerca de mi hijo e Iris. Le expliqué mis razones para reservarme la noticia y ella lo entendió de inmediato. Cuando terminé de hablar le dije que iba a comunicarme de inmediato con Sara. Pedí acceso a la guía de mi fuente y me lo concedió.

—¿A dónde vas? —le dije porque me pareció que Sara tenía intenciones de salir. Eran como las siete de la mañana.

—Supe desde anoche lo de Iris. Decidí ir a decirle en persona a

Apolo, no me gustaría comunicárselo a través de la guía —me dijo.

—¿Ibas a reunirte con él sin siquiera decirme? —transmití e intenté que mi tono fuera el adecuado para que no sintiera mi comentario como un reclamo.

—¿No tengo derecho a decidir? —replicó.

—Por supuesto. Es que trabajamos en equipo y la comunicación será la clave de nuestro éxito.

—Consideré que era el mejor modo para que él supiera la noticia. Hablamos mucho a través de la guía últimamente y he podido conocerlo un poco mejor. Temí que al enterarse hiciera una locura para intentar rescatarla. Quiero evitar que lo capturen.

—En eso estamos de acuerdo. Ve.

No dije nada más. Sabía que mi hermano y Sara tenían suficientes motivos para comunicarse de manera privada a través de sus guías, pero temía que utilizaran esa vía para tomar decisiones inherentes a la misión. Sara llegó y por la reacción de mi hermano se notó que ya la estaba esperando. Él le pidió que le revelara aquello tan importante que tenía que decirle:

—Mi esposo tiene a Iris. Después de la cena, mi suegra habló con su hijo y le pidió dejar fuera a Abel. Hoy a las diez, Ademar y Earta tienen una reunión muy importante. Es casi seguro que Ademar le dará luz verde para que prosiga con su proyecto, así que tenemos que apurarnos para rescatar a tu hija. Cuenta conmigo. Prosigamos con el plan de rescatar a los niños y huir con mi madre. Estoy lista. Habla con tu padre y dispón todo.

—Ya escuchaste, Paz —dijo mi hermano.

Mi madre que capta todo en el aire, me lanzó una mirada interrogante al no explicarse la familiaridad de Sara y Apolo. Estaban sentados muy cerca y se hablaban con ese tono de voz meloso que suelen usar los enamorados. Sin pensarlo, Sara se lanzó al cuello de mi hermano y lo abrazó mientras le

susurraba palabras de aliento y de apoyo.

—Apolo. —Mi madre me pidió acceso y entró en nuestra transmisión —. El general ya tiene cubierto el rescate de Iris, ahora nos concierne que regreses cuanto antes.

—Lo siento. Solo saldré de aquí con Iris —le dijo él.

—No puedo darte más datos. Es una orden. Tu regreso está programado para hoy —confirmó mamá.

CAPÍTULO 36



Ya habíamos cortado la comunicación y habíamos dejado a Apolo y a Sara despidiéndose. Me volví a mi madre y le pregunté:

—¿Por qué sacarán a Apolo? Él puede ser valioso en el rescate.

—Sabes que tu padre entrará en la ciudad con su ejército —me explicó.

—Estuvimos hablando al respecto.

—Es simple. No quiero a tu hermano ahí para entonces. Ahora menos, veo que está involucrándose con esa mujer. Ademar King II no se la pondrá fácil. Apolo es muy importante para América Libre. Ahora está aquí ayudando a tu padre, intentando rescatar a Iris pero necesita salir ileso.

—Voy a buscar a Jonathan. Quiero que esté presente cuando comience la reunión.

—Ya le avisé —dijo Paúl—. Llegará de un momento a otro.

—Tienes los minutos justos para darte un baño y desayunar algo. También te alcanzará para ir a ver a Camil.

—¿De qué estás hablando? —pregunté temiéndome que me había perdido de mucho.

—Unos camiones lo trajeron hoy temprano. Ya fue rescatado.

—Vi los camiones —dije y recordé que había supuesto mal al creer

que tenían que ver con los grupos externos.

—Tenían órdenes de traer a tu hermano también y Apolo se negó a obedecerlas. Tu padre me dijo que iban a entrar y le pedí que sacara a Apolo. Edgar no debió dejarlo partir sin un plan viable para rescatar a Iris. Somos un ejército grande, no hay necesidad de sacrificar a un solo hombre, cuando podemos tener un plan estratégico mejor. Ni Apolo ni Sebastián debieron irse del modo que lo hicieron.

—Estaban desesperados.

—Precisamente por eso.

—A veces me sorprendes. Pareces más autocontrolada que los que nacieron de ese lado de la frontera.

—He aprendido —dijo.

Me fui a buscar a Camil y lo encontré en la enfermería con el torso vendado. Ya lo había revisado un médico, así que reparé en su expediente. Iba a estar bien. Alejo estaba a su lado y lo estaba mareando con todos los pormenores acerca de los caballos.

—En cuanto se descuiden me iré caminando directo a los establos —dijo Camil.

—Esta noche estarás como nuevo —le dije.

—Supe que Apolo fue en busca de Iris. Me lo dijo Alejo. No quería dejarla. Me obligaron a venir. ¿Han sabido algo de ellos?

—Están bien por ahora. Confía en que podremos rescatarlos. Ahora te dejo en compañía de Alejo, tengo que irme.

—Yo también tengo cosas que hacer. Voy a desentrañar el enigma del sistema de seguridad que me pediste, Paz. Estuve pensando y tengo algunas ideas —dijo Alejo y lo apresuré a hacerlo.

Mi padre dio la autorización para que Alejo lo intentara pero igual me

comunicó que no daría marcha atrás. Me senté al lado de mi joven hermano, le vi transformarse y dejar a un lado sus escasos años y comportarse como un adulto. Papá le palmeó el hombro y pidió que le avisara si Alejo lo lograba. Después de un rato de ver trabajar a Alejo sin éxito, vi que faltaba poco para la reunión de Earta y King.

—Esfuézate, Alejo —le supliqué—. Tengo todas mis esperanzas en ti. Necesitamos a Sebastián.

Le dejé un beso en la cabeza a mi hermano y corrí a tirarme un poco de agua encima. Me preparé una taza de café y antes de tomármela, mi tía me la cambió por una bebida proteínica. Me obligó a tomármela a la par que me pedía que la pusiera al tanto de los detalles. Me compartió que Owen y Diana vendrían pronto, debido a los nuevos planes de mi padre. Salí corriendo, con el cabello aún húmedo y casi me congeló en el trayecto a la sala de vigilancia.

Me senté delante de mi pantalla y vi a Earta arribar ante Ademar King II.

—¿Dónde está Rita? —pregunté.

Nadie me contestó, ni siquiera mi madre. Tanto ella como Paúl estaban bastante preocupados mirando varias pantallas a la vez. Vi a Earta tomar asiento delante de Ademar King II, a la par que el aludido disculpaba a su suegra por no poder estar presente.

—La doctora Roger se sintió indispuesta. Me dijo que podrá reunirse con usted más adelante.

—No tengo ningún inconveniente —dijo Earta.

Como nadie en la sala de vigilancia reparó en mi pregunta, volví a emitirla.

—¿Qué está pasando? ¿Cómo que indispuesta? Me comunicaré ahora con Sara, no entiendo qué sucede.

Jonathan que ya estaba ahí, y al parecer era el único que vigilaba la

pantalla de la oficina de King, me giró la cara con gentileza hacia otra de las pantallas. Vi a Rita Roger en el interior de un auto, manejando, con dos robots humanoides y el pequeño Ademar King III. Si lo que nos atañía, la reunión del mandatario con Earta, tenía poca audiencia de mi lado de la frontera, la salida de Rita tampoco levantaba el interés de la mayoría. Me coloqué dentro del tumulto para ver en qué estaban tan interesados los miembros de mi equipo, descubrí que seguían la araña que vigilaba el CDIA. Justo en ese momento, Sara se entrevistaba con el director del centro. La acompañaba un robot humanoide muy parecido a Max. Cabía la posibilidad de que fuera Max.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando, por favor?

—No sabemos —dijo mi madre.

—¿Me comunico con Apolo o con Sara? —sugerí.

—Ahora no —me susurró mi madre a la vez que me apartaba del resto para decirme—. Creo que Apolo y Sara están trabajando por su cuenta. ¿Recuerdas algo que hayan mencionado que te haga sospechar que tenían un plan alternativo al nuestro?

—Apolo y Sara querían huir juntos, con los hijos de ambos, pero no iban a actuar por su cuenta. Creo... —dije ya sin tener una idea.

Mi madre me dijo que había tomado posesión de la sala y había asignado funciones ante las novedades. Puso a Jonathan a cargo de la reunión entre King y Earta, porque era el que podría arrojarnos más luz sobre las decisiones que tomaran aquellos dos. A otro de los hombres le ordenó no perder de vista a la araña que se había logrado colar a tiempo dentro del auto de Rita. Paúl quedó a cargo de Sara, pero varios en la sala se interesaron en su visita poco usual.

Escuchamos a Sara decir:

—Espero no ser una molestia para usted y que me disculpe por no seguir el protocolo. La verdad es que ya no sé qué hacer con él. Le he pedido al encargado que lo revise en varias ocasiones y me asegura que no tiene ningún defecto de fabricación ni ninguna falla.

—Usted es bienvenida siempre, señora —dijo el director del CDIA—. No era necesario que viniera en persona. Pudo mandar al encargado o pedirle que hiciera una llamada y le hubiésemos dado una respuesta inmediata. También podía pedir un reemplazo a la tienda donde fue adquirido el robot, si no estaba satisfecha con el producto.

—Ese es el problema. Ni siquiera sé quién es nuestro proveedor. No quise molestar a mi esposo con este asunto tan intrascendente. A veces siento que cuando diseñan a los robots que nos atenderán, no piensan en las necesidades de nosotras las mujeres.

—La escucho.

—Ni siquiera la nana robot de mi hijo cumple con mis expectativas. Sería tan feliz si tomara en cuenta mis ideas para desarrollar una nueva línea con sutilezas que solo a las mujeres nos atañen.

—Si usted lo considera necesario, lo tomaré en cuenta. Por lo pronto, le haré entrega de uno de los robots de toda mi confianza, en lo que creamos un producto a su medida. En cuanto al que trajo puede dejarlo, me gustaría revisar a profundidad las fallas que usted ha encontrado. Le adelanto que hemos desarrollado una nueva línea que podría ser de su interés, el que la acompañará procede de ese lote.

—Muchísimas gracias.

—Con gusto.

Mi madre y yo nos miramos al unísono, cuando vimos que el robot que acompañó a Sara se quedó rondando en la oficina del director del CDIA, y Sara partió presurosa con la nueva adquisición. Mamá y yo, nos separamos

del resto y volvimos a nuestras suposiciones.

—Creo que lo hizo para dejar a Max dentro del CDIA, no sé cuál es el plan que ella sigue —dijo mi madre.

—Se ha arriesgado demasiado. Creo que a estas alturas en la sala ya saben que ella es nuestra aliada. Intentamos protegerla pero las visitas a Apolo...

—Nuestro equipo es pequeño, son de confianza no creo que ninguno sea un traidor. Y si lo hubiera lo descubriríamos de inmediato. No se arriesgarían —dijo mamá.

—Mi padre confía en cada uno.

—Sara piensa huir y creo que lo hará hoy mismo. Después de la estupidez que hizo en el CDIA no podrá volver a la residencia King. Si al director se le ocurre comentar la visita con el esposo, Ademar King II sospecharía de inmediato de ella.

—Le preguntaré ahora mismo qué intenta hacer —dije.

—Primero revisa la araña de Max.

Lo hice y me di cuenta que Max estaba en su sitio. Mi madre me sugirió que me conectara con mi hermano y sondeara la situación. No tuve tiempo de hacerlo, Sara me pidió acceso a mi guía mental y acepté, sin evitar lanzarle una mirada de sorpresa a mamá:

—Lo tengo, Paz. Tengo el respaldo de la guía y la computadora del director del CDIA.

—Dáselo a Apolo. Él lo sincronizará con su guía estilo Tierras Inhóspitas y nos hará llegar la información. ¿Están pensando huir hoy mismo?

—No hasta que tengamos a Iris —dijo.

—No regreses a la residencia King, sería peligroso para ti.

—Apolo y yo tenemos un plan no te preocupes —dijo y se

desconectó.

La vimos encontrarse con Apolo en su departamento y proseguir a la antigua clínica donde yo había trabajado como médico. Ahora sí no entendía nada. A la par que Apolo me transmitía, sin darme explicaciones, la información del anillo a mi libélula, vi a Sara hablar por su guía convencional con Ademar King, mientras ella acudía a una habitación. Su hijo estaba siendo atendido por personal médico.

Ademar King abandonó su reunión con Earta y fue rumbo al hospital. Mi madre y yo nos miramos sin entender nada, o más bien, tratando de armar las piezas del rompecabezas. No pude quedarme para averiguar más, corrí hasta donde estaba el general Verena con la información que Apolo me había pasado.

Mi padre se sentó de golpe ante mis palabras atropelladas. Ya estaba tomando medidas para aguantar el golpe que suponía, toda la información sobre nosotros que Earta Hébert había soltado en el interrogatorio, previo a su entrevista con King. El plan alternativo de mi hermano le hizo transmutarse en el dragón de fuego.

—¿Cómo que Apolo está por su cuenta? ¿Cómo que hicieron esa estupidez y ya tienen la información? —repitió mi padre—. Tendremos que apresurarnos. Ademar sospechará de Sara. No sé qué se traen esos dos entre manos.

—Revisemos la información —pedí.

—Comunícate de inmediato con tu hermano mayor y exígele que nos ponga al tanto de las razones que le llevaron a ese disparatado plan. Ordénale que te diga cuál será su próximo paso. Yo haré que revisen la información. Tal vez con esto podamos acceder a la clave que necesitamos.

Mi padre y yo nos separamos del resto. Para mí la palabra ‘ordenar’ y más a mi hermano, era inaceptable, pero lo que hizo Apolo y el peligro que

corría también lo era. Apolo me recibió en la guía mental y le dije:

—Papá quiere respuestas.

—Vamos a rescatar a Sebastián, a Iris y a Abel —ese es nuestro objetivo.

—¿De qué estás hablando?

—Ya tienes la información del director del CDIA, busca lo que consideres necesario para dar con la clave de la seguridad.

—Tenemos un ejército, carajo. ¿Por qué crees que vamos a arriesgar a dos personas en un plan tan absurdo? Sara se puso en evidencia. Ademar no se tragará el cuento de la señora interesada en mejorar a sus robots de servicio. ¿Y qué tiene su hijo? ¿Por qué está ingresado?

—Ademar está ahora en el hospital atormentado por la salud de su hijo. No creo que el director le moleste con el asunto de su esposa, cuando sepa que el pequeño está delicado de salud.

—Lo hará. Ese tipo no es un tonto.

—Ademar no tendrá cabeza para otra cosa que no sea el estado de su hijo.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Mírame a mí donde estoy por salvar a Iris.

—Espero les funcione. Ademar no es igual a ti, ni a Sebastián.

—Papá exige saber cuál es tu siguiente paso o el de Sara —dije de una vez porque mi padre me presionaba con la mirada para sacar esa información.

—¿Me crees tan estúpido para querer salvar al mundo solo? No he hecho nada que ponga en peligro la misión, pero no vine hasta aquí para quedarme de brazos cruzados. Quise la clave para que Max pudiera investigar qué hay detrás de la puerta infranqueable. Sebastián no aparece y esa puerta sigue siendo el único sitio al que no hemos podido acceder. Hay algo que

esconden y necesitamos saberlo antes que nuestros hombres entren en la ciudad.

—¿De qué estás hablando? Max está en el Departamento...

—No. Max es el robot que Sara dejó en el CDIA. Dejamos un reemplazo en su sitio en el departamento.

—Para engañarme a mí. ¡Esto es el colmo!

—Para ganar tiempo. Queríamos entrar por esa puerta con ayuda de Max pero no podremos hacerlo. En la información que te transmití se especifica que la contraseña de acceso es el ADN de la persona que traspasa el umbral, tienen un escáner que lo analiza. No es tan simple como arrancarle un cabello al gato y pasarlo por el escáner, no. Eso ya lo pensé. Hace un escáner global. Necesitamos clonar una contraseña y a la vez repeler el ADN del asignado a la misión. Si es una máquina lo tenemos cubierto porque no tiene, si es una persona hay que enmascararlo.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos?

—Reúne un equipo, tienes personal capacitado y la información detallada de cómo los del CDIA lo realizaron.

—Pero pides más que eso.

—Y lo necesito ya. Sara y yo no tenemos mucho tiempo.

—Papá se pondrá furioso, más aún cuando sepa que ahora seguiremos tu plan y no el de él.

—Ese será su problema. Él me tendrá que dar la razón.

CAPÍTULO 37



Mi padre estuvo al tanto de mi conversación con Apolo y negó con la cabeza. Alejo se acercó a nosotros, vino a decirnos que había caído el primer candado y que ya estaba dentro de varias computadoras del CDIA, pero que aún no podía introducirse a la del director, ni a alguna que arrojara información sobre la clave que buscábamos.

—Eso podrás hacerlo en breve. Tenemos todas las claves del director. Alejo, sigue ahí, no lo pierdas. Necesitaremos movernos dentro de esa red —le dijo mi padre—. La contraseña de la puerta ya la tenemos, la conseguimos por otra vía. Trabajarás con nuestro equipo, muchacho.

—Como usted diga, general —dijo Alejo.

—Espero que no desobedezcas mis órdenes, hijo —le dijo con severidad papá—. El plan de Apolo es bueno pero no lo necesitamos —me dijo después el general—. Gracias a la información que nos transmitió, ya tenemos todas las contraseñas y Alejo ya está dentro de la red, nada nos podrá parar. Desactivaremos la función del lector de ADN y Max podrá introducirse para investigar qué hay detrás de esa puerta.

—Pero papá... —intenté decir.

—Apolo hizo bien su parte y punto. No olvides que yo estoy al mando. Él no está sopesando todas nuestras necesidades porque las

desconoce. Mi ejército ya inició el avance. Lo que no nos sobra es tiempo, ya vamos a entrar.

Dijo la última palabra y yo ya tenía un pie fuera de la instancia. Me comuniqué con Apolo de inmediato, mi hermano se sorprendió por lo recurrente de mi insistencia, pensando que ya habíamos concluido el tema.

—Papá tiene sus propios planes y el clonar una contraseña no es uno de ellos —le transmití.

—No me sorprende. Por eso tuvimos que actuar sin darles más información. Quiero saber si estás conmigo —me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Sara y yo vamos a rescatar a Sebastián.

—¿De qué estás hablando?

—¿Papá no te lo dijo? En la información que sustrajimos de Ademar King se habla de un sujeto en resguardo, que no puede ser otro que Sebastián. Por eso no lo encontramos en el Departamento de Defensa. Menciona que es un miembro cercano de su familia, que requiere ser intervenido con la nueva técnica. Estuve analizando y creo que es Sebastián, no tenemos mucho tiempo. En la computadora del director del CDIA menciona muy claramente que en dos días comienzan a trasplantarle órganos mejorados, no clonados. Si lo logran ya no será el mismo. Son órganos artificiales.

—No lo puedo creer. Por eso la prisa de papá, por eso su insistencia en que no tiene tiempo para confeccionar el clon de la contraseña.

—Sigo creyendo que mi plan es la mejor forma de entrar. Debemos tomar a Sebastián ahora, antes que sospechen que deseamos rescatarlo y lo cambien de sitio. Max está esperando nuestras órdenes. No hay tiempo que perder. ¿Estás conmigo?

—No puedo traicionar a papá.

—Entonces será muy tarde para Sebastián.

—Papá quiere lo mejor para todos. Él tomó en cuenta mi postura a la hora de elegir si avanzábamos o no.

—Papá no te dio toda la información sobre Sebastián, así que ninguna decisión que tomaras iba a ser justa.

—Hay algo más, papá y Walker masacraron a un grupo de personas. Los que formaron otro campamento por su cuenta.

—Sara me habló de esas personas.

—Lo hizo para darle una lección a King y no acabo de entender cómo es posible que papá lo haya hecho. No puedo asimilar sus razones.

—El general Verena es la cabeza de su ejército, ahora está actuando como un militar. Tú y yo no hemos llegado hasta aquí para ganar una guerra. Nos arrastraron otras circunstancias. ¿Estás conmigo? Dímelo porque tampoco tengo tiempo. Sara y yo vamos a rescatar a Sebastián y si tú no nos ayudas a conseguir la contraseña, lo veremos por otra vía.

—¿Por qué estás tan seguro que puedo hacerlo?

—Tú no, Jonathan sí.

—Pero Jonathan tiene otra especialidad.

—Jonathan diseñó la guía mental y lideraba a puertas cerradas todas las armas relacionadas con la persona humana. Era el secreto mejor guardado de Leila. Por eso se refugió con nosotros, porque quería liberarse de la opresión que los otros líderes de la UNA estaban ejerciendo sobre él. Si se negaba a servir, iba a ser un prisionero de la UNA toda su vida.

—No lo sé. Las divisiones en nuestro ejército podrían ser contraproducentes.

—Te estoy hablando de Sebastián —me soltó y tuve que repetírmelo varias veces—. ¿Vas a sacrificarlo?

—Sabes que no lo haría jamás. Por otra parte Jonathan...

—No entiendo.

—¿Quieres que sea Jonathan nuestro último recurso para salvar al causante del final de Leila?

—Nunca dudaste de Jonathan. ¿Por qué lo haces ahora? —me recriminó.

—Es que me sueltas todo sobre su importante carrera ahora. ¿Por qué no me lo dijiste antes y solo te limitaste a contarme lo de la guía? ¿Por qué él no me lo dijo? Se supone que no tenemos secretos.

—Haz lo que quieras, Paz. Ya fui honesto contigo. Sabes que hay cosas que no se pueden decir.

Salí de la comunicación y regresé al cuarto de las pantallas, solo para buscar a Paúl y a Jonathan. Les señalé con el dedo y les di a entender que los esperaba afuera. Mi intención era ponerlos al tanto de mi conversación con Apolo. Obvié todo lo concerniente a mi padre y a su avanzada. Le exigí respuestas a Jonathan y él me sostuvo la mirada con firmeza sin negar nada. Paúl nos interrumpió y manifestó que estaba con mi hermano con una simple frase:

—Confío en Apolo.

—Yo estoy aquí por Apolo —ratificó Jonathan—. Haré lo que él me diga. Tengo un par de hombres trabajando en el pedido de tu hermano. Utilizaremos el ADN de Ademar King II —dijo Jonathan y entendí que Apolo ya le había consultado. No importaba del lado de quién yo estaba, el plan de mi hermano ya estaba tomando forma.

—¿De qué estás hablando? —dije para enterarme de los pormenores que me estaban obviando.

—Sara tomó la muestra y Apolo la envió con su guía —aclaró Jonathan.

—¡Ah! —dije estupefacta al constatar todo lo que me estaba

perdiendo—. Imagino que mandarán el clon de la contraseña del mismo modo.

—¿Es todo, Paz? —dijo Paúl—. Estoy en medio de algo. Ademar King II está en una acalorada discusión con Sara y es sobre tu hijo. ¿Me permites seguir al tanto? —dijo y corrió ante las pantallas para no perder de vista a los esposos King.

—El envío para Apolo tiene que salir hoy. Voy a ocuparme en persona —me informó Jonathan y se despidió de mí con una palmada en el hombro.

Sara estaba en la habitación de su pequeño hijo, aún en el hospital. Cuando los tuve a la vista, la discusión había terminado porque King se despedía con un beso del pequeño y se marchaba.

—Nos perdimos el final —me dijo Paúl.

—¿De qué hablaban? —indagué.

—Hoy llega Abel a la residencia. Ademar King II se opone a Karena, que desea recibirlo y cuidarlo como su nieto. Él considera que el niño traerá problemas cuando sea adulto. Prefiere dejárselo a Earta y que sea útil para lo que la doctora estime.

—¡Maldito! —vociferé—. Es su sobrino. No lo entiendo. Él no tuvo valor de mover un dedo contra Sebastián cuando abandonamos el Departamento de Defensa. Pensé, entonces, que le quedaba algo de humanidad y que quería a su hermano a pesar de las enormes diferencias que tienen.

—En el pasado, tal vez. Recuerda que no sabemos nada de Sebastián —dijo Paúl—. ¿Albergas la esperanza de que King, por respeto al lazo que lo une a Sebastián, no se ensañe con él? —me preguntó. Preferí no responder, porque mis dudas al respecto eran grandes—. Dice que no solo es el hijo de Sebastián, que es el nieto de Verena. Quiere usarlo para vulnerar a sus

enemigos. Piensa que si Verena por defender a su hija desertó, el nieto es una pieza clave para lograr de él lo que desee.

—¡Maldito, mil veces maldito! —vociferé—. Es un niño.

—Revisaré la grabación para ver el fin de la discusión y qué nos perdimos. Luego te informo. Comunícate con Sara, reúne toda la información de los planes de King, para que le avisemos a tu padre. También dile que no sea tan efusiva al tomar partido por nosotros, King puede sospechar.

—Sara hizo lo mismo que está haciendo Karena, no creo que resulte más extraña por eso. Tomó interés por un bebé, que además es de su familia —opiné.

Paúl se alzó de hombros y luego me dio la razón. Sara me dio acceso a su guía y le transmití:

—¿Cómo está tu hijo? ¿Por qué sigue en el hospital? Pensé que lo habías ingresado como parte de tu plan con Apolo para confundir a King.

—No. Lo ingresé para sacarlo de la propiedad y facilitar nuestra huida. Su salud ha estado delicada y no era difícil encontrar un motivo para que lo dejaran aquí.

—Lo siento mucho, Sara. ¿Qué tiene ahora el pequeño?

—Sus defensas. Le están suministrando medicamentos que lo refuerzan. Dicen los médicos que no me asuste, que podrá vivir una vida larga pero que no podrá dejar el tratamiento. Su vida siempre estará supeditada a hospitales, medicinas. Me reconforta el doctor al decirme que la ciencia sigue avanzando y que tal vez encuentren la cura. Pero no hay fecha, solo promesas.

—Se ha encontrado cura para muchísimas enfermedades.

—Le reocriminé a Ademar por tu hijo y me dijo que peleaba por el bando contrario, que Earta está buscando una cura para mi hijo y para los otros afectados.

—No te dejes manipular por King. La solución que puede encontrar Earta, es la misma que otros científicos han buscado para otras enfermedades. Siempre a través de la genética y para las siguientes generaciones, con la finalidad de erradicar a futuro, no de sanar a los que ya sufren. La cura la están buscando nuestros científicos. Los que Earta abandonó en Tierras Inhóspitas y uno excelente que vino de la UNA. Tu madre lo sabe. Tú lo sabes. Rita nos ha dejado acceder a toda la información necesaria para lograrlo a través de su arácnido. Ella tiene los datos de los experimentos que Earta dejó a resguardo en el instituto antes que King la sacara. Earta solo quiere corregir el déficit para evitar que autocontrolados y autónomos se reproduzcan, y así establecer una supremacía sin fundamentos.

—Sé dónde están tu hijo y tu sobrina —me soltó sin divagar más al respecto de si creía en mí o en King.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. Sara levantó la mano con disimulo y entendí que se refería al anillo, que lo seguía utilizando—. Los sacaré antes de que todo reviente. Se los entregaré a Sebastián y a Apolo, antes de que tomen la ciudad. Solo tengo una condición, mi madre, mi hijo y yo saldremos con ellos. No me quedaré para ver cómo se derrumba todo.

—Será arriesgado, más que todo lo que has hecho.

—Apolo y yo tenemos un plan. Mi hijo ya está afuera de la residencia. Tu hijo llega hoy con Karena. Iris también llegará hoy al Instituto de Planificación Familiar. Ademar le ordenó a mi madre que le abra las puertas a Earta y que le dé vía libre.

—Sin ti y sin tu hijo, Ademar se volverá loco. Será muy difícil que escapen todos juntos.

—La idea es de Apolo. Yo confío en él.

De nuevo. Alguien me restregaba en la cara que mi hermano era el líder. Yo estaba entre seguirlo a él o a mi padre. Todos por el mismo fin pero

con diferentes métodos. Mi intuición me dijo que no perdiera de vista a Apolo, si Sara iba a sacar a los niños, Apolo y Max iban por Sebastián. ¿Por qué mi hermano quería actuar solo si el ejército de mi padre iba en camino? ¿Por qué no apoyarse en los aliados que teníamos en la ciudad? La respuesta me vino. Mi hijo y la amenaza de King de usarlo como arma contra mi padre, mi sobrina que también corría peligro. A eso se refería Sara cuando decía que iba a sacar a los niños antes que todo explotara. Se me coló la idea de ir con ellos a la capital.

Fui hasta Paúl y le dije:

—Tenemos que reunir un grupo para ayudar a Apolo y a Sara. Ellos solos no podrán.

—No. Apolo te necesita de enlace. Desde aquí puedes ir mandando los apoyos.

—Pero no entiendes que se van a enfrentar con el ejército de King, que si los descubren, con Sara involucrada en esto, la reacción del tirano será desmedida.

—Si hay que ir lo haré yo con un grupo de nuestra gente. Tú y Jonathan se quedarán aquí, donde son más útiles.

—Jonathan tiene una misión, mi madre puede ocuparse de ser el enlace.

—Tu padre tiene un plan, tu hermano otro, no sumes un tercero.

CAPÍTULO 38



Me dejé caer en el sillón frente a la pantalla de Karena. Mi corazón estaba a punto de colapsar de tanto palpar ante la promesa de ver a mi hijo. Karena estaba impaciente, se había asomado en la terraza de su habitación y aguardaba. Una notificación llegó a su guía y atravesó la amplia sala por el centro, hasta que abandonó el lugar. Tomó un ascensor y bajó a la primera planta, rumbo a la entrada principal. Su marcha fue estoica, la misma estoicidad que la acompañó durante el reencuentro con su hijo mayor. La seguía la mujer robot de siempre, su acompañante y una nueva, que tenía aspecto de nana.

Un vehículo escoltado hizo su arribo. Mi corazón se aceleró más. Antes que abrieran la puerta, Paúl me señaló que Iris estaba llegando, con similar equipo de seguridad, al Instituto de Planificación Familiar, solo que sin ningún cortejo de bienvenida. La chica iba con los ojos tapados y fue conducida por los guardias al interior del recinto por una puerta trasera.

Me comuniqué con ella a través de la guía. Le hice llegar:

—Estamos contigo. Ya te tenemos ubicada. Tu padre te rescatará pronto.

—¿Estás segura? —dijo—. Ya se ha tardado y tengo miedo. ¿Dónde estoy? ¿Para qué me han traído?

—Ahora me tendré que desconectar, pero no pierdas la fe. Mantente atenta. Te quiero.

Me levanté de mi sitio y me quedé de pie frente a la pantalla que reproducía un auto negro, que abría sus puertas para dar paso a Earta. «Lógico. La gran amiga ahora quiere dárselas de héroe ante Karena. No entiendo cómo Karena lo acepta. La tipa quiso utilizar a su nieto para sus experimentos y ahora se las da de salvadora», me dije. Earta lo traía en sus brazos y mi pequeño, ajeno al peligro que corría con la traidora, descansaba plácidamente. Los ojos se me llenaron de lágrimas, Paúl se me acercó y me pasó un brazo sobre los hombros. No pude evitarlo, un gemido se me escapó y los labios comenzaron a temblarme.

—Está bien —trató de animarme Paúl.

Eso me reconfortaba después de todas las pesadillas que se habían apoderado de mis noches desde su ausencia. Tenía que agradecerle a Karena por mantenerlo a salvo, después de todo, ella no lo había arrancado de mi lado. Tampoco estaba pensando en devolverlo o al menos eso me imaginaba. No vi a Karena ni siquiera sonreír, se acercó un poco y le estudió el rostro a Abel.

—Se parece a su padre, demasiado —dijo como si hasta tenerlo en frente lo reconociera realmente como hijo de Sebastián—. ¿Cómo se llama?

—Abel —dijo Earta.

«¡No puede ser!», me dije. En ese momento, en que Earta lo nombró Karena debía reaccionar, recordar ese nombre, el que ella le había dado a Sebastián tras su nacimiento, el de su abuelo; pero Karena no hizo nada, ni siquiera un suspiro, ni siquiera un movimiento que evidenciara un cambio en el patrón de su respiración. Únicamente percibí la palidez de su rostro acentuarse, señal de que aquella situación no le era indiferente. Esperé que aquel nombre y la cálida presencia del bebé le recordaran a su hijo. Sebastián

tenía que estar vivo.

Karena le ordenó a la nana robot que tomara al niño y lo llevara a su nueva habitación. Luego despidió a Earta lo más pronto que pudo, sin invitarle a pasar a la casa u ofrecerle alguna bebida. Karena se fue directo a su habitación, se encerró adentro y lloró. Eso fue todo. Envié su arácnido a la habitación de Abel, quien quedó supeditado a una nana robot, sin más presencia humana. No quería perderlo de vista ni un minuto. Yo misma cambié la misión de uno de los arácnidos del Departamento de Defensa y lo mandé para que cubriera a Karena. Le mandé una notificación a mi padre.

Mi madre llegó pronto. De seguro Paúl la había avisado. Me abrazó mientras yo seguía sentada delante de la pantalla que proyectaba a mi hijo a los cuidados de su nana.

—¿Cómo te sientes? —indagó mamá.

—Ahí voy —contesté.

—Pronto estará con nosotros. Tranquila.

Paúl se me acercó para decirme que la guía de Apolo, versión Tierras Inhóspitas, iría de regreso, que Jonathan ya le había notificado que estaba lista. Él mismo se iba a encargar de acercarla en un vehículo a la frontera. Mamá ni se inmutó al escucharlo y supuse que ya sabía, de seguro por Paúl, que no perdía la oportunidad de agradarla.

—Paúl, no creo prudente que vayas solo, tanto por los soldados de King como por los de mi padre —dije.

—Recogí la guía de Apolo en la frontera y la traje a nuestra base. Puedo hacerlo —me aseguró Paúl.

—Creo que alguien debe acompañarte. Jonathan imposible. Necesitamos que salga ileso —sugirió mi madre.

—Me ocuparé de buscar un compañero. Paz, comunícate con Apolo y dile que su encargo va en camino —terminó por decir Paúl.

Me enlacé con Apolo y lo puse al corriente de todo, él me dijo:

—¿Eso significa que estás conmigo?

—Nunca he dejado de estarlo —le dije.

—¿Y papá?

—¿Recuerdas cuando me dijiste qué querías ver su cara, cuando le dijera que había introducido a Max al Departamento de Defensa?

—Sí, por supuesto.

—Y ahora tú cambias los planes. No olvides que estamos en el mismo equipo, papá, tú y yo. Puede que estés pasando por alto sus órdenes pero si estás en peligro no dudes en pedirle ayuda. Tu araña está de regreso, así que haz lo que te dicte tu corazón.

Apolo se comunicó conmigo a la mañana siguiente. Tenía la araña consigo y dos contraseñas de acceso, la tercera ya la tenía Sara en su poder. Me advirtió que no perdería tiempo y que pronto sacaría a Sebastián de su cautiverio.

—¿Sabes cuánto tiempo tengo antes de que lleguen las tropas del general y esto se vuelva un caos? —me preguntó.

—Papá dijo que pronto pero no especificó horas, días, semanas.

—No importa. Te necesito. Serás nuestros ojos.

—De acuerdo —dije—. También puedes comunicarte con mamá y con Jonathan en caso de que no me consigas contactar.

—¿Por qué sucedería eso?

—Es un decir. No le quitaré los ojos a las pantallas pero sabes que es imposible que esté ahí las veinticuatro horas.

Terminé de decir y reparé en Paúl, quien estaba justo frente a mí. Me desconecté de Apolo. Paúl no pudo evitar decir:

—Esto es una locura. ¿Hizo preguntas? De seguro se le hizo raro tu comentario. Espero que salgamos bien librados.

—No te obligué a venir. Si querías quedarte delante de la pantalla con mi madre podías hacerlo.

—Me obligaste a traerte conmigo para acercar la araña de Apolo a la frontera y luego me convenciste para seguir hasta la capital. Eres muy persistente. No te entiendo, ni a ti ni a Venus. Están mal de la cabeza las dos —dijo un poco exasperado.

—¿Y por qué metes a mi madre en el paquete conmigo?

—Porque a ti se te ocurrió esta loca idea de venir conmigo para apoyar a Apolo y Venus no lo dudó por un minuto.

—El plan de Apolo es bueno pero tiene muy pocos hombres. Sabes que él no podrá pedirles ayuda a los aliados de mi padre. No si va en contra de las órdenes del general.

—Creo que estas divisiones no son buenas para nuestro ejército.

—Estoy convencida pero no iba a dejar solos a mi hermano y a Sara. Nuestro ejército llegará rápido. Y recuerda que fuiste el primero en ponerte del lado de Apolo. Mi madre seguirá con mi parte del plan, ella desviará las arañas cuando estemos actuando, así los informantes de mi padre no verán nada en las pantallas y no le dirán que su primogénito pasó por alto sus órdenes.

—Lo que también me pone nervioso. Tu madre estará ciega también, no podrá saber qué nos está sucediendo y si llegara a darse el caso que corremos peligro, nadie podrá salvarnos.

—¿El plan es tuyo y de Apolo y ahora a mí me reclamas, Paúl?

—Solo expongo los hechos.

—Por eso voy contigo. Mi madre y yo nos comunicaremos a través de la guía mental, seré el enlace. No confío en que Apolo quiera hacerlo.

Estamos cubiertos, Iris, Sara, Apolo y yo tenemos la guía mental. Eso tendrá que servirnos, junto a los arácnidos y nuestras guías estilo Tierras Inhóspitas.

Me detuve a ver en mi guía la réplica de las pantallas que estaban bajo el control de mi madre. Paúl hizo lo mismo con su guía. Nos dividimos los robots arácnidos a seguir.

—Tu hermanito, Alejo, hizo buen trabajo desviando la red hacia nuestras guías. Así Venus no tendrá que padecer transfiriéndonos determinada pantalla cuando sea necesario. Solo espero que no vaya de bocón con el general —me comentó.

—No lo creo. El chico es estupendo.

—¿Estás listo? —le dije—. Ya casi vamos a entrar a la capital.

—Tu aliada ya está en camino. Acabo de verla. ¿Estás segura que el camino es apropiado?

Asentí y me puse a revisar las armas que llevaba conmigo. Un ruido nos distrajo y nos pusimos alerta. Nos miramos. Ni siquiera nos habíamos acercado lo suficiente a la frontera por la que queríamos entrar y ya estábamos teniendo problemas. Le pedí a Paúl que se quedara en el sitio, para yo rodear el paraje y sorprendí a los intrusos por la espalda. Los encañoné y se pusieron de pie con las manos en alto. Les vi las caras y los reconocí de inmediato, aunque trataron de enterrarse dentro de sus vestimentas.

—¡Maldición, Alejo! ¿Qué haces aquí? —le grité.

—Me di cuenta lo que pretendías hacer, cuando me pediste habilitar tu guía para transmitir lo de los arácnidos —respondió.

—¿Y eso te da derecho a seguirnos? ¿Y tú Camil, tus lesiones?

—Estoy recuperado por completo —dijo Camil.

Paúl se nos reunió y comenzó a lamentarse:

—Lo que nos faltaba. Ahora tendremos que hacer de niños. Tendrán que regresarse por donde vinieron.

—No pueden seguir con nosotros, chicos. No los queremos arriesgar —les dije.

—Te podemos ser de utilidad, Paz. Yo puedo ayudarte con las redes y Camil es fuerte, pasó el entrenamiento de la UNA. Yo lo tomé a medias —dijo Alejo.

—¿Camil, cómo le hicieron tú e Iris para colarse en la capital sin ser descubiertos? —indagué.

—Alejo nos dio la pauta para desactivar una parte de la barrera que bordea la Sociedad Autocontrolada.

—¡Y mil veces nos aseguraste que no sabías nada del escape de Iris! —le reclamé a mi hermano menor.

—No lo suficiente. Solo le di a Iris lo que me pidió. Ya me había visto hacerlo otras veces, al recorrer las partes irregulares de los límites entre naciones, en nuestro viaje inicial —dijo Alejo.

—De acuerdo. Tendrán que venir con nosotros. Escúchenme bien, vendrán porque ya no tenemos tiempo de regresarlos a la base. La ayuda de ambos será valiosa de todos modos. Una vez que pasemos, un carro nos estará esperando.

CAPÍTULO 39



La doctora Rita, enviada por Sara nos aguardaba en su auto. Por un momento pensé, cuando me comuniqué con Sara que no podría ayudarnos. A Sara se le ocurrió que su madre podría recogerlos en la frontera. Era un plan arriesgado, pero más lo era el que tenían en mente Sara y Apolo. Nosotros veníamos de refuerzo y a Sara le pareció un alivio. Acordamos que Apolo no lo sabría hasta que estuviéramos con él, para que no nos insistiera en retractarnos.

Apolo estaba en camino al CDIA. Lo observé a través de mi guía libélula. Iba solo. Habíamos sostenido hacía un par de segundos la última conversación y él aún no sospechaba que estábamos muy cerca.

—Entraré con él. Lo veré al interior —les dije a mi equipo y mostré la contraseña que había traído conmigo.

—Paz, no. Déjame a mí —dijo Paúl.

—Yo podría ser más útil. Estuve navegando dentro de la red del CDIA y conozco todas las claves de acceso —insistió Alejo y no lo dudé. El chico tenía razón. El CDIA era un mundo que le podría resultar familiar pero no podía arriesgarlo.

—Entraré. Alejo y Camil, se les nota la adolescencia en el rostro. Paúl, aún no dominas el acento. Tengo experiencia como agente en la capital.

Alejo, sincroniza tu guía con mi libélula, transmite toda la información necesaria para que pueda llegar cuanto antes con Apolo, sin ser descubierta —dije y desde ese momento ya no me cuestionaron mis decisiones—. ¿Alejo, puedes hacer que las puertas convencionales se abran ante mi paso como si tuviera una guía estilo Sociedad Autocontrolada?

—Puedo darte mi guía —sugirió Rita que había permanecido callada—. He visitado últimamente el CDIA, para colaborar con los nuevos experimentos que realizan y tengo acceso a los primeros niveles.

—Prefiero que no, doctora. Usted la necesitará. ¿Puedes hacerlo, Alejo? —le pregunté a mi hermano.

—Creo que sí —dijo él.

—Con eso me basta —dije.

—¿Y si no puede? —me preguntó Paúl.

—Podrá. Tiene acceso a la computadora central del CDIA, puede hacerlo. ¿Alejo? —me volví a mi hermano—. ¿Escuchaste al general mencionar cuando desactivará la seguridad del CDIA? Eso también nos podría servir.

—¿O nos podría complicar todo? —dijo Paúl—. Tomarían medidas de seguridad extremas si notan una falla o un intruso en su sistema.

—El general Verena lo hará cuando estén por entrar, pero no sé cuándo sucederá —contestó el chico.

El auto se detuvo en el garaje de la casa de la doctora. Les indiqué a los chicos que fueran a cambiarse de ropa, por la que Rita había ofrecido. Eran uniformes del Instituto de Planificación Familiar.

—Espero que Camil y Alejo no causen sospechas, se ven muy jóvenes —le dije a Paúl.

—Son altos para su edad. No creo que eso sea un problema —dijo él.

—¿Estás de acuerdo conmigo? ¿Hice bien en no revelarles todo el

plan a Camil y a Alejo?

—Pues sí, si los apresan tendrán menos que decir.

—No nos atraparán y en todo caso, ya viene el ejército. La capital no seguirá en manos de King mucho tiempo más.

—¿Qué más te dijo Sara? —me preguntó.

—Apolo va por Sebastián. Sara sacará a mi hijo de la residencia valiéndose del otro clon de la contraseña, utilizará el elevador por donde transportaron a Sebastián. Lo sacará por el techo. Hay una nave ahí todas las noches. Rita sacará a Iris. Se encontrarán todos fuera del área protegida, pero antes de partir, la doctora y Sara pasarán por Ademar King III.

—Vale. Vamos a cambiarnos de ropa de una vez.

—Camil y tú acompañarán a Rita. Ella le dará acceso a Iris y ustedes la sacarán. Rita aguardará a Sara, juntas huirán con los niños. Todo saldrá bien. Me comunicaré con Iris por la guía mental en cuanto tenga la oportunidad. Usa tu guía convencional para que tengas acceso a la función de las arañas. Así podrás estar al tanto de nuestro avance. Yo haré lo mismo.

Los muchachos llegaron ante nosotros, vestían los uniformes del Instituto de Planificación Familiar. Paúl y yo ya no perdimos tiempo, también nos cambiamos. La doctora Roger ya estaba lista. Nos subimos al vehículo y partimos. A una cuadra del CDIA, el auto se detuvo y me dispuse a bajar.

—¿Alejo? —le dije al muchacho esperando no arrepentirme—. Tú vienes conmigo. ¿Recuerdas el mapa del sitio? En cuanto pongamos un pie adentro, Venus nos guiará hasta los vestidores. Necesitaremos cambiar de uniformes

Alejo se quedó mudo, entre sorprendido y emocionado. «Divina adolescencia. Ni siquiera piensa en el peligro», pensé al ver como su rostro se iluminaba. Se despidió con un apretón de mano de Camil y sin decir nada, ni hacer preguntas, me acompañó. Caminamos hasta la entrada del CDIA y

siguiendo el protocolo usual, revelado por Rita Roger, nos introducimos. Ella ya había movido los hilos propicios para que no resultara sospechosa nuestra visita.

Nadie nos detuvo. Respiré hondo cuando atravesamos la puerta principal. La ropa que llevábamos nos permitió llegar hasta la primera planta sin causar sospechas. En el vestidor había uniformes de diferentes tonalidades de gris.

—El menos oscuro —le sugerí a Alejo tal cual me había aconsejado Sara que había hecho Apolo. Mientras menos intenso fuera el tono significaba mayor jerarquía.

Lo que Alejo le hizo a nuestras guías antes de entrar funcionó, las puertas se abrieron a nuestro paso como si el mismo director del CDIA estuviera avanzando a mi lado. Frenamos ante la puerta donde las arañas no habían podido entrar.

—Es ahora que sabremos si la contraseña funciona o no —le susurré.

—Me alegra saberlo. ¿Bastará con una? —dijo apenas sin mover los labios

—Apolo dijo que sí. Se abre para mí y yo te doy acceso. Así metieron a Sebastián cuando lo llevaron prisionero. Vamos de una vez. Hay vigilancia constante. Si los guardias nos ven titubear sabrán que somos intrusos.

Contuve la respiración y mantuve a raya los latidos de mi corazón, antes que se desbordan en un ritmo descontrolado. Di un paso al frente y no puede evitar sentir un tirón en mi pierna derecha. ¿A quién engañaba? A mi cuerpo no. La contraseña no había sido probada en campo. Un paso más y ahora sí no había marcha a atrás. Si la puerta no cedía por sí sola, nos estamparíamos de frente contra ella, y nuestro exceso de ‘seguridad’ iba causar que unos cuantos guardias salieran a intentar capturarnos. Otro paso. La puerta se abrió y pasamos al otro lado. Alejo no se despegó de mi lado,

seguimos avanzando sin demostrar siquiera entre nosotros nuestra sensación de júbilo.

El sitio estaba oscuro. Lo primero que había era un cubículo amplio con ropa quirúrgica. Le indiqué a Alejo que se forrara de pies a cabeza y que no olvidara el tapabocas. Esto era perfecto para nosotros, porque nos permitía introducirnos en la sala con solo los ojos al descubierto. Inicié la comunicación en la guía mental para contactar a Apolo:

—¿Dónde estás?

—¿Paz? Estoy acercándome al sitio donde tienen a Sebastián —me transmitió mi hermano.

Me dio acceso a su campo visual y vi que caminaba hacia una cámara donde un paciente permanecía atado a un montón de tubos. El corazón se me encogió, de lejos pudimos ver que parecía un hombre, por la complexión y la estatura. No distinguí ninguna otra seña porque tenía una máscara de oxígeno sobre el rostro y varios equipos médicos a su alrededor.

—¿Cómo le vas a hacer para sacarlo? —añadí—. ¿Y si necesita estar conectado a la máquina para vivir?

—No lo sé. No imaginé que lo tuvieran así. Pensé llegar antes. Tengo que idear algo, en este momento lo peor que puedo hacer es quedarme sin opciones.

—No estás solo —le dije. Fue el único que se volvió a sus espaldas. Se recompuso y volvió a disimular.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy cerca de ti, a treinta pasos hacia la puerta. Vengo con otro de los nuestros.

—¿Estás loca? —me transmitió en una frase que le salió del alma.

—No te iba a dejar sin apoyo. Ponme en contexto.

—No te acerques demasiado a las personas, para que no descubran

que no perteneces al sitio. Actúa como si supieras a dónde vas. Aquí hay médicos, ingenieros y un poco de todo. Como te habrás dado cuenta, el espacio protegido es circular. En el centro se encuentra el paciente, aislado por gruesos muros de vidrio. A su alrededor hay diferentes cubículos.

—¿Otros pacientes?

—No. En los cubículos se realizan los experimentos.

—¿Dónde está Max?

—Le asigné otra misión.

—No entiendo nada. Él estaría aquí contigo. ¿Cómo pretendes sacar a Sebastián tú solo?

—Su modelo lo están destinando a otros servicios. Aquí en el CDIA solo usan los nuevos modelos. Me iba a ver sospechoso si lo tenía cerca. Él tiene una misión mucho más importante.

Alejo y yo, llegamos a su lado. Compartí una mirada con Apolo y él pudo reparar en mi acompañante. Creo que no lo reconoció a la primera, de lo contrario hubiese hecho algún comentario. Miramos al unísono al paciente y nos quedamos conmocionados. Era Ademar King.

—¿No estaba muerto? —me preguntó Apolo en voz baja, con los ojos muy abiertos.

—Lo estaba. Al menos es lo que dijo su familia. No hubo funeral... —recordé en voz alta.

—Ningún dato o archivo hacía referencia a Ademar King —manifestó Alejo.

—Lo que me faltaba —expresó Apolo en voz casi extinta—. ¿Qué hace Alejo aquí?

—Él se ofreció a ayudarnos. Mantengamos la calma. Tenemos que salir —dijo—. Hemos corrido con suerte, ni siquiera hemos levantado sospechas. Es hora de irnos.

—Vayan ustedes adelante. Aún tengo trabajo —advirtió Apolo.

—¿De qué estás hablando, Apolo? Vinimos por Sebastián y no se encuentra aquí.

—Paz, ¿no te das cuenta lo que significa? Estos canallas quieren despertar al tirano.

CAPÍTULO 40



Sara me contactó por la guía, ni siquiera preguntó por nosotros, ni por qué parte de nuestro plan fracasado andábamos. Ella estaba lista para escaparse. Vi a Apolo frente a mí, decidido a hacer algo para ponerle fin a la vida de Ademar King y mi urgencia por frenar la maldad que se estaba apoderando de él, se pospuso. Todos mis sentidos se enfocaron en lo que Sara me transmitía a través de la guía:

—Ya estoy ante la puerta de la habitación de tu hijo. Karena no está en la residencia. El momento es perfecto para rescatar a Abel. Si todo sale bien, Abel y yo estaremos fuera de la propiedad hoy.

Vi la puerta abierta y a mi hijo en la cuna, una mano sobre mi brazo me regresó a lo que tenía delante. Alejo entornó los ojos y me instó para convencer a Apolo de abandonar el CDIA de inmediato.

Dejé a Sara y me comuniqué con Apolo, le dije con fuerza:

—Es hora de irnos. Sara está por sacar a mi hijo. Tenemos que seguir lo acordado.

—Esto se sale de nuestros acuerdos, Ademar King está vivo. ¿Sabes lo que significa? La fuerza de su legado puede reavivarse cuando los habitantes de la Sociedad Autocontrolada lo sepan. Algunos de nuestros aliados pueden volverse en nuestra contra, sobre todo los que difieren de

King II, pueden ver el retorno del tirano como una esperanza de retomar su poderío —me intentó convencer Apolo, pero tras ver a Abel en la cuna a punto de vivir la aventura de su rescate a tan corta edad, nada interfirió con mi decisión de abandonar el lugar.

—Apolo, es hora de irnos. Sara está por sacar a Abel y cualquier acción que tomes ahora puede repercutirle. Pondrás sobre aviso al ejército de King II, movilizarán a toda la armada.

—King es una amenaza, no podemos dejarlo. ¿A qué entramos al CDIA, a nada?

—Nuestro hallazgo es muy importante. Papá no tardará en entrar, él y los generales se harán cargo de King.

Lo vi pensarlo un par de segundos más, mientras mi corazón se agitaba, pero por lo que estaba ocurriendo lejos de ahí. Nos enfilamos uno a uno rumbo a la puerta, con disimulo y tratando de seguir lo más desapercibidos posible. Caminé con paso firme a la salida, lo hice como una autómatas, solo podía seguir a Alejo que caminaba delante de mí. Ya estaba conectada con Sara.

Ella iba caminando con el niño en brazos, no podía verla porque ahora no era conveniente para mí espiar la transmisión de su arácnido, pero podía observar a través de sus ojos al pequeño Abel intranquilo al ser conducido por aquel amplio pasillo hasta la puerta del ascensor. Al lado de Sara, descubrí un robot humanoide que conocí al instante, no importaba cuántos modelos fueran semejantes.

—Entra, la contraseña funciona —insté a Sara. Mi madre también le advirtió que no había peligros.

Sara avanzó y la puerta se abrió a la par. Suspiró aliviada. Se introdujo a tiempo con Max a su lado, justo antes de que Abel comenzara a llorar con toda la fuerza de sus pulmones. Sara intentó calmarlo, yo le

transmití la canción de cuna que usaba para adormecerlo. Ella se la susurró, al principio sin éxito, hasta que Abel, aún con los lagrimones resbalándole por las mejillas, se tranquilizó un poco. Sara terminó de secarle el rostro, cantó la canción con más seguridad y el niño reposó la cabecita sobre el hombro de ella.

—¡Al fin! —Sara murmuró.

Comprendí de inmediato cuál era la nueva misión de Max. Sería el que operaría la aeronave que utilizarían para huir. Cuando terminaron de ascender, Sara salió desesperada del elevador, le ordenó a Max que abriera la puerta de la nave, por donde pensaba introducirse con el niño en brazos.

—¿Qué diablos haces aquí? —dijo Sara asustada al percibir a William Allen escondido en el asiento del piloto.

—Lo mismo pregunto —dijo él bajando y alejándola de la aeronave—. ¿Qué haces aquí y con el bastardo de Paz?

Palidecí. Intenté buscar apoyo en Apolo. Cuando noté dónde estábamos, me di cuenta que habíamos arribado al auto que él había dejado aparcado y ya nos estábamos subiendo. Le iba a pedir a Sara que le diera acceso también a mi hermano mayor, pero si lo hacía, Apolo se volvería vulnerable y aquello no iba a ayudar a nuestros planes. No supe cómo reaccionar, me subí al auto y me dejé guiar, sin desconectarme de Sara.

—Miente lo mejor que puedas —le sugerí a ella a través de la guía.

—William —le dijo ella—, salí a tomar aire. Saqué al pequeño Abel porque estaba intranquilo.

—No te esfuerces. No es necesario que inventes. Sabía que terminarías aquí. Llevo rato sospechando de tu comportamiento y te he seguido. No sabía lo que tramabas y aún no termino de hilar los cabos sueltos para entender tus intenciones. No tienes que darme una explicación. Hablarás con tu esposo.

—No me gusta el tono de tu voz —le reclamó ella—. No toleraré tu desconfianza. Estás paranoico.

—¡Dame al bastardo! —le exigió.

—¡No! ¡Y no le vuelvas a decir así! Es el nieto de Karena King.

—No creo que ella sepa que lo tienes en el techo.

—No hay nada malo en ello.

—¡Camina! Puedes sostener al bastardo. No me hagas llevarte por la fuerza.

—Ni se te ocurra que te voy a obedecer —le dijo Sara—. Estás imaginando cosas que no son.

William intentó tomarla por el brazo para conducirla y Max se lo impidió.

—¿Qué le sucede a esta máquina? ¿Sara, cómo te atreves a echármelo encima? —le gritó William.

—Está programado para protegerme, de quien sea. Son órdenes de mi esposo.

William hecho una furia, intentó poner en reposo a Max. El robot lo detuvo con una maniobra, lo desarmó y le dio un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. Con una rapidez impresionante, que le hizo recordar los tiempos en que era mi entrenador. Max tomó a Sara de la mano y la elevó directo al asiento del copiloto, corrió del otro lado e intentó poner en marcha el motor, fue inútil, William se había encargado de dejarlo inservible.

—¡No puede ser! ¿Qué haremos, Max? —dijo Sara en voz alta.

—Bajen y salgan en auto de la propiedad. No tienen otra opción —le transmití a Sara.

—Vamos, Max, no tenemos otra alternativa. Tenemos que irnos por tierra.

Antes que la conversación se prolongara, diez guardias estaban con

ellos. Unos llegaron por el elevador y otros por las escaleras. Los hombres los cercaron y Max se lanzó contra el primero y lo desarmó de una patada. Dos más lo atacaron por cada uno de los costados, Max logró neutralizarlos y así fue eliminando uno a uno, a la par que Sara intentaba contener el llanto desesperado de mi hijo. Mientras Max abatía a más soldados, más aparecían por las escaleras. Los últimos en arribar a la escena eran robots humanoides de la nueva serie de producción. Max se distrajo cuando tres se le acercaron a Sara con intenciones de llevársela por la fuerza. Max intentó luchar pero terminó sometido y en un intento desesperado hizo lo último que consideró relevante para proteger nuestro movimiento. En fracciones de un minuto, Max intentó destruirse y dañar su sistema para siempre. Su sacrificio, al intentar deshacerse de toda la información resguardada en sus archivos, a través de su propia aniquilación me heló la sangre y me acercó aún más a esa máquina, que ya era para mí uno más de los que conformaban mi equipo.

Sus captores, lograron detenerlo, lo pusieron en reposo y se lo llevaron de allí, como si fuera un objeto. Sara bajó escoltada por la vía común. La llevaron ante su esposo. Al verlo, ella intentó abrir la boca para defenderse y King ni siquiera le dio la opción, le cruzó el rostro con la palma de la mano. Sara quedó espantada y mi hijo comenzó a llorar a gritos, aún en sus brazos.

Mi instinto me hizo volverme a mi guía, quería desplegar las pantallas de los distintos arácnidos que estarían captando las imágenes desde diversos ángulos, el de Ademar, el de William, el de Sara y el de Abel, pero si lo hacía Apolo iba a girar el volante y llevarnos de cabeza a la boca del lobo.

La nana robot que servía a Karena ya había sido llamada y apareció a tiempo. Sara le entregó a Abel para que no saliera lastimado por el brutal asedio de Ademar King II. Otro golpe recayó sobre el lánguido rostro de Sara, del impacto terminó en el piso, donde King la pateó incontables veces

por el abdomen. La visión de lo que me transmitía Sara era borrosa, entre el sudor, la sangre, las lágrimas y los continuos parpadeos todo era una película de terror. Sara admirablemente no se desconectó. Una lágrima me resbaló por la mejilla y no me atreví a desconectarme tampoco. Estuve a punto de apoderarme del volante y yo misma conducir para devolverle al muy canalla cada uno de sus puntapiés y manotazos.

—Por favor, Paz. Dile a mi madre que huya con mi hijo. Si Ademar la atrapa no tendrá clemencia con ella —la voz de Sara en mi cabeza volvió a retumbar.

Me quedé titubeando por un par de minutos, espantada, desorientada, entre el pánico por ver a Sara masacrada a golpes por el salvaje de Ademar King II y el temor a las consecuencias de nuestros actos para mi hijo. Reaccioné, dejando el dolor por mi criatura a un lado, me comuniqué con mi equipo. Lo hice por escrito a través de la guía libélula, le transmití a Paúl:

—Las cosas se salieron de control. Tienen que alejarse a toda prisa.

—¿Qué sucede? ¿Los atraparon? —me devolvió él por el mismo medio.

—No. Sebastián no estaba en el CDIA. Logramos salir. Nadie sospechó de nuestra intromisión. Cuando nos veamos te daré detalles. Sara fue descubierta. La tiene Ademar King II, ella aún no nos ha delatado, no ha dicho nada con respecto a nosotros, pero no sé cuánto aguante.

—¿El mal nacido la está torturando? ¿A su propia esposa?

—¿Y qué esperabas? Apolo, aún no lo sabe. No puede saberlo hasta que se me ocurra qué hacer.

—Entiendo. Nosotros hemos tenido éxito hasta ahora.

—Tienes que sacar a Rita y al hijo de Sara, se lo debemos.

—Cuenta con eso.

Apolo no me había quitado los ojos de encima desde que empecé a comunicarme con su amigo, ya sin poder aguantarse me preguntó:

—¿Con quién hablas? ¿Por qué por escrito?

—Con Paúl. Lo puse al tanto de nuestra situación y pedí informes.

Ellos van bien.

—Me comunicaré con Sara.

—No.

—¿Por qué?

—He estado comunicada con ella la mayor parte del tiempo.

—¿Y cómo va todo? —preguntó Apolo.

—Bien. Un poco atrasada pero ahí va.

—Me comunicaré con Iris de nuevo.

—Ahora no.

—¿Por qué, ahora quieres controlarme?

—Carajo, Apolo. Concéntrate en el volante, no vayas a distraerte y llamar la atención. Tenemos que llegar con ellos.

—El auto puede ir en automático.

—Hazle como quieras, Apolo. No quiero controlarte.

—¿Y a todas éstas, qué hacen ustedes aquí? ¿Cómo se involucraron Paúl, Alejo, tú?

—No te podía dejar solo. Paúl y yo decidimos venir a ayudarte, luego Camil y Alejo aparecieron de la nada. Tuvimos que traerlos pero no nos fue mal, han sido muy útiles —me adentré en el tema y logré distraerlo. Al menos hasta que nos alejáramos.

—Hazme un resumen breve y rápido —me exigió Apolo.

—El chico prodigio —dije refiriéndome a Alejo—, resultó provenir de la misma recolección de óvulos y espermatozoides que tú y yo. Él esperó junto a mí, también congelado, hasta que le dieron la oportunidad de nacer

años después. Su embrión fue adoptado. Venus al saber que no podría quedarse con él decidió darle la oportunidad de tener una vida.

—¡No jodas! Esto es espeluznante y raro. Y no lo digo por ti, Alejo. ¿Hasta dónde tenemos que llegar?

—Quiero que te disculpes con Alejo por desquitarte con él cuando Iris escapó —le exigí—, y no porque es nuestro hermano, más bien porque se lo debes.

—¿Ya había hecho eso? ¿No?

—No de la forma apropiada.

—Alejo, perdóname. No suelo reaccionar así —le dijo Apolo.

—No tienes que hacerlo, no es necesario —dijo Alejo.

—Parece que estoy alucinando. ¿Eres nuestro hermano? —soltó Apolo.

—Papá ya hizo las pruebas correspondientes, no hay dudas —dije.

—Bienvenido, Alejo, a nuestra disfuncional familia. Estoy un poco conmocionado aún, sin entender nada. En mí tienes un hermano. Recibo esta noticia con asombro, no lo niego, pero también la recibo con agrado.

Apolo dejó el auto en automático y se volvió a atrás. Mis dos hermanos se miraron a los ojos, con aquellas miradas que amaba con toda el alma, una indefinida y otra que hablaba sin palabras. Apolo extendió una mano al muchacho y Alejo sonrió, como tal vez había querido hacerlo, desde que decidió huir y dejar el confort de su hogar para enrolarse junto a su hermano mayor, al que admiraba como a un ídolo. Se estrecharon la mano derecha y luego sumaron la izquierda, con ese gesto se juraron fidelidad. Los miré desde mi asiento de copiloto, sin poder siquiera sonreír, con la imagen de Sara perpetrada fustigándome la conciencia, con el temor incierto sobre el futuro de Abel y con el nombre de Sebastián laténdome en el corazón como una irreparable pérdida. «¿Dónde estás, amor, dónde estás?», pensé y mis

lágrimas resbalaron por mis mejillas. Apolo se volvió a mí y con los dedos me limpió el rostro. Tomó mi mano y depositó en ella un beso profundo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Estoy emocionada de verles juntos, es todo —le contesté—. Toma el volante, Apolo. En este momento el automático me pone nerviosa. Salgamos a toda prisa.

CAPÍTULO 41



Traté de analizar la situación. Sara había sido descubierta *infraganti*. Nada que le dijera ahora a Apolo podría salvarla de la furia de los King, solo nos metería en problemas a nosotros también. Nuestra operación quedaría descubierta en breve. Nos quedaba alejarnos a toda prisa, más allá de la frontera. Confiaba que Karena protegería a Abel y que eso duraría hasta que el ejército de mi padre entrara en la capital. El general Verena se coló en mi pensamiento como el único plan viable para salvar a Sara. Tendría que comunicarle a papá todo lo que estaba ocurriendo, aunque eso me alejara de mi hermano mayor para siempre.

Mandé un mensaje muy claro a la guía mental de mi madre, iba acompañado de la instrucción de ser enviado con cada uno de sus letras a la guía del general Verena:

—Revélale a nuestro padre todo nuestro plan. Dile que el equipo conformado por Paúl está huyendo con Iris, Camil, Rita y su nieto. Apolo, Alejo y yo vamos a su encuentro. Estamos huyendo a toda prisa hacia la frontera. Sara y mi hijo fueron detenidos. También tienen a Max. Es urgente que mandes a un arácnido a seguirle la pista, si acceden al sistema de Max conocerán demasiados detalles que nos harán vulnerables.

—Tu padre ya sabe lo sucedido con Sara. Quise desconectar los

arácnidos para que aquí en la sala no le advirtieran del escape de Sara pero fue imposible. Varios arácnidos se involucraron a la vez, el de William, Ademar King II...

—Dile a papá que necesito a sus hombres, a sus aliados, para ir a rescatarlos, pero que no haré mi voluntad esta vez. Dile al general Verena que espero sus órdenes.

—¿Así esperas suavizar su ira?

—Es por mi hermano. Si Apolo sabe lo que está ocurriendo con Sara...

—Ni lo digas. Sé de lo que es capaz.

—No tanto como yo. Estuve con él en el rescate fallido de Dafne, no permitirá que le arranquen a la mujer que ama por segunda vez.

—Menos a manos del mismo verdugo.

—Cuida a tu hermano, Paz. Me muero si le sucede algo —me suplicó mi madre—. Yo me comunico con Edgar, él ni siquiera se dio cuenta que ustedes ya no están. Partió con su ejército.

—Dile de Abel, recálcale dónde lo tienen. Exígele que lo proteja. Ademar King II no dudará de usarlo para debilitarnos.

—Eso no es necesario. Tu padre no permitirá que nada le ocurra a su nieto. ¿Y Sebastián? ¿Por qué no has dicho nada sobre él?

—No hay rastros de él. Sigue siendo un misterio. Dile algo más a mi padre. Ademar King está vivo, sigue hibernando. Es el paciente que tenían en el CDIA, recibirá el nuevo tratamiento. Lo quieren despertar.

—¿Estás segura?

—Apúrate, madre. No olvides por un segundo que tienen a Max.

Regresé a ser testigo de la tortura de mi amiga, mientras aguardaba por la respuesta del general. No sabía qué más hacer. Rogaba porque mi

padre nos diera los hombres que necesitábamos para ir a rescatarla. Desde donde Sara se encontraba, solo podía ver los pies de su esposo acercarse una y otra vez para asestarle fuertes patadas sobre el abdomen, la espalda, las piernas... Ella alzó la vista y pude notarlo, estaba enardecido, justo como aquella vez que vació su arma sobre Dafne. Apolo aún sonreía a mi lado, con la esperanza de encontrar a Sara al final del camino. William volvió a aparecer en escena. Venía iracundo y profiriendo amenazas contra Sara, las que Ademar obvió:

—¿Dónde llevaron al maldito robot que me golpeó? —dijo William.

—No lo sé. Está por ahí apagado —gritó Ademar.

—Hay que acceder a sus registros para obtener toda la información.

—¿Información de qué? —rugió Ademar.

—Tu mujer está coludida con Paz Verena.

—Es lo que no acabo de entender. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Te lo he dicho hace varios días. Sara ha cambiado, solo tú no te dabas cuenta. Y ese robot tiene mucho que ver. Es idéntico al que usaba Paz de entrenador.

—Es el robot que yo le asigné para protegerla desde hace tiempo atrás. El robot hacía su trabajo, no creo que sea el problema, pero si te asalta la duda haz lo que tengas que hacer. Bastantes problemas ya nos dejaste al traer a Paz Verena a vivir bajo nuestro techo. Por culpa de ella acabo de perder a mi esposa y sabes que es algo de lo que me costará mucho recuperarme. Te dejo esto en tus manos. Me voy. Estoy harto de esta situación. Sácale a Sara toda la información que tenga, te la entrego, es toda tuya.

Ademar King II dejó a Sara con William y se marchó. William la tomó de un brazo y la arrastró a lo largo de suelo hasta sacarla de la habitación. Después le hizo una seña a uno de sus hombres para que la

llevaran hasta el elevador. Entró con su propia contraseña de ADN y subió hasta el último piso. Una aeronave distinta a la que él había arruinado llegó, con el ruido ensordecedor de las hélices, aterrizó y sin apagar motores se la llevó.

Sara perdió el conocimiento por bastante tiempo y yo me quedé bloqueada. Cuando recobró la conciencia era conducida en brazos por unos pasillos que me resultaron familiares. Podría estar equivocada, pero tenía una corazonada. Estaban en el subterráneo del Departamento de Defensa. Ella permaneció en silencio y se dejó llevar, me fijé en cada uno de los detalles que ella podía captar en su recorrido. Mientras, me transmitió un pensamiento:

—No sé cuánto más pueda soportar.

—Te vamos a rescatar —le transmití.

—¿Apolo?

—No. Mejor no preguntes más, solo confía, aguanta.

—No tardarán en hallar la guía mental en mi cuerpo. Apolo y tú tienen que protegerse.

Los guardias que la trasportaban abrieron una celda en una profunda oscuridad, solo atenuada por unas luces moradas, y la dejaron caer en el suelo. Sara tardó en orientarse dentro de su encierro e incorporarse como pudo. Se sentó y enderezó la espalda, recostándola a la pared. Entonces me dijo:

—Paz, mira —me transmitió Sara mientras levantaba la vista.

Delante de ella, tirado en suelo divisé a un hombre. Estaba molido a palos, no podía verle el rostro. Estaba cubierto de moretones y la sangre seca le cubría el rostro, parte de los brazos y la espalda. Solo vestía un pantalón, ni siquiera tenía zapatos. Sara se arrastró hacia él, sin dejar de quejarse, por el dolor que sentía por el abuso que había sufrido.

—Creo que es él... —dijo en voz alta y antes de que terminara la frase yo ya estaba llorando.

Conocía a perfección la curvatura de su espalda y cada uno de los músculos que permanecían abatidos en el suelo.

—Acércate más —le supliqué sollozando.

Apolo, en nuestro sitio, ya no pudo obviar más mi estado. Se volvió a mí y me presionó:

—¿Qué está sucediendo, Paz?

—Hemos encontrado a Sebastián —le susurré.

—¿De qué estás hablando? —me exigió.

—Dame un minuto —pedí.

—Pero, Paz...

—Espera —dije ante la impaciencia de mis dos hermanos y lloré sin que nada me pudiera frenar.

Sara se acercó más al cuerpo de mi amado, lo giró con lentitud mientras él emitía un gemido de dolor. Le descubrió el rostro y ella también era un mar de lágrimas. Sara intentó despegarle la sangre seca del rostro, inútilmente.

—Sebastián, soy Sara —le dijo.

—¿Sara? —dijo él con dificultad y mi corazón se aceleró.

—No hables descansa —ella le pidió.

—¿Eras tú la aliada? ¿Qué sabes de Paz y de mi hijo?

—Están bien.

—Me muero de frío.

—Estás helado, Sebastián —dijo abrazándolo e intentando que entrara en calor—. Todo estará bien. Vendrán por nosotros.

—Aquí no podrán rescatarnos, tendremos que escapar.

—Pero si ni puedes moverte.

—Créeme que lo haremos. He estado esperando el momento.

Apolo ya no pudo con la impaciencia. Me exigió que saliera de mi silencio y le revelara todo. Yo repetí como una autómatas:

—Sebastián está en una celda del Departamento de Defensa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Con quién te estás comunicando a través de la guía? ¿Es con mamá? ¿Nuestro padre dio con el paradero de Sebastián? — Apolo me bombardeó a preguntas.

—Apolo, fue otra fuente.

Terminé de decir la última palabra y ya Apolo estaba estacionando justo donde habíamos quedado en vernos con Rita y los demás. Camil y Paúl, ya habían cumplido su parte, habían rescatado a Iris. Apolo me ignoró por unos instantes y dejó de presionarme con sus interrogantes. Cuando vio a su hija corrió hasta ella y la elevó del suelo a la par que se fundían en un abrazo.

—Papá —le dijo Iris—. Gracias por no dejarme sola ni un minuto. Te quiero.

—Pequeña, ¿cómo estás? ¿Te lastimaron? —Apolo indagó.

—Estoy bien —Iris lo tranquilizó—. Perdóname por irme, no volveré a hacerlo.

—¿Dónde está Sara? —dijo él al notar su ausencia en el grupo.

Rita Roger, llevaba de la mano al hijo de Sara, con la cara impávida, se sumó a la duda:

—Sara no llegó a la hora acordada. El tiempo apremiaba y Paúl me aconsejó que sacáramos a Ademar King III y no perdiéramos tiempo. ¿Ustedes tampoco saben qué pasó con mi hija? —dijo nerviosa Rita.

—Le pedí a Paúl que huyeran a toda prisa, que no aguardaran por Sara —dije al fin.

—¿Qué sucede con Sara? ¿Tú que tienes que ver, Paz? De eso se trataban los mensajes que te estabas enviando con Paúl —me recriminó mi hermano mayor.

—Les explicaré todo después, pero ahora necesitamos poner a los chicos y a Rita a salvo cuanto antes. Apolo, cálmate. Sara no vendrá ahora con nosotros, mi hijo tampoco. No pudieron tomar la aeronave, William los descubrió —dije.

—¡Oh, no, no! ¿Qué más sabes? ¿Qué le han hecho? —dijo y se alejó un par de pasos de nosotros.

Ya estaba pidiéndole acceso a Sara a su guía mental y yo junto con él. Sara lo dejó entrar y Apolo palideció al observar dónde se encontraba. Apolo vio a través de los ojos de Sara. Observó parte del torso y una mejilla de Sebastián, mientras Sara lo abrazaba para calentarlo. Vi a Sebastián y mi corazón se volvió a acelerar. Permanecí en silencio, mientras Sara y Apolo se ponían al corriente de lo acontecido.

—Sara, mi amor, ¿cómo estás?

—¿Apolo? —transmitió ella y comenzó a sollozar.

—Ahora mismo regreso, voy a salvarte.

—No lo hagas. Salva a mi hijo y a mi madre, si regresas los pondrás en peligro también.

Sin pensarlo dos veces, mi hermano me dijo en voz alta:

—Paz, tú puedes guiarlos. Yo regreso por Sara y por Sebastián.

—No puedes quedarte, no sin refuerzos —le pedí.

El ambiente comenzó a ponerse tenso. Ademar King III estaba asustado y pidiéndole a su abuela que lo llevara con su madre. Rita no lloraba porque el niño que tenía de la mano dependía de ella, pero las lágrimas las tenía pegadas al borde de sus ojos, retenidas con fuerza. Admiré verla, a pesar de sus años, fuerte como una roca en esos momentos. Iris le suplicaba a

su padre que no se fuera. Sara sollozaba al otro lado y le suplicaba a Apolo que salvara a su hijo y a su madre.

—¡No la voy a abandonar! —me transmitió Apolo a través de la guía para no poner nervioso al resto del equipo.

—¿Y piensas que yo quiero abandonar a mi hijo, a Sebastián o a Sara? La mujer que amas te ha confiado lo que más quiere en el mundo. Aquí están su hijo y su madre. Si corres para salvarla y no los sacas de la capital, le harás un mal mayor.

Una llamada entró a mi libélula, justo cuando él le decía que iría a salvarla y ella trataba de frenarlo para no perderlo. Reaccioné con prisas desconectándome de Apolo al comprobar que era el general Verena. Mi padre no perdió tiempo pidiendo explicaciones, imaginé que tenía sus propias fuentes para corroborar el alcance de nuestros hechos.

—¡Qué nadie abandone la capital! —ordenó mi padre con el mismo tono enérgico de voz que Apolo había utilizado para dejar claro que iría por Sara.

—¿De qué hablas, padre? Serán minutos para que nos encuentre Ademar King II y nos masacre.

—Les enviaré una dirección. Mis aliados ya les están esperando y es el único lugar seguro para ustedes.

—Padre, encontramos a Sebastián. Está en el Departamento de Defensa. Él y Sara son prisioneros. Los tienen encerrados en las celdas subterráneas.

—Pónganse en camino, nos veremos pronto.

CAPÍTULO 42



Volvimos a nuestros autos y huimos lejos de la frontera. Las sirenas se apoderaron del aire con su tenebroso sonido. La gente corría a los refugios y esta vez lo hacía de modo desordenado y frenético. Tuvimos que alejarnos del tumulto y elegir las carreteras aledañas que eran las menos transitadas. En un auto iban Apolo, Iris, Rita, Camil y Ademar King III. En otro íbamos Paúl, Alejo y yo. Nos dirigimos a prisa a una de las bases militares que ya había caído, que había sido tomada desde adentro y que estaba bajo el control de uno de los aliados de mi padre. Para variar yo conducía y Paúl no dejaba de apresurarme:

—Aprieta el acelerador, perderás a Apolo.

—Voy lo más rápido que puedo, con tantos vehículos en la calle es una locura. Tú concéntrate en las pantallas. No quiero perderme nada. ¿Qué están captando los arácnidos en la residencia King? —pregunté.

—Parece que a Ademar King II el alma se le escapó del cuerpo. Algo le están comunicando a través de la guía que no le ha gustado nada. Ahora se está acercando a la pantalla de su oficina y la está encendiendo. Justo en las noticias. ¡Oh, esto no tiene precedentes! No te imaginas quién es.

—¡Suéltalo de una vez! —lo presioné.

—Es el general Eric Flannes, el Jefe de Defensa de América Unida.

Está dando un comunicado frente a la prensa y sus fuerzas. Se separan de la Sociedad Autocontrolada y proclaman su independencia.

—¿Qué? No entiendo nada. No sé si mi padre y Eric están coludidos en esto —expresé.

—Pues deben estarlo —dijo Alejo que no se perdía de una—. Eric acaba de proclamar su alianza de manera pública con el general Verena y los presentes acaban de vitorear de júbilo.

Paúl le alzó el volumen, todo lo que pudo, para que yo también lo oyera. No perdí un segundo y se lo transmití a Apolo a través de la guía mental. Lo sorprendí aún conectado con Sara. Ya se las había arreglado para comunicarse también con Sebastián. Así fue como supe que yo estaba errada y que había supuesto mal, en cuanto a su ubicación.

—No están en el Departamento de Defensa —me transmitió mi hermano mayor.

—Imposible. Conozco esos muros. Una vez estuve allí, es el lugar donde Leila... —le comuniqué.

—Sebastián era el Jefe del Equipo de Seguridad de Ademar King. A menos que hayan cambiado las cosas, él asegura que lo tienen en uno de los refugios bajo tierra que tienen lejos de la zona protegida.

—No entiendo. Estarían mejor resguardado en el Departamento de Defensa.

—Sebastián le reveló a Sara que eligieron el lugar de confinamiento porque son sitios completamente aislados y herméticos. Ni la tarántula de Sebastián ni la libélula de Sara, responden. Por eso no pudo ponerse en contacto con nosotros, ni viceversa.

—¿Y la guía mental? —dije, porque me quedé en suspenso.

—No tengo idea. Es algo que tendremos que preguntarle a Jonathan, después. Ahora funciona.

—En cuanto lleguemos a la base y dejemos a todos protegidos iremos por ellos. Tomaremos el armamento necesario y pediremos un destacamento.

Mi hermano estuvo de acuerdo.

Me desconecté de Apolo al notar que mi madre me pedía acceso. Me contactó para decirme que iban a reiniciar a Max al día siguiente. Me comunicó sus nuevas órdenes a seguir:

—Acabo de recibir la instrucción de enviar un robot arácnido para destruir el sistema de Max.

—¿Por qué me avisas de esto? —dije sin entender por qué me torturaba con aquella mala noticia.

—Sé que estás muy apegada a ese modelo, quería que supieras que se intentó rescatar pero que el ejército aún no llega.

—Si ya sabes lo que harás no me lo consultes, menos si tengo las manos atadas y tengo que pasar por segunda vez por esta extraña emoción de perderlo.

—Entonces dame otra opción —pidió.

—¿Estás dispuesta a incumplir la orden de Edgar Verena?

—¿Qué hago? —preguntó y pasó por alto mi interrogación, a mamá las órdenes de mi padre nunca le habían importado.

—Envíale la orden al arácnido de reiniciar a Max esta misma noche. Al resto de las arañas de la propiedad, prográmalas para cubrir a Max en su escape.

—Será inútil.

—Tendrá una oportunidad. Sara hubiese escapado si nuestro ejército no hubiese estado tan dividido y hubiese actuado en sincronía por el mismo fin.

Mi madre hizo lo que le pedí. Max abrió los ojos mientras se encendía

todo su sistema. Mi madre, le transmitió mi mensaje a Max. Le dijo que huyera lejos de los King y que esperara por las coordenadas para encontrarme, una vez que se alejara de la residencia King. Venus no pudo desviar todas las arañas, la situación era tensa para los King y se necesitaba la transmisión de la información constante. Solo dos cámaras transmitían a Max. Observé a mi robot favorito, con todas las adecuaciones incluidas por Sebastián que le hacían especial, mirar de forma fija a una de las arañas. Max sabía que yo lo estaba observando, se llevó la mano al sitio donde los humanos tenemos el corazón e hizo un gesto casi humano, de esos que en un inicio solían helarme la sangre. Pensé que me saludaba y una leve sonrisa afloró en mis labios, en medio de la vorágine de acontecimientos, liberarlo era una agradable noticia. Max no se detuvo, introdujo los dedos en su piel ficticia y la sonrisa en mi rostro se desdibujó. Recordé, justo sin tiempo para detenerlo, que allí estaba su unidad de control, con el *software* que regulaba su comportamiento global y la memoria con los archivos de la información que los King querían sustraerle. Max cayó irremediabilmente al suelo, con los ojos en blanco. Las arañas huyeron despavoridas, ante una orden proveniente de mi madre y fueron reasignadas a sus objetivos.

—Lo siento, Paz —fue todo lo que dijo Alejo al ver mi expresión.

Paúl solo hizo un gesto de solidaridad y yo aceleré la velocidad, tanto que rebasé a Apolo y fue él quien tuvo que seguirme desde atrás. Unas lágrimas tibias resbalaron por mi árido rostro, tras una pérdida que ahora sí sería irreversible.

—Es solo una máquina, Paz —intentó decir Paúl, no por ofender y sí por ayudarme a comprender, pero estaba tan ofuscada que no pude tolerarlo.

—Un a máquina que decidió sacrificarse por nosotros —le recalqué.

—No te lo rebatiré, sabes que todos extrañaremos a Max —me dijo al fin y con su pulgar intentó secarme una mejilla.

CAPÍTULO 43



Por supuesto que el general Verena se iba a oponer a nuestros planes. De un lado Apolo, Alejo y yo. Del otro él. No sé si mi padre lo hacía por protegernos o porque consideraba que su estrategia para rescatar a Sebastián y a Sara, era más objetiva que la nuestra. El arribo del general Verena a la capital, pero no al área protegida, era algo que aún no habíamos podido ver, porque no había ni guías mentales ni arácnidos espías con ellos, pero se podía sentir en el ambiente. La lealtad del general Archer, quien estaba a cargo de la base militar en la que nos habíamos refugiado, nos había quedado muy clara, no iba a darnos el armamento, ni el destacamento que le habíamos solicitado. Si nos aventurábamos al rescate, tendría que ser por nuestra cuenta.

Después de instalar a la doctora Rita y al pequeño Ademar King III en una habitación, Apolo, Paúl y yo nos reunimos a solas. Los muchachos también estaban descansando.

—Ademar King II está resistiendo, no me esperaba menos. Aunque el general se haya colado en la capital, no le será fácil tomar la zona protegida —dijo Paúl.

—América Unida mandará sus fuerzas para apoyar a Verena —dijo mi hermano.

—Parte de sus fuerzas. No puede dejar a América Unida desprotegida o será un blanco fácil —dije.

Escuché el aleteo de un insecto y luego lo sentí posarse en mi hombro. Un zumbido metálico se escuchó de fondo a nuestra conversación. Reparé en mi hombro y no vi nada, hasta que la hermosa libélula recobró su tonalidad y logré darme cuenta de lo que era.

Jonathan nos pidió acceso a Apolo y a mí, nos comunicamos con él a través de la guía mental.

—Llegaron las libélulas —nos hizo saber.

—¿Las que dejó desarrollando Sebastián antes de su captura? —pregunté.

—Sí.

Los tres, salimos corriendo para ver como una nube de libélulas recobraban su color original y entraban directo a uno de los cuartos de la base.

—¿Son robots? Son muchos. ¿Sabes para qué pidió mi padre su producción en masa?

—¡Hey! Una pregunta a la vez —dijo Jonathan—. Son guías libélulas, similares a la tuya, Paz. Tu padre quiere que todo su ejército tenga la nueva guía estilo Tierras Inhóspitas. Las libélulas van a llegar más rápido que las tarántulas.

Mi madre también pidió acceso y parecía una reunión lo que teníamos a través de las guías mentales. Solo faltaba Paúl por integrarse, pero él nos observaba y le íbamos informando.

—Son la única base militar leal a Verena en el área protegida —se aventuró a alertarnos mamá—. Prepárense. Ademar King II no se rendirá fácilmente y ya les tiene en la mira. Acaba de mandar un ejército de robots humanoides de última generación y su intención es aniquilar a todos los que

sean fieles a Verena dentro de la zona protegida. No usará bombas que destruyan la base, quiere recuperarla para desde ahí atacar a nuestras fuerzas. Tienen órdenes de aniquilar a cada persona que sea leal a Verena.

—Eso no ocurrirá —aseveré.

—Él no sabe que su hijo está ahí con ustedes. Está moviendo cielo y tierra por encontrarlo —dijo mi madre.

—No hay tiempo que perder —dijo Apolo con la intención de cortar la comunicación.

—Por eso Edgar aceleró el envío de las libélulas. Necesita la comunicación. La otra red le pertenece a King II. Hijos, hay algo más. Ocurre en el momento menos oportuno... —habló mi madre y nos dejó en suspenso.

—En América Libre hay una campaña para desprestigiar a Apolo — compartió Jonathan lo que había averiguado a través de sus fuentes—. No sé cómo lo supieron, aunque en estos tiempos no es difícil. Se ha esparcido la información sobre el origen de Apolo. Le han dicho al pueblo que es un autocontrolado. Eso, unido a su ausencia indeterminada, ha traído como resultado que la población se divida.

—Están convocando a elecciones. Apolo, los dirigentes de la UNA notaron que el gobierno títere que dejaron en tu lugar no surtirá efecto — añadió mamá—. La gente ya sabe que no estás prisionero. Todos conocen que lideras el movimiento junto con el general Verena. Hay los que no entienden por qué les has abandonado. Si te interesa aún ser representante en América Libre tendrás que regresar. Cuídense, hijos y cuiden a Alejo.

Mi madre y Jonathan regresaron a sus funciones. Apolo hizo silencio, incluso sus pensamientos se detuvieron. Nuestro murmullo interno también cesó. Nos quedamos expectantes. Paúl que nos leyó la inquietud en el rostro, nos abordó con sus interrogantes. Lo puse al tanto en pocas palabras y él, se acercó a mi hermano para suplicarle:

—No puedes renunciar a América Libre. Ya la has abandonado demasiado tiempo. Hay mucha gente que tiene la esperanza puesta en ti.

—Sabes que voy a regresar cuando termine de ayudar a mi padre. Él me dará el respaldo necesario para recuperar lo que me arrebataron —dijo Apolo en voz alta.

—Tenemos que volver ahora —exigió Paúl—, se lo debes a todos los que aún confían en ti.

—Lo siento. No dejaré a atrás a Sara, tampoco a Sebastián.

—Hay un ejército entero para rescatarlos. América Libre espera por un solo hombre. Desde allá podrás hacer lo mismo que Eric Flannes y apoyar a tu padre.

—Paúl, no será tan fácil sin romper con los otros representantes de la UNA.

No tuvimos tiempo para reparar más en ello, nos preparamos para lo que íbamos a recibir, al ejército más despiadado de todos. Mientras nos alistábamos y nos armábamos, Paúl que aún no se quitaba de la cabeza la pérdida de América Libre, nos dijo:

—Ahora sí nos dieron acceso a las armas. Vamos de una vez, podemos salir desapercibidos y rescatar a Sara y a Sebastián, para marcharnos de una vez a América Libre.

—¿Te olvidas de Alejo, de Camil, de Iris? —dije abriéndole los ojos.

—Los podemos llevar con nosotros —sugirió Paúl.

—Será muy arriesgado para ellos —le dije.

—Aquí también lo será —insistió.

—Aquí están el hijo y la madre de Sara, no los abandonaré —dijo Apolo—. Ni siquiera por rescatarla, sería lo peor que podría hacer por ella. Lucharemos, somos parte de este ejército y no dejaremos a los hombres que

confían en nuestro padre. Es hora de unirnos. Si quieres puedes irte, Paúl, pero me complacería mucho que continuaras a nuestro lado. Tú también eres mi hermano.

Les vi abrazarse y resolver sus diferencias. Me fui hasta los chicos e hice lo que pensé que nunca haría. Odiaba las armas, había convivido con ellas porque no me había quedado alternativas, pero ofrecérselas a adolescentes y más de mi familia, era algo que me revolvió el estómago. Le extendí armas a Iris, a Alejo y a Camil. Este último no tuvo ninguna dificultad en ponerse a tono. Había recibido la preparación necesaria para defenderse en su tierra natal.

—Tiene que haber otro modo de vencer a esos robots hijos de la demencia del director del CDIA —dijo Alejo.

Iris me miró con sus enormes ojos. Noté que estaba cansada de tanto luchar e hice un alto para abrazarla.

—No tienes que hacerlo, pequeña. Puedes quedarte en el refugio con Rita y el hijo de Sara. Solo llévate una de éstas por si fuera necesario. Espero que no le sea, de veras, corazón.

—No —me contestó mi sobrina—. Dale un arma a Rita para que la use si eso sucede. Pelearé con mi padre.

—De eso nada, Iris —le exigió Apolo que se nos acercaba—. Vas al refugio con la doctora.

—¿No le pones peros a Alejo ni a Camil? ¿Qué pasa? Somos contemporáneos —le reclamó Iris a su padre.

—Carajo, Iris. No me desobedezcas —le exigió Apolo—. Esto se pondrá muy feo. Te necesito en el refugio. Rita necesitará ayuda para calmar al niño o terminaremos por sedarlo para que no se altere, llore y delate su ubicación. ¿Crees que puedes hacer eso por mí?

—Dices eso para convencerme. No soy una niña.

—Nadie minimiza tu parte. Hija, tienes algo especial. Solo Abel y tú lo tienen. Hazlo por todas las personas que podrán beneficiarse de tu don. ¡Si necesitas que Alejo y Camil estén contigo para que cumplas tu parte, los mando a ellos también al refugio, pero ya han estado en combate y de veras los necesitamos aquí! ¡Es cuestión de supervivencia!

—De acuerdo, Apolo. No tienes que exasperarte —le dijo la chica muy enojada.

—Me gustaba más cuando me llamabas padre.

Todos a sus puestos. Mientras tanto no podía quitarme de la cabeza, lo que Apolo ni siquiera se detenía a pensar. Era admirable mi hermano. Aunque América Libre lo reclamaba como su líder indiscutible, él solo tenía cabeza para la gente que amaba. Una vez más su sacrificio por delante incluso de sus propios intereses. Yo sabía de su devoción por sus coterráneos y por su futuro. Recordé lo que aprendí al vivir un tiempo en la UNA. Siempre las elecciones se realizaban sin partidos políticos, los ciudadanos que así lo querían se postulaban y el pueblo votaba, mediante unas elecciones silenciosas. Todo se contabilizaba de manera electrónica y con un consejo supervisor se daba el resultado y se velaba por el mismo. Cuando murió Leila y Apolo se quedó como suplente durante su período de mandato, el pueblo de América Libre no puso objeción, aprendieron a amar a Apolo en el corto período que fue su líder. A América Libre le gustó lo que él propuso y se regocijó con sus logros. Más tarde, cuando él fue arrebatado del poder, aquel pueblo acostumbrado a la libertad no soportó aquellos vestigios de dictadura. El pueblo que había sido leal a Leila durante varios períodos, reeligiéndola una y otra vez, pedía que fuera Apolo quien ocupara la silla del representante.

Mi hermano menor, dejó lo que estaba haciendo y se cuadró delante

del general Archer, mientras éste daba las instrucciones. Eso me sacó de mis recuerdos sobre América Libre. Me quedé viendo lo que hacía Alejo.

—¡Esos malditos hijos del mal viviente director del CDIA! —le dijo, me encantaban sus ocurrentes maldiciones—. Es que la fuerza no nos servirá con ellos. Tenemos que pensar en una estrategia mejor.

—Ahora no, muchacho —le dijo el general Archer para dejar claro que estaba al mando.

—Exijo hablar con el general Verena antes que sea demasiado tarde —demandó Alejo.

—No me hagas perder el tiempo —le pidió el general Archer.

—Tenemos que cambiar nuestro plan de ataque, no son humanos —insistió Alejo y logró captar también la atención de Apolo y de Paúl—. General Archer, en contra de sus órdenes me comunicaré con mi padre.

El general Archer abrió los ojos muy grandes al constatar que Alejo también descendía del general Verena, tanto como Apolo y como yo.

—Muchachito —le dijo el general—. No molestes ahora a tu padre. No toleraré berrinches de ningún adolescente, ni aunque sea el hijo del general Verena. Si no te tranquilizas te encerraré en una celda hasta que todo acabe. Ya sé que no son humanos. He comandado ejércitos de robots en el pasado, sé cómo funcionan y cuáles son sus puntos débiles.

—No los de este ejército de robots —lo defendí—. Usted sabe que son de nueva generación. Y no permito que le hable así a Alejo, no por ser hijo del general Verena, él se ha ganado el respeto por mérito propio. Gracias a él podemos saber los planes de nuestros enemigos antes que comiencen a ejecutarse. Te escucho Alejo, ¿qué propones?

Apolo y Paúl, que se habían preparado para abogar por Alejo, no dijeron nada al ver que yo salí en su defensa.

—Tenemos un ejército de libélulas que se hacen invisibles y robots

atacantes que pueden apagarse manualmente —dijo Alejo.

—Tienes toda la razón. Le comunicaremos tu idea a mi padre de inmediato —dispuse.

—Hay un control en el Departamento de Defensa desde donde se manipula al ejército, tienen la capacidad de reiniciar a los robots a los pocos segundos —refutó el general Archer.

—Pero tardarán un poco en darse cuenta qué es lo que está ocurriendo. No sospecharán de inmediato del ataque de las libélulas, de hecho no creo que descubran lo que está desconectando en masa a sus robots. Las libélulas pueden repetir la operación un par de veces, o las necesarias para que nuestro ejército deje fuera de combate a los robots —dijo Apolo.

—Es un plan algo infantil... pero podría funcionar. No le comunicaremos ahora al general Verena. Evitemos que la información se filtre. Mi única objeción es que puede ser un poco lento que cada soldado envíe a su libélula por un objetivo.

—Los soldados no tienen que hacerlo, el chico se encargará de ello —dijo Paúl—. Así ninguno de los soldados sabrá acerca de nuestra operación y evitamos que la información llegue a oídos enemigos. Él mandará las libélulas.

—Discúlpame, Alejo. Te subestimé por tus años —dijo el general.

—No se preocupe, ya estoy acostumbrado —manifestó mi hermano menor.

CAPÍTULO 44



Todos estábamos listos, en los lugares asignados. El ruido del avance del enemigo era tronador, podía erizar los vellos de la nuca de más de uno en nuestro ejército. Estaba al lado de Alejo, mientras sus jóvenes manos volaban delante de un teclado para enviar a las libélulas en masa por sus objetivos. Un estruendo fulminante nos retumbó en los oídos y seguido de éste, otros tres más. Recordé las palabras de mi madre, cuando me había asegurado que Ademar King II había emitido la orden de recuperar la unidad solo con las bajas militares de nuestro ejército, los que le habían traicionado.

—No pares —insté a Alejo.

Corrí hasta el piso superior, desde donde se podía observar el avance de las fuerzas enemigas. Apolo llegó corriendo detrás de mí.

—El mal nacido de Ademar King II está usando explosivos —dijo Apolo—. Pensé que no lo haría. Habrá que cambiar de plan o cuando enviemos las libélulas será demasiado tarde.

Otro misil voló sobre nuestras cabezas, destilando veneno a su paso y se impactó justo en el ejército de robots enemigos. Apolo y yo nos miramos.

—¡Maldito hijo de...! —emitió Apolo al entender lo que ocurría.

—Solo nos engañó para no perder tiempo con nosotros —dije—. Debimos pensarlo cuando calificó de ‘infantil’ la idea de Alejo. Nunca pensó

en usar a las libélulas, su plan era bombardear a los robots.

—Ademar recrudecerá el ataque contra nosotros. Sigamos adelante con nuestro plan, no hay tiempo que perder —me dijo Apolo tomándome por el brazo y obligándome a bajar.

Mientras los robots ardían en masa, desparramados por el piso, otros tantos aparecían y detrás de ellos nuestro mayor temor. Enormes tanques de guerra robotizados comenzaron a bombardearnos sin clemencia. La unidad era inmensa, pero el área de los altos mandos, donde nos encontrábamos ahora, quedó rápidamente convertida en escombros. Respiré hondo al saber que Rita, Iris y el pequeño Ademar King III estaban en el lado opuesto al bombardeo. Me cercioré de meter en un hueco a Alejo, con Camil a su lado y le dije que prosiguiera con la programación de las libélulas.

—La red está muerta, nos la cortaron —dijo Alejo.

—Conéctate a otra, corazón y no pierdas tiempo. Apaga los robots y los tanques. Hazlo todas las veces que sea necesario. Eso les dará la oportunidad a nuestros soldados de inutilizarlos. Camil, no permitas que nadie separe a Alejo de ese teclado.

—¿Y ustedes qué harán? —me preguntó Camil al ver que Apolo, Paúl y yo les dejábamos atrás.

—No permitiremos que el general Verena pierda esta unidad militar —le dije sin detenerme.

Los heridos caían a nuestro alrededor, los médicos y las enfermeras corrían de un lado a otro brindando auxilio. Apolo me vio titubear, ante un soldado que pedía atención. Intenté correr a ayudarlo y mi hermano me detuvo por el brazo:

—Envía a otro doctor a socorrerlo. Te necesitamos —me dijo. Eso hice. «¿Cuándo dejé de ser médico y me convertí en soldado?», me pregunté.

Yo no quería esto, yo nunca pensé que todo terminaría así cuando me enamoré de Sebastián—. Paz, mira —me señaló Apolo el cuerpo del general a cargo de la unidad, entre los heridos. Una enfermera lo estaba examinando.

Me acerqué, lo revisé rápidamente y di las instrucciones necesarias para su cuidado. Pero el hombre parecía de hierro. Se levantó, se sacudió el aturdimiento del golpe que había recibido y rugió su siguiente orden. Le seguimos hasta el cuarto de mando, parcialmente destruido. Ni Apolo ni yo le reclamamos por las intenciones que nos ocultó, colaboramos para salir del ataque.

Los robots humanoides comenzaron a entrar por los huecos abiertos en las paredes que habían ocasionados los tanques. Comenzó la parte que yo más detestaba, la lucha cuerpo a cuerpo, la aborrecía aún más con un robot. Ningún golpe que le atestaba parecía causarle efectos. Max me vino a la cabeza de pronto. Max y todo lo que me había enseñado. De pronto la mayoría de los robots quedaron paralizados, como en un juego de inmovilidad. Alejo había logrado apagarlos. Aproveché para dispararles a su centro de control, a todos los que tenía cerca. Vi a Paúl, Apolo e incluso al general hacer lo mismo. Segundos después ya habían sido reiniciados. El general hizo una mueca de enfado, minimizando el plan de mi hermano menor. Yo le hice ver el numeroso grupo de robots esparcidos por el suelo.

—Tienes razón, es un número importante de bajas. Espero que lo vuelva a hacer —sostuvo el general.

—Lo hará todas las veces que sea necesario —dije.

—Daré la orden a mis hombres de dispararles cuando estén en reposo.

Otra oleada de robots inmóviles nos permitió avanzar y causar más bajas en el ejército de King II. Paúl y yo nos escondimos detrás de una pared, mientras los soldados ya habían entendido cómo tenían que proceder.

—Piensan que tienen una falla —dijo Paúl reparando en su guía y

refiriéndose a las conclusiones que sacaron los del Departamento de Defensa.

Los respiros que nos daba Alejo, sirvieron también para evitar las bombas de los tanques, pero eran solo segundos y todo volvía a reactivarse de nuevo.

—Ademar King II no está muy convencido. ¿Pero qué puede esperarse de sus hombres? Aún no han podido descubrir a los arácnidos que han estado espiándolos todo este tiempo —le dije a Paúl.

Observé mi guía libélula y la transmisión de uno de los arácnidos del Departamento de Defensa. Ademar parecía que iba a explotar de tanto coraje.

—No es una maldita falla —vociferó—. Nos están atacando. Desconecten toda la maldita red.

—Si lo hacemos no podremos controlar al ejército —dijo uno de sus generales.

—Entonces encuentren al pirata cibernético y neutralícenlo. Verena no puede entrar al área protegida, mientras uno de sus aliados quede con vida dentro de esa base militar es como si Verena ya hubiese puesto un pie dentro de nuestro territorio. Si no lo pueden desconectar, ubíquenlo y dispárenle —ordenó Ademar King II—. Manden soldados de carne y hueso a exterminar a cada sobreviviente.

Antes que me acercara al general y lo pusiera al tanto, él ya lo sabía. Recordé la sala de pantallas y que mi padre era informado de cada cambio importante del lado de los King. Los soldados se prepararon para la llegada de los hombres de Ademar King II. Me devastaba la masacre de nuestros aliados y me dolían las vidas que se perderían por nuestras armas. La cruda guerra nunca era el camino. Corrí hasta Alejo para cerciorarme que se desconectara de la red y borrara todo rastro que condujera a los asesinos de King hacia él.

—No —fue su respuesta—. No importa que vengan por mí. Cada

segundo que paran los robots es valioso para los nuestros.

—Los robots han caído en su mayoría. Vendrán gente de carne y hueso, tienen órdenes de matarte —le grité angustiada.

—Basta, Alejo —dijo Camil cerrando con violencia la *laptop* que usaba mi hermano menor. Le entregó un arma y le dijo—: Ahora peharemos de otra forma. ¿Estás preparado? ¿O prefieres irte con Iris al refugio?

—Alejo, ve al refugio —le dije. No quería vulnerar su valía personal, sabía que era valiente pero era tan joven. Camil igual pero era un par de años mayor y ya había demostrado que era bueno en el combate.

—¿Me quieres mandar con los niños y las mujeres? —protestó Alejo.
Camil salió en mi defensa:

—Alejo, Paz también es mujer. No es por eso. Tú eres muy valioso, sería una pena que mueras hoy. Te necesitamos para luchas mayores. Tú abrirás muchas puertas que nosotros no podremos abrir, tu misión es otra. Es por eso que preservarte es una prioridad —dijo Camil y me cautivó una vez más su madurez. ¿Cómo se le podía parecer tanto a Sebastián si habían crecido tan lejos?

Abracé a Alejo mientras él trataba de escaparse de mis brazos. Quería demostrar su hombría y valor a toda costa. Le susurré a mi hermano menor:

—No me hagas perderte ahora que te encontré. Sé que puedes luchar, sé que eres valiente pero tal como dijo Camil, tú nos ayudaste y nos ayudarás a ganar esta guerra. Te necesitamos vivo para lo que sigue. Ahora tendrás la noble misión de defender a tu sobrina, a la doctora Rita y al pequeño.

—No. Así pudiste convencer a Iris pero a mí no. Yo los acompañé al CDIA y lucharé con ustedes ahora —dijo el chico y no lo pude hacer cambiar de opinión.

No dije una palabra más, pero resolví que no me movería de su lado. Me di cuenta que a Ademar King II ya no le importaba rescatar la base

militar cuando comenzó a bombardearnos desde lo aéreo. De nuestro lado la respuesta tampoco se hizo esperar. Los heridos se amontonaban en los rincones, entre los escombros, incluso había enfermeras y médicos caídos. Era imposible socorrerlos a todos. Intenté dar primeros auxilios a los que se encontraban más cercanos a mí, le pedí asistencia a Camil, como habíamos hecho en el pasado y me las ingenié para que Alejo me ayudara también.

Apolo me habló por la guía mental.

—Paz, es el general, corre. Está herido.

Llegué y ya no pude hacer nada, solo cerrar sus ojos. Ahora sí estábamos perdidos. Cuando los hombres de Ademar King II entraron, ya no podíamos desconectarlos, eran de carne y hueso. Apolo tomó la radio del general muerto y se comunicó con nuestro padre:

—Padre, ¿cuáles son tus órdenes? Tu aliado está muerto. La base militar está en ruinas, ya no hay mucho que salvar. Las fuerzas de King están a punto de entrar y terminar de rematarnos.

—Apunta los misiles hacia el Departamento de Defensa, yo le haré una advertencia a King. Le advertiré que los volaremos si no ordena a sus tropas retirarse —dijo mi padre con esa severidad que me abrumaba escuchar.

—Padre, habrá daño colateral —dijo Apolo.

—Hijo, esto es una guerra.

—Padre...

—No podemos perder el control de la unidad. Ya estamos dentro del área protegida, resistan. En breve les llegará el refuerzo. Ademar King II se distrajo lo necesario con ustedes y nosotros vulneramos la frontera.

Negué con la cabeza, le supliqué a mi hermano que no lo hiciera y él con los ojos vidriosos transmitió a los hombres las órdenes del general Verena. Intenté convencerlo que era un error:

—Terminaremos borrando a la capital de la faz de la tierra —previne

a Apolo.

—Nuestro padre tiene razón, no podemos retroceder —dijo mi hermano.

—Podemos retirarnos con los sobrevivientes y los heridos. Aquí hay las naves suficientes para sacar a todos.

—No retrocederemos, Paz.

—¿Qué te pasa, Apolo?

—Ademar King II es capaz de llegar hasta las últimas consecuencias por el poder, hay que neutralizarlo.

—¿Y nosotros? ¿Acaso no estamos haciendo lo mismo?

Arrastré a Camil y a Alejo conmigo. Reuní al personal médico sobreviviente e hice lo que mejor sabía hacer, salvar vidas. Mi hermano mayor, continuó en aquella lucha con su conciencia, tratando de conseguir la paz de la peor manera que se podía, a través de la guerra.

CAPÍTULO 45



Cuando los hombres de Verena entraron triunfantes, las ruinas de aquella base militar emergieron de las cenizas. Las tropas de King se habían retirado. En el Departamento de Defensa tomaron medidas para contener al ejército de mi padre. Redujeron los límites del área protegida ante los gritos de impotencia de Ademar King II.

Con preponderancia y poderío, llegaron las primeras unidades de combate de mi padre con él a la cabeza. Fueron tomando los poblados a su paso hasta llegar a la nueva barrera que habían improvisado nuestros enemigos, para no darnos acceso al resto de la zona protegida. Mi padre dio órdenes muy concretas. Puso a los ingenieros a reconstruir a los robots humanoides que teníamos en centenares arrumbados en las esquinas. Pasó revista a todo nuestro armamento, aeronaves, tanques y demás que permanecía a resguardo bajo tierra. Había misiles apuntando al Departamento de Defensa, a la residencia y a otros estandartes de la hegemonía King. Tal como había hecho Leila en el pasado. Me sentía verdaderamente impotente. Mi padre habló directamente con Ademar King II y los Jefes de Defensa del resto de las ciudades-estados de la Sociedad Autocontrolada, a través de una videoconferencia:

—King, no tienes escapatoria, abdica al poder y nadie más saldrá

lastimado. Tengo mucho que ofrecerle a los que quieran colaborar conmigo —dijo en voz alta y precisa, para tratar de ganarse al resto de los generales que aún eran fieles a Ademar King II—. No somos enemigos. Todos los que trabajaron conmigo tendrán una oportunidad a mi lado, siempre que comuniquen a tiempo su deseo de unirse a nosotros.

—Eso nunca sucederá, Verena —dijo King—. Si admití esta reunión fue con otro propósito. No estoy interesado en escuchar tus términos, ni en ver cómo manipulas a mis fieles para pasarlos a tus filas. Accedí a tener este enlace para exigirte la rendición de tu gente. Márchense de inmediato de nuestras tierras, de lo contrario alguien saldrá perjudicado

Ademar King II, hizo una seña y una nana robot apareció con un bebé en los brazos, mi hijo. Jamás creí que la desesperación llevara a Ademar a una bajeza tal. No veía a Karena en la transmisión, así que no sabía si estaba coludida.

—Eres un ser muy débil y vil —le dijo mi padre—. No nos retiraremos, no te atreverás a ponerle una mano encima a mi nieto. Si lo haces, sabes que estarás firmando tu sentencia de muerte.

—Se acabaron las negociaciones, Verena. Sabes que se ha levantado un nuevo límite del área protegida, si uno de tus traidores osa traspasarlo, despídete del bastardo. Si ustedes nos destruyen, nosotros también los destruiremos. Si esto se trata de sacarnos de en medio a ambos, para dejarle el camino libre a los líderes de la UNA, adelante, hagámonos trizas.

Ademar desconectó la comunicación y yo interrogué a mi padre con la mirada. Él no me prometió nada, solo dijo:

—Estaremos bien. Confía.

—¿Y Sebastián? ¿Cuándo piensas rescatarlo?

—Tendríamos que traspasar la línea prohibida por Ademar King II para llegar hasta él.

—Podemos bordearla, él está fuera del área protegida. ¿Qué nos impide rescatarlo?

—Está fuera, pero sigue siendo la parte de la capital que está en manos de los King.

—Ten paciencia, Paz. Tendremos la victoria.

—No puedo. ¿Desde cuándo nuestro objetivo fue ganar una guerra? Qué yo recuerde, desertaste por salvarme. Ahora la vida de mi hijo, la de Sebastián y la de tantos otros está en juego. Incluso la de los inocentes que permanecen del otro lado de la frontera, como los civiles que están en territorio de la Sociedad Autocontrolada. Aún no puedo olvidar a los subgrupos que masacraste para mandarle un mensaje contundente a King — dije y al final la voz se me apagó.

Me retiré de su presencia. La severidad de su rostro me advirtió de hacer silencio y preferí no decir una palabra más. Apolo intentó seguirme y le puse un alto. Camil insistió también y acepté su ayuda. Mientras caminábamos lejos de él, el general Walter se me cruzó en el camino y me reclamó:

—Paz, sabes que las palabras que le dijiste a tu padre delante de sus hombres debilitan nuestro movimiento.

—¡Oh, Walter, querido amigo de mi padre, no me sigas para darme una lección moral! Tú, menos que nadie. Bajaste del pedestal donde te tenía cuando le sugeriste a mi padre acabar con esa gente inocente —le solté.

—Si fuera tu padre, te habría dado una fuerte palmada en el rostro. No te basta todo lo que ha hecho por ti, por tu hermano, por tu madre, por tu hijo —dijo Walter y con la misma, me tomó del brazo y me obligó a caminar muy rápido junto a él. Camil nos siguió detrás.

—¿Qué te pasa, Walter? Perdiste la cordura. ¡Suéltame!

—Esto es para que no me sitúes en el pedestal nunca más. Te llevaré

ante ellos. Los hombres de los subgrupos fueron rescatados, contrario a mi opinión, prevaleció la sabiduría de tu padre. En agradecimiento se unieron a nosotros y ahora luchan a nuestro lado. ¡Por suerte no escucharon tus palabras acerca del hombre en que han decidido confiar!

Walter me llevó ante esa gente y descubrí que el amigo de mi padre decía la verdad. Me desembaracé de su brazo y me alejé de allí, ante la cara de curiosidad de los nuevos aliados. Él volvió a tomarme con fuerza y le hizo señas a Camil para que nos siguiera. Caminamos hasta la parte trasera de la base, salimos al descampado. Había una nave a punto de partir.

—Otra cosa, pequeña demandante —me dijo cuando ya estábamos lejos del resto—, a Sebastián lo vamos a buscar hoy.

—¿Lo rescataremos? Si es así quiero ir en ese equipo —admití sin querer dar mi brazo a torcer.

—Sebastián no necesitó ser rescatado después de todo. Está escapando con Sara en este momento. Sara le envió a Apolo la ubicación del punto de encuentro. Si Camil y tú quieren ir a buscarlos con los demás, dense prisa —dijo abriendo la puerta que conducía a la aeronave—. Están por despegar. Bordesarán, para no pasar sobre el área protegida.

Observé a Apolo de copiloto y no dije más. Adentro también estaba Paúl. Camil subió y antes de yo hacerlo, me lancé al cuello de Walter.

—Perdóname —le susurré.

—Me ganaré ese pedestal de nuevo —me dijo en voz tan baja que solo yo pude oírlo.

—No me hagas caso. Hablé dominada por la ira. Discúlpame con mi padre también. Lo haré personalmente a mi regreso.

Una vez en la aeronave, le dije a mi hermano en voz alta:

—¿Por qué no me dijiste antes?

—Lo intenté pero no me dejaste abrir la boca, estabas echa una fiera —me dijo él.

—¡Uff! De veras que quieres ponerte pesado —le dije y casi iba a sonreír cuando Apolo me pidió acceso a través de la guía mental.

—No te dije antes porque iba a ser más difícil que colaboraras con mi plan —me transmitió por interno.

—¿De qué estás hablando? —le hice llegar por la misma vía.

—Comunícate con Sara y lo veras.

Lo hice de inmediato a través de la guía mental. Accedí y el panorama desolador que encontré me erizó hasta el último vello de la piel.

—¡Sara, Sara! —le transmití a su guía mental.

Sus ojos estaban cerrados y se abrieron a la par. Continuaba en la celda, estaba al ras del suelo y era socorrida por alguien que también estaba en muy malas condiciones físicas. Sara enfocó el rostro golpeado de Sebastián a la par que me respondía:

—Paz —lo dijo en voz baja y Sebastián pudo escucharlo.

—Shhhh —le dijo Sebastián y ella selló los labios. Él intentó esbozar una tímida sonrisa mirándola a los ojos, yo sabía que su sonrisa era para mí.

—¿Qué está pasando? ¿No iban a escapar? —le transmití.

—¿Escapar? —ante la incertidumbre de Sara ya no seguí insistiendo —. ¿Por qué te torturaron?

—King quiere respuestas, quiere saber el paradero de nuestro hijo, quiere sacarme algo que le ayude a ganar esta guerra.

Sebastián dejó de sonreír, el esfuerzo le dolía. Estaba tirado en el piso, al lado de Sara. La puerta de la celda se abrió y unos esbirros de King aparecieron para llevárselo, ante los gritos de horror de Sara y mi perplejidad. No era necesario que Apolo me explicara más. Nos desconectamos de Sara y me quedé a solas con mi hermano conectados a través de nuestras guías

mentales:

—¿Walter lo sabe? —indagué.

—No, él jamás iría en contra de las órdenes de papá —me hizo saber Apolo.

—¿Y por supuesto papá cree que aún no es el momento? —dije dolida—. Mentiste para que pudiéramos ir a rescatarlos. Apenas somos diez personas, ¿será suficiente?

—Tendrá que serlo.

—¿Lo sabe Paúl?

—¿Qué crees?

—Por supuesto que lo sabe.

—Me podías haber informado acerca de tu plan.

—Sería más real mientras más intensa te pusieras.

—Eres tremendo. ¿El resto sabe algo?

—Cuando lleguemos al ‘punto de encuentro’ comunicaré que el plan de escape no salió como ellos querían, así que recibirán las nuevas órdenes. No te preocupes, nos seguirán.

Seguimos lo pactado tal y cómo lo había descrito Apolo. No tuve que decir nada. Él y Paúl se encargaron del drama y de la obra improvisada de teatro. Los hombres estuvieron de acuerdo en todo, ya estaban acostumbrados a seguirnos a mi hermano y a mí, así que ni siquiera sospecharon que esto no era fortuito. Mientras nos organizábamos, otra aeronave se visualizó en el espacio aéreo. Antes de que la derribáramos, el piloto de ésta se comunicó con nosotros y supimos que eran de nuestro ejército.

—¿Qué hacen aquí? —les transmitió mi hermano a través de su guía estilo Tierras Inhóspitas.

—Somos el refuerzo —le devolvieron.

—No solicitamos más hombres. ¿Quién los envió?

Pero ya estaban aterrizando. Les apuntamos por precaución, temíamos que fuera una trampa. El primer hombre que pisó tierra nos alejó de esa duda. El general Walker caminó con paso firme hacia nosotros. Detrás de él se nos unió Alejo. Apolo y yo nos miramos el uno al otro sin entender nada. Apolo me transmitió a través de la guía:

—No digas nada. Déjame hablar a mí.

—¿Crees que ya se dio cuenta y viene para detenernos?

—Eso parece, pero de ser así ¿para qué trajo a Alejo?

Walker carraspeó cuando estuvo frente a nosotros y pidió al resto que nos dejaran a solas. En un triángulo perfecto, Walker nos miró desde su imponente altura, mientras las últimas palabras que habíamos intercambiado antes de partir me daban vueltas en la cabeza. Aunque mi hermano me pidió guardar silencio, no pude más soportar la mirada del general y me aventuré a decir:

—Walker, lo siento.

Sin decir nada, solo mirándonos de tanto en tanto a mí y a Apolo, hizo señas a Alejo para que se acercará. Estando los cuatro juntos dijo:

—¿Creen ustedes que soy un tonto? ¿Me quieren dejar como un idiota delante de Verena?

—Walker, fue mi idea. Paz no lo sabía hasta que subió a la aeronave. No vamos a regresar —dijo Apolo desafiándolo con la mirada—. Sara ya no aguantaba ser torturada y no tengo la sangre fría de mi padre para esperar el momento ‘adecuado’ para rescatarla.

Los ojos de Alejo se abrieron de par en par al escuchar a nuestro hermano mayor.

—¿Entonces de eso se trata? —Alejo llamó a Camil y añadió sin siquiera preguntarle—: Estoy con mis hermanos. Él también está con

nosotros. De aquí no nos iremos sin Sara ni Sebastián. Camil asintió de inmediato.

—No podían ser diferentes si son hijos de Verena —dijo con seriedad Walker—. Les faltaba en su equipo de rescate un *hacker*, por eso traje al chico revoltoso. También les falta un estratega militar, acostumbrado a dirigir este tipo de acciones y creo que diez hombres más no les vendrán mal. Por eso estamos aquí —Apolo y yo nos quedamos sin palabras—. Paz, te dije que recuperaría mi puesto en ese pedestal.

No pude decir más, me lancé a abrazarlo mientras oía sus carcajadas justo sobre mi oreja.

—¿Estás loco, Walker? ¿No era más fácil decirnos desde el principio? —dije.

—Mientras menos personas supieran saldría mejor el plan —admitió el general.

—Te agradezco haberme conducido a ese avión. Cuando mi padre lo sepa, te va a tocar parte de la reprimenda.

—El general lo sabe, me dio luz verde para acompañarlos —nos dijo y ahora sí me quedé sin palabras—. Hay alguien más que no se quería perder esta aventura. Te está esperando en la nave. Llegó esta mañana a la base y tiene muchas ganas de darte un abrazo.

—¿Por qué no bajó de una vez?

—Le pedí que esperara. Me gusta el elemento sorpresa.

Caminé hasta la nave con Apolo detrás, varios nombres me pasaron por la cabeza, entre ellos el de Jonathan, el de mi madre y cuando lo vi bajar sentí que el rescate no podía fallar. Todos los que queríamos a Sebastián estábamos de acuerdo. Owen Carter bajó los escalones de la nave y corrí para abrazarlo.

—Eres la persona que más me complace ver —le revelé.

—Paz —me dijo mientras seguíamos fundidos en un largo abrazo—. Les hemos extrañado mucho. Tu prima te manda este abrazo. Ahora que mi misión me trajo al lado del general Verena, ella partió con su madre a la unidad cero punto cinco.

—Me complace saber que está bien.

—Está embarazada. Seremos padres —dijo.

Y sonreí con lágrimas en los ojos. Apolo también lo abrazó y luego nos pusimos bajo las órdenes de Walker. Alejo sacó su portátil y el plan se puso en marcha.

CAPÍTULO 46



El refugio solo tenía una entrada y nosotros no habíamos traído una excavadora para acceder a ellos por el subsuelo. Así que tendríamos que entrar y salir por la puerta más vigilada de todas, la única. Debido a la importancia de los prisioneros, la cantidad de guardias era para tomarla en cuenta, pero no tanto como esperábamos debido a los sucesos de la ciudad. Nuestro mayor oponente era la tecnología. Walker lo sabía. Era una ventaja que nuestro ejército estuviera conformado por los antiguos generales de King, porque estaban familiarizados con el sistema de seguridad de la Sociedad Autocontrolada. El general Walker dejó unos guardias apostados afuera y otros vigilando las naves. Después nos dio instrucciones a los demás:

—La protección y el acceso al subterráneo no debe haber cambiado demasiado. Han tenido poco tiempo para hacerlo desde que desertamos — dijo Walker—. Alejo, accede a la computadora madre en el Departamento de Defensa, busca los planos de este refugio, así como sus códigos de acceso. Métenos dentro de sus cámaras de seguridad. Quiero ver dónde están los guardias apostados.

Alejo, con sus ágiles dedos hizo lo que el general Walker ordenó. Mi hermano menor estaba adentro antes que yo hubiera pestañeado.

—Solo les recuerdo que Ademar King II no le dará respiro a nuestros

hackers, está detrás de Alejo y si detecta su intromisión mandará un destacamento para neutralizarlo y tendremos que lidiar con más hombres — les recordé.

—Actuaremos con rapidez. Paúl, estás a cargo de los arácnidos del departamento de Defensa. Infórmanos cualquier movimiento de King o de sus guardias que comprometan nuestra misión —le dijo Walker—. Owen, abrirás paso al resto de nosotros. Llévate tres hombres. Cuando Alejo abra la puerta irás al frente, lanza bombas de gas para adormecer a los guardias que se encuentran apostados en la entrada—. Apolo, ve con otros tres hombres a sacar a los prisioneros. Paz, tú con Camil, prepara todo para darles asistencia médica a Sebastián y a Sara una vez que lleguen a la aeronave. El resto conmigo.

Hice una mueca. Me quería dejar fuera, lejos del fuego. No terminaba de verme como un soldado más, pero obedecí.

—Estaré por aquí mientras por si alguno de los nuestros resulta herido y necesita atención. Equipo —dije antes que todos fueran a sus puestos—, traten de no causar bajas en los oponentes. Cuando esta guerra acabe todos se unirán a nuestras filas. Recuerden que solo siguen órdenes.

—¿Pides la misma clemencia para los que torturaron a Sara y a Sebastián hasta dejarlos medio muertos? —preguntó Owen con ironía.

—Eso te lo dejo a tu consideración —le dije a Owen luego de hacerle una seña a Camil, para que regresara a donde se habían quedado ocultas las aeronaves y fuera preparando lo necesario para el arribo de los heridos.

—Hagan lo que dice la doctora —me apoyó Walker.

La puerta del refugio se abrió y Owen entró con tres hombres, esparció el gas adormecedor, nuestro equipo traía máscaras. Los hombres de la entrada cayeron uno a uno, sin siquiera tener que luchar. Owen y sus

hombres los arrumbaron en una esquina. Caminaron hacia el frente y lucharon cuerpo a cuerpo con el resto de los que iban apareciendo. Apolo marchó detrás de ellos, con sus hombres. Walker se coló con el resto e hizo que nadie se interpusiera en la misión de mi hermano mayor. Ante mi mirada insistente, Walker me dijo:

—Ve con Apolo. Ya no puedes esperar un segundo más.

Salí al encuentro de Sebastián. Los golpes y patadas volaban a mi alrededor. Owen iba limpiando el camino para mí. Tomé mi arma con la mano derecha al ver que las cosas se estaban poniendo pesadas. Llegamos ante las celdas que tenían en lo más profundo del refugio, ahí encontramos a Sara desfallecida en el piso. Ni siquiera nos reconoció a la primera. La incorporé un poco y le humedecí el rostro, principalmente los labios. Se estiró un poco para beber. Al descubrirme sosteniéndola me dijo:

—¿Paz? ¡Al fin! —terminó de decir antes de volver a desmayarse.

Le aparté los mechones del rostro de la cara. Saqué de los bolsillos de mi pantalón una inyección que le coloqué de inmediato para ayudarla con el dolor de sus heridas. Apolo la cargó en sus brazos y se encaminó hacia la salida:

—¿Nos acompañas, Paz?

—Me quedaré con Owen y Walker, buscaré a Sebastián.

—Vamos. Ellos lo traerán con vida, acompáñame Sara necesita que la revises.

—Hidrátala. No pierdas tiempo. Súbela en la primera aeronave, lleva a tus hombres y llévate a Alejo. Sara sobrevivirá pero necesita ayuda médica urgente. Camil te ayudará durante el trayecto. Tengo que quedarme, yo asistiré a Sebastián.

—Hermana, no puedo dejarte. Mandaré a Sara con Camil.

—No temas. Sara te necesita. Yo estoy con Owen y Walker, nada me

sucedirá. Voy por Sebastián. La última vez que lo vimos se lo estaban llevando de la celda y ya ha pasado bastante tiempo. Quiero estar ahí para él lo antes posible.

—Anda, Apolo —le dijo Walker que nos escuchó—. Tu hermana tiene razón. Llévate al chico Verena, ya cumplió su parte y así es uno menos de quien ocuparme.

Apolo me dejó una mirada llena de preocupación y se fue con Sara en sus brazos. Seguí con los otros. Walker le hizo una seña a Owen para que él y sus hombres siguieran hacia los salones que se hallaban a nuestra derecha. Encontramos uno herméticamente cerrado. Owen disparó a la cerradura y pateó la puerta con fuerza para que terminara de abrirse. Cuando los cinco hombres que torturaban a Sebastián, nos vieron entrar por la puerta nos recibieron a disparos. Mientras los dejaban fuera de combate, corrí hasta la mesa donde permanecía tirado el cuerpo de Sebastián. Lo vi tan quieto que me temí lo peor. Ni siquiera reparé en lo que Owen y nuestros soldados le hicieron a sus torturadores. Le tomé el pulso y con lágrimas en los ojos, asentí, para darle a entender a Walker, que aún latía su corazón.

—¡Vayámonos a toda prisa! Necesita ayuda urgente —les avisé.

Owen tomó a su hermano y lo levantó sobre su hombro. Salimos corriendo hacia la salida.

—Necesitamos una camilla. ¿Habrás alguna por este sitio? —pedí.

—Tranquila, Paz. En la aeronave tenemos —intentó calmarme el general Walker.

Al pasar por la salida, en nuestra prisa por desaparecer de aquel sitio, no nos dimos cuenta que uno de los guardias había recobrado el conocimiento. Varios de nuestros soldados le apuntaron con rapidez, pero el guardia enemigo ya había desenfundado su arma y apuntaba directo a la cabeza de Sebastián que descansaba sobre la espalda de Owen.

—Baja tu arma, muchacho —le instó Walker—. Ademar King II no ganará. El general Verena está triunfando. Puedes unirme a nosotros. No tomaremos represalias en tu contra si bajas el arma y nos dejas ir ahora.

—El prisionero no saldrá de aquí con vida —dijo el guardia decidido.

—¿Por qué crees que les hemos dejado vivir? —le dijo Walker mostrándole al resto de sus compañeros adormecidos por el suelo—. Nuestra lucha no es contra ustedes, es contra los King. Somos el mismo pueblo.

—Usted es un traidor, general Walker. Tenemos órdenes de disparar si es preciso para que este prisionero no abandone el recinto.

—No sobrevivirás. Mira cuántos te apuntamos. Si disparas, estarás firmando tu sentencia de muerte.

—Pero estaré cumpliendo con mi deber —dijo el guardia y accionó el arma contra el cuerpo casi inerte del hombre que yo amaba, mi escolta de acero.

Un impulso me hizo arrojarme hacia delante con todas mis fuerzas para proteger la vida de Sebastián. Cerré los ojos y esperé el impacto. Escuché el sonido sordo del proyectil cuando entra en la carne. Una lluvia de disparos derribó a nuestro oponente. Seguí moviéndome, ni siquiera sentí dolor y rápidamente comprendí que había fallado, el disparo no me había impactado a mí. Me volví desesperada ante Sebastián, seguía tan desmayado y tan cubierto de sangre que no podría adivinar por dónde había vulnerado el proyectil su cuerpo. Me volví buscando respuestas y entonces fue que me di cuenta, reparé en el rostro de mis acompañantes y vi que el general Walker estaba tirado delante de mí. Corrí a él sumamente asustada. Mi esperanza radicó en el chaleco antibalas. Levanté el cuerpo y hurgué con cada uno de mis dedos, buscando la entrada de una bala en su pecho. Fue entonces cuando vi su rostro y la huella de muerte que deja un disparo sobre la frente. Lo abracé cubierta de lágrimas.

—Vamos, Paz —me dijo Owen—. Tenemos que irnos de aquí. El resto de los guardias pueden despertar. Por favor, amigos, tomen el cuerpo del general Walker. No lo dejaremos aquí.

Paúl, me ayudó a levantarme, me pasó el brazo por la cintura y me obligó a seguirle.

—Lo siento mucho, Paz. Fue un fallo lamentable. Tenemos que seguir —me pidió Paúl.

—Es mi culpa, yo quise el mínimo de bajas en nuestros oponentes —manifesté.

—No busques culpables donde no los hay, ni reniegues de ti misma. La guerra no trae nada bueno. Solo estamos viendo sus efectos y tú no eres responsable de ésta —Paúl me consoló.

—Estamos en guerra, Paz y estas cosas suceden. Tenemos que irnos de una vez —dijo Owen con Sebastián aún cargado—, este condenado pesa demasiado y no puedo quedarme aquí sosteniéndolo mientras analizamos la situación.

CAPÍTULO 47



No hubiese querido tener que ver la expresión de dolor en los ojos de mi padre cuando vio arribar el cuerpo inerte de su amigo. El general Verena, con el gesto gélido, preguntó:

—¿Alguna otra baja?

—No, general —dijo Owen.

—¿Cómo está Sebastián? —indagó mi padre.

—Lo sabremos en cuanto lo examine. Iré de inmediato. Igual Sara me necesita —dije limpiándome las lágrimas del rostro que no podía ocultar.

Mi padre me detuvo. Me sujetó por el hombro y me susurró:

—Ya sé que ibas a sacrificarte por Sebastián y que Walker lo hizo por ti. Mi amigo dio su vida con orgullo, defendió a las personas que amaba, con el mismo amor que le hemos dedicado nosotros. Fue un gran hombre. Haremos el funeral que merece, ha muerto como tantos otros defendiendo la libertad. Llóralo, hija, si eso te hace sentir mejor, pero no te sientas culpable. Walker sacrificó su vida por ti sin pensarlo dos veces, lo hizo porque quería que siguieras viva y feliz. Hónralo teniendo una buena vida.

Suspiré y seguí la camilla que llevaba el cuerpo desmayado de Sebastián. Al entrar a la enfermería descubrí a los médicos atendiendo a Sara. Estaba adormecida, producto de la anestesia. Apolo permanecía a su lado.

—Estará bien. La están operando porque tiene unos cuantos huesos rotos —me dio el parte.

—Antes de lo que imaginas la tendrás en tus brazos —le dije depositándole un beso en la mejilla—. La medicina de aquí a lo mejor es más invasiva y con más efectos secundarios pero es muy rápida. Ya lo verás.

—¿Por qué lloras? ¿Sebastián no lo logró?

—Walker —dije y mi hermano se quedó con la expresión rota en mil pedazos. Me volví a Camil que venía detrás de mí y que había presenciado nuestro arribo y mi conversación con papá—. Explícale, por favor. Cuando termines, ven conmigo. Te necesito para revisar a Sebastián.

—Como digas, ve tranquila —dijo Camil.

Me acerqué a uno de mis mayores temores. Le acaricié el rostro. Estaba inflamado por tantos golpes. Sus brazos estaban desparramados sobre la mesa, al igual que sus piernas. No recordaba haberlo visto así, tan vulnerable, físicamente hablando. Dos de las enfermeras corrieron a asistirme y se los agradecí. Camil llegó poco después de dejar a mi hermano con la mala noticia. Se me acercó y me dijo:

—¿No prefieres a las otras enfermeras para que te asistan? Me intimidan un poco con sus uniformes impecables y con sus movimientos tan perfectos.

—Te quiero a ti, eres mi aprendiz. ¿Quieres ayudarme o no? Podemos trabajar a la par con ellas. Necesitaremos mucha ayuda, incluso de otros médicos también —le dije.

—Somos un equipo y quiero aprender de la mejor.

—Anda. Toma unas tijeras y corta la tela del pantalón de Sebastián para quitárselo. Vamos a asearlo un poco y luego a ponerle una bata quirúrgica. Escanaremos su cuerpo y mientras deliberamos su diagnóstico,

lo hidrataremos vía intravenosa.

El médico que estaba a cargo del lugar se me acercó y me dijo:

—Tómese un respiro, doctora. Yo me ocupo.

—No puedo, doctor. Estaré aquí para ayudarlo —aseveré.

—¿Cree que se podrá controlar lo suficiente?

—Me insulta, doctor.

—Discúlpeme, usted ha pasado por tanto que lo único que deseo es que repose un poco.

—Aquí todos necesitamos descansar. Me quedaré con Sebastián hasta que despierte.

Camil y yo lavamos cada una de sus heridas, yo misma le canalicé la vena y revisé los resultados de sus estudios. Tenía múltiples fracturas en las costillas, afortunadamente ninguna había dañado ningún tejido u órganos. Había perdido mucha sangre, tenía un fuerte grado de deshidratación y una debilidad extrema. Cuando el especialista en ortopedia con su equipo, terminó de operar a Sara tomó un breve descanso y se ocupó de Sebastián. Entonces tomé asiento. No quería ver el daño que la tortura había hecho en su interior. Me entretuve siguiendo a través de mi guía libélula a mi hijo, tranquilo y ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Me puse a pensar un plan para rescatarlo. Una idea me pasó sibilante por el pensamiento. Me puse de pie y salí de allí.

—¿A dónde vas? —me dijo Apolo al ver que abandonaba el salón.

—Tengo un asunto pendiente.

Llegué hasta Alejo que conversaba con Iris. Se quedó serio al verme y más cuando le dije:

—Estoy enviando un archivo a tu guía. Necesito que lo envíes a la guía de una persona en la zona protegida pero que no sepa el origen de quién lo mandó.

Alejo reparó en el mensaje que recién había recibido.

—¿Son los resultados de unos estudios médicos? —preguntó y asintió.

—Es el diagnóstico de Sebastián. Necesito que se lo envíes a Karena King. Quiero saber si sigue tan tranquila después de ver lo que le han hecho a su hijo.

—¿Acompaño el mensaje con algo más?

—No. Con eso será suficiente.

—¿Qué te parece si le añadimos ‘Él solo quería a su hijo, ahora quiere venganza’? —dijo Alejo.

—No. Por supuesto que no. No bromees en este momento o terminaré por darte un coscorrón. Con eso será suficiente —dijo ante la mirada incrédula de Iris.

—¿Qué pasa con Abel? ¿Cuándo lo tendremos con nosotros? —preguntó mi sobrina.

—No lo sé, pequeña —dije besándole la cabeza—. No pienses en eso. Será pronto.

—Ademar King II lo tiene de rehén. Amenazó su vida —soltó Alejo.

—¿Es por mí? ¿No me tienen a mí y solo les queda Abel para hacerles daño a ustedes? Earta me hizo varios estudios. ¿Se los hará ahora a Abel?

—No mi niña. No te angusties buscando respuestas. Hay algo que en cambio necesito saber. Recuerdas el tiempo en que vivía tu madre. ¿Tuviste alguna visita al médico que te llamara particularmente la atención? ¿Recuerdas cuándo te implantaron la guía mental?

—Ya les he dicho que no. No recuerdo nada.

—Tu abuela, Greta, en algún momento hizo referencia que Dafne por seguridad hizo que te implantaran una pero no hay registros. Jonathan no ha encontrado nada al respecto.

—Mi abuela Greta está mal de la cabeza. A mí no me implantaron nada —dijo Iris.

—Iris, intenta recordar. Es una inyección, con una jeringa fuera de lo habitual. Tu primera experiencia con la guía, es muy fuerte, no podría pasarte desapercibida.

—Solo recuerdo un sueño, en el que mi madre se despedía de mí, horas antes de su muerte. Y la otra vez que tú accediste a mi guía mientras me refugiaba con Camil en la antigua casa de mi padre John.

—No te angusties con eso —traté de no alarmarla más.

—La doctora Rita quiere verte. Ya sabe que su hija está aquí.

—Pues anda a cuidar a su nieto para que ella vaya con Sara.

Iris asintió y antes de irme le pregunté a Alejo que si ya había mandado mi mensaje, a lo que él respondió afirmativamente. Busqué el arácnido que seguía a Karena. Encontré a la señora donde menos me la imaginaba, en el CDIA, justo antes de atravesar por la puerta en que la señal iba a perderse. La curiosidad le hizo abrir el mensaje antes de entrar. Lo desplegó y lo leyó con detenimiento. Se llevó una mano a la boca y tomó una gran bocanada de aire. Se secó una frugal lágrima que se escapó de uno de sus ojos y luego entró hacia el área donde intentaban traer a la vida a Ademar King. Poco después le siguió el director del CDIA. No me despegué de la pantalla hasta que ambos salieron y se dirigieron a la oficina del director.

—Entonces cuento con usted —le dijo Karena.

—Por supuesto, señora. Sabe que aprecio a su hijo pero en este tiempo se requieren medidas extremas. Ademar King II comenzó con el experimento pero los sucesos en la capital lo han ocupado por completo —manifestó él.

—Mi hijo no ha tenido tiempo de pensar en este asunto en este momento, pero es urgente. Es la única solución que encuentro ahora para

nuestros problemas.

—¿Usted le dirá a Ademar King II? El joven es un poco... —ni siquiera se atrevió a definirlo delante de su madre— y no quiero que me vea como su enemigo.

—Yo abogaré por usted, pero eso es lo que menos debería preocuparle en estos momentos. Ademar King II no piensa con claridad, la situación lo ha rebasado. Ésta es nuestra única esperanza.

Cerré la comunicación y corrí hasta donde estaba mi padre, antes de decirle él me recibió con estas palabras:

—Karena va a revivir a Ademar King.

—Eso mismo iba a decirte. Los acabo de escuchar conversando. ¿Cómo lo sabes?

—Tu madre, ella estaba a cargo de la supervisión de las pantallas en cero punto cinco. Acaba de comunicármelo.

—¿Qué vas a hacer?

—Atacaremos la porción del área protegida que queda en manos de Ademar King II.

—Pero padre...

—Karena sabe que Ademar King fue mucho más simpático para sus seguidores que su hijo. Era un maestro para gobernar. La gente se sentía atraída hacia él. Esto no solo se trata de revivir a King para que busque una solución mágica que nos haga perder la guerra. Ella es la verdadera estratega. Quiere reavivar la confianza en su gente y en los que aún no saben qué partido tomar. Ademar King no fue como su hijo, él supo esconder muy bien sus errores, la gente recuerda su mandato como tiempo de paz y prosperidad. Todos están hartos de la guerra, lo verán como su salvador. Incluso hay ciudades-estado que aún no se han pronunciado, están siendo precavidos y esperando el desenlace. Vieron que América Unida se separó de la Sociedad

Autocontrolada, también quieren su libertad pero no están dispuestas a enfrentarse al ejército de los King, no con Ademar padre a la cabeza.

CAPÍTULO 48



Vi a Rita contenta de poder reunirse con su hija. La veía sonreír después de mucho tiempo. También acudí con ella y con Apolo a ver a Sara cuando salió de la anestesia. Estaba acostada en un cuarto de la enfermería, se veía hermosa a pesar de las huellas de las heridas que aún permanecían en su rostro.

—Trae a mi hijo, mamá. Quiero besarlo —le dijo ella.

—Ahora no, hija. Descansa. Mañana estarás mejor y podrás abandonar la cama. Lo dijo el doctor. No queremos asustar al pequeño si te ve aquí. Sabes que no le gustan los hospitales, ni las inyecciones, ni nada que tenga que ver con la medicina —le recomendó Rita.

—Producto de lo mucho que ha padecido. ¿Dónde estamos? ¿Logramos pasar la frontera?

—Estamos en una base militar dentro de la zona protegida.

—¿Cómo es posible?

—Se aliaron a Verena. Fue una guerra que ni te cuento. Nunca me había asustado tanto en mi vida. Nos protegieron en un refugio. Tu hijo no se dio cuenta. Iris y yo nos la arreglamos para distraerlo.

—¿Iris, la hija de Apolo?

—Sí. Ella me ha ayudado mucho en estos días. Tu pequeño es feliz a

su lado.

—¿Y cómo está él, de salud?

—Todo sigue igual, cariño. Aquí tenemos buenos suministros médicos, no tienes que preocuparte. Todo está controlado —le aseguró su madre.

—Gracias, Paz. Por todo lo que has hecho por nosotros —me dijo Sara.

—Yo te agradezco a ti por confiar y arriesgarlo todo —le susurré.

Apolo no perdió tiempo, la besó en la frente, no podía disimular el amor que sentía por esa mujer. No le importaba que fuera la esposa de Ademar King II, a quienes los presentes conocían muy bien.

—Paz, lamento mucho no haber podido sacar a tu hijo de la residencia King —se lamentó Sara y el dolor me golpeó en el estómago.

—Pronto lo rescataremos a él también —aseguró mi hermano y los dejé.

Di unos cuantos pasos en dirección a la única persona que podía compartir con exactitud mi dolor, Sebastián. Permanecía en la camilla con los ojos cerrados. Dolía mucho verlo así, todo magullado por la tortura. Más, habiéndolo tenido siempre como referente de fortaleza. Él había estado ahí para mí, cada vez que lo había necesitado. Me había rescatado de los peligros más crueles que me habían acechado, ahora había sido mi turno de salvarlo de la muerte. «¡Despierta, Sebastián!», dije para mis adentros. Acaricié con un dedo el puente de la nariz con diferentes cortes y seguí hasta sus hermosos labios, hinchados por la golpiza y muy deshidratados. Ni siquiera me atreví a besarlos pero el corazón me palpitaba con un ritmo diferente. Tan solo mirarlo y su imagen me robaba el corazón, recordaba de golpe todo lo que lo había extrañado. Aún sentía a mis hormonas alborotarse al tenerlo cerca. Me

removía todo por dentro. Era perfecto para mí. Me enamoraba, sin importar el estado en que se encontraba. Las mejillas, que alguna vez fueron rozagantes, ahora estaban llenas de moretones y cortes, por donde la piel había reventado, luego del brutal ataque. Aquélla imagen me perseguiría por siempre. Y todo mi amor se manifestaba en lágrimas y desesperación.

Abrió los ojos a la par, con lentitud, y mis latidos se detuvieron, para luego dispararse acelerados. Me miró, aún sin decir nada, intentó abrir la boca para hablarme:

—Tranquilo, no digas nada. Descansa, mi amor —le susurré y al fin le besé en la mejilla, con temor de lastimarlo más.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Dónde estamos? ¿Qué sabes de nuestro hijo? —dijo con mucha ira contenida.

Sebastián despertó y recobró su último anhelo. Lo vi en sus ojos. Ni siquiera se podía parar y ya estaba decidido a no fracasar esta vez. Lo abracé con cuidado. Aún se recuperaba de una intervención. Era tan agradable el calor de su cuerpo, lo había añorado todo este tiempo. Los doctores tuvieron que separarme de él para comenzar con los tratamientos que acelerarían su recuperación. Órdenes del general Verena, necesitaban a Sebastián Casals cuanto antes ocupando su puesto. No dije más. Hice lo mejor que sabía, les ayudé a traerlo de regreso, tal como lo había conocido.

—Sabrás todo a su tiempo. Ahora es necesario asistirte para que te levantes de esa cama cuanto antes —le dije.

Le acaricié la mano y me la tomó con fuerzas. Sin dejar de apretarla cálidamente, me reveló:

—Haz lo que tengas que hacer.

Me puse a trabajar de inmediato.

A la mañana siguiente, Sara ya estaba de pie. Con su hijo a un

costado, colaborando con mi padre y con ideas muy afines. Apolo no lo podía creer y menos que tuviera la fuerza para sostener a su hijo, después de la intervención quirúrgica que había tenido. Miré la hora y recordé que le tocaba el siguiente medicamento a Sebastián. Acudí para suministrárselo yo misma. Los dejé hablando y me alejé. Apolo me siguió detrás. Le escuché decirme:

—Aún no puedo creerlo. Jonathan estará aquí de un momento a otro. Se quedará tan asombrado como yo al ver la forma en que los autocontrolados utilizan la medicina.

—Jonathan ya lo sabe. Vio a nuestros médicos trabajar en Tierras Inhóspitas. No sé cómo lo pasaste por alto.

—Tal vez porque no había visto un caso similar al de Sebastián o al de Sara.

—Apolo, esta tarde verás a Sebastián en pie. ¿No te basta con haber visto a Ademar King renacer de sus propias cenizas?

—Es muy valioso lo que hacen en algunos casos, en otros innecesarios. Siempre hay implicaciones éticas que no toman en cuenta.

—Te doy la razón.

—Espero que una vez que Ademar King II caiga, muchas cosas cambien en la Sociedad Autocontrolada. ¿Escuchaste lo que hablaban Sara y nuestro padre? Sara está de acuerdo con él. Quieren arrasar con la capital y con todos los que se mantuvieron fieles a los King. Si eso ocurre no seríamos diferentes de ellos.

—Tranquilo. Buscaremos una solución.

—Espero que Sebastián nos pueda ayudar. Viste lo que hizo Alejo. Sebastián podría lograr mucho más. A él podría ocurrírsele algo para evitar las bajas de ambos lados. Se han perdido demasiadas vidas.

Me detuve y lo abracé. Lo besé en la frente y le susurré:

—Lo intentaré, Apolo.

—Eso quería pedirte. Cuando esté de alta Sebastián, habla con él antes de que lo haga nuestro padre. Si Alejo pudo tener el brillante plan de utilizar las libélulas, Sebastián podría desarmar al ejército de los King...

—Shhhhh —lo silencié y miré hacia todos lados. Lo que le dije a continuación lo hice con los labios sellados y a través de la guía mental—: No pienses en voz alta. Hay gente que ha seguido a nuestro padre por el beneficio de lo que tendrá. Los necesitamos para ganar esta guerra.

—Sebastián conoce mejor que nadie la seguridad de la capital y sabe diseñar estas maravillosas criaturas como la tarántula, la libélula, entre otras monerías. Él puede lograr paralizar el ejército King sin que tengamos que disparar un arma —me transmitió Apolo por la guía mental.

—Puede ser, Creo que puede. Lo intentaré pero no le digas tus planes a nadie. Ni siquiera a Paúl.

Nos despedimos y seguí hasta donde descansaba Sebastián. Por supuesto que yo estaba de acuerdo con mi hermano. Mi fin era el mismo que el de él. Sebastián podía cumplir con las demandas de mi hermano, pero no estaba segura si quería hacerlo. Ya había visto en su mirada emerger el odio hacia los King.

Me acerqué a Sebastián y le suministré la medicina. Si esperaba a que Sebastián estuviera de alta iba a ser demasiado tarde. Me senté a su lado. Se veía mucho mejor. Las cinco o seis horas que debía guardar reposo eran requisito, pero en tiempo de guerra no podíamos darnos el lujo, así que trabajé por mi cuenta, sin consultarle al médico a cargo. Sebastián me tomó la mano y me dijo:

—¿Dime del niño? Quiero aprovechar estas horas que permaneceré acostado. Así cuando me ponga de pie estaré de inmediato en el frente.

—No tendrás que esperar tanto.

—¿Estás segura? El doctor dijo...

—Ven conmigo, te ayudaré a sentarte. Necesito hablar contigo, es por Abel, está en peligro.

Lo ayudé a incorporarse. Una vez sentado intentó estabilizarse.

—Estoy mareado —me comunicó.

—Respira profundo. Es solo por no esperar el tiempo reglamentario pero estarás bien. Solo intenta mantener el equilibrio. Vamos, ponte de pie. Tenemos que irnos.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre quiere arrasar con la capital —le susurré—. No creo que sea lo más idóneo. King II tiene a nuestro hijo, no dudará en usarlo para frenar nuestra avanzada.

—Dime más. Ponme al corriente de todo —dijo poniéndose de pie mientras inhalaba una fuerte bocanada de aire para luchar contra las náuseas.

—Iris, Ademar King III, la doctora Rita, Sara, todos están a salvo con nosotros. Paúl, Alejo, Apolo están también aquí. Max, ya no está. El plan para sacar a Sara no funcionó y él no pudo salir de la residencia, prefirió destrozarse antes que le arrancaran información que pudieran usar en nuestra contra.

—Lo reconstruiré cuando todo termine.

—No se podrá esta vez. Los King hubiesen hecho lo mismo. Se autodestruyó de forma irreversible. Deshizo su centro de control —hice una pausa y proseguí—. Los robots arácnidos han sido un éxito, las guías estilo Tierras Inhóspitas también, cada hombre y mujer de nuestro ejército tiene una. Mamá sigue en la base cero punto cinco, tiene el control de la misión de vigilancia en sincronía con los arácnidos. Jonathan está viniendo para acá. Lo necesitamos. Hay cosas que aún no podemos entender que conciernen a Iris y a las investigaciones de Earta. Además, hay otra cosa que nos podría ayudar a

entender, tomando en cuenta su especialidad en tecnología dentro del cuerpo humano. Ademar King está a punto de despertar, es la visión que ha traído tu hermano sobre el hombre nuevo. Ademar King II quiere perpetuarse y no sé hasta qué punto quiere desarrollar sus nuevas ideas para toda la población que gobierna.

Sebastián respiró con fuerzas e imaginé que los efectos físicos que estaba experimentando, se agravaban con las noticias que me había pedido.

—No dejes de respirar profundo. No te detengas ni aunque se te nuble la vista. Da unos pasos, eso te ayudará a vencer el *impasse*. Walker... —dije y sentí un fuerte nudo en la garganta y un dolor similar a una patada a la altura del estómago—. Walker ya no está con nosotros. Me salvó la vida, se sacrificó por mí.

Sebastián se sentó de golpe ignorando todas mis recomendaciones médicas. Se abrazó a mi cintura, mientras mis lágrimas corrían por mi rostro y terminaban sobre su ropa.

—¿Algo más? Suéltalo todo, de una vez.

—Ya no sé. Camil estuvo herido, no fue de seriedad. Es un muchacho increíble. Es un gran soldado y será un gran médico. Eso, si cuando termine todo esto logra despegarse de los caballos. No sé qué se me ha estado olvidando. Alejo... Alejo proviene del mismo lote de embriones que Apolo y yo.

—¿Es hermano de ustedes?

—Comprobado mediante ADN. Es una historia que te iré contando por ratos.

—Me dejas en shock, son tantas cosas. Es como si hubiese estado fuera toda una vida. Hay algo que aún no me has dicho. ¿Me echaste de menos? Parece que estuviste muy ocupada.

—No había minuto en que no pensara en ti.

Me acercó hacia su boca y me besó como si se le fuera a escapar la vida y de ese beso dependiera su supervivencia. Nos abrazamos con fuerzas y cuando estuvo listo volvió a ponerse de pie. Lo ayudé a sostenerse y le recomendé:

—Camina y respira. Te ayudará.

—Lo dices como si hubieras pasado por esto.

—No. Mi recuperación en la UNA fue distinta por completo. Te repito lo que aprendí en mi formación. No sé qué tan terrible se siente, pero debe serlo para que pidan esperar un tiempo específico. Hay algo más que necesitas saber. Alejo tuvo una idea que nos ayudó a frenar a los King, se le ocurrió que las libélulas en modo invisible podrían apagar a los robots humanoides de nueva generación que nos atacaron, así como apagar los tanques y eso nos dio valiosos minutos. No fue suficiente para ganar pero... Apolo y yo creemos que tú podrías diseñar algo para desarmar el ejército King sin más derramamiento de sangre.

—¿Apolo y tú? No cuenten conmigo para eso —dijo caminando y respirando con más soltura.

—¿Puedes o no?

—El punto es si quiero. Esos malditos se llevaron a mi hijo, ponen su vida como precio, nos torturaron a Sara y a mí. Han causado mucho daño a su alrededor. William, el maldito se encargó personalmente de torturarnos. ¿No lo sabías? Yo también puedo ponerte al tanto de lo que hicieron conmigo en todo este tiempo y créeme, no sé si quiera detallarlo, no sé si deseo que escuches cómo William se ensañó con nosotros. A veces me ponía a mirar, las atrocidades que le hacían a Sara, quería hacerme hablar de ese modo, y me siento terrible. Jamás podré perdonarme quedarme callado mientras ella... No te diré más. No es bueno que te llenes de tanto odio como yo.

—Sebastián, lo siento tanto. Por ti y por Sara, yo...

—No me pidas que sea clemente con una sola persona que haya apoyado a William Allen o a Ademar King II. Para mí King ya no es nada. No me pidas que te ayude. Ademar King acabó con la vida de mi padre, no pude conocerlo. Son demasiadas cosas. El sistema de los King debe caer cuanto antes y no seremos clementes ni con ellos ni con sus aliados.

—Entiende que tiene a nuestro hijo. Tu madre lo protege, al menos ahora. No sé si ella pueda seguir haciéndolo.

—Lo traeré de vuelta, de la única manera que se lo podemos quitar.

Camil entró justo antes que termináramos convirtiendo nuestro reencuentro en un campo de batalla. Se le acercó a su primo y lo vi extenderle la mano. Sebastián lo abrazó y le dijo:

—Estoy muy orgulloso de ti, Paz me ha contado todo.

Aproveché para dejarles a solas, tenía que decirle a mi hermano que Sebastián no estaba de nuestro lado y que todo iba a terminar muy mal.

CAPÍTULO 49



El mayor Casals, con su uniforme negro ya estaba a las órdenes del general Verena. Estaban preparando todo para el ataque a la porción de la capital que aún estaba en poder de Ademar King II. Paúl, Apolo y yo seguíamos de cerca el panorama del lado de nuestros enemigos, no era difícil con los arácnidos trasmitiéndonos la información. Ya mi padre había hecho instalar unas enormes pantallas en un cuarto de acceso restringido, similar al de la unidad cero punto cinco, desde donde tenía información de primera mano de los planes de sus enemigos. Por eso, pudimos constatar que King II y los suyos estaban también preparándose para arrasarnos y no solo a nosotros, también a América Unida. Había varias ciudades-estados que permanecían fieles a él y otras que se habían mantenido neutrales, a la espera de la resolución del conflicto. Mi padre apostaba que la mayoría se quedaría al lado de quien ganara. Papá había proclamado, en un comunicado abierto, que las ciudades-estados, serían verdaderamente independientes y que la Sociedad Autocontrolada funcionaría diferente cuando King II fuera derrocado.

Mi hermano me insistió con la mirada. Apolo quería que persuadiera a Sebastián y yo ya no sabía cómo hacerlo. Nuestra ofensiva se adelantó al ejército King, cuando fuimos a arremeter, los King nos frenaron con el niño.

Yo me quedé con un suspiro contenido. Ahora no tenían a Iris y Earta se ensañó con mi hijo. Karena no hizo, o no quiso hacer nada para impedirlo.

Sebastián parecía un león enjaulado y yo me quedé cómo una autómata frente a las pantallas. La doctora Earta Hébert, aún tenía todas las muestras que había extraído de Iris, así como los resultados de diversos estudios. Lo mismo había hecho con mi hijo cuando lo tuvo en su poder. La había escuchado revelar esto a Ademar King II. Habían sido pruebas que me no dañaron su integridad personal, por el trato que había tenido con Karena.

La información que tuvo por el momento, fue suficiente para los planes de Ademar King II. Aunque la doctora Hébert estaba ávida de ir más allá, para él era bastante por el momento. Earta como nueva directora del Instituto de Planificación Familiar, permaneció al lado de su mandatario, justo cuando él hizo una declaración, que removi6 los ánimos de los que aún permanecían neutrales o fieles a mi padre, y que avivó la flama de los seguidores de los King:

—Algunos han estado descontentos y dudan de la permanencia de nuestros logros —dijo Ademar King II—. Tengo una revelación que hacerles. Algo que sellará para siempre el pacto de los ciudadanos autocontrolados con el gobierno. Para los que dudaban del hombre nuevo, escuchen bien. Es verdad que hubo errores que llevaron a que un porcentaje de la población se viera afectada, pero hemos encontrado la solución a los problemas. Ha nacido una niña, que ha podido revertir las modificaciones en su ADN. No sabemos cómo pero tiene elementos en su sistema que le ayudan a depurar todo lo que interfiera con su supervivencia. Catorce años después ha nacido un niño con idénticas características. Terminaremos de desvelar el misterio y tendremos a un hombre nuevo sin fallas. Para todos los que han dudado, para todos los que por este hecho dejaron de tener fe en nosotros, les digo que nuestras

puertas estarán abiertas. Pronto tendremos la cura, es tiempo de regresar.

—¡Maldito! —dijo Apolo en nuestra sala—. Ese último mensaje es para Sara, quiere obligarla a regresar para salvar a su hijo.

Nos encaminamos a buscarla, ella estaba como la mayoría de los ciudadanos autocontrolados, fueran del lado King o del lado Verena viendo el comunicado. Apolo se le acercó a Sara y le dijo:

—Sara —tuvo que mencionar su nombre más de una vez para que ella le atendiera, estaba absorta escuchando a su esposo—. No le hagas caso. Es una trampa. No tendrá clemencia contigo ni con tu madre si regresan. Está desesperado porque no tiene forma de salir victorioso. Sabe que tienes a su hijo y lo quiere de regreso.

—Ellos tienen una vaga idea de lo que sucede pero aún no tienen la cura, de lo contrario lo estuvieran gritando a los cuatro vientos. Aún están lejos de saber lo que ocurre. Jonathan y nuestro equipo les llevan la delantera —yo intercedí también—. Jonathan está por llegar. Él traerá respuestas.

—¡Cálmense! —nos contestó Sara—. Estoy desesperada pero no haré una locura. A Ademar se le olvida que lo conozco demasiado bien, no caeré en uno de sus trucos.

Dejamos de discutir y nos centramos en la transmisión en vivo que los King hacían para toda la Sociedad Autocontrolada. La cara de Ademar King II dio un cambio radical al ver entrar a su madre, acompañada por el director del CDIA. La expresión de su rostro nos hizo sospechar que él no había planeado lo que acontecería a continuación. Apolo, Sara y yo, nos concentramos como tantos espectadores de las noticias:

—Mi querido hijo, Ademar King II, no solo ha podido dar respuesta a la falla que vino aparejada con el hombre nuevo, ahora ha dado un paso más allá. Gracias al director del CDIA y a otros colaboradores que recibirán el crédito merecido en el momento propicio, hemos podido conservar con vida a

nuestro líder magnánimo. Pónganse de pie para darle la bienvenida. ¡Ademar King!

Sara, Apolo y yo nos quedamos boquiabiertos. No tanto como el resto de la gente. Nosotros ya sabíamos que pronto estaría en pie nuevamente, pero me sorprendió lo rápido de ese hecho. No me constaba que las intervenciones hubiesen funcionado, además ningún hecho en nuestras transmisiones constantes nos evidenció que sería hoy y ahora. Apolo y yo corrimos, a toda prisa al cuarto de las pantallas. Ni siquiera perdí tiempo en encender la aplicación que lo reproducía en mi guía estilo Tierras Inhóspitas. Quería verlo ampliado para que no se me escapara ni un detalle.

Contrario a nuestras expectativas, Ademar King, hizo un escueto acto de presencia, apenas dio unas brevísimas palabras para saludar y se retiró. Ademar King II y Earta, también concluyeron su teatro.

A puertas cerradas Ademar hijo, cuestionó la decisión de su madre, por encima de sus órdenes:

—¿Pero qué has hecho, madre?

—Esto avivará a nuestros seguidores. Confiarán más en ti —dijo Karena.

—¿En mí? Lo traes porque piensas que el pueblo no me quiere lo suficiente, que no se fía de mí para gobernar y ganar esta guerra. Me subestimas.

—No es tan simple, hijo. Mira hasta dónde hemos llegado. Necesitamos medidas desesperadas.

—Lo trajiste para ayudarme a conservar el poder, para darme una lección porque tú nunca confiaste en mí para esta función.

—Hijo, por supuesto que confío en ti, pero tal vez la responsabilidad que te dejó tu padre fue antes de tu tiempo. Tu padre se fue demasiado pronto.

Ademar hijo hizo una señal y le pidió a la doctora Hébert y al director del CDIA que se marcharan. Cuando este último intentó llevarse a Ademar King, Ademar hijo se lo prohibió.

—Ademar King aún no está listo —dijo el director—. Lo trajimos solo para calmar al pueblo. Necesita regresar a hibernación.

—¡Váyase de una vez! —ordenó Ademar King II.

Todos se fueron, excepto Karena y Ademar King, quien aún no terminaba de comprender lo que estaba sucediendo. Karena y Ademar hijo se adentraron en una fuerte discusión que llevó a King padre a comprender el estado deplorable de las cosas. El tirano, recién levantado de sus propias cenizas, enardeció de coraje al ver a lo que su hijo redujo a su tierra.

—¡Has destruido lo que me esforcé en construir para ti! —gritó.

Antes que alguno mencionara una sola palabra más, Ademar King II sacó su arma y le disparó a la cabeza a su padre. Un solo disparo le arrebató la vida. Karena lanzó despavorida un grito desgarrador. Su hijo intentó explicarle lleno de frustración:

—Yo quise revivir a mi padre porque lo amaba. Cuando supe que su fin era inevitable tuve esta idea para salvarlo y lo dejé más tiempo en hibernación, hasta que mi iniciativa tomara forma. Ante el conflicto bélico, decidí no despertarlo hasta que todo estuviera solucionado. No quería decepcionarlo y que encontrara el caos que hoy impera. Deseaba evitar que me reprochara por no continuar su obra. Tú, madre, me has humillado delante de mi padre.

—¿Qué has hecho, Ademar? Ahora sí que no podremos salvar a tu padre nunca más. Es su fin.

—Me obligaste a hacerlo.

Pero aquellos sucesos ocurrieron a puertas cerradas y tal como previó

Karena, la porción de la zona protegida se resistió con King II a la cabeza. La gente se llenó de esperanzas con tan solo ver la aparición de Ademar padre una vez. Se pidieron refuerzos a las ciudades-estados que aún les permanecían fieles. Se prepararon para borrarlos del mapa. Los ánimos subieron con tan solo saber que Ademar King había vuelto. Era una lástima que la Sociedad Autocontrolada no supiera lo que sabíamos nosotros, que Ademar King no había sobrevivido, su propio hijo lo había quitado del medio.

Sara y Sebastián estuvieron de acuerdo en una cosa, la ira les hizo desear la guerra contra la capital, una guerra cruel y despiadada. El general Verena y Casals planearon arrasar con la parte que no podían tomar del área protegida. Temían que si esa fracción de tierra resistía, los King podrían desatar alguno de sus planes maquiavélicos para ganar la guerra.

Mi hijo fue llevado al Departamento de Defensa, escoltado por Earta y su equipo. Karena no pudo siquiera intentar impedirlo. La mandaron hacia un refugio temporal, en el que se recluyó, luego de los sucesos funestos causados por Ademar King II. Sebastián me abrió los ojos desmesuradamente para hacerme entender su punto, me dijo:

—No hay otra salida. No se puede ganar la guerra del modo que Apolo y tú lo desean.

—Si dan un paso en falso, ellos atentarán contra Abel. Nuestros misiles que apuntan al departamento no podrán ser utilizados a no ser que mi padre y tú estén dispuestos a sacrificar a nuestro hijo, entiéndelo.

Me abrazó y me susurró:

—Ellos no lo tocarán. De lo contrario no hubiesen llevado a Earta Hébert con Abel, para Ademar ahora es más importante que Earta desentrañe la incógnita que Abel e Iris encierran. Descubrirla representa la esperanza para muchos que padecen en la Sociedad Autocontrolada, entre ellos el hijo

de Ademar, eso le hará ganar seguidores. De hecho ya se ha vuelto más fuerte, desde que estamos frenados por su amenaza y él sigue trabajando por ganar más adeptos.

—Yo no confío en Ademar King II, es muy impredecible y volátil, tú mejor que nadie lo sabes.

Mi padre y Sebastián sabían que si no atacaban ahora, perderían la oportunidad de ganar. Por eso siguieron perfeccionando su plan de ataque muy en contra de lo que deseábamos mi hermano mayor y yo. Me le acerqué a Apolo y le dije:

—Sabes cómo terminará esto. Ya hiciste todo por nosotros, es tu hora de partir. Toma a tu hija, a Sara, su hijo, su madre, llévate a Alejo y si logras convencerlo también a Camil. Regresen a América Libre, tu pueblo te necesita. Lleva igual a Paúl y a nuestra madre, salva a todos los que puedas. Aquí solo tenemos un fin, terminaremos masacrándonos los unos a los otros. Ademar King II no se rendirá, Sebastián tampoco.

—Pienso como tú, nadie podrá ganar. Estamos demasiado cerca los unos de los otros y el armamento es demasiado potente.

—Una vez que se aniquilen, no sé qué pasará con el resto de las ciudades-estados. Tal vez se independicen o alguien quiera luchar por el poder. Ya sabes lo que pasará, no te quedes para ver cómo se destruye a sí misma la nación más poderosa del mundo. Sálvate y salva a los tuyos. Toma providencias en América Libre y protege a tu pueblo de las consecuencias.

—No puedo dejarte y tú no te irás sin tu hijo. Me quedaré para ayudarte a rescatarlo.

—Sebastián y yo lucharemos por él. Tú vete mientras estés a tiempo, no arriesgues a todos los que dependen de ti, piensa en tu hija.

Paúl que nos había escuchado en silencio, continuó mirándonos sin

decir nada, lo que me extrañó, porque fue el primero en querer volver cuando tuvo noticias de las elecciones en América Libre.

—¿Y tú te quedarás callado? —le dije a Paúl—. Ayúdame a convencerlo.

—También me niego a dejarte, Paz, incluso no quiero dejar al terco de Sebastián, en el fondo tiene razón. Ademar King II es un veneno para la humanidad, el mundo necesita librarse de él —argumentó Paúl.

—Pero ustedes no tienen que perecer con nosotros, Sebastián se ocupará de King, de William y de todos los que se han ensañado con nosotros, lo he visto en sus ojos. Lo domina la venganza —les dije.

—Por otro lado ya no sé si seremos aceptados de vuelta —me dijo el amigo de mi hermano.

—¿Qué dices? —le reclamé—. Tú mismo insististe para que Apolo se presentara a las elecciones.

—América Libre puede aceptar el origen de Apolo y a su hija, porque proviene de Dafne, quien se sacrificó por la UNA, pero no consentirán la entrada de Sara, ni de su hijo y menos de la doctora Roger. ¿Es que no puedes verlo? Y si se enteran que Iris tiene algo que los autocontrolados quieren, tal vez la usen para negociar con ellos. Tal vez Apolo ya no pertenece a América Libre. Desde hace tiempo es un habitante de Tierras Inhóspitas, tanto como tú y como yo —sentenció Paúl.

Jonathan hizo su arribo, justo cuando ya habíamos perdido la esperanza. Venía con mi madre, quien no se aguantó las ganas de estar con nosotros. Los recién llegados corrieron a abrazarnos, pero se toparon con un muro de frialdad, notaron que habíamos perdido la fe. Cuando les pusimos al corriente y les insistí ambos para que convencieran a Apolo y que se marcharan, los dos estuvieron de acuerdo con Paúl.

—Hijos, ustedes tienen razón —nos dijo mi madre—. Hay que buscar la manera de ganar esta guerra sin disparar un arma. Leila era muy buena para buscar soluciones. ¿Qué se le habría ocurrido a ella? La idea de ustedes no está mal, Apolo, pero si Sebastián no colabora tendríamos que buscar a otra persona en su lugar. Alejo aún está muy joven, no tiene los conocimientos ni la experiencia de Sebastián. Sugiero raptar a Verena y llevarlo lejos de aquí. Una vez que se aniquilen los dos bandos, él podrá tomar el poder de lo que quede. Tendrá el apoyo de Eric de América Unida.

—¿Madre? —le dije—. Eso sería una humillación para mi padre. Él no lo aceptaría.

—Entonces le pediremos a Alejo que infiltre el video de Ademar King II asesinando a su padre a sangre fría —dijo Venus y me recordó a Leila, era el tipo de ideas que se le ocurrían.

—Eso haremos, volverá a perder fuerza el mal nacido y es algo que Alejo sabe hacer —dijo Apolo y todos estuvimos de acuerdo.

—Paúl, encárgate de inmediato. Necesito hablar algo urgente con mis hijos, luego te pondrán al tanto —le pidió mamá.

—¿Le consulto al general Verena o a Sebastián? —preguntó Paúl.

—No, a ninguno —le sugerí y lo vimos marcharse.

Mamá nos miró a mi hermano mayor y a mí, luego miró a Jonathan y vi que eran cómplices en esto. Jonathan habló:

—La doctora Earta Hébert nunca podrá resolver el misterio, está muy lejos de descubrir qué es lo que está regenerando el ADN en Abel e Iris. Es algo que está adaptado para sobrevivir, algo que muta y se perfecciona, algo que incluso se trasmite de madre a hijo. Algo que ni yo sabía cuando lo inventé pero lo he descubierto recientemente. Como dijiste, Paz, la guía mental es como una enfermedad, eso parecía pero ha resultado otra cosa.

Ahora se ha encargado de limpiar las trazas de las modificaciones que los autocontrolados han añadido a la especie humana.

—¿Así que lo que Ademar King II pretende usar para corregir las fallas en sus experimentos del hombre nuevo, no solo no lo ayudará, sino que también terminará por borrar al hombre nuevo de la faz de la tierra? —mencioné—. ¿Y no tenías idea de nada cuando diseñaste la guía mental, Jonathan? Parece un plan orquestado por Leila.

—¿Estás dudando de mí, Paz? ¿Alguien más piensa lo mismo? —se defendió Jonathan.

—No quiero dudar, pero ahora mismo la Sociedad Autocontrolada está por aniquilarse a sí misma, dividida y enfrentada. Por otro lado, un arma creada por la UNA cumple una función que no dista mucho de los deseos de los representantes de la Unión de Naciones Autónomas. Detesto las coincidencias y en esto sobrevienen demasiadas —manifesté.

—Iris tiene razón cuando menciona que no le implantaron la guía. Iris es como tu hijo, nació con ella.

—Jonathan, haz silencio ahora, como lo hiciste todos estos meses. Una palabra tuya antes... ¡Carajo! Sabes que una palabra tuya al respecto nos habría ahorrado...

—No podía, Paz. Entiéndeme, no podía.

—¿Lo sabías, mamá? —pregunté muy enojada pero no me quedé a esperar la respuesta.

Tuve ganas de ir enseguida con Sara y decirle que la cura para su hijo existía, solo bastaba que le implantaran una guía mental, pero no sabía si lo que me compartieron Jonathan y mi madre era un secreto, o ya podíamos compartirlo con el resto. Así que dejé esa responsabilidad en manos de Apolo, quien se había quedado muy serio tras las revelaciones de Jonathan

pero sin tomar partido. Creí más sensato buscar a Alejo y ver hasta dónde había avanzado en su plan de sacar a la luz la verdad sobre Ademar King, y mis pasos me llevaron en otra dirección. Cuando me planté delante de Sebastián y él siguió inmerso en el plan de ataque, lo tomé del rostro y le dije:

—Otros pueden tirar para distintas direcciones pero si tú y yo no trabajamos en equipo, no vamos a rescatar a nuestro hijo. Sabes que es lo único que quiero. Si te importa más ganar esta guerra, que centrarte en salvar a Abel corres el riesgo de perdernos a ambos. Sé que puedes hacerlo, te pido que desarmes el ejército King y evitemos más derramamiento de sangre.

Sebastián me miró y me perdí en la profundidad de sus ojos negros. Alargó el silencio un par de segundos y luego me arrastró hacia el calor de su cuerpo. Me abrazó, y entre su piel y la mía había una barrera, su uniforme, sus más de diez armas y su rencor. Quise separarme de golpe y no me lo permitió. Despegó los labios que tantas veces había usado para hacerme perder la razón para decirme:

—Nuestro ejército ya salió, en pocos minutos estarán atacando.

—Pero si no veo movimiento, más que el de defensa.

—Salieron anoche en la madrugada, bordearon la zona protegida y los atacarán por detrás. Las fuerzas que vez aquí son las que pararán la ofensiva de King II sobre nosotros.

—¿Y los misiles? —indagué.

—Todo depende de ellos, si deciden bombardearnos, lo haremos primero.

—¿Y Abel? ¿Cómo queda Abel en todo esto?

—Todo lo que hago es por Abel. Ya no sé cómo rescatarlo. Está custodiado por todo el ejército King. No hay más forma de llegar a él, que lo que estamos haciendo ahora.

—¿Qué pasará cuando nuestros hombres abran fuego? ¿Ademar cumplirá su promesa y se desquitará con nuestro hijo?

—No podría. Es lo único que los protege de nuestros misiles.

—Ademar es la persona más volátil que conocemos, un arranque de enojo lo puede llevar en cualquier dirección. No mide las consecuencias. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

No me contestó nada. Sentí unos enormes deseos de golpearlo, pero si perdía los estribos, él iba a protegerse con su coraza de acero y jamás íbamos a encontrar un punto de encuentro, así que me abrí ante él, no podía exigirle que mirara en mi misma dirección y camináramos a la par si yo no estaba dispuesta a dar el primer paso. Le tomé el rostro con una mano y lo obligué a prestarme toda la atención:

—¿Sabes? Lo que Earta busca en nuestro hijo no es algo que mágicamente sucedió como producto de la evolución —murmuré—. Tiene que ver con la guía mental diseñada por Jonathan, pedido especial de Leila. Ya sabes que la guía mental muta, se adhiere más al individuo y libera todo su potencial. Pues ahora te informo que se transmite de madre a hijo, y que limpia el sistema de cualquier modificación genética que lo aleje de su humanidad original. Es brillante. La guía quiere sobrevivir y para eso optimiza la vida del cuerpo donde se hospeda, y nos permite comunicarnos los unos con los otros sin necesitar la palabra hablada. Es la obra de Leila y llevada a la realidad por las prodigiosas manos de Jonathan. No importa si ganamos esta guerra o no, Leila ya derrotó a Ademar King y su visión del nuevo ser humano. A ti y a mí solo nos queda una cosa por hacer, y eso es salvar a Abel. Ahora mismo, Alejo está diseminando en todos los sistemas informáticos la información del video de Ademar King II poniéndole fin a la vida de su padre. Sus seguidores terminarán de ver su verdadera cara y perderá toda su fuerza. Dime cómo quieres que termine todo. ¿Con el

exterminio de ellos y nosotros, o con la oportunidad de construir un mundo tranquilo donde podamos tener un sitio para criar a nuestro hijo?

Me apretó aún más fuerte mientras intentaba asimilar todo la información que le revelé de golpe. Así no le bastaba, me levantó del suelo y nos fundimos en un abrazo interminable. Se aferró a mis labios y me besó como hacía tiempo no lo hacía, sentí lo mismo de la primera vez y aquella emoción me invadió completa. Sebastián soltó la coraza de guerrero y volvió a ser el chico que se había enamorado de mí mientras crecíamos en la casa de mis padres, en América Unida.

Sebastián ya estaba convencido, la guerra a través de las armas no era la solución. El video comenzó a reproducirse en cada guía, pantalla, y medio de comunicación de la Sociedad Autocontrolada en general. La reacción no se hizo esperar, el pueblo ya estaba harto de Ademar King II, y su ejército se quedó paralizado. Ya no tenían a América Unida y las otras ciudades-estados también quedaron en pausa, tras ver el vídeo. Sebastián que conocía los sistemas informáticos que se encargaban de la defensa de la capital, se acercó a mi padre, conmigo a su lado y le dijo:

—General, usted conoce cómo funciona el ejército King, yo conozco todo su sistema de defensa, tenemos los planos y la información necesaria para hacer una guerra informática de desarme. Podemos programar a los robots humanoides para confiscar las armas, encerrarlas y custodiarlas en *bunkers* de alta seguridad, así como para custodiarlas hasta nuestro aviso.

Mi padre lo miró extrañado y sin procesar del todo lo que Sebastián estaba diciendo, mi padre habló:

—¿Tú diste la orden de que se pasara el vídeo de King II disparándole a su padre?

—Fui yo, pero la idea fue de mi madre. Apolo está con nosotras —le

dije y tomé fuerte la mano de Sebastián—. Ahora estamos aquí para decirte que tomes en cuenta nuestra sugerencia y que ordenes de inmediato que no disparen ni un arma en la ofensiva que enviaste para tomar lo que nos resta del área protegida. No somos invasores, estamos liberando al pueblo del tirano y tenemos que actuar distinto a como él lo haría.

—Venus. ¿Qué más se le ha ocurrido a Venus? —masculló mi padre.

—La idea del desarme es de Apolo y Paz. General, es la única forma de ganar esta guerra. Aún tiene muchos aliados que pueden ayudarle, el Jefe de Defensa de América Unida está con usted. Podemos convencer a los otros siete generales de las otras ciudades-estado de sumarse a nuestra iniciativa, pero para eso hay que tomar la capital —dijo Sebastián—. Puedo hacerlo, necesitamos trabajar en conjunto para lograr la victoria.

Mi padre tomó la radio que se comunicaba con el destacamento de ofensiva y les ordenó:

—No ataquen. Quédense en sus puestos a la defensiva. No permitan que ningún militar escape por su área de la frontera. Intenten no disparar a matar, los queremos vivos. Esperen nuevas órdenes. Pronto estarán desfilando por las calles de la ciudad.

CAPÍTULO 50



Sebastián se puso a trabajar pero a su manera. Primero tenía algo que hacer. Su tarántula cobró el color metálico y saltó de su brazo al suelo, con el efecto de repulsión que eso lograba causarme. A medida que la araña iba caminando delante de Sebastián, quedó de nuevo invisible. Seguí a Sebastián, mientras la araña rastreaba a su objetivo. Sebastián llegó hasta donde estaba Alejo y lo observó oculto tras de una columna. Mi hermano estaba sentado en el suelo en uno de los rincones, trabajando en su portátil como de costumbre, cuando la araña tomó color delante de sus ojos, dándole un susto que lo hizo pegar un brinco.

—¡Alejo, sígueme! Tenemos trabajo que hacer —le dijo Sebastián y comprendí que el objetivo de la tarántula era mi hermano menor.

—¿Para qué lo necesitas? —pregunté.

—No lo necesito, le voy a enseñar cómo se hace. Si tú has adoctrinado a mi primo y pretendes convertirlo en médico, es mi turno de tener también un aprendiz. He elegido al chico por sus habilidades —me confirmó y luego se volvió a mi hermano menor y le preguntó—: ¿Estás de acuerdo?

—No puedo esperar un minuto más —dijo Alejo sin poder disimular su emoción.

—Paz, pon a tu padre al corriente con el resto de la información, dile por qué algunos autónomos pudimos reproducirnos con sus hijos autocontrolados. ¡Ahhh! No olvides explicarle esa parte, mi preferida, que Leila fue la autora intelectual. Sí, Leila, la hermana de Venus. No quiero estar a tu lado cuando lo sepa, así que mejor ve sola. Cosas de la vida. Al final resultó que Leila y Verena tenían el mismo enemigo en común y juntos ganarán esta guerra —me dijo y me gustó que tomara las novedades con humor.

—No olvides que Leila envió a mi madre para seducirlo. Tal vez fue así como el general Verena terminó convirtiéndose en su aliado —le seguí el juego.

—De lo único que me arrepiento en mi vida es de haber sido responsable de la muerte de esa mujer.

—Tú no eres culpable, tú la capturaste para salvarme. Ademar King II decidió ponerle fin a su vida.

—Espero que de la misma forma no te culpes por la muerte de Walter. Ya sé que él salvó tu vida mientras tú intentabas proteger la mía.

Nos abrazamos y nos dijimos varias veces lo mucho que nos amábamos, ante la cara de aburrimiento de Alejo:

—Dejen eso para otro momento. Estoy impaciente por ver lo que me enseñará Sebastián.

Sebastián y yo nos soltamos. Él me susurró antes de separarnos:

—¡Suerte con tu padre! En cuanto Abel mantente serena. El primer grupo de robots que programe, será para velar por su absoluta seguridad mientras ocurra el desarme. Ellos lo protegerán hasta que te lo entreguen en tus brazos.

Cuando llegué ante mi padre, ya él había negociado una alianza con el

resto de los generales que fungían como Jefes de Defensas de las otras ciudades-estados. Le expliqué lo que Sebastián me había pedido. Mi padre quedó en suspenso, no dijo nada por unos minutos y cuando parecía que iba a decir algo volvió a sellar los labios.

—¿Te ha costado digerir la información?

—Parte de ella, estoy acostumbrado a estas cosas. ¿Sabes? Pero que fuera Leila, sí me sorprendió. Vamos con Sebastián, quiero ver lo que tiene.

En la sala de control de los robots arácnidos Sebastián, Alejo y un par de hombres, estaban frente a uno de los ordenadores. Ahora pensaba que mi padre, podía haberle ordenado algo así a Sebastián que hubiese evitado que huyéramos como lo hicimos. Sin embargo, la intención de mi padre no era derrotar a los King en aquel entonces. Por otra parte, nuestros aliados crecieron con cada día que estuvimos en Tierras Inhóspitas.

—¿Sebastián, te meterás en la computadora del Departamento de Defensa y la operarás desde aquí? —preguntó Alejo.

—Lo puedo hacer, pero nos detectarán e intentarán frenarnos. Tengo una mejor idea. La clonaremos, ubicaremos el clon en nuestra posición y le ordenamos a la original autodestruirse. Nos conectaremos a un servidor en otra parte del mundo para confundirlos.

El ejército de King totalmente desarmado, aceptó los términos del alto al fuego sugerido por mi padre. Nótese que no se manejó como su rendición. Esa misma tarde entramos a la ciudad en caravanas, a excepción de mi padre que se protegió junto a un grupo de los nuestros, como la doctora Rita, Sara, su hijo, Apolo, entre otros. El pueblo recibió feliz el acontecimiento y me dio gusto entrar con la frente en alto a la ciudad, tomada de la mano de Sebastián. Los hombres que permanecían fieles a King fueron apresados y puestos en manos de la justicia.

Llegué con Sebastián y el primer destacamento al Departamento de Defensa. Mi padre se nos uniría hasta después, hasta que nos hubiésemos asegurado que su integridad no sería comprometida. Aún no habíamos podido capturar ni a William ni a Ademar. El general Allen, el padre de William, avergonzado por la actitud de su sobrino y al ver que no tenía escapatoria se había rendido. Nuestros robots espías tenían vigilado al tirano y a su principal aliado, William Allen. Íbamos tras la pista de ellos, mientras yo reproducía en mi guía convencional la información que me transmitían los arácnidos. Ademar y su primo huyeron custodiados por unos diez guardias que les permanecían fieles. Estaban armados.

—Ve a reunirse con Abel —me pidió Sebastián.

—Ademar se las está arreglando para escapar —dije.

—Yo me encargo de Ademar y William, los encerraremos y se les enjuiciará. Pasarán el resto de sus días en la cárcel.

Seguí la sugerencia de Sebastián. Corrí hacia el sitio donde unos robots humanoides de nueva generación tenían resguardados a Abel. Abrí la puerta y entonces lo vi. La nana robot lo sostenía en brazos. Me asaltó la duda, ¿me recordaría? Unas lágrimas bajaron por mi rostro mientras mi corazón se llenaba de todo lo que le habían arrebatado. Me acerqué lentamente. Lo primero que me golpeó fue su aroma, era más intenso que el trémulo recuerdo que tenía. Su rostro, fue en lo siguiente que reparé, con aquellos ojos inmensos e idénticos a los de su padre. Sus gorjeos, hicieron que mis lágrimas cayeran a torrenciales. Estiré una mano para tomar la suya, pequeña entre mis dedos. Fijó su mirada en mí y comenzó a sonreír, luego empezó a sacudirse de la emoción y me lanzó los brazos. Lo tomé con calma y lo abracé, lo abrigué en el calor de mi pecho y suspiró, lleno de júbilo.

Nos quedamos abrazados buen rato. Me senté en un sillón, hasta que se quedó dormido encima de mi pecho. Observé en la guía a Ademar King II

y a William, seguían huyendo, Sebastián y sus hombres no los habían podido alcanzar. Estaban a punto de abandonar el Departamento de Defensa. Se dirigían a unas aeronaves, las que de seguro usarían para escapar. Cuando abrieron la portezuela de la primera, William se ubicó en el asiento del piloto y comenzó a encender los motores. Antes de poner un pie dentro, en un giro inesperado Ademar fue apuntado con las armas de sus propios guardias de seguridad. No entendí nada, menos cuando estos descargaron sus armas sobre Ademar King II, el que se derrumbó sobre el suelo víctima de la traición, al igual que su padre. William no tuvo oportunidad de escapar, los propios guardias lo detuvieron. Cuando Sebastián y sus hombres llegaron, los soldados que traicionaron al tirano se rindieron y entregaron al prisionero.

Con mi hijo, aún en brazos, caminé para recibir a Sebastián. Mi amado se alzó de hombros, sin encontrar una explicación coherente para lo sucedido en el ataque a Ademar King II por sus propias fuerzas. Yo lo había entendido todo. Era resultado de la información que había transmitido Alejo.

Negué con la cabeza al ver a William que era traído inmovilizado por dos hombres y le dije:

—No quería que esto terminara así.

—Debes estar feliz, lograste lo que querías —me escupió al rostro gobernado por la ira.

Pero ni siquiera volví a dirigirle la palabra, todas las humillaciones por las que me había hecho pasar estaban perdonadas, no iba a vivir con el rencor. Él ya estaba pagando por todos sus errores y tal como me había dicho Sebastián, no se iba a salvar de vivir recluido hasta el fin de sus días, donde no pudiera dañar a nadie más. Me acerqué al cadáver de Ademar King II, tenía más de diez impactos de bala sobre el tórax. Cuando Sebastián tomó a Abel en brazos y comenzó a alejarse de allí, me llamó para seguirle. No pude

quitarme la idea que me asaltó al recordar la reconstrucción del cuerpo de Ademar padre. Desenfundé mi arma y le di un último disparo al cuerpo inerte de Ademar King II, en medio de la frente.

—¿Paz, vamos? ¿Qué haces? Está muerto —me gritó Sebastián.

—Me cercioro de que no haya una segunda parte —dije y me dispuse a alcanzar a Sebastián y a Abel.

Sentí el aire rozarme la mano. Cuando reaccioné, William tenía mi arma, la misma que utilicé para dispararle a Ademar. Temí primero por mi hijo y después por Sebastián, pero William solo me apuntó a mí. Todo se detuvo. Si apretaba el gatillo me robaría la vida pero sería una sentencia de muerte también para él, más de diez guardias le apuntaban. Fueron segundos en los que vi toda la felicidad que podía disfrutar de ese día en adelante desfilar delante de mis ojos. Sin tiempo a más, William se apuntó a la cien y disparó. Suspiré mientras su cuerpo caía y me volteé hacia Sebastián. Vi el terror en su rostro y su mano cubriendo el rostro de mi hijo, que ya había comenzado a llorar. Caminamos hasta encontrarnos en la intersección.

—¡Paz! —Sebastián intentó despegar los labios para lanzar un reclamo pero solo consiguió cerrar el círculo de sus brazos, con mi hijo y conmigo adentro—. No me hagas recluirte hasta que todo esto pase.

—Tendré más cuidado.

—No podría vivir si te pierdo. ¡Vamos! Busquemos a mi madre, la noticia le pegará muy fuerte. Prefiero que se entere por mí.

Cuando estuvimos con Karena, la vi delgada y taciturna, tal como la había visto una vez, tras el primer atentado a Ademar King. Sebastián la miró a los ojos y ella no pudo sostenerle la mirada, tan solo dijo:

—Por favor, ya no me llames madre. No lo merezco. No lo soportaría. No fui buena madre ni para ti ni para tu hermano.

—Vengo a hablarte sobre Ademar.

—Ya sé que tu hermano está muerto. Ese tipo de noticias vuelan — murmuró Karena.

—Lo siento.

—No podía acabar de otra forma.

—Te agradezco haber intentado proteger a mi hijo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sigue adelante con tu vida.

—A Earta Hébert le darán el destierro, es la pena más leve. ¿Quieres que la pida para ti?

—No lo hagas. No podría recomenzar en ninguna parte.

—Tienes dos nietos, Ademar King III y Abel. Me tienes a mí.

—No te engañes, Abel —le dijo a Sebastián sosteniéndole el rostro—. Conmigo no tendrán tanta clemencia como con Earta, nuestros crímenes son muy distintos. Hay solo una cosa... Si te lo conceden, quiero darle el último adiós a tu hermano. Nadie más lo llorará.

—Considéralo hecho. No sé qué sentencia tengan para ti, pero me cercioraré de que nadie dañe tu integridad física.

Sebastián se despidió y le lanzó una mirada llena de sueños rotos a su madre. Luego me tomó por el brazo y me apuró:

—Vamos, mi amor. Tenemos que prepararnos para recibir a tu padre. Está llegando al Departamento de Defensa y el pueblo no para de vitorearlo. Tu padre es toda una celebridad —dijo para tratar de animarse, no podía ni aunque se esforzara ocultar su tristeza.

—Prefiero la palabra héroe —dije para seguirle el juego y tratar de animarlo.

—Camina.

No habíamos tomado la ciudad, la ciudad nos había abierto las puertas. Los generales le ofrecieron a mi padre llegar a la residencia de los King y él se negó. Fue directo hacia el Departamento de Defensa y comenzó a hacer lo que mejor sabía. Comenzó por poner en orden en la ciudad, a tomar medidas para restablecer la vida habitual y convocó a los líderes de las ciudades-estados.

CAPÍTULO 51



Mi padre dejó algunas tropas en las unidades de Tierras Inhóspitas y dispuso que se fundaran ciudades en ellas, con nuevos nombres, gracias a la sugerencia de Apolo, tras la incursión en el diario de Iris. Los subgrupos que se separaron de la UNA y también de la Sociedad Autocontrolada, pudieron seguir adelante con su idea original. Los Jefes de Defensa de las ciudades-estados llegaron ante el llamado de mi padre y aceptaron su propuesta, cada una se convertiría en una nación independiente, serían aliadas pero ninguna le debería obediencia a la otra. Mi padre explicó que la vida no podría continuar como la habíamos conocido y sin dar muchos detalles dijo que dejaríamos atrás las ideas de Ademar King, principalmente la del hombre nuevo, la que estaba destinada a desaparecer.

Rita Roger quedó al frente del Instituto de Planificación Familiar, tras el destierro de Earta Hébert que tuvo que elegir para vivir otras de las ciudades-estados. La misión del instituto fue reemplazada y se les enseñó a los hombres a reproducirse como lo dictaba su naturaleza. El pequeño Ademar King III recibió una guía mental, la que ayudaría a resolver su condición y había planes para hacer llegar una a cada persona que tuviera los mismos problemas de salud que el hijo de Sara.

Estábamos en el instituto, Jonathan, Apolo y yo, tras la administración

de la guía al niño. Sara aguardaba con su hijo en una habitación mientras se recuperaba, era la primera vez que se ponía la guía a una persona con su grado de afectación, por eso Jonathan quería supervisar su caso, para constatar su recuperación, y por su corta edad, para guiarlo mientras aprendía a utilizarla.

—Te agradezco, Jonathan. Por colaborar para ayudar a las personas afectadas —le dije mientras aguardábamos en la nueva oficina de él.

—Aquí tengo una misión. Leila me dejó una gran tarea —nos dijo a mi hermano y a mí.

—No solo restaurarás las cosas a su estado natural, habrá que convencer a la gente de las bondades de la reproducción como dicta la naturaleza —le dije.

—¿También te quedarás? —le preguntó Jonathan a Apolo.

—Ya dije que sí, no te dejaré solo en esto. Quiero estar con Sara y creo que aquí es el mejor sitio para recomenzar. Así Sara podrá estar cerca de tu madre y... —manifestó Apolo.

—No lo puedo creer. No te puedo imaginar lejos de América Libre —lo cortó Jonathan sin dejarlo terminar de hablar.

—Las elecciones fueron hoy. Sabes cuánto hubiese querido llegar pero mi familia me necesitaba.

Sentí tristeza por Apolo, lo veía dividido en dos. Allá estaba su tierra, su gente y sus sueños. Aquí estábamos su familia y la mujer que amaba. Paúl apareció corriendo por uno de los pasillos ante la expresión de asombro de nosotros tres. Llegó emocionado, tan agitado que no pudo hablar, tuvo que tomar unas cuantas bocanadas de aire al detenerse.

—Sintonicen las noticias de América Libre —dijo al fin.

—¿Ya saben quién ganó las elecciones? —dijo Apolo.

—¿Por eso estás agitado, es un amigo? —preguntó Jonathan.

—¡Y qué amigo! —dijo Paúl, que se negó a darnos la respuesta.

Sintonicé las noticias sin dar crédito a lo que repetían. El pueblo había puesto el nombre de Apolo Salvat en cada casilla, había arrasado con más del ochenta por ciento de los votos. Los tres nos miramos con las expresiones congeladas en los rostros. Paúl soltó la primera carcajada de triunfo y dijo:

—¿Qué estás esperando, hombre? Vamos de una vez. ¿Acaso no lo escuchaste? Te han dado cuarenta y ocho horas para presentarte. Si no lo haces el Consejo decidirá un gobierno temporal hasta que se calmen los ánimos —dijo Paúl y Apolo aún no supo qué decir.

Una lágrima se asomó a unos de los ojos profundamente azules de mi hermano y la secó de inmediato. Apolo intentó buscar una excusa:

—Mi familia está junta por primera vez en la vida. No puedo dejar a Sara con lo de su hijo, no creo que pueda seguirme y aunque lo hiciera, sería pedirle que se separe de su madre. Además...

Sara ya había llegado y se le abrazó por la espalda, en una escena enternecedora. Le dijo a mi hermano:

—Te seguiré al fin del mundo de ser necesario. Mi madre algún día se volverá a jubilar y si lo desea podrá acompañarnos, será su decisión.

—¿Te acostumbrarás a una vida diferente? —indagó Apolo.

—Ya no soy la misma y tú eres mi oportunidad de descubrir realmente quién soy.

—¿Tu hijo?

—Apolo, mi hijo siempre llevará un fuerte estigma en su nombre, incluso he pensado cambiárselo, pero él es descendiente de los King y no dejará de serlo por llamarse diferente. Esperaré a que tenga la mayoría de edad para que elija si lo cambia o decide limpiar lo que representa. Educarlo no será fácil, me gustaría que te tuviera como referente de la figura paterna.

—Creo que no te he hablado de mis problemas de paternidad —le dijo Apolo mientras la envolvía en sus brazos y se veían realmente enamorados.

—Solo sé que cuando esa niña te mira, todo lo que reflejan sus ojos es un amor profundo y mucha admiración.

—No has visto a Iris cuando le digo que no a algo. Los adolescentes no son fáciles e Iris menos.

—Si Jonathan dice que mi hijo puede viajar me iré contigo de inmediato, si tengo que esperar, te seguiré en cuanto pueda hacerlo —fueron las últimas palabras de Sara.

—Estará bien. Me hubiese gustado darle seguimiento pero si necesitan viajar cuanto antes, les daré el contacto de un colega que lo asistirá de ser necesario —intervino Jonathan, luego le dijo a Apolo—. Estaré contigo, hermano. Tengo una misión aquí, pero algún día regresaré.

—Te estaré esperando con los brazos abiertos —dijo Apolo.

Cuando mi madre lo supo, decidió de inmediato acompañar a Apolo, así que decidió ir con mi padre para agradecerle su hospitalidad y despedirse. Apolo fue con ella para darle a papá la noticia de su partida. Los acompañé, tal y como me lo pidieron. La cara de mi padre ante el abandono de su hijo y su todavía legalmente esposa se desencajó y no me sorprendió. Con respecto a mi hermano, papá creyó que lo tendría a su lado para siempre. En cuanto a mamá, hacía tiempo que ni mi madre ni mi padre podían disimular lo mucho que se querían.

—¿Entonces se van? Pensé que ese día nunca llegaría. Creí que nos estableceríamos todos aquí. Hay tantas cosas que podemos lograr juntos, si todos trabajamos para un mismo fin.

—Había pensado quedarme, padre. He disfrutado mucho de tu

compañía pero al ver que mi pueblo me reclama, no puedo quedarme indiferente. No lo hago por deber, en verdad quiero estar ahí. Pertenezco a aquella nación y necesito regresar.

—No tienes que explicármelo, hijo. Puedo entenderte. Tendrás todo mi apoyo. Te ayudaré a protegerte de cualquier intromisión de los otros cuatro líderes de la UNA. América Libre merece ser realmente autónoma. Hablaré con Eric, seremos tus nuevos aliados. No irás solo.

Se abrazaron y después del largo abrazo, Apolo le dijo a mi padre:

—Sara se irá conmigo. Juntos cuidaremos de nuestros hijos.

—Les deseo que sean muy felices. Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites.

—Mamá también me acompañará —le reveló mi hermano.

El general Edgar Verena miró a nuestra madre a los ojos y le susurró:

—Venus —le dijo mi padre—, sé que no podré convencerte para que te quedes. No te culpo por haberme utilizado en la misión que te asignaron. Solo quiero que sepas que mi amor por ti, siempre fue sincero, desde la primera vez que te vi. Tal vez no fui lo que esperabas. Y ahora que volvimos a encontrarnos, me enfoqué tanto en ganarle a tu enemigo que olvidé decirte cada día lo mucho que te amo.

—Perdóname, Edgar, creo que no te merecía.

—Perdóname a mí. Todo empezó mal desde el inicio y no por ti, ni por la misión que te asignaron donde fui una pieza más. Nunca debí seguir a Ademar King, era muy joven y me dejé convencer por sus ideas. Quédate a mi lado.

—A lo mejor algún día. Ahora nos alejan demasiadas cosas. Me hace falta estar en América Libre, solo esa tierra traerá estabilidad a mi corazón. Quiero estar al lado de Apolo, lo dejé demasiado tiempo. Necesito seguir

conociendo a mi hijo, pero si tú o Paz, quieren visitarnos, las puertas de nuestro hogar siempre estarán abiertas para ustedes. Fuiste la misión más fácil que me han encomendado, no porque fuera sencilla de lograr, si no porque no tuve que fingir amarte. Mi corazón es y será tuyo por siempre.

—Entonces mi nueva misión será convencerte para que volvamos a estar juntos.

Apolo y yo nos retiramos y los dejamos abrazados. Como lo habían dicho, tal vez algún día volverían a estar juntos pero eso solo era decisión de ellos y el tiempo sería su testigo. Acompañé a Apolo a despedirse de nuestra tía. Apolo la abrazó con fuerzas. También a mi querida prima Diana y a Owen. Sebastián permanecía a nuestro lado, cuando mi hermano quiso abrazarlo, le dijo:

—Apolo, antes de despedirnos quiero presumirte mi nuevo puesto. Seré el Jefe de Seguridad del nuevo líder.

—¿De nuestro padre? —dije yo—. Pensé que ya habíamos hablado al respecto y que nos íbamos a tomar un tiempo.

—No, del nuevo representante de América Libre.

—¿Pero si yo ni siquiera he tomado el poder y no he contratado a nadie? —manifestó Apolo.

—Uno de tus aliados lo hizo por ti, el general Verena, y yo acepté gustoso —admitió Sebastián.

—Entonces no perdamos tiempo. Ya consumimos las primeras veinticuatro horas que me dieron de plazo —reveló Apolo y supe que no se iba a dejar vencer.

Tomamos una aeronave de las grandes con destino directo a América Libre. Fue un viaje contra reloj, con sentimientos encontrados por dejar atrás

a gran parte de mi familia: papá, Owen, Diana, tía Patricia, Jonathan e incluso la doctora Rita. Camil y Alejo viajaron con nosotros y fueron los más felices por no separarse de Iris. Apolo solo ponía los ojos en blanco cuando notaba las muestras de afecto entre su hija y Camil. Sebastián trataba de aplacarlo, al asegurarle de las serias intenciones de su primo y Apolo le recordaba con constancia la juventud de los chicos. Entonces a mí me tocaba recordarle que con un año más se había enamorado de Dafne.

Llegar a América Libre en un corto periodo de tiempo y con el temor de la represalia de los otros cuatro representantes de la UNA, que anteriormente se habían opuesto a las nuevas ideas de mi hermano, no sería tan sencillo. Todos estaban felices, pero la mirada de Sebastián y la de mi madre, lograban distraerme. Con el niño en mis brazos, seguí a Sebastián cuando se encaminó al baño, lo embosqué y demandé todo con la mirada:

—De acuerdo —me dijo y tomó en sus brazos a Abel—. No vamos directo a América Libre. Recibiremos nuevamente la hospitalidad de Eric Flannes. Desde ahí nos introduciremos a América Libre. Tu madre y Paúl irán por una vía, Apolo y yo iremos por la otra. No será fácil acceder pero si lo logramos y Apolo se presenta, los demás representantes tendrán que aguantarse.

—¿Apolo lo sabe? —pregunté.

—Por supuesto, corazón. También tu madre y Paúl. Sara y los demás no tienen idea, se hará a su debido momento, no queremos preocuparlos. Una vez que sea nombrado representante, tu hermano hará pública su detención por parte de los otros cuatro líderes. Después firmará una alianza con el general Verena y con el general Flannes.

—¿Y el pueblo lo aceptará?

—Tenemos fe en que sí. No te habíamos dicho pero la situación está a punto de reventar en América Libre. La gente ya no tolera la intromisión de

los otros representantes. Tienen guardias que vienen de las otras naciones conteniendo las manifestaciones.

—Entiendo. Mientras tanto Alejo podrá estar con sus padres, hacía tiempo que deseaba regresar con ellos. Nuestro hijo podrá respirar el aire de la tierra donde tú y yo nos enamoramos. Estarán bien, pero yo iré con ustedes.

—¿De qué estás hablando? Luego me torturas cuando te guardo un secreto, pero no respetas mis decisiones.

—¿Entonces el plan es tuyo?

—Tu padre me pidió que pensara en algo.

—Se nota que es tuyo, siempre buscas la forma de dejarme fuera.

—Solo quiero que estés con Abel, pero ya estaba preparado para esto. Sé lo difícil que es convencerte. Hablaremos con Iris y Sara para que cuiden a nuestro hijo. Será menos de una semana. Pongamos en práctica el plan B.

—¿Y cuál es ese?

—Lo sabrás en su momento, es uno que te incluye, mi amor.

Aterrizamos y le explicamos al resto que nos introduciríamos poco a poco. Todos entendieron. Eric, con sus continuos elogios, tras la cara de desaprobación de Sebastián, nos recibió. Nos instalamos en nuestra antigua residencia en América Unida, donde Eric vivía con su familia. Mientras nos disponíamos a nuestras habitaciones, Sebastián me susurró:

—Pensándolo bien, me alegro que vengas conmigo, de lo contrario me iba a distraer recordando que Eric no te quitaría los ojos de encima.

—Ya deberías estar acostumbrado. Aprende a ignorarlo, es inofensivo —le dije.

La esposa de Eric nos condujo a una habitación que yo conocía muy bien, aquélla en la que había vivido casi toda mi vida hasta que me casé con

William y partí a la capital. Solo tomaríamos un baño, descansaríamos una hora y partiríamos. Eric me comentó:

—Es una pena que no puedas quedarte, Paz. Dispuse tu antigua habitación para ti.

—Es un lindo detalle, Eric, pero ya sabes que tenemos ciertas prioridades —comenté.

—Y tu hermano y tú cuentan con mi apoyo incondicional.

Vi partir a Alejo hacia la casa de sus padres, con un par de guardias como añadidura, era lo que venía en el paquete al ser hijo del general Verena, al menos hasta que con el tiempo comprobáramos que volvíamos a estar en territorio seguro.

Sara e Iris me animaron para que me fuera tranquila. Se hicieron cargo de Abel. Camil quedó con ellas. Primero partimos mi madre, Paúl y yo. Un par de horas después lo harían, Sebastián y Apolo. Mientras volábamos me revelaron el plan B, que era entrar vulnerando el cielo, en una aeronave similar a la que había utilizado William Allen en el pasado para raptarme de América Libre. Un auto con nuestros aliados, nos esperaba y nos llevaron al sitio donde ya la muchedumbre esperaba que se cumpliera el plazo. No podía negar que estaba nerviosa, faltaban dos horas para que Apolo perdiera la oportunidad de ocupar el lugar que el pueblo quería para él. Sitio que se había ganado al ser un representante justo y con propuestas verdaderamente interesantes. Mientras la impaciencia me carcomía y el reloj se tragaba los minutos a una velocidad acelerada, noté a un hombre joven muy cerca del estrado, dio un paso para subir. Vestía a la manera de los autónomos, con un par de jeans y un suéter con gorro que no le dejaba ver la cara. Un par de libélulas revoloteaba a su alrededor, las libélulas se hicieron invisibles en el aire. Recordé que esa era la señal, para que mi madre, Paúl y yo avanzáramos

hacia el estrado. El joven era Sebastián, sus últimas palabras me vinieron a la mente: «Entrarás con tu madre y con Paúl. Ustedes llegarán antes y nos darán luz verde para entrar en el momento justo. Es importante que Paúl, tu madre y tú estén al lado de Apolo a la hora de tomar el poder, eso reforzará su estatus y le dará más estabilidad a la toma de posesión.».

Cuando los minutos iban a vencerse, una de las personas subió con el reemplazo que tenía para mi hermano y dijo, para calmar al tumulto:

—El plazo está por agotarse. Ustedes son testigos de que se le dio la oportunidad a Apolo Salvat de tomar el lugar que ustedes le ofrecieron, pero él ha renegado de ustedes. Ni siquiera envió una respuesta para rechazar el puesto y disculparse...

Sebastián terminó de colarse en el estrado. Le di luz verde y le hice saber que los hombres de Eric, que habían viajado con nosotros en aeronaves similares, ya estaban en sus puestos y se habían cerciorado que no había francotiradores. Sebastián tomó de la mano a otro joven con ropa similar a la suya de entre los espectadores y lo ayudó a subir a su lado, justo desde el sitio reservado para el pueblo. Una vez encima, Apolo se quitó la capa y se levantó como líder indiscutible de América Libre. La gente comenzó a corear su nombre. Mi madre, Paúl y yo nos colocamos a su lado. Tal como ya había dicho Sebastián.

—Les saludo, estimados habitantes de América Libre. Vendrán tiempos de paz y prosperidad para nuestra tierra. Acepto con mucho honor el encargo que tienen para mí. Si me fui no fue por deslealtad, los otros cuatro representantes de la UNA me sustrajeron a la fuerza y me encarcelaron injustamente. Tuve que huir y refugiarme en Tierras Inhóspitas, pero hoy estoy aquí y con el apoyo de cada uno de ustedes, construiremos otro capítulo de nuestra historia. Hoy seremos verdaderamente autónomos e

independientes de la Unión de Naciones. ¿Qué dicen?

Todos gritaron de júbilo y aceptación.

Después de ese día, conocimos la calma. Un par de semanas después, Apolo declaró su alianza con el general Verena y con el Jefe de Defensa de América Unida. Como ya era de conocimiento popular que la Sociedad Autocontrolada había dejado de existir como la habían conocido y que ahora sus ciudades-estados se habían convertido en naciones independientes, los habitantes de América Libre quisieron ser verdaderamente autónomos también.

Sara, su pequeño hijo e Iris llegaron y trajeron a Abel. Permanecimos con ellos unos cuantos meses, en los que me sentí orgullosa de Apolo por la hermosa nación que ayudó a progresar. Con el tiempo, Jonathan y Rita se les unieron también. Mi padre también hizo grandes cambios en la capital, las Tierras Inhóspitas comenzaron a poblarse en determinadas zonas y recuperaron sus antiguos nombres. Otras tantas porciones de territorios salvajes se convirtieron en reservas naturales.

En determinado momento, Sebastián y yo decidimos darle un nuevo rumbo a nuestra vida. Tomamos la decisión de alejarnos por completo del poder, ya no lo queríamos en nuestras vidas. El lugar elegido para vivir estaba en la tierra donde habíamos conocido nuestro amor, en América Unida, muy cerca de nuestro acantilado. Eric estuvo feliz de abrirnos las puertas de la que también era nuestra nación. Y resultó que Camil terminó por convencernos de retomar el negocio familiar. Nos trajimos los corceles que Camil había dejado a resguardo y fundamos una de las mayores reservas de caballos en estado salvaje. Esos animales que con solo mirarlos me devolvían la paz. Mi hijo aprendió a montar mucho antes que a caminar. Alejo se había reconciliado con sus padres adoptivos y nos visitaba con tanta

frecuencia, que no teníamos tiempo de extrañarlo. Iris llegaba todas las vacaciones y muchas veces venía acompañada de mi madre.

Así fue como regresamos a donde inició todo para nosotros. Una de tantas mañanas recibimos una visita que llevábamos mucho tiempo esperando. Llegaron mi tía Patricia, Owen y Diana con su pequeña hija. Estábamos encantados con la noticia. Owen había pedido el cambio para América Unida y había resultado bien.

—Estoy muy contenta —le dije a mi tía—. Al fin estaremos cerca. Nosotros visitamos con frecuencia a Apolo y a mi madre, a veces son ellos los que nos visitan. Solo me falta mi padre para ser completamente feliz.

—Esa es la sorpresa que te teníamos —me dijo—. Tu padre instauró las elecciones, no quiso terminar como otro dictador. Considera que no es justo sentarse en la silla del poder, si el movimiento que derrocó a los King fue encabezado por él. Ha llegado a un acuerdo con los Jefes de Defensa de las nuevas naciones. Fungirá como mentor para ellos.

—Mi padre está dando el ejemplo con su persona —dije orgullosa de su decisión.

—Se retirará a América Unida en cuanto termine el proceso electoral. Eric le ofreció un sitio para él aquí.

—Entonces verá crecer a sus nietos, me reconforta saberlo. Quisiera ver la cara de mi madre cuando sepa que se verán más seguido —suspiré—. Siento mucho que lo tuyo con el general Walter no haya podido llegar más allá.

—Él dio su vida por una noble causa —dijo acariciándome el rostro.

Tía Patricia se fue a tomar en brazos a su nieta, mientras Diana y yo nos poníamos al corriente y Sebastián le mostraba a Owen, los caballos y las estructuras que habíamos levantado. Perdí por un instante el hilo de la conversación, cuando me invadió la sensación de calma que me producía

tener a mi familia conmigo. Ya mi tía y mi prima estaban planeando una reunión con todos, vendrían mis padres, mis hermanos y los suyos. También estaban invitados aquellos amigos que en el camino de la vida se vuelven familia. Me sumergí en el aroma de Abel, acurrucado en mi regazo y mi vista se perdió en la silueta del hombre, que un día me hizo detenerme y darle un giro radical a mi vida. Sebastián había recuperado su destreza casi innata hacia los caballos. Le mostró a Owen su nuevo corcel consentido, un semental del que se sentía orgulloso, negro como una tormenta. Lo montó de un salto y galopó con elegancia, lo hacía tan bien, que yo podría verlo por horas sin aburrirme. Diana sonrió y me dijo:

—¿Pero me estás escuchando? Deja de verlo, mujer, que lo vas a derretir. Estás loca por él, no puedes disimularlo. Todavía recuerdo hace un par de años atrás, cuando supe que te veías con él a escondidas de tu padre. ¡Y míralos ahora!

—Déjame mirarlo, es mi derecho —le solté sin quitarle la vista de encima a Sebastián.

Le llamé la atención a Diana con una dulce mirada y ella corrió con mi tía a terminar la lista de invitados que habíamos iniciado. Continué perdida en él, amaba verlo libre, sin máscaras para poder encajar, perdonándose sus propios pecados de guerra, reinventándose y resiliente, como siempre había sido. Sebastián Casals, aquel niño de ojos negros que un día llegó a mi casa con muchos secretos dentro de su equipaje, y que me robó el corazón mucho antes de que yo pudiera darme cuenta.

Cuando miré por primera vez a los ojos al hombre con quien en el futuro engendraría un hijo, yo aún no lo sabía, aún no imaginaba que junto a ese hombre daría vida al amor más puro que podría experimentar; pero Dios y el universo sí conocían ese hermoso desenlace. Ese hombre y yo, ajenos a

lo que venía, jugamos a enamorarnos y a desenamorarnos en repetidas ocasiones. Fuimos devorados por la pasión y también corrimos detrás de nuestros sueños en direcciones opuestas, sin saber que había un hilo invisible que nos hizo encontrar el camino de vuelta al lugar a donde pertenecíamos. Un día lejano, el que tuvo que ser, la semilla de la vida se sembró en mi vientre como un milagro lleno de esperanza; aun cuando la esperanza tenía bastante tiempo desaparecida, y allí se quedó germinando lentamente, dando amor y sonrisas desde su más tierna edad. Supe de él en invierno, se fortaleció en la primavera, llegó a mis brazos en verano y en otoño comenzó a mostrar la esencia de la que estaba hecha su alma. Ese pequeño ser que irrumpió en nuestras vidas con su actitud tajante, alegre y poderosa; nos enseñó que no sabíamos nada y que a la vez poseíamos la llave para descubrir todos los secretos; nos demostró que éramos capaces de llegar mucho más allá de nuestros sueños con tal de edificar las bases sólidas para su futuro.

AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos:

En la vida hay personas que te empujan a seguir adelante. Mi agradecimiento sincero a todos aquellos que contribuyeron a impulsar mis sueños, a propósito o sin la intención de hacerlo.

A mi cómplice literario, quien lee y se emociona conmigo, quien me aconseja, Marlene Díaz. A mi querida amiga, la primera lectora de esta historia, por sus recomendaciones sensatas, Mony Jimenez.

A Mary Basilio, por leer concienzudamente y ayudarme a darle claridad a mi mensaje.

A los motores que impulsan a través de las redes, Cecilia Pérez, Claudia Calu Amor, Gaby Rodríguez Crucitta, Freddy Piedrahita, Roxy González, Yesse Ollarve, y tantas otras bloggeras, administradoras de grupos, que me disculpo por no mencionar, pero que nos ayudan a dar a conocer nuestra obra de una forma impresionante.

A la responsable del amor a primera vista de mis novelas, la que les da la primera imagen que percibe el lector, China Yanly.

A la hermosa red de escritoras y escritores que ayudan a compartir y que inspiran.

A personas hermosas: Rosa Fernández, Lizbeth Pool, Leticia Cabrera, Kenneth Berst, Dianly Gómez, Yuly Sardinias, Brenda López, Janette

Bajuelo, Madelin Díaz, Mistty Pereyra, Carolina Carrillo, Ariel Bajuelo, Mary Venta, Afy Moreno, Angela Reyes, Maite Fernández, Libertad Nandayapa, Alian Fernández, Manuel Pérez, Deymer Díaz, Lore Fajer, Mercy Cano, Nidia Arriola, Yaima Cuervo, Amalia Viccino, Asunción Ac. Y a tantas otras que no menciono pero que les doy las Gracias.